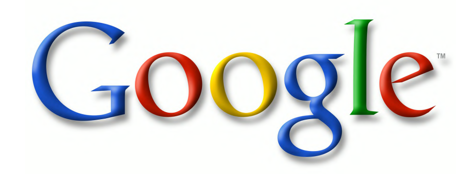





E·D·W·A·R·D
L·O·R·R·A·I·N·E
W·A·L·T·E·R
πάντα ῥεῖ


A 465850 DUPL

COMEDIAS ESCOJIDAS

DE

DON AGUSTIN MORETO

Y CABAÑA.

TOMO TERCERO.

CON LICENCIA.

Madrid y Junio. Imprenta de Ortega.

1831.

LA CONFUSION
DE UN JARDIN.

PERSONAS.

Don Luis.
Vicente y Jusepa.
Leonor.
Beatriz.
Don Gerónimo, viejo.
Don Diego.
Un Teniente.
Dos Alguaciles.
Un Escribano.

La Escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Don Luis.

Jusepa con manto, y Vicente en cuerpo.

Vicente.
¿Jusepa? Gran novedad (1);
¿y tan de noche? Mayor:
muchos siglos de favor
en pocos años de edad.
Jamás has venido aquí:
¿qué cosa? misterio tienes;
á grandes hazañas vienes.

Jusepa
No vengo á buscarte á tí,
porque no eres grande hazaña;
busco á Don Luis.

Vicente.
Haces bien,
que es pez apacible en quien
se logra mejor tu caña.

Jusepa.
¿Qué caña, dí, bachiller?

Vicente.
Dotora en esta opinion
te pone tu profesion.

Jusepa.
¿Qué profesion?

(1) *Santiguase.*

Vicente.

Ser muger:
¿hay de vosotras alguna
que no se incline á pescar?
¿Al príncipe, como en mar;
al pobre, como en laguna?
todas nacísteis con manos
acomodadas al uso,
que tienen anzuelo infuso
contra los peces humanos.
Harto ha de ser en verdad,
si en tí la caña desdice:
pescar sabrás, que lo dice,
Jusepa, tu habilidad.

Jusepa.

No he de poder responderte,
que salgo de priesa ahora.

Vicente.

¿Salir de casa á tal hora?
vuelvo á mis cruces de verte.
Curioso, Jusepa, estoy;
¿no me dirás cómo ha sido,
que haya tan tarde salido
la estrella de Venus hoy?

Jusepa.

¿Yo estrella?

Vicente.

Desde la cuna
lleva este nombre á la pila,
cualquiera que recopila
dos voluntades en una.
Cuidado tiene la estrella
de confrontar voluntades,
y Venus sus mocedades
se tuvo desde doncella.

Jusepa.

Que bien que te respondiera,
si hubiera lugar de hablarte;
profeso de parte á parte
en la religion tercera.
Pero dejémoslo estar
para otro tiempo mejor,
y llévame á tu señor,
que tengo con él que hablar.

Vicente.

¿Qué es lo que quieres pedir?

Jusepa.

¿Es fuerza que tú lo sepas?

Vicente

Achaque de las Jusepas
es los secretos decir,
y tú eres tan achacosa
como las demas.

Jusepa.

Pues quiero
pedir.

Vicente.

¿Acaso es dinero?
porque es la ocasion famosa,
que ha jugado, y ha perdido.

Jusepa.

No importa, dile que estoy
aguardándole.

Vicente.

Ya voy;
mas pienso que él ha salido.
¿Conmigo no partirás
lo que te diere?

Jusepa

En buen hora.

ESCENA II.

Dichos y Don Luis.

Luis.

¿Jusepa?

Jusepa.

De mi señora
te traigo...

Luis.

No digas mas,
toma primero un abrazo
y esta cadena.

Vicente.

Eso sí,
que es la mitad para mí.

Jusepa

Guárdete Dios, que es un lazo
de nuevas obligaciones
este favor que recibo.

Vicente

Cadena, á ser tu cautivo,
me lleven las particiones.

Jusepa.

Beatriz, en fin, determina (1)
Don Luis, esta noche hablarte.

Luis

Deja que vuelva á abrazarte,
que es nueva tan peregrina
para un amor desdichado,
que aun lo que dices, no creo
que fue capaz el deseo
de antojo tan bien logrado;

---

(1) *Aparte con Don Luis.*

no han merecido tal bien
dos años de adoracion.

Jusepa

Los buenos terceros son
remedio contra el desdén,
y no te ha faltado á tí
quien entterezas deshaga.

Luis.

Bien lo conozco, y no hay paga,
si no es entregarme á mí.

Jusepa.

Por el jardin has de entrar;
pienso que sabes la puerta.

Luis.

Ya la sé, ¿tendrasla abierta?

Jusepa.

No, que era mucho fiar.
Lleva esta llave contigo (1),
para que en viendo sin gente
la calle, seguramente
puedas abrir sin testigo.
Claro está que cerrarás
luego que entres; y en cerrando,
ve unos árboles buscando,
que á mano izquierda hallarás
junto á una fuente, tan bella,
que aprueben el encubrilla,
los árboles de su orilla,
si lo hacen por zelos de ella.
Quédate allí, que yo iré
despues á avisar, si es hora
de que hables á mi señora;
y á Dios, que es tarde.

---

(1) *Dale una llave sin que lo vea Vicente.*

Luis.

No sé,
ni quiero saber decirte
la estimacion que verás,
mas no he decirte mas.

Jusepa.

Ni yo el secreto advertirte,
pues sabes la obligacion,
y ves que á llamarte vengo
de noche.

Luis.

Presente tengo,
Jusepa, lo que es razon;
no lo erraré. Tú, Vicente,
lleva á Jusepa á su casa,
que por la gente que pasa,
y aun cuando no pase gente
no es bien, ni he de permitir
que se vuelva sola; á Dios.

ESCENA III.

Vicente y Jusepa.

Vicente.

Solos estamos los dos;
alto Jusepa á partir.

Jusepa.

Ya parto.

Vicente.

No de carrera.

Jusepa.

¿Pues qué?

Vicente.

De cadena.

Jusepa.

Es cosa
de partir dificultosa:
y estoy muy de prisa.

Vicente.

Espera,
Jusepa, que no es Justicia;
¿no prometiste?

Jusepa.

Es verdad;
mas era menor de edad.

Vicente.

La edad suple la malicia.

Jusepa.

Ahora bien, si ello ha de ser,
partirlo luego es mejor.

Vicente.

Es cristiandad, y es amor.

Jusepa.

Tu mitad no has de perder:
¿viste que Don Luis me dió
cadena y abrazo?

Vicente.

Sí.

Jusepa.

Pues doyte el abrazo á tí, (*Abrázale.*)
y tomo lo demas yo.

Vicente.

Partiste como hacen otras.

Jusepa

¿No quedas favorecido?

Vicente

Mal haya quien no ha sabido
partir así con vosotras.

Jusepa.

La particion está buena,
no hay que decir; ven tras mí.

Vicente.

Detente, no hubiera aquí
un portero de cadena.

ESCENA IV.

Sala en casa de Don Gerónimo.

Beatriz y Leonor, hermanas.

Leonor.

Notable resolucion,
hermana.

Beatriz.

¿Porqué es notable?

Leonor.

Permitir que un caballero
que se confiesa tu amante,
con muchas ansias de verte,
con no menores de hablarte,
toda la vista deseos,
y toda el alma volcanes,
despues de largas finezas,
despues de desvelos grandes,
por el jardin á deshora,
Beatriz, esta noche te hable:
Jardin, y noche, que alientan
el ánimo mas cobarde,
y en la mayor cortesía
despiertan las libertades;
no es ocasion de decirte,
por mas que tú lo disfraces,
que ha sido resolucion,
Beatriz, que puede notarse.

Perdóname, que se ofenden
en ocasion semejante,
la fama de tus virtudes,
la obligacion de tu sangre,
lo que se debe al decoro
de la casa de tu padre,
que es el sagrado en que tiene
cualquier pensamiento cárcel.
Parece que se te olvida
la nota que es fuerza darse,
cuando un vecino curioso
registre sin importarle,
que en embozado pasea
con mucha quietud tu calle,
que ya se pasa á la esquina,
que ya se esconde del aire;
que hace la seña que espera,
que acecha á la puerta que abren;
que á una ventana de enfrente
no hay hurto que se le escape:
posible, Beatriz, es esto,
tambien puede ser que falte;
mas en sintiendo posibles,
teme el recato verdades.
¿Y qué ha de pensar el mismo
don Luis, de ver que le llames,
aunque el esceso que intentas
le venga á ser favorable?
que es ordinario en quien mira
favores tan desiguales,
que la razón los condene,
cuando el antojo los ame.
Beatriz, así lo discurro,
yo me holgaré de engañarme;
pero decirte mi voto

fué deuda, aunque llega tarde.
Voto sera, porque viene
de hermana mayor culpable;
mas el amor te lo ha dicho,
que es el que forma igualdades.

Beatriz.

Hermana, tus advertencias
estimo, sin que me agravien,
que los consejos mas libres
no ofenden, si de amor nacen.
Aunque menor, es posible
que aciertes, y puedo errarme,
que los aciertos no corren
al paso de las edades
May ay! que con argumentos
espero (que no eficaces)
me acusas de poco atenta,
y aun das á entender de fácil.
Quiero tambien que concurran
mis argumentos á examen,
aunque venzan las razones,
y no las autoridades.
Llamar á don Luis, confieso
que fuera delito, y grave,
si para hacerle favores,
hubiera sido el llamarle.
Conozco que fuera olvido
de la opinion, del linage,
de lo demas que ponderas,
y es digno de ponderarse:
mas si le llamo, Leonor,
para decirle que basten
dos años de galanteo,
que ya comienza á notarme;
porque el amor que en él s upo

que cuestan tanto discurso
para poder concertarse?

Beatriz.

Leonor, no me digas eso,
mugeres tan principales
jamas escriben papeles,
aun para que desengañen;
que en el papel mas furioso
va prenda, en fin, que se guarde,
letra que siempre se estime,
desprecio que siempre agrade.
Ni es este solo el peligro,
pon que Jusepa, ó que un page
de Don Luis el papel lleve;
como ellos van ignorantes
de lo que dentro va escrito,
siempre lo juzgan suave,
y nunca les llega el dia,
Leonor, de desengañarse:
perdida la fama queda
con estos, y que se estrage
con todos, es tan posible,
como que aquellos lo parlen.
Demas de que en los papeles,
aunque el desden amanece
con mil severas razones,
con mil ardientes pesares,
como la pluma los dice,
sin que la voz los agravie,
no aciertan á ser severas,
ni ardientes las sequedades:
antes se quedan en duda,
de si es verdad, ó si es arte,
que suele por el desprecio,
tal vez al favor guiarse;

Si es buena la accion, nó importa,
Leonor, que de noche pase,
que no dependen de tiempos
los fondos ni los quilates,
pues el temer que le acechen
vecinas curiosidades,
y que han de ser su registro
por mucho que él se recate;
gana de temr parece,
sabiendo que ha de tardarse
para venir á las horas
que cuentan las soledades.
Por escusar este riesgo,
la llave, Leonor, que sabes
que me entregó, despedida
la jardinera esta tarde,
llevó Jusepa á don Luis,
para que en viendo que sale
la suerte de hallarse solo,
pueda jugarla y entrarse.
Con esto aun cuando le miren
abrir los que quieres que anden
por las ventanas despiertos,
aunque ello no importe á nadie,
no juzgarán que es de fuera
quien entra abriendo, pues hace
lo que mi padre hacer puede,
que tiene la misma llave;
pienso que te he respondido.

Leonor.

Si; ¿ pero puedes negarme,
Beatriz, que lo mismo harias
con un papel que enviases
á don Luis, y que un papel
escusa dificultades,

que cuestan tanto discurso
para poder concertarse?

Beatriz.

Leonor, no me digas eso,
mugeres tan principales
jamas escriben papeles,
aun para que desengañen;
que en el papel mas furioso
va prenda, en fin, que se guarde,
letra que siempre se estime,
desprecio que siempre agrade.
Ni es este solo el peligro,
pon que Jusepa, ó que un page
de Don Luis el papel lleve;
como ellos van ignorantes
de lo que dentro va escrito,
siempre lo juzgan suave,
y nunca les llega el dia,
Leonor, de desengañarse:
perdida la fama queda
con estos, y que se estrage
con todos, es tan posible,
como que aquellos lo parlen.
Demas de que en los papeles,
aunque el desden amanece
con mil severas razones,
con mil ardientes pesares,
como la pluma los dice,
sin que la voz los agravie,
no aciertán á ser severas,
ni ardientes las sequedades:
antes se quedan en duda,
de si es verdad, ó si es arte,
que suele por el desprecio,
tal vez al favor guiarse;

mas cuando la voz se escucha,
cuando se mira el semblante,
palabras allí que truenen,
y rayos aquí que abrasen;
á furia tan descubierta,
¿quién ha de haber que no pare
la pretension de un deseo,
que solo es para desaire?
Y si eres, Leonor, testigo
de las diligencias que antes
se han hecho, para que deje
Don Luis de manifestarse
con público galanteo;
¿cómo podrán retirarle
de un mudo papel las letras,
que aun puede ser que le alhaguen?
De suerte que, ó sus intentos
habrán de disimularse,
ó solo el medio que elijo,
ser medio de que se atajen:
¿he satisfecho á tus dudas?

Leonor.

Bien tengo que replicarte,
mas hállote ya resuelta,
y es de temer que te canses.
Mal lo ha pensado Beatriz, *ap.*
por fuerza ha de condenarte
la accion, que aun mayor aprieto
no salva necesidades.

Beatriz.

Jusepa habrá ya venido,
vamos allá.

Leonor.

De ayudarte
cuidaré.

Beatriz.

Guárdete el cielo.

Leonor.

Mas cerca de disculparse, *ap.*
se viera el error conmigo,
(bien que el error es muy grande)
si á mí no me pareciera
Dòn Luis de tan buenas partes.

ESCENA V.

Decoracion de calle.

Don Gerónimo, que será un caballero viejo.

Gerónimo.

¡Qué obscura noche! los bultos
es harto que ver se dejen;
los amantes no se quejen,
que á fé que andarán ocultos.
Parece que las estrellas
todas el Cielo han dejado,
ó el Sol se las ha llevado,
para lucirse con ellas.
El ayre, con mas horrores
de los que suele tener,
apuesta al olvido á ser
sepulcro de resplandores.
Al Sol le quiere decir
la sombra con presuncion,
que está con resolucion
de no dejarle salir;
¡y que esta noche haya sido
tambien el faltarme Hernando,
para venirme alumbrando!

*

¿mas qué le habrá sucedido?
sino es que mis hijas le han
ocupado; será asi.

ESCENA VI.

Don Gerónimo y Don Diego vestido de camino, con la espada desnuda en la mano.

Diego.

Si no le maté, le herí,
y algunos huyendo van,
á todos mal nos salió
que errados hombres vinieron;
por otro me acometieron,
la noche les engañó.
¿Qué siempre Madrid me tenga
guardadas estas fortunas,
y aun no redimo de unas,
en otras á hallarme vuelva?
¿Qué apenas haya llegado,
cuando me traen así,
riesgos que no merecí,
sino es con ser desdichado?
Mas la justicia me sigue
con bien despierto cuidado,
no es de dolor acertado,
por mas que la causa obligue,
quejarme ni detenerme,
sino escapar (1).

Gerónimo.

¿Quién va allá?

---

(1) *Va de priesa ácia donde está Don Gerónimo, y él sintiendo venir un hombre con la espada desnuda mete tambien la mano.*

Diego.

¿Quién lo pregunta?

Gerónimo.

¿Quién va?

Diego.

Mirad que sé defenderme.

Gerónimo.

La defensa es escusada,
que yo no os he de ofender;
antes si habeis menester
ayuda, tendreis mi espada.

Diego.

Mostrais el ser caballero;
tambien caballero soy,
y retirándome voy
de la justicia; ya espero,
que lo que habeis ofrecido
cumplais.

Gerónimo.

Cumpliré por Dios.

Diego.

Yo dejo, para con vos,
un hombre muerto ó herido:
no le conozco, ocultarme
quisiera hasta ver lo que es.

Gerónimo.

Seguidme.

Diego.

¡Qué siempre estés,
Madrid, para ocasionarme?

ESCENA VII.

El Teniente, dos Alguaciles, y un Escribano.

Teniente.

¿Que se escapase á tres hombres,
un hombre solo y turbado?
los ojos os han sobrado.

Alguacil 1.

No hay causa de que te asombres,
advierte la oscuridad
de la noche.

Teniente.

¿A todos tres
faltó la vista?

Alguacil 1.

Pues ves,
no es eso dificultad:
no es para todos oscura
la noche de una manera.

Alguacil 2.

Mas alguaciles que hubiera
corrieran igual ventura.

Teniente.

Pues yo he de buscarle, y ver
si á mí tambien se me va.

Alguacil 1.

Buscarle fácil será;
mas verle no lo ha de ser.

Teniente.

Volved por aqui

Alguacil 2.

¡Qué vanos
han de salir sus antojos!

Escribano.

Señor Teniente, dad ojos,
y os serviremos con manos.

ESCENA VIII.

Decoracion de calle con puerta á un jardin.

Don Diego y Don Gerónimo.

Gerónimo.

Venid, adonde espero
cumpliros la palabra, caballero.

Diego.

Muy obligado os sigo,
quien nace caballero nace amigo:
ventura fue encontralle. *ap.*

Gerónimo.

Tal soledad no he visto por la calle,
la noche lo encierra (1).
De un jardin de mi casa es esta puerta,
que tener escondido
puede aun al Sol entre árboles y olvido;
quedad en él, y á hablaros
volveré.

Diego.

¿Pues no entrais?

Gerónimo.

Quiero buscaros
por la puerta de adentro,
que yo por esta puerta jamás entro,
y en mi casa hará nota,
novedad de mi estilo tan remota;
fuera de que el secreto

(1) *Llega á la puerta del jardin, y abre.*

puede ser que os importe, y mas sujeto
quedareis á un curioso,
si me entro por aqui, pues es forzoso,
si lo advierte un criado,
que intente averiguar por qué he mudado
la entrada que solia:
curioso es noviciado para espía,
recogida mi gente
saldré á veros, á Dios.

Diego.

¡Mas qué prudente!

ESCENA IX.

Don Gerónimo.

Voy á que me dé entrada
la puerta principal, que es puerta usada
y asi no sospechosa;
¿qué mas quisiera la atencion curiosa
de Jusepa y Hernando,
que verme entrar por el jardin llamando
á la puerta de enmedio?
justamente lo escuso,
bien que ande conmigo, aunque sin uso,
la llave de esta puerta,
que en fin alguna vez, como hoy, acierta
á librar de un disgusto
Cierto que voy á descansar con gusto,
que es agradable oficio,
lograr una ocasion de beneficio:
yo no conozco este hombre,
ni sé su calidad, ni sé su nombre;
dice que es caballero,
no le pude ayudar con el acero;
mas de algo le he servido:
quien no hace bien, no diga que ha nacido.

ESCENA X.

Don Luis con trage de noche y Vicente.

Luis.
¿Quedó Jusepa en su casa,
Vicente?

Vicente.
En su casa entró,
no sé si en ella quedó.

Luis.
¿Qué hora será?

Vicente
La que pasa
de las once.

Luis.
Esto es decir
que son las doce.

Vicente.
Es verdad;
mas siempre la novedad,
es lo que se ha de elegir.

Luis
En general es error;
no siempre están de concierto
la novedad y el acierto.

Vicente.
Lo que digo es por mayor:
quierote dar un vexámen,
que aun eso tu no me dieras;
mas porque hablemos de veras,
asi las mugeres te amen
de valde...

Luis.
Gran bendicion.

Vicente.

Y para tí que apacible,
que ya tan invencible
se mira tu donacion,
y no te pienso pedir
cosa que cueste dinero,
me digas, como lo espero,
pues no es gastar el decir;
¿por qué mi lealtad ofendes,
cuando de mi te recatas,
todas las veces que tratas
de esa deidad que pretendes?
¿Tampoco te satisfago
que de ello no me das cuenta?
¿qué temes? ¿qué te amedrenta?
no siendo cuenta con pago?
¿No se me puede fiar
que guarde un secreto á mi?
¿Piensas que solo hay en tí,
señor, quien sepa guardar?

Luis

De gusto está el Vicentillo,
siempre le dura un humor.

Vicente.

¿No me respondes, señor?
¿tanto te cuesta el decillo?

Luis.

¿Qué hay que decir, si descubres
mis faltas asi? ¿no errara,
si en mis secretos te hablará?

Vicente.

¿Por eso solo lo encubres?
tus gracias, digo, es verdad;
mas es una noche obscura,
que cuanto aquí se mormura,

se viste de obscuridad:
haz cuenta que faltas son
que no se han visto ni hablado.

Luis.

Pues tenme por escusado
por esa misma razon;
que si el secreto te digo,
y ha de ser como no hablalle,
para que quede en la calle,
mas vale estarse conmigo.
y hablemos en otra cosa.

Vicente.

¿Sobre callar despedir?
la enmienda ha sida graciosa;
bien mi pesar se remedia,
poco obligarte he sabido;
á fé que si hubiera sido
lacayo de una comedia,
con otro amor me trataras;
y á cuanta conquista fueras,
aun antes que la emprendieras,
conmigo la consultaras:
¿qué es consultar? poca es esa
fineza, que tu privado,
merece ver á tu lado
la cuadra de una Princesa.
¡Bien haya quien intentó
lacayos tan compañeros,
que aun suelen ser consejeros
del mismo Rey que rabió!
De consejero se viene,
mas esto no quiere voces.

Luis.

Ya es hora de ir al Jardin,
quédate tú.

ESCENA XI.

Vicente.

Baste, en fin:
con tu soledad te goces.
Voyme que en vano conquisto,
que noche para ensartar
aljófares, no hay pensar,
que tan cerrada se ha visto.
Toda de sombra es un lago,
no hay lunas, ni anda su coche,
parece España la noche,
y que la cierra Santiago.

ESCENA XII.

Decoracion de Jardin.

Don Diego.

Reconocido estoy al caballero
que aquí me trajo, desearé la vida,
por mostrarme amigo verdadero;
qué hidalga condicion, que socorrida
debe de ser sangre generosa,
que la virtud es mas, si es bien nacida,
de accion sin conocerme tan gloriosa,
¿qué se puede llamar sino nobleza
que en límites humanos no reposa?
Bellísimo Jardin, y con grandeza,
bien que la noche esconde su hermosura,
mas no basta esconder tanta belleza:
gran arboleda allí se me figura,
sino es que allí las nuves se han bajado,
todo lo da á pensar la noche obscura,
sino parece que es acomodado

para ocultar en él un delincuente;
no hay cosa que no aplique á mi cuidado. (1)
¿mas qué ruido es aquel que allí se siente?
la puerta misma que me dió la entrada,
se vuelve á abrir, ó la atencion me miente;
¿si es quien me puso aquí? duda escusada,
que no puede ser él, porque me dijo
que se iba á entrar por puerta acostumbrada.
Retirarme á los árboles elijo, (2)
si es otro que con llave venir puede
su jardinero, en confusion me rijo;
¿pero cuando de noche no sucede?
siempre recato aprovechó en la duda,
y nunca daña, aunque sin uso quede
sobre mi prevencion; y pues me ayuda
la obscuridad, encierre la arboleda
mis pasos y mi voz en sombra muda.
Ya me recibe, donde atento pueda
ver lo que pasa, y registrar seguro;
mas falta que la noche lo conceda.

ESCENA XIII.

Don Diego y Don Luis por la misma puerta por donde metió Don Gerónimo á Don Diego, y empieze luego á buscar los árboles.

Luis.

Lo primero es cerrar, el aire obscuro
no deja distinguir; mas al fin veo

---

(1) *Hácese ruido en la puerta por donde se metió Don Gerónimo, como de llave que abre.*

(2) *Vase retirando hácia unos árboles que estarán puestos al lado izquierdo de la puerta, donde se haga ruido.*

los árboles, ó el norte que procuro:
¡qué largas son las horas del deseo!
parece que de plomo van calzadas,
y que cuanto caminan es rodeo;
no así las del placer, que arrebatadas
en plumas de momentos presurosas,
á un tiempo son presentes y pasadas:
¡qué he ver á Beatriz, que tan dichosas
han de ser esperanzas que vivian
en cárceles del miedo tenebrosas!
Bien haya la constancia con que ardian,
y arden víctimas hoy mis pensamientos,
que al fin pueden vencer los que porfian.
No es esto, no, pensar que mis intentos
han de lograrse, que Beatriz admite
solo veneracion no atrevimientos;
¿mas no es harto lograr, si me permite,
como la bella luz, la voz suave?
Bien que, ó Sirena, ó Sol el vivir quite.
tardese, pues, con movimiento grave,
perezosas las horas al deseo,
que tanto bien en siglos aun no cabe:
los árboles, en fin, son los que veo,
conforma amor (si te obligué) los fines
á los principios que gloriosos creo.

ESCENA XIV.

Dichos y Jusepa, Don Luis caminando ácia los árboles, y Jusepa tambien ácia ellos.

Jusepa.

Nunca faltan hazares en jardines,
y mas en un jardin como lo es este,
donde sobran hileras de jazmines
¿Qué concertar un hurto tanto cueste?

y ahora mi señor me haya pedido
la llave de esta puerta, y no se acueste?
¿La llave de esta puerta? gana ha sido
de salir al jardin; y si se espera
don Luis en él, es riesgo conocido:
quiero llevarle, y que Beatriz lo quiera
me prometo, á aquel cuarto retirado.
que libre nos dejó la jardinera;
bien estará Don Luis allí encerrado
mientras á visitarle Beatriz viene,
en sintiéndose el viejo sosegado.
Puerta tambien á aqueste jardin tiene
el cuarto de mis amas, que es ventura
por si hay quien la de enmedio nos condene,
la dilacion ahora no es segura;
prisa y silencio importa.

Luis.

Si no ha sido
antojo que á las dichas se apresura,
pasos allí parece que he sentido,
y aun bulto de muger: ¿mas si es Jusepa?
Llegar en duda; no será advertido;
recatarme es mejor (1).

Jusepa.

Sin que lo sepa,
juraré que Don Luis al puesto aguarda,
que no hay descuido que en amante quepa,
quien viene á la ocasion, nunca se tarda;
mucho habrá que Don Luis vino al concierto,
líbrele amor del Argos que nos aguarda (2).
Ya estaba acá: ¿sois vos el encubierto?

---

(1) *Deténgase y encúbrase en algo.*

(2) *Topa con don Diego debajo de los árboles, y él se emboza.*

Diego.

Yo soy el Caballero, ya me avisa.

Jusepa.

Seguidme sin hablar.

Luis.

¿Estoy despierto? (prisa
¿no es la muger y un hombre, que á gran
salen de allí? ¿qué miro, Cielo santo?

Diego

No ha tardado en llamarme; mas precisa
mi duda es siempre; pero aqui me espanto
de que él se quede, y á buscarme envie,
y con muger cuando el secreto es tanto;
mas él sabrá, si es bien que se le fie.

ESCENA XV.

Don Luis solo.

¿Qué es esto imaginacion?
ojos, ¿qué es esto que veo?
lo que imagino no creo,
lo que miro es confusion,
pensar que cuidados son
de Beatriz es grande ofensa;
¿muger y un hombre tras ella,
si es galan de su criada?
parece quedan fundada
el amor y la querella.
¿No puede ser que Leonor
tenga un galan que aqui venga?
¿mas cuando Leonor le tenga,
sin oponerse á su honor,
he de juzgar que su amor
honesto, advertido y fiel,
trajo el galan si es aquel,

para que hallándome aqui
pudiese pensar de mí
lo mismo que pienso de él?
Si no es que Leonor, que ignora
que me haya Beatriz llamado;
¿mas era para ignorado
lance de verme á tal hora?
Son muy hermanas, y adora
Leonor á Beatriz, ¿quién duda,
que en esta ocasion la ayuda?
Zelos, hasta aqui bien va,
que vuestra opinion está
cobrando fuerza en mi duda.
Dejemos el discurrir
dudas ó zelos, ó todo,
que para acabarme, el modo
mas fácil es proseguir.
Quiero á los árboles ir,
aunque de miedo cercado,
no sé si desesperado,
por ver al hombre que ví,
quizá me ha dejado allí
la dicha de ser buscado.

ESCENA XVI.

Don Gerónimo y Don Diego.

Gerónimo (1).

Todos están recogidos,
quiero á mi huésped buscar,
que ya le podré llevar
sin miedo de ser sentidos.
Esta ocasion aguardé,

---

(1) *Buscándole.*

que no he de decir que trato
negocio tal sin recato:
mi cuarto le dejaré,
que es caballero, y es justo
que los cumplimientos se hagan
de modo que satisfagan
á lo decente y al gusto
Yo en este cuarto, que está
debajo del que hoy es mio
me quedaré, pues vacío
se ve de huéspedes ya.
La noche me le retira,
y aun él se habrá retirado,
porque estará con cuidado
de si aun la sombra le mira (1).
Yo apostaré que eligió
los árboles de esta fuente,
que es lo que ven mas patente
los que entran; bien dije yo,
que un hombre desde aqui miro.

Luis

¿Qué es esto que estoy mirando?
¿no es hombre el que va llegando?
¡con qué turbacion le admiro!
no he de poder ocultarme,
que ya me ha visto: ¿qué haré?
Ni sé qué hacerme, ni sé
mas que ignorar y quedarme.

Gerónimo

¡Qué recatado que está!
¿de quién os guardais asi?

---

(1) *Ha llegado en esto á los árboles.*

Luis.

¿Quién es?

Gerónimo.

El que os puso aquí.

Luis.

Creciendo mi asombro va.

Gerónimo

¿Pensais que los alguaciles
os siguen como os hallé?
ya la justicia se fue.

Luis.

No están para ser sutiles *ap.*
mis dudas, mas vese claro
su error; seguirle conviene,
porque en su casa me tiene
y en hurto, que es sin reparo,
bien se conoce que aquí
se encubre un hombre que entró
por su mano: no soy yo,
mas he decir que fuí;
no hay escusa de hallarme
en el jardin de otro modo.

Gerónimo.

Venid á que os sirva.

Luis.

En todo
sabeis, señor, obligarme.

Gerónimo.

Ya sé que me he detenido;
mas era fuerza esperar
á hallarme solo, y cuidar
de veros mejor servido:
si no esperara, no hubiera
secreto.

Luis.

La dilacion
aumenta mi obligacion;
y mas te lo agradeciera, *ap.*
si la dilacion durára,
toda la noche.

Gerónimo.

La prisa,
tal vez del secreto avisa.

Luis.

¡O qué suerte se vió tan rara! *ap.*
¿venir á buscar mi dicha,
y hallar un hombre en mi puesto?
¿qué es esto, zelos? ¿qué es esto?
¿Cielos, hay otra desdicha?
¿Pues qué cuidados renuevo
del hombre que estuvo aquí?
¡qué buen jardin para mí!
bien en el alma le llevo:
¡qué empeño en él me salió!
¡qué zelos en él tambien!

Gerónimo.

No hay cosa como hacer bien.

Luis.

No hay bien como no ser yo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Aposento de Don Gerónimo.

Don Gerónimo y Don Luis.

Gerónimo.

Este es mi cuarto, en él fio
que mi voluntad os muestro;
y es bien que venga á ser vuestro,
porque parezca ser mio:
mas esperad, ¿no sois vos
Don Luis de Toledo?

Luis.

Aqui *ap.*
no puedo encubrirme. Sí.

Gerónimo.

Notables somos los dos;
vivimos en un lugar,
y es esta la vez primera
que nos hablamos.

Luis.

Yo hubiera
ganado en apresurar
el ser muy vuestro.

Gerónimo.

Son cosas
que solo en Madrid se ven.

Luis.

Y en mi condicion tambien,

que es de las menos gustosas,
háceme mas retirado
de lo que fuera razon.

Gerónimo.

No apruebo la condicion,
por lo que en vos me ha quitado,
y ahora que he conocido
quién es el huésped que tengo,
con vanidad á estar vengo
de haberle en algo servido;
mas hora de recogeros
es ya, ¿qué quereis mandarme?

Luis.

¿Pues qué tratais de dejarme?

Gerónimo.

Gustára de entreteneros;
pero ocuparos no es justo,
que siempre la soledad
ha sido comodidad
para quien tiene disgusto:
yo he de bajarme á otro cuarto
con vuestra licencia.

Luis

Vos,
el dueño sois de los dos.

Gerónimo

Aunque me voy, nunca aparto
la voluntad de serviros.

Luis.

De hacerme favor será.

Gerónimo

La pena no os dejará;
mas procurad divertiros.

Luis

Cualquiera pena es menor

con la merced que me haceis.

Gerónimo

Este favor me debeis.

Luis.

Vos sois quien haceis favor.

Geronimo.

Despues se hablará, que es tarde:
Buen caballero, á fé mia, ap.
de vista le conocia.
quedad con Dios.

Luis.

Dios os guarde.

ESCENA II.

Luis.

¿Qué me decís ahora, pensamientos?
ahora si que es tiempo, confusiones,
de pedirme discursos mas atentos,
para matarme á manos de atenciones:
Cielos, ¿de mi desdicha estais contentos,
ó me guardais mas tristes ocasiones?
¡Hay pena de invencion tan presumida,
que ofrezca nuevo mal contra mi vida!
Don Gerónimo aquí me ha conocido,
piensa que soy el hombre á quien buscaba,
que al parecer es uno que ha escondido
de la Justicia, que á prenderle andaba:
yo, porque fué forzoso, me he vestido
su persona: fué lance que obligaba;
¿qué haremos, si el engaño se retira,
que no es larga la edad de la mentira?
¿Qué ha de decir tan grande caballero,
de ver que en su jardin entré á deshora?
¿que no siendo su huesped verdadero,

lo fui mentido en amistad traidora
¿ que le ocupé su cuarto lisongero,
que le engañé, como le engaño ahora;
qué ha de decir con hijas, y tan bellas,
que dictan al amor mudas querellas?
júntase para hacerme cuidadoso
de Beatriz y Leonor la afrenta clara,
pues de su padre entre las dos dudoso,
ya se vé que en las dos la ofensa para,
soy Caballero, y amo: era forzoso,
que el amor y la sangre se acordara
de que Beatriz por mi ocasion padece
cuidado que los otros desparece.
Pues casarme con ella, aunque el casarme
me estuviera muy bien, no sé si puedo,
consultado el honor, que á presentarme
vuelve aquel hombre con el mismo miedo:
bien puede ser que vengan á engañarme
mis dudas; mas al fin con dudas quedo,
y bástenle al honor las presunciones,
para temerse allí de egecuciones.
Bueno estoy de pesares: bien me tiene
la fortuna en cuidados dividido,
ya de los zelos que mi amor previene,
ya del empeño á que me siento asido,
proseguir el engaño me conviene:
fortuna, á tu piedad socorro pido;
si tú quieres, verdad será el engaño;
si tú quieres, ventura será el daño.

ESCENA III.

Cuarto á obscuras.

Entrase, y sale Don Diego.

Diego.

Algo se tarda en venir
mi huesped, y ya el desvelo
comienza por el rezelo,
la senda del discurrir
en una carcel obscura,
y el alcayde una muger:
¿qué se me puede ofrecer
de parte de la ventura?
y mas muger, que viniendo
conmigo, nunca me habló,
y apresurada mostró
que estaba algun mal temiendo.
¿Qué parte es esta vacía? (1)
parece que es una puerta;
¿quién duda, pues está abierta,
que á mas aposentos guia?
Vamos adentro, que allá,
sino es que todo ha faltado,
mas seguridad habrá. (2)

ESCENA IV.

Beatriz, Leonor y Jusepa con una luz cubierta, y será á propósito una linterna, y hayan abierto.

Beatriz.

Si te ha pedido la llave

---

(1) *Va tentando, y halla una puerta.*
(2) *Entrase como á otro apposento.*

mi padre, bien anduviste,
Jusepa, que al jardin quiere
salir quien la llave pide;
mejor estará encerrado
Don Luis.

Jusepa.

¿Y los mas que siguen
al amor, gustan de encierros,
aun mas que de los jardines?

ESCENA V.

Dichas y Don Diego al paño.

Diego.

¿No es ruido de puerta que abren?
¿y voces no son sútiles,
que de mugeres parecen?
sospechas, bien lo dijisteis.

Beatriz.

Por si mi padre llegare
cerca, si bien es dificil,
pues son aposentos estos,
que siempre olvidados viven:
mete, Jusepa, allá dentro
la luz, y á la puerta asiste,
porque la luz no se vea,
y porque tú nos avises;
la luz importa al decoro,
y el mismo decoro impide
cerrar la puerta, que el campo
del honor ha de ser libre.

Jusepa.

Voy á cumplir lo que mandas. (1)

(1) *Vase ácia donde está Don Diego.*

Beatriz.

Y yo tambien á seguirte,
que ya se vé que está dentro
Don Luis, hermana ¿ qué dices?

Leonor

Que el lance es aventurado.

Beatriz

Nunca te falta un melindre;
no es de los mas agradables,
mas no es de los mas terribles.

Juseps.

Buenas albricias me tengo;
que joya que me apercibe
Don Luis en esta ocasion,
que á la cadena se arrime,
joya me fecit; no hay cosa
como dejar tratos viles,
y ser estafeta honrada
que al campo de amor camine. (1)
Don Luis, mi señora viene,
llegad.

Beatriz.

Aunque no entendiste,
Don Luis....

Diego.

¿ Don Luis otra vez?
con gusto el nombre repiten:
¡ válgame Dios! ¿ no son estas
Beatriz y Leonor? ¡ ay triste!

Beatriz

¿ Cielos, no es este Don Diego?
que no era muerto, ó se finge,
Leonor

---

(1) *Llega á Don Diego.*

Leonor.

Hermana, estoy loca.

Beatriz.

Jusepa.

Jusepa.

No Josepicas,
señora, que me he quedado
haciendo los matachines.
¡Que aqui resucite un hombre, *ap.*
para que venga á morirse
mi joya, sin que haya imágen
que las joyas resucite!

Beatriz.

¿Eres Don Diego? ¿ó su sombra?

Diego

Nada, Beatriz ¿no lo viste?
que ausentes aun no conservan
su sombra los infelices.
Soy una vida pasada,
soy una flor, en quien tienen
enojos de los Diciembres,
las galas de los Abriles.
Exalacion que en el aire
pasa escribiendo matices
ardientes de fuego, y tantos
se borran como se escriben.
Mentira soy descubierta
del desengaño, que quise
durar, y ha tenido el tiempo
cuidado de desmentirme.
Soy un Don Diego acabado;
soy un Don Luis, que recibe
favores hoy que le ofenden,
y dichas que le persiguen.
Soy una suerte trocada;

y en fin, un hombre, á quien dicen
todos los pesares, eres;
y todos los bienes, fuiste.

Beatriz

¿Qué no fué cierta tu muerte?

Diego

Si fué, y aquí se confirme,
pues á pesar del mirarte,
muerto me tiene el oirte.
Las sombras de aquesta noche,
bien á mi túmulo sirven,
y alguna piedad te debo,
pues una luz me pusiste.

Beatriz.

¿Cómo llegaste á mi casa?

Diego.

¿Siéntesl0 mucho?

Beatriz

A decirle
no acierto cosa que importe. *ap.*

Diego.

Beatriz, á tu casa vine,
porque despues de tres años
que ha que la suerte me oprime
con una ausencia, y mil males
de aquellos que se resisten,
(que hay otros sin resistencia,
y en este de hoy se acrediten,
que tan de repente matan,
que apenas dejan sentirse)
Volví á Madrid, y en llegando,
que fue esta noche, previne
buscarte luego en la casa
donde quedaste al partirme.
Juzgué que en ella te estabas;

¿qué errado discurso hice,
pues te mudaste tan lejos,
Beatriz, de donde viviste?
Salí á la calle Mayor;
y cerca de San Felipe
me acometieron seis hombres;
no eran muchos, que eran ruines;
pues á los lances primeros,
el uno cayendo, dice:
muerto soy, y los demás
no le imitaron con irse.
Retireme cuidadoso
de tres ó cuatro alguaciles,
que á la pendencia acudieron,
unos onzas y otros linces.
A pocos pasos que anduve,
con ánimo de encubrirme,
se me ofreció un caballero
valiente, cuerdo, apacible;
(que todo supo mostrarlo)
pensó que llegaba á herirle,
sacó animoso el acero;
desengañele, pedile
favor, contándole el caso,
y él respondiendo: seguidme;
y yo siguiendo sus huellas,
venimos, (es imposible
que cuando llego á tu casa,
Beatriz, donde es el origen
de mi desdicha, las voces
al alma no se le olviden).
Venimos, pues, á tu casa,
llegó el caballero á abrirme
de aquesta jardin la puerta,
que está junto á los jasmines.

Ahora conozco que era
tu padre, bien hay que estime,
en que él la vida me guarde,
para que tú me la quites.
Dejome cerrado, y fuese
para volver á asistirme,
cuando su gente en el sueño
los pasos no le averigüe.
Quedeme en el jardin solo,
y algo despues sentí abrirse
la misma puerta: turbome
la novedad, y escondime
debajo de una arboleda,
que pareció convenirme
para acechar á su sombra,
con calidad de invisible,
tentando, como quien busca.
Llegó una muger á asirme,
díjome que la siguiese,
sin hablarla: persuadime
que era muger enviada
del caballero, á cumplirme
la palabra de buscarme:
(no hay yerro á que no me incline)
seguila, y aqui me puso.
No tengo que referirte
lo demás, porque lo sabes,
y el tiempo no lo permite:
quédate á Dios.

Beatriz.

¿Pues no aguardas
satisfacciones?

Diego.

He de irme
para esperar á tu padre,

que en el jardin, como dije,
me ha de buscar, y ya es hora.

Beatriz.

¿Tampoco piensas decirme
la causa, de que tu muerte
se tenga por infalible?

Diego

Ni eso te importa, ni hoy puedo
con mas relacion servirte;
porque tu padre me busca,
y es fuerza, si á descubrirme
viniese en esta ocasion,
que infamemente peligren,
en mi la lealtad de huesped,
y en tí el honor que tuviste,

Beatriz

¿Y no el que tengo, Don Diego?
¿tanto al honor contradice
el lance de aquesta noche?
¿sospecha induce tan firme?
cosa que á Don Luis hallase *ap.*
mi padre, que es muy posible,
pues en el jardin espera,
Jusepa es bien que le avise.
Tomemos algun color, *á D Diego.*
primero que trates de irte,
Don Diego, sepamos qué hace
mi padre Jusepa, dile *ap.*
á Don Luis....

Diego.

No me detengas.

Leonor.

Aquí es razon divertirle. *ap.*
¿Don Diego, no os acordais
de Leonor?

Diego.

Nunca los tristes,
Leonor, han sido corteses;
perdona que califique
mi pena con ser grosero,
y ella el perdon solicite.

Beatriz.

Que luego, pues tiene llave (1)
se vaya.

Jusepa.

Voy.

Beatriz.

Advertirle
podrás, que mi padre estorva
la suerte que le ofreciste.

Jusepa.

Voy á llevarle la nueva.
Buena ocasion de pedirle
albricias; notad mi história
las que servís á los Luises.

ESCENA VI.

Dichos menos Jusepa.

Diego.

¿Qué gustas de detenerme?

Beatriz.

No te canses, que has de oirme,
Don Diego, satisfaciones.

Diego.

Mira, Beatriz, no me obligues
á que te escuche, que ahora
no has de poder persuadirme,

---

(1) *Mientras habla Leonor con Don Diego, dice Beatriz á Jusepa aparte.*

y es mucho mejor dejarme
dudoso, que no invencible,

Beatriz

Yo espero que he de vencerte.

Diego.

Yo sé que por mas que pintes
el lienzo de las disculpas,
y sus colores me afirmen
verdades en lo pintado,
la mentira ha de rendir,
porque colores caducos
en breve espacio desdicen.
Piensalo, Beatriz, mejor,
y aguarda á que se desvie
de mi pesar lo reciente,
quizás sabrás reducirme;
que en el principio del daño
no hay cosa que no lastime,
palabra que no le encone,
disculpa que no le irrite:
despues á manos del tiempo
la misma razon se rinde.
Déjalo al tiempo que allana
las cumbres inaccesibles,
y no me detengas mas;
ni en riesgo tal me porfies,
que iré con mayor cuidado
de ver que le desestimes.

ESCENA VII.

Beatriz y Leonor.

Beatriz.

No quiso esperar Leonor.

Leonor

Hermana, fue duro el lance,

y es imposible que alcance
siempre el sosiego al dolor.
Un caballero que tuvo
fortuna en tu voluntad,
y en tanta serenidad
de honesto favor estuvo;
¿qué mucho, Beatriz, que viendo
su bien aquí tan mudado,
se fuese desesperado,
de sus desdichas huyendo?
fuera de que anduvo bien
en irse, por el rezelo
de mi padre.

Beatriz.

Sabe el Cielo,
si me ha pesado tambien:
¿qué haremos, Leonor, hermana?
tu ayuda me ha de valer.

Leonor.

Aquí, Beatriz, no hay que hacer,
sino aguardar á mañana;
que pues Don Diego se queda
por huesped de nuestro padre,
tendrá ocasion que cuadre,
para que dársele pueda
despacio satisfacion.

Beatriz.

¿Y cuál te parece á tí?

Leonor.

No es para tratado aquí,
que daña la dilacion
en este lugar; arriba
lo trataremos mejor.

Beatriz.

Bien dices, vamos Leonor,

y mata esa luz,

Leonor.

Mas viva *ap.*
se vé mi esperanza ya,
que puesto en Madrid Don Diego,
Beatriz le ha de querer luego,
y á mí Don Luis me querrá.

ESCENA VIII.

Jusepa.

¿Llevar una mala nueva
yo á Don Luis, no era mejor?
encargarlo á un Receptor,
que es quien estas cosas lleva?
¡Qué alegre Don Luis la aguarda,
qué triste la ha de tener!
y mas lo ha de padecer,
sobre lo mucho que tarda
Tambien á mí me condena
la suerte que le ha salido;
¿qué fuera, á no haber venido
delante ya la cadena?
Por eso es bien acordado
que se adelante el favor;
y entre los grandes de amor
me inclino al Adelantado.
¿Mas dónde Don Luis está?
que aunque por señas le dí
los árboles, falta aqui (1).
Verase impaciente ya
de esperar, y habrá salido
por el jardin solo á andar,
que asi se suele engañar.

---

(1) *Llega á los árboles.*

el ansia de un mal sufrido,
sino es que la oscuridad
le recata, y mas de mí,
que con la vista nací
tan ruin, que es civilidad.

ESCENA IX.

Jusepa y Don Diego, y va ácia los árboles.

Diego.

Ya no es Madrid el peor
de los que me han recibido,
pues el amor me ha tenido
guardado pesar mayor.
¿Es ilusion la que ví?
¿Beatriz con nuevo cuidado,
con un Don Luis estimado
tan presto en lugar de mí?
Pero tres años, no es presto;
que mucho menos distancia
suele caber la inconstancia
de las mugeres: ¿qué es esto?
bulto otra vez de muger
ácia los árboles? cosa
se puede ofrecer forzosa;
Jusepa debe de ser.
¿Mas si á mirar lo que hacia
su padre de Beatriz fue,
como en el jardin se ve?
Todo á turbarme porfia,
sentido mis pasos haya:
llegándose viene á mí.

Jusepa.

¿No es hombre lo que está allí?
hombre es, y Don Luis será.

pero del yerro pasado
me acuerdo, enmendarle intento,
que á voces del escarmiento
despierta siempre el cuidado.
Primero me ha de decir
su nombre.

Diego.

Embozarme quiero,
que alguna desdicha infiero
de que esta vuelva á salir.
¿Mas si viniese á buscar
aquel Don Luis que nombró
Beatriz, cuando descubrió
que estaba yo en su lugar?

Jusepa.

¿Quién es?

Diego.

Aqui lo veré.
Don Luis.

Jusepa.

Eso pido, ahora
no le erraré mi señora,
pues os llamó, ya se ve,
Don Luis, que gusta de hablaros:
pero su padre ha querido
bajar al jardin, y ha sido
gran ventura avisaros;
pues llave teneis, salid
al punto, y no me detengais.

Diego.

Llave teneis: ¿qué escuchais *ap.*
zelos? callad, y morid.

Jusepa.

A Dios Don Luis, que no puedo
detenerme: ahora sí *ap.*

que lo hice bien.

Diego.

¡Ay de mí!
con cuantas desdichas quedo;
galan que tiene la llave,
la puerta tiene tambien:
y aun del amor todo el bien
en estos indicios cabe.
Con tanta comodidad
se sigue este galanteo:
¿qué, cuesta tan alto empleo
tan poca dificultad?
¿Era en Beatriz tan humano
el Cielo con mi porfia?
¿Lleguéla á hablar algun dia?
¿Tuve un papel de su mano?
¿Puedo contar mas favor
que un apacible semblante,
y que mirándome amante
no se ofendiese su honor?
¿Pues cómo tal diferencia?
¿cómo Beatriz tan mudada?
¡Qué duda tan escusada
donde hay muger y hay ausencia!
¡Válgame Dios! los reflejos (1)
de aquella luz que allí viene
con tanta gente, previene
mas mis miedos desde lejos.
¿Quién puede ser? que á buscar
Don Gerónimo, es concierto
que ha de venir encubierto,
porque ha ofrecido ocultarme.

(1) *Mira ácia el paño.*

Sale Julepa.

Ivame á entrar, y advertí
ruido de gente que sale
con luz; la noche me vale
para acechar desde aqui,
sin que me puedan notar (1),
en escusando el encuentro,
cómo que salgo de adentro,
podré llegarme á escuchar.
¿Gente con luz? ¿á qué fin?
¡qué lance tan desdichado,
si se estuviera encerrado
Don Luis en este jardin!
á qué buen tiempo se fue.

ESCENA X.

Dichos, Don Gerónimo y el Teniente con dos ó tres alguaciles, con una hacha encendida.

Ya salen, tras ellos voy
algo apartada.

Gerónimo.

No estoy
quejoso, ni lo estaré,
señor Teniente, jamás;
porque mi casa, en rigor,
no es casa de embajador.

Teniente

En mi estimacion es mas;
y aunque noticia he tenido
de que este jardin se abrió
no ha mucho, y un hombre entró,

---

(1) *Arrimase á un lado.*

que es lo que aquí me ha traido,
faltándome la licencia,
no me arrojára yo á entrar,
aunque supiera no hallar
el hombre de la pendencia;

Gerónimo

Búsquese muy en buen hora.

Teniente.

Buscadle, pues lo permite (1)
quien puede mandar.

Gerónimo

Visite *ap.*
despacio el Teniente ahora
todo el jardin, pues Don Luis
seguro en mi cuarto está.

Diego.

¿Recelos. qué os falta ya?
¿sospechas, qué me decís?
¿esta desdicha á quién pasa?

Alguacil 1.

¿Quién va allá (2)?

Jusepa.

Quién ha de ser:
¿no ven que es una muger,
y que parece de casa?

Alguacil 1.

Otra pregunta es forzosa;
¿qué haceis aquí desvelada?

Jusepa.

Hago el papel de criada,
que es el papel de curiosa.

---

(1) *Van buscando los Alguaciles.*
(2) *Topan con Jusepa.*

Alguacil 2.

Concluyome: id adelante
con la luz.

Juscpa.

Esto parece
justicia.

Diego.

Mi asombro crece,
y era al principio gigante (1).
Aqui hay un hombre escondido:
¿qué haceis aqui?

Diego.

Qué sé yo:
mi suerte se declaró *ap.*

Alguacil 2.

Venid á ser conocido.

Diego.

¿A dónde?

Alguacil 2.

Al señor Teniente.

Diego

Esto faltaba al cuidado; *ap.*
¿mas zelos lo han ocupado,
qué puede haber que le aumente?

Jusepa.

Prendieron un hombre: ! ay Dios!
¿si fuese Don Luis? yo llego;
no es Don Luis, sino Don Diego.
menos mal entre los dos.

Alguacil 2.

Este hombre se halló encubierto (2).

---

(1) *Llegan á Don Diego*

(2) *Llegan al Teniente con Don Diego.*

Gerónimo.

¡No siendo Don Luis, qué encanto!

Juseva.

¿Es noche de jueves Santo,
que se hace prision en huerto?

Teniente.

¿Cómo os llamais?

Diego

No hay negar
el nombre: Don Diego soy
de Silva.

Gerónimo.

Confuso estoy, *ap.*
y enmedio de harto pesar.
Un hombre traje yo aqui,
y hallo dos, claro se vé,
que el uno de los dos fué
quien se ha venido por sí.
Tengo dos hijas hermosas:
¡ay, honor! ¿qué es lo que infieres?
que tienen el ser mugeres
muy junto al ser generosas.

Teniente

Aqui no queda que hacer;
dadme licencia

Gerónimo.

Esperad,
señor Teniente, y pensad
que ahora llego á saber
del preso que se ha ofrecido;
no os engañé

Teniente.

No he pensado
tal cosa.

Gerónimo.

De algun criado
la accion de esconderle ha sido.
Conviene aqueste color, *ap.*
porque dudar de su entrada,
fuera dejar fulminada
la causa contra el honor.

Diego.

¿Antes que vamos, quereis (1)
una palabra?

Gerónimo

Y aun dos.

Diego.

Caballeros como vos,
que tanta sangre teneis,
no engañan.

Gerónimo.

Verdad hablais;
¿mas qué es la ocasion?

Diego.

¿Aquí
no me encerrasteis á mí?
¿Y ahora no me entregais,
atribuyendo la accion
del esconderme á un criado?
Pues no, no se ha contentado
con esto la presuncion:
¿cuando me abristeis la puerta,
no os fuisteis por otra parte,
diciendome (porque el arte
cualquier escusa concierta)
que era por mas me ocultar?
¿Y fué, segun el suceso,

---

(1) *Aparta Don Diego á Don Gerónimo.*

para trazar que esté preso
quien huésped empezó á estar?
Mirad si escrito el engaño,
del trato que juzgué amigo;
por descansar os lo digo,
que no porque tema el daño.

Gerónimo.

Quejoso estoy sin razon,
mas no sin causa; no quiero *ap.*
perder de buen caballero
con él la reputacion.
Aquí, Don Diego, hay desgracia,
no culpa, vos lo vereis.
¿Señor Teniente, quereis
hacerme un favor que es gracia?

Teniente.

Mandad, y sereis servido.

Gerónimo.

Quisiera preso á Don Diego
en mi casa.

Teniente.

Ya os lo entrego,
que el hombre que queda herido
dicen que sin riesgo está:
mas cuando riesgo tuviera,
del mismo modo os sirviera.

Gerónimo.

Dos presos hiciste ya
conmigo, ponednos guarda.

Teniente.

¿Qué guarda mejor que vos?
¿mandais otra cosa? á Dios.

Jusepa.

Beatriz sin duda me aguarda,
voy á contarla el suceso.

ESCENA XI.

Dichos menos Jusepa.

Gerónimo.

¿Quéreis salir por aquí, (1)
que viene á atajarse?

Teniente.

Sí.

Gerónimo.

Seguro dejais el preso,
y á mí con abligaciones
perpetuas; el Cielo os guarde.

Teniente

Quedad con Dios, que ya es tarde.

ESCENA XII

Don Gerónimo y Don Diego.

Geronimo.

Bien me tratais, confusiones:
¿quién entre tantas anduvo?
Don Luis en lo que me ha hablado
de la pendencia, ha tratado
como hombre que en ella estuvo:
por otra parte, en Don Diego
señales tan ciertas ví,
como decir que le abrí
la puerta, y le dejé luego.
¿De abismo que es tan obscuro,
rezelos, qué me decís?
que el sospechoso es Don Luis,
y que es Don Diego el seguro.

---

(1) *Señala la puerta del jardin de la calle.*

Ahora bien, yo he de apurar
el caso, volviendo á ver
á Don Luis, porque ha de ser
con maña particular.
No ha de faltarme color
de hacer segunda visita:
¡ mas hay, que ya necesita
la brevedad el honor!
Don Diego me espera ya,
quiero con gran cortesía
culparle la grosería
de la opinion en que está.
Señor Don Diego, yo soy
un caballero que trato
de no desmentir ingrato
la obligacion en que estoy.
Mi estudio principal es
servir por honestos modos
á los amigos, y á todos,
que es el mayor interés.
A nadie he visto con queja
sino es á vos, que decís
que os engañé, y es que oís
lo que el dolor aconseja.
Satisfacion os daré
con lo que os pienso servir,
y vos vendreis á decir,
servido, si os engañé
Venid á ese cuarto bajo
que habeis de ocupar, y allí
conocereis que hay en mí
socorro para el trabajo,
consejo para la duda,
verdad para la promesa,
y un corazon que profesa

mostrar el alma desnuda.

Diego

Corrido estoy, responderos
quisiera.

Gerónimo.

Muy tarde es ya;
venid, que ocasion habrá:
no engañan los caballeros.
Al cuarto bajo le guio, *ap.*
que no se puede escusar,
pues no es hora de aliñar
el alto que está vació.
Fuera de que Don Luis
tiene el de enfrente, y no es bien
que tan vecinos estén;
recato, bien advertis.
Vamos, honor, á tratar
de vuestro negocio: el Cielo
mejore tanto desvelo.

Diego.

¿Fortuna, en qué he de parar?

Gerónimo.

Venid, Don Diego, conmigo:
ya tengo otro huesped nuevo, *ap.*
¡con qué cuidado le llevo!

Diego.

¡Con qué cuidado le sigo!

ESCENA XIII.

Habitacion de Doña Beatriz.

Beatriz y Leonor.

Beatriz.

¿Qué te parece Leonor?

lo que Jusepa ha contado.

Leonor

Paréceme que ha mirado
piadoso el Cielo tu amor.
Don Diego en casa asegura
tu dicha.

Beatriz.

¡Felix suceso!
disgusto es tenerle preso;
pero tan cerca, es ventura.

Leonor.

Tambien lo fué que avisase
Jusepa á Don Luis.

Beatriz.

En todo
se va mejorando el modo
de mi suerte.

Leonor.

Enmendarase
sin duda; contenta estás,
como se vé que es Don Diego
la causa.

Beatriz.

No te lo niego,
ni lo he negado jamás.

Leonor.

¿Y Don Luis?

Beatriz.

No hay ya Don Luis.

Leonor.

¿Eso, Beatriz, no es mudanza?
tomad aliento, esperanza, *ap.*
que buenas nuevas oís.

Beatriz

¿Has visto en muriendo el Sol,

cuando la noche apresura
sus lutos, y en nube obscura
vuelve el dorado arrebol,
cómo se deja morir
en luz ardiente la estrella,
tan alentada, tan bella,
como quien viene á reinar?
¿Y luego cuando amanece
otra vez, y el Sol se mira
como si fuera mentira,
la estrella se desaparece?
Tal á Don Luis juzgo yo,
Leonor, que le ha sucedido,
porque su estrella ha lucido
mientras Don Diego murió.
Vuelve Don Diego á nacer,
y al mismo punto que nace,
todo Don Luís se deshace,
perdiendo caduco el ser,
con tanta desigualdad,
que es la luz que ahí se mira,
Don Luis estrella y mentira,
Don Diego Sol y verdad.

ESCENA XIV.

Dichas y Jusepa.

Leonor.

Jusepa viene.

Beatriz.

¿Tenemos,
Jusepa, mas novedades?

Jusepa.

Salud y gracia; sépades,
que muy vecinas nos vemos
de Don Diego.

Beatriz.

¿Cómo asi?

Jusepa

Porque tu padre le dió
su cuarto, y él se pasó
al otro de enfrente.

Beatriz

¿Y dí,
cómo lo sabes?

Jusepa.

Ahora
me dijo que allí le armase
una cama en que pasase;
hasta que venga la Aurora,
diciéndome que dejaba
á un huésped el cuarto suyo;
que será Don Diego arguyo
el huésped.

Beatriz.

Dudosa estaba;
bien se hace todo, Leonor;
pues ese cuarto que tiene
Don Diego, ya ves que viene
por medio de un corredor
á juntarse con el nuestro;
comodidad hay de ver
á Don Diego

Jusepa.

Y yo he de ser
en este encierro el cabestro.

Beatriz.

Corre, Jusepa, á llevar
lo que mi padre pidió,
y vuélvete.

Jusepa.

Harelo yo,
que muero por encerrar.

ESCENA XV.

Cuarto de Don Gerónimo.

Luis.

Como si fuera muy leve
la confusion en que estoy,
á mas confusiones voy,
sufriendo que el mal me lleve.
Pasos y ruido he sentido
por el jardin, el secreto,
á que me tiene sujeto,
la suerte que me ha escondido.
¡Válgame Dios! ¿qué seria?
¿puede Beatriz tener parte
en ello? No, no es parte
sino miedo; la cortesía
desdice de su recato;
el ruido que allí noté,
¿mas si es el hombre que fue,
ya debe de haber buen rato,
con la muger, el que dió
causa al estruendo? ¿es posible?
sospecha, venís terrible,
mentid, porque viva yo. *llaman.*
¿No llaman en esta puerta?
llamando están; voy á abrir;
por lo que puede venir
me he de embozar, ya está abierta. *abre.*
¡Válgame el Cielo! ¿si amor
mis esperanzas ayuda?
¿Quién llama?

ESCENA XVI.

Don Luis y Jusepa á la puerta.

Jusepa.

Salir de duda *ap.*
conviene, ¿sois mi señor?

Luis.

No soy, sino huésped suyo.

Jusepa.

Sedlo en buen hora, Don Diego;
Beatriz ha de hablaros luego:
yo voy por ella.

ESCENA XVII.

Don Luis.

¿Qué arguyo
de aqui? mas qué hay que argüir,
¿ya no se ve que mi suerte,
sobre un Don Diego me advierte,
que yo he quedado á morir?
¿Ya no se ve que aquel hombre,
que con la muger salió
de los árboles, me dió
la muerte aqui con el nombre?
¿Qué confusion haber puede
tan triste mas no ha acabado; *llaman.*
que en otra puerta han llamado
Cerrada aquesta se quede, (1)
y vamos á ver quien llama

(1) *Cierra la primera.*

por acá: ¿Cielos, qué es esto?
¿tanta fortuna tan presto?
Mirad que el poder se infama
con perseguir á un rendido:
¿quién llama? (1).

ESCENA XVIII.

Don Gerónimo y Don Luis.

Gerónimo.

No os emboceis,
Don Luis.

Luis.

Señor.

Gerónimo

Dudareis
la causa de haber venido
segunda vez á inquietaros.

Luis.

Por fuerza ha de ser favor.

Gerónimo.

Es á lo menos amor
el que temo averiguaros,
¿No es hora de recojeros?
¿vestido os estais asi?

Luis.

Sabed que me recogí;
mas á los lances primeros
del sueño, me pareció
(quizá por aqui sabré *ap.*
mejor lo que el ruido fue)
que cerca de mí se oyó
ruido de gente, despierto,

---

(1) *Abre.*

juzgó lo mismo el cuidado,
púseme en pie: desvelado;
y al fin soñé, que es lo cierto.

Gerónimo.

No habeis soñado Don Luis,
(él mismo el color me ofrece); *ap.*
que esto que sueño os parece,
y el ruido que me decís,
era un Teniente que andaba
por el jardin con su gente.

Luis.

¿Pues qué buscaba el Teniente?

Gerónimo

A vos, Don Luis, os buscaba;
y es que vuestro page (aqui
si me ha mentido veré) *ap.*
con quien hablando os hallé:
ya estais en quien digo.

Luis

Sí,
en aquel page que hablando
conmigo estaba, (ir con él *ap.*
es fuerza).

Gerónimo

¡Ah Don Luis infiel!
¿qué page te hablaba, ó cuándo? *ap.*
le dijo que os escondísteis
en mi jardin; no os halló
Don Luis, y asi se volvió:
este es el ruido que oísteis.
Yo viendo que era forzoso
que hubiésedes algo oido,
propuse, con lo advertido,

quitaros lo cuidadoso (1).
Allí llaman, estad quedo.
¡Válgame Dios! ¡quién será! *ap.*
Don Diego sin culpa está

Luis

Quitarle el llegar no puedo,
porque es su casa.

Gerónimo

¡Ah traidor! *ap.*
tu muerte aquí se concierta.

Luis

Buen lance falta en la puerta,
mas no es terrible el rigor;
pues si se vuelve á nombrar
allí el Don Diego que oí,
verá mi huésped, que en mí
no tiene que recelar (2).

Gerónimo.

Llegar embozado es bien,
y aun la voz diferenciar:
que sé yo lo que he de hablar
en esta ocasion tambien (3).
Abro.

Jusepa

¿Don Diego? ya va
Beatriz para hablar contigo.

Gerónimo.

No puede ser, que conmigo
su padre en visita está. *Cierra.*
No es para ruido este caso; *ap.*

---

(1) *Llaman á la puerta primera, y haga Don Luis movimiento de ir allá.*

(2) *Embózase Don Gerónimo, y llega á la puerta.*

(3) *Abre, y vese Jusepa.*

paciencia, honor, por un poco;
si yo no me vuelvo loco,
¡Cielos, en qué confusion
entra otra vez el cuidado?
no ha mucho que era culpado
Don Luis en una traicion:
Don Diego estaba sin culpa,
y en un instante el honor,
halla á Don Diego traidor,
y á Don Luis con su disculpa.
Mas hay que pensar aqui
de lo que se entiende: quiero
pensarlo solo, el acero
despues volverá por mí:
cerrada dejo la puerta (1)
Vuelvo á mirarla, que es corta
mi dicha; ¿pero qué importa,
si queda la infamia abierta?

Luis.

¿Cómo le habrá sucedido *ap.*
que le ha obligado á tardar?

Geronimo.

Conviene disimular *ap.*
el lance, como ha venido.
Perdonad el detenerme,
que como me imaginaban
en este cuarto, pasaban
mis hijas ahora á verme;
y no es, sino que querian
saber el ruido que oyeron,
como vos: ya se volvieron.

Luis.

Mis dudas siempre porfian; *ap.*

---

(1) *Vuelve á mirarla.*

algo se da que temer
en esta escusa.

Gerónimo

Ya es tarde;
Don Luis, á Dios.

Luis

Dios os guarde.

Gerónimo

Caro me cuesta el hacer
amistades á los dos,
pues ellos tanto desdicen,
que bien dicen los que dicen:
hacer bien, que Dios es Dios.

Luis

Yo quedo en harta desdicha;
bien me tendrán cuidadoso,
de un huesped lo rezeloso,
y de un Don Diego la dicha.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Aposento de Doña Beatriz y Leonor.

Beatriz y Leonor.

Beatriz.

Leonor, impaciente estoy
de que mi padre estorvase
que ahora á Don Diego hablase;
creciendo en las ansias voy
de verle.

Leonor

¿Pues qué has de hacer?

Beatriz.

Volver allá.

Leonor.

No se gana,
Beatriz, en volver.

Beatriz.

Hermana,
no he de dejar de volver.

Leonor.

Cuando tú pasaste á ver
á Don Diego, fué una accion
que la ignoró la atencion,
y el caso la vino á hacer:
no se logró, y olvidada
de que el primero fué error,
á proseguirle el amor
te tiene determinada.
Mira que hay gran diferencia,
y está mas cerca la culpa,
que donde el caso es disculpa,

es gravedad la advertencia.

Beatriz.

Leonor, á Don Diego estimo;
téngole muy sospechoso;
con el engaño forzoso
que en sus rezelos imprimo.
Satisfacerle es razon,
y luego; porque estos males,
se van haciendo mortales
en dándoles dilacion.
A los principios, hermana,
se aplique la medicina,
porque hoy á sanar se inclina
quien se defiende mañana.

Leonor.

De dilatarse el remedio
tal vez la salud nació,
y alguno se apresuró,
que fué del peligro el medio.

Beatriz

Hoy en mi casa se vé
Don Diego, pero mañana
¿quién ha de saber, hermana,
si aquí tambien le tendré?
La causa porque está preso
puéde ser tal, que en un dia
le muden carcelería,
y aun tenga mejor suceso.
¿Cómo en saliendo de aquí
se ha de ofrecer ocasion
de darle satisfacion?
¿O cómo, Leonor, me dí,
sabré la casa que tiene,
cuando le quiera buscar?
(cosa en que habrá que pensar.

Y qué sé yo si previene
dejar al punto la Corte,
zeloso y desesperado,
que alguna vez al cuidado
se vé que la ausencia importe.
¿Con esta duda no es bien
que ahora le satisfaga,
pues en sus zelos estraga
mi honor, hermana, tambien.
¿Es bueno que se aventure
mi crédito, si el se va
sin escucharme? ¿Tendrá
despues quien mas le asegure?
¿La conveniencia de dar
despacio satisfacion,
admítese en ocasion
en que es peligro aguardar?
No, hermana, sepa Don Diego
lo que hay que saber de mí,
mi honor se defienda así,
y la fortuna obre luego.

Leonor.

Pues ya que resuelta estas,
Beatriz, en hablarle, sea
sín que en su cuarto te vea,
pues facilmente podrás,
bajándonos al jardin
por la escalera que tiene
tu retrete, y á dar viene
á esa pared de jazmin:
el cuarto en que está Don Diego
conoces, y la ventana
que mira al jardin.

Beatriz.

Hermana,

ya tu discurso á ver llegó.
Querrás que Don Diego me hable
por la ventana

Leonor.

Es asi,
y hacerlo conviene aquí,
que es modo menos culpable.

ESCENA II.

Don Gerónimo.

Atended, si es posible, pensamientos,
que os he de consultar en cierta duda
que propone el honor; estadme atentos.
Un hombre traje aquí, que con mi ayuda
se libró del rigor de la Justicia:
ya le direis que agradecido acuda;
mas es tan mal mandada la malicia,
que aunque se lo digais, en sus acciones
vereis que no ha llegado á su noticia:
traje aquí un hombre, en fin, las confusiones
empiezan ya, dos hombres he encontrado,
que ambos dicen son de obligaciones:
siéntome entre estos dos tan injuriado,
que la culpa que en ambos considero,
ya la junto en los dos ciego y turbado.
Mis hijas, pues, honrado desespero:
(callar quiero la afrenta con quien lucho,
mas valeroso, cuanto mas severo)
buscában á Don Diego, yo lo escucho:
digo que lo escuché, mas que un agravio
suene aun ahora, si se oyó, no es mucho:
claro está que ha de darme el desagravio
la muerte, si Don Diego ha de ofenderme;
mas el pensar el modo, intento es sabio.

Vuelvo otra vez ahora á no entenderme:
si Don Luis entró aquí por agraviarme,
verdad á que es preciso resolverme;
si Don Diego no entró por injuriarme,
pues es cierto que entró por órden mia,
verdad de que es preciso asegurarme;
si no miente en decir que le seguia
la Justicia, pues hallo que el Teniente
confirma los temores que él decia:
¿cómo en Don Diego culpa se consiente?
¿Mas cómo no ha de estar tambien culpado,
si le busca Beatriz secretamente?
Dígalo ya sin freno mi cuidado:
rompa la voz el inmortal desvelo,
que pasará por tibio, si es callado.
Mi sangre es hoy el esplendor del suelo,
que Beatriz y Leonor, mis hijas caras,
que juzgan á la fama tardo el vuelo,
agravian mis sospechas; ¡penas raras!
en el honor permaneciendo fijas:
mas con pasion discurro, y yo voy ciego,
que aunque las ven mugeres, son mis hijas:
destruyan presunciones tan prolijas
en acusar, y en disculpar avaras.
Guardado está Don Luis; pero Don Diego,
buena ocasion tendré para venganza,
que menos humo dé de oculto fuego,
lo que un cuerdo temor ahora alcanza,
es que Don Diego, pues buscado ha sido
de Beatriz, la dedica su esperanza,
que no vive su intento desvalido,
que no ha logrado la ocasion de hablalle
Beatriz, y es el amor poco sufrido,
que ha de volver despues á visitalle;
y si Don Luis á responderla viene,

conocerá que allí no hay que buscalle,
que el cuarto de mis hijas puerta tiene
al jardin, y lo mismo el que le he dado
aquí á Don Diego, y por prision previene:
temo que pueden verle, estoy turbado,
que amor que comunica corazones,
dirá que en este cuarto está encerrado:
bien es adelantar las prevenciones
á los peligros; pero honor ¿qué es esto?
¿ya os volveis á villanas presunciones?
¿á trato os persuadís menos honesto?
Mas que importa tenerlo yo conmigo,
ojala me engañase el presupuesto:
yo me bajo al jardin, que hay enemigo
dentro de casa, y el rezelo es justo,
ó si bajase solo á ser testigo
de algun vano temor, ya que no injusto!

ESCENA III.

Decoracion de Jardin.

Diego.

Qué mal acierta el sueño
la inquietud de un cuidado,
y mas en el cuidado de un zeloso:
mírame amor con ceño,
mira con dulce agrado
la suerte de un Don Luis, que es mas dichoso.
¿Cómo ha de haber reposo,
donde hay amor y zelos?
¿Dónde la agena dicha
sirve de mas desdicha,
juntando á los dolores los recelos?
Duerma quien no es amante;
y aun quien ama sin zelos, duerma y cante

no aquel que padecidas
mil suertes importunas,
con opinion, y aun con verdad de muerto,
cuando ya sacudidas
las mayores fortunas,
le aseguraban en Beatriz el puerto:
piélago mas incierto
llega á ver en sus ojos,
mas fieras tempestades
le dan sus deslealtades:
mas erizado el mar en sus antojos,
que puerto tan amigo,
vuélvame al golfo, quien me busca abrigo.
Este Don Luis, que sabe
la entrada á la ventura,
por el jardin, que con asombro piso,
teniendo de él llave,
como me lo asegura
en Jusepa el rigor de aquel aviso,
que esté dentro es preciso;
y aunque la esté esperando
pues el suceso ignora:
¡ó si le hallase ahora
mi despecho, sus dichas aguardando,
que bien con el acero,
le haré de mis fortunas compañero!

ESCENA III.

Don Diego, Beatriz, Leonor y Jusepa.

Beatriz.

Notablemente, Leonor,
la oscuridad persevera.

Leonor.

Tales, hermana, quisiera

sus noches siempre el amor:
la Luna viene mal vista
de los amantes.

Diego.

Parece *ap.*
que una muger se me ofrece,
y aun mas de dos á la vista.
No es bien mostrarme hasta ver
que intentan: yo me retiro,
que en estas ramas que miro
me puedo ahora esconder.
¡Cielos! aun no ha descansado
la confusion á que llegó.

Beatriz.

Paréceme que á Don Diego
mi padre habrá ya dejado.

Leonor.

No hay duda.

Beatriz.

¿Jusepa?

Jusepa.

Aqui,
todo Jusepa ha de ser;
¿no hay traza allá para hacer
una emboscada sin mí?
¿Parece que yo tambien
no soy doncella, que trato
de honestidad y recato,
como otras que aqui se ven?

Beatriz.

Tira una piedra.

Jusepa.

Peor
es eso; de loco es
tirar piedra: no lo ves,

¿qué mas mandára el amor?
Mas ya que en dichos y grandes,
esta flaqueza advertí,
enloquézcase por tí,
que basta que tú lo mandes (1).
Tiro y retiro

Beatriz

No mas:
¿qué intentas?

Jusepa.

¿Esto te admira?
quien piedras una vez tira,
no queda en una jamás.

Diego.

¡Válgame Dios! ¿no tiraron
arriba? señal es esta
que pide alguna respuesta.

ESCENA IV.

Dichos y Don Luis á la ventana.

Luis.

Dos ó tres golpes sonaron
arriba, no sé qué ha sido;
y en noche que es tan oscura,
bien mi recelo asegura
de ser aqui conocido.
Y de mi valor llamado,
llevado de mi pasion,
sin discurso y sin razon,
hasta el jardin he bajado.
¿Qué será? ¿mas qué ha de ser?
alguna nueva desdicha,

---

(1) *Tira á la ventana.*

*

que ya conmigo, á la dicha
no le ha quedado que hacer.
Aquel Don Diego, que ha poco
que andaba Beatriz buscando,
viene á mi amor acordando
lo obligacion de estar loco.
¿Mas si le busca tambien
ahora? Dice que sí
mi temor; pues será asi,
que suele acertar muy bien.
De tres mugeres se miran
los bultos, ellas serán:
¡Válgame Dios! ¿qué querrán?
¿á qué pretension aspiran?
Fingiendo que soy Don Diego,
veré lo que me responden.

Diego

Parece que corresponden
de arriba, pues vino luego
un bulto ácia aquella puerta:
¿qué haré sin errarlo yo?

Leonor.

Don Diego, hermana, salió
por la puerta; ¿estaba abierta (1).

ESCENA V.

Dichos. y Don Gerónimo al paño.

Gerónimo.

Cerrada por mí quedó
con una aldaba esta puerta,
y ahora la miro abierta;
¿miedos, decid quién la abrió?

(1) *Vanse llegando á la ventana.*

Ya sale corriendo á dar
su parecer el recelo;
permita piadoso el Cielo
que acierte una vez á errar.
Dice que Don Diego fue
quien pudo la puerta abrir,
no le sabré desmentir,
que yo lo mismo pensé:
¿mas no es posible que fuese
sin ruido? es posible;
pero es el mal infalible,
si es mal de que á mí me pese.
Yo lo veré; mas allí (1)
se va una muger llegando:
como el temor se está holgando
de ver que acertase aqui.
¿Quién duda que Beatriz es?
y aun otras dos la acompañan,
las sospechas no me engañan:
¿honor, mis hijas no ves?
Paciencia, y sepamos mas,
que pues la puerta me esconde,
sabré quien habla y responde;
desdicha, pesada estás (2).

Beatriz.

¿Quién está aqui?

Luis.

La voz *ap.*
se disimule, Don Diego.

Beatriz

Feliz ha sido la entrada, *ap.*

(1) *Va á salir y tienese.*

(2) *Encúbrese, y llegan Beatriz y Leonor junto á la ventana.*

si el fin responde tan diestro?
¡válgame amor! él me ayude.
Don Diego, á buscarte vengo
con un recado que importa,
y es de mi honor, cuando menos.
Escúchame con cuidado,
que ya que una vez nos vemos
en parte, donde las voces
pueden romper el silencio,
donde mi padre no aguarda,
donde nos jura el secreto
la oscuridad de la noche,
lo retirado del puesto,
satisfaccion he de darte
con que se acaben tus zelos:
disculpa no, que disculpa
quiere decir que hubo yerro.
Dirás que he sido mudable,
pues olvidé los deseos
con que tu amor merecia
semblante apacible un tiempo.
Que admito nuevos cuidados
en un Don Luis, á que atiendo,
delito que siempre es grande,
en siendo cuidados nuevos,
que no es sospecha ni sombra
pues ha tampoco que viendo
en un aposento estabas
la causa de tus desvelos.

Luis.

En un aposento dice, *ap.*
las señas no me mintieron;
otro Don Luis es sin duda
quien tuvo mejor suceso.

Gerónimo.

No alcanzan aquí las voces; *ap.*
solo entre dudas advierto,
que está con Don Luis hablando
Beatriz ó Leonor: ¡ah Cielos!

Diego.

Con un hombre ácia esta parte,
que una muger habla es cierto:
¿por cuánto direis cuidados
que no es Beatriz la que veo.

Beatriz.

Los cargos que son posibles
contra mi amor he propuesto,
que fácil es la otra parte *ap.*
de dar la salida de ellos.
Tres años ha, y aun tres siglos
contara mi sentimienso,
que de Madrid te ausentaste,
la causa ya la sabemos:
no quiero decir si tuve
pesar entonces, ni quiero
contarte finezas, que antes
he de saber si las debo.
Pasaron algunos dias
de tu ausencia, y luego
vino una nueva á la Corte,
sembrando que estabas muerto;
sintiéronlo tus amigos,
vistieron luto tus deudos,
y de una Beatriz el alma
muy deuda tuya la vieron.
Harto, Don Diego te he dicho;
mas escusarlo no puedo,
que he prometido verdades,
y miento si en algo miento.

Despues de un año de luto,
(tén ánimo, que comienzo
las verdades que son duras,
mas tienen el fin sereno)
saliendo de Misa un dia,
me vió Don Luis de Toledo:
vióme Don Luis, y aun miróme;
y por decírtelo presto,
cuentale desde este dia
dos años de galanteo.
Prométote que he buscado
de divertirle mil medios,
más ya del amor conoces
que suele irritarle el freno.
Yo rezelando la nota
que se iba repartiendo
por el vulgo, cuyos ojos,
aun ven lo que está muy lejos;
como los medios pasados
eran de poco provecho,
y antes de espuela servian
al curso de sus intentos,
juzgué preciso el hablarle,
y asi le llamé creyendo
que le encerrarán mis voces
entre el temor y el respeto.
Vino llamado esta noche,
no sin consulta y acuerdo,
veniste tambien por mano
de mi padre, desmintiendo
los pasos que te seguian;
ya tu me contaste el cuento:
Jusepa á Don Luis buscaba,
hallote á tí, y entendiendo
que era Don Luis, para hablarme

te trajo á los aposentos,
donde turbados nos vimos.
Este, Don Diego es el hecho,
aquí la verdad te digo,
pues sin dejar satisfechos
tus zelos, fuera á mi estúdio
con buen color, aunque incierto,
pudiera decir que aspira
Don Luis al favor honesto
de Leonor, que yo la asisto,
como á mi lado la tengo,
y otras mentiras que salen
en semejantes aprietos
á ser verdades de paso,
y algunas quedan de asiento:
mas no, Don Diego, no corre
mi amor por esos rodeos.
Llamar para desengaños
á un hombre, parece esceso,
si ya los otros caminos
inútiles lo emprendieron:
y cuando á Don Luis mirara
(pongamos un desafuero
tan grande)...

Luis.

De estas verdades
escuchan los encubiertos.

Beatriz.

¿Fuera delito muy torpe
tratar de mi casamiento
juzgando que ya corrian
tres años sobre su entierro?

Gerónimo

Mucho la plática dura, *Al paño.*
y está mi honor advirtiendo.

que ahora por fuerza ha sido
Don Luis buscado de intento;
si por Don Diego le hablaran,
ya hubiera venido al suelo
el error, que los engaños
no saben estarse quedos.
No puedo sufrirlo mas,
que es el honor muy inquieto,
y para cualquier fortuna
tengo razon, y mi acero.

Luis

Parece que un hombre sale
de allí, retirarme es bien. (1)

ESCENA VI.

Don Gerónimo.

¡Hay penas que en mí no estén!
¡hay confusion que se iguale
con esta!, pues vive Dios
que se ha de acabar aquí,
que vive valor en mí
para matar á los dos.

Beatriz.

¿Cielos, es mi padre? el es.

Jusepa

¡Triste de mí! ¿mí señor
ahora? ¡Gentil humor
de no acostarse á las tres,
que hay noche que suele estar
como un marido á las diez,
y que se coma esta vez
las manos por estorbar!

(1) *Quitase de la ventana.*

Pues cierto que nò ha de hallarme
tan presto, voy á esconderme;
que si procura cogerme,
le ha de costar el buscarme.

Gerónimo.

¿Quién por allí se apartó?
nadie se mueva de aquí; *á las hijas.*
y vos, volved. *Hácia Jusepa*

Jusepa

No es á mí, *andando.*
que nadie á mí me trató
de vos, aquí me acomodo;
pero tambien hay acá (1)
su poco de hombre: ello va
poniéndose mas de lodo.

Diego

¿Qué quiere aquesta muger? *ap.*
¿hay nuevo mal que me asombre?
Si, que tambien llega un hombre.

Gerónimo

¿Porqué te vas á esconder,
Jusepa? mas ya su fin
se vé: ¿quién es? (2)

Diego

Loco estoy:
Don Diego de Silva soy.

Jusepa.

Yo Jusepa del Jardin.

Gerónimo.

Don Diego, venid conmigo,
que tengo un poco que hablaros:
honor, aquí he de vengaros. *ap.*

---

(1) *Llega donde está Don Diego.*
(2) *Aparte viendo á Don Diego.*

Diego.

Ya, Don Gerónimo, os sigo (1)

Gerónimo.

No es mucho lo que hay que andar,
llegado habemos al puesto. (2)
¿A Don Luis?

Beatriz.

¡Cielos! ¡qué es esto!
Don Luis me vino á escuchar:
¡mi padre y Don Diego aquí!
¡Leonor, Leonor! ¿qué he de hacer?

Leonor.

Hermana, ni á responder
acierto, ni á estar en mí.

ESCENA VII.

Don Luis á la ventana.

Luis.

¿Quién llama?

Gerónimo

Don Luis, llegad acá.

Luis

¡Qué habrá sucedido! *ap.*
ya llego.

Jusepa.

La causa ha sido
de todo la obscuridad.

Luis

Ya estoy aquí ¿qué mandais?

Gerónimo.

Don Luis y Don Diego, ahora

---

(1) *Van á donde están Beatriz y Leonor.*
(2) *Mira ácia la ventana de Don Luis.*

tened silencio.

Jusepa.

Ya sale
el triunfo de las corozas.

Geronimo.

Jusepa, trae una luz,
que en esta ocasion importa.

Jusepa.

Voy á servirte, Señor,
como dicen, por la posta.

ESCENA VIII.

Don Gerónimo.

De Don Gerónimo Enriquez
la calidad generosa
se sabe, y aunque se sabe,
es presupuesto que importa;
porque si ofensas hubiese
de tan ilustre persona,
quien le tuviere ofendido
verá la empresa que toma.
Viniéndome á recoger
esta noche, habrá tres horas,
un caballero que huyendo,
ó retirándose á solas
de la Justicia venia,
que andaba á buscarle en tropa,
quiso que yo le ocultase;
trájele aquí (no es história
para relaciones largas
que en prisas de honor estorvan.)
Uno de vosotros es
el que digo, y aunque todas
las señas son de Don Diego,

hay señas que mal informan.
El otro por sí se vino,
tengo dos hijas hermosas
que aquí con Don Luis hablaban,
y pienso que no lo ignoran,
tampoco el nombre á Don Diego.
Los miedos que aqui se forman,
y los agravios que arguyo,
aun mal apuntados, sobran
para quedar bien espresos
Dos sois, si se proporcionan
las calidades conmigo,
pues ellas son dos, dichosa
satisfaccion es su mano.
Mas si esto no se conforma,
la espada que tantas veces
que en sangre africana roja,
supo en mi brazo ser rayo,
sabrá, si aqui la provocan,
mostrar á quien me ofendiere,
que aun tiene filos que cortan.

Diego.

Don Gerónimo, yo quiero
que aunque esta causa es tan propia
de vuestro honor, la juzgueis,
por lo que en ella me toca.
Yo soy aquel caballero
que vos trajísteis; notoria
nos es vuestra sangre ilustre,
la misma en Beatriz se copia.
Mi calidad asegura
correspondencia lustrosa,
para aspirar á su mano;
falta decir quien lo estorba.
Cuando esta noche aguardaba

que vos hiciésedes hora
de verme, que fue el concierto
de que estareis con memoria,
llegó una muger á hablarme,
y no era á mí, mas turbola
la oscuridad, que ha salido
de noche mas que las otras.
Que la siguiese me dijo,
sin mas hablar, presurosa:
seguila en crédito siempre
de ser vuestra embajadora.
Cerrome en un aposento,
que era prision tenebrosa,
mientras la luz no venia,
y fue en viniendo mas sombra;
porque Beatriz y su hermana,
llegan, y entrando nombran
un Don Luis: aqui comienza
la noche de mis congojas.
Eché de ver el engaño,
que mucho, pues aun no asoman
los males, cuando los zelos
al punto los desembozan.
Dejelas, y al jardin vine,
y allá tambien se equivoca
Jusepa otra vez conmigo:
Don Luis me llama, y me asombra,
diciéndome que me vaya,
pues tengo la llave propia.
Ultimamente, á Beatriz
viste aqui, que ocasiona
dichas á Don Luis, de hablarla,
y envidia á mí de sus glorias.
Confieso que la he querido,
y aun hoy la quiero, que es cosa

que la despide la ofensa,
mas hay amor que la acoja.
Si veis que el honor me advierte
de tanta agena vitoria,
de tanto Don Luis buscado,
de tanto favor que goza;
¿querrá el honor que me case?
juzgadlo vos, y disponga
vuestra atencion la sentencia,
como al dolor se le esconda.

Luis.

Tambien á mí me dais culpa,
Don Gerónimo, pues oiga
mis razones vuestra queja,
y júzguelas en buen hora.
En este jardin confieso
que entré sin vos (no se encojan
para salir las verdades,
que siempre han de estar airosas)
llamado de Beatriz vine;
Beatriz, cuyo templo adornan
inútiles mis deseos,
dos años que ha que la invocan.
Salió Jusepa á buscarme,
segun parece, y mal logra
tan ciega la diligencia
que con Don Diego se topa.
Buscábades á Don Diego;
y á mi me hallastes, que cosas
en una noche se juntan
que las perturban sus sombras.
Reconocí vuestro engaño,
porque hay mentiras forzosas
que las prosigue el empeño,
como al principio las forma.

Beatriz admite el deseo
de Don Diego, asi lo nota
la puerta de vuestro cuarto,
que viene á cerrarla luego:
por ella soy yo testigo
que le buscó cuidadosa,
no ha mucho, y aqui tambien
baja con las ansias propias,
juzgándome á mí Don Diego:
verdades tan venenosas
me ha dicho, que ahora alcanzo
que hay en verdades ponzoña,
mil desengaños he oido,
juzgad si habrá quien componga
con ellos un casamiento,
que tanto el honor desdora?

Gerónimo

Los dos se escusan; ¿qué es esto?
ya las escusas me enojan,
salga el acero, que es siempre
quien deudas del honor cobra.

ESÇENA IX.

Dichos, y Jusepa con una luz.

Jusepa.

Perdonadme si he tardado,
que no soy mas perezosa (1).

Diego.

Yo soy Don Diego de Silva;
las armas no me alborotan.

Luis.

¡Don Diego de Silva, Cielos!

---

(1) *Sacan las espadas los tres.*

Diego.

¿Quién con espanto me nombra?

Luis.

Don Luis de Toledo.

Diego

¡Hermano!

Luis.

Abrázame: en Barcelona
te juzgaba; en fin, nos vemos;
y en fin, tu muerte fue sombra.

Jusepa.

Miren si importó la luz,
porque los dos se conozcan.

Diego.

Como murieron los padres
de aquel caballero Boria
que maté, cuyo desvelo
mi muerte obró mentirosa,
por descuidar su venganza
vuelvo á vivir

Luis.

Y aquí rompa
el Alba en noche tan triste.

Jusepa.

Venga con bien el Aurora.

Leonor.

¿Qué eran hermanos, Beatriz?
¡qué novedad prodigiosa!
servídote han dos hermanos,
y sin que tú los conozcas:
¡quién lo creerá!

Beatriz.

Quien supiere
que fue sin hablarme toda
su pretension, y los deudos

no averiguamos nosotras.

Luis.

¡Estraño suceso, hermano!
los dos en distancia corta
hemos servido á Beatriz,
y sin saberlo hasta ahora.

Diego.

Como hemos estado ausentes,
y en partes siempre remotas,
ha sido fácil.

Jusepa.

Los griegos *ap.*
están conversando en Troya.

Luis.

Perdonad, que estos discursos,
señor, mi hermano interponga,
que ha mucho que no nos vemos:
y pues tú, Don Diego, adoras
á Beatriz, y ella te estima,
y no con finezas pocas,
que yo lo acabo de oir,
dale la mano, y no pongas
en duda, pues soy tu hermano,
que mis pasadas memorias
ofensa tuya no tienen;
y pues cesan las discordias,
si quiere Leonor mi mano,
será de mi amor corona.

Leonor.

Como mi padre lo mande,
vereis mi obediencia pronta.

Geronimo.

Yo gusto de vuestro gusto.

Diego.

No se pudiera hallar otra

satisfaccion á mis celos,
en dulce quietud reposan.
Mil almas lleva esta mano,
Beatriz.

Beatriz

Las almas se doblan
con esta.

Leonór.

Feliz he sido,
pues mí espsranza se logra.

Gerónimo.

Mil años os gozeis, hijos.

Jusepa

Eso sí, bodas y bodas,
y yo que me quede en albis.

Diego

No prosigas, calla, loca,
porque dando fin perdonen
la cortedad de las obras,
la confusion de un Jardin:
dadle un victor de limosna.

La Confusion de un Jardin.

Don Agustin Moreto siguió en la composicion de esta comedia de intriga el gusto de Don Pedro Calderon, de quien era discípulo y amigo. La combinacion está formada con mucho ingénio, y los lances dispuestos con verosimilitud y claridad: el auxilio que presta generosamente Don Gerónimo á Don Diego, introduciéndole en el jardin de su casa para librarle de la persecucion de la Justicia: la llegada de Don Luis al mismo parage citado por Doña Beatriz: la equivocacion de Inés, llevándose á Don Diego: el reconocimiento de este con Beatriz, su antigua amante; y los demas lances sucesivos, producen un interés que se aumenta gradualmente hasta el desenlace.

Las escenas estan bien enlazadas, y los diálogos tienen la facilidad y soltura que sabia dargles el poeta. Hay entre aquellas algunas de mucha gracia: véase la primera Escena del Acto primero entre Jusepa y Vicente: las que pasan entre Beatriz y Leonor tienen mucho interés, y principalmente la V del II Acto en que Don Diego y Beatriz se reconocen.

Diego.

¡Válgame Dios! ¿no son estas
Beatriz y Leonor? ¡ay triste!

Beatriz.

¿Cielos, no es este Don Diego?
que no era muerto, ó se finge,
Leonor.

Hermana, estoy loca.

. . . .

Beatriz.

¿Eres Don Diego, ó su sombra?

Diego.

Nada, Beatriz, ¿no lo viste?

que ausentes aun no conservan
su sombra los infelices....

. . . .

Soy una muerte trocada;
y en fin, un hombre á quien dicen
todos los pesares, eres;
y todos los bienes, fuiste... &c.

En la Escena siguiente procura Beatriz desengañar á su amante, que reusa escucharla.

Beatriz.

No te canses, que has de oirme,
Don Diego, satisfaciones.

Diego.

Mira, Beatriz, no me obligues
á que te escuche; que ahora
no has de poder persuadirme,
y es mucho mejor dejarme
dudoso, que nó invencible.

. . . .

Piénsalo, Beatriz, mejor,
y aguarda á que se desvie
de mi pesar lo reciente,
quizá sabrás persuadirme
que en el principio del daño
no hay cosa que no lastime,
palabra que no le encone,
disculpa que no le irrite:
despues á manos del tiempo
la misma razon se rinde.
Déjalo al tiempo, que allana
las cumbres inaccesibles... &c

El soliloquio de Don Gerónimo en la Escena II del último Acto, escrito en tercetos, y el de Don Luis en el Segundo, son demasiado largos, y cansan [illegible]. Por lo demas, la pieza agrada mucho, y [illegible] buen efecto en el teatro

EL PARECIDO
EN LA CORTE.

PERSONAS.

Don Fernando de Ribera.
Don Lope Lujan.
Don Luis.
Don Diego.
Doña Inés.
Doña Ana.
Leonor, criada.
Don Felix.
Don Pedro de Lujan, barba.
Tacon, gracioso.
Lainez, vejete.
Un Cartero.

La Escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Fernando y Tacon de camino.

Fernando.
No ví muger mas hermosa.
Tacon.
¿Señor, has perdido el séso?
Fernando.
Que fuera poco confieso,
segun bizarra y airosa
en aquella iglesia entró,
llevándome tras su brio
los ojos y el alvedrio.
¡Qué linda mano sacó
á la pila! donde infiero,
que de amor la ardiente fragua
quiso avivar con el agua.
Tacon.
¿Pues era hisopo de herrero?
Fernando
Era una azucena igual,
era un cristal cada dedo,
que sacudiéndole ..
Tacon.
Quedo,
que se quebrará el cristal.
Fernando.
Por aqui venir la ví;
pues en la iglesia hay sermon,

yo he de esperarla, Tacon,
por si vuelve por aqui

Tacon

¿Es de veras, ó es un poco
de culebra?

Fernando.

¿Estás sin tino?
¿yo burlarme?

Tacon.

Lo imagino,
por no pensar que estás loco.

Fernando.

¿Locura es el alborozo
de tan divinos amores?

Tacon

¡Vírgen de Regla! señores,
este caballero mozo,
que hoy se apea en esta Villa,
es, porque vean su quimera,
Don Fernando de Ribera,
de los guapos de Sevilla.
Hizo allá algun desatino,
y huyendo el riesgo al proceso,
como le cogió el suceso
nos pusimos en camino.
Cuantas prendas y dineros
traia el desventurado
hasta Madrid, ha gastado,
con que llegamos en cueros.
Y acabados de llegar
á esta calle, que entre tantas
la llaman de las Infantas,
porque se vino á apear
donde el mozo ha de vivir
de las mudas, sin tener

con que almorzar y comer,
ni saber donde dormir,
ni amigo que ir á buscar;
de una dama que ha encontrado
dice que se ha enamorado,
y que la quiere esperar;
pues á mi el toro de Europa
me espere, si yo aqui mas
paráre.

Fernando

Ten, ¿dónde vas?

Tacon.

A un convento.

Fernando.

¿A qué?

Tacon.

A la sopa.

Fernando.

Despues de saber quien es:
para eso hay tiempo.

Tacon.

Eso niego;
comamos antes, que luego
cualquiera cosa es despues.

Fernando.

Si no sé dónde posar,
¿dónde he de ir?

Tacon.

Perderé el seso:
pesia mi alma, ¿pues por eso
te páras á enamorar?
¿Aqui á una dama tan ancha
en ayunas tras de hablar?
¿Vas á obligarla á pecar,
ó á sacarla alguna mancha?

Yo en viéndome sin un sueldo
de enamorar me retiro;
que en ayunas un suspiro
es lo mismo que un regüeldo.

Fernando

Aunque el pensar me lo impida
que es locura, he de saber
quién es la mejor muger,
que he visto en toda mi vida.

Tacon

En Madrid, si al rededor
de este barrio vueltas das,
ciento y cincuenta hallarás,
que te parezcan mejor.
¿No ves que en esta materia
de cualquier ciudad de allá
vienen las damas acá,
como mulas á la feria?

Fernando

Pues nada que hacer tenemos,
no he de perder la ocasion,

Tacon

Pues si esto es resolucion,
esperemos.

Fernando

Esperemos,

Tacon.

Y ya que hemos de esperar
mientras se acaba el sermon,
¿no me dirás la ocasion
que á esto te pudo obligar?
¿Cómo han sido tus fortunas,
y á qué en Madrid has entrado?
refiéreme tu cuidado,
que aun de eso estoy en ayunas.

Fernando.

Oye, Tacon, mi desdicha,
ya que es preciso el sabella.

Tacon.

Pues me desayuno en ella;
dila, y hágote salchicha.

Fernando.

Ya sabes como en Sevilla
murió mi padre Don Pedro
de Ribera, á quien mi hermana
Doña Ana y yo los trofeos
de su sangre y sus hazañas
heredamos á su aliento,
con mas de cien mil ducados,
que no fue el menor entre ellos.
Yo, que quedé mozo y libre,
rico y noble, y no muy cuerdo,
seguia entre mis locuras
la vana opinion de aquellos,
que piensan que está el decoro
en sobras del lucimiento,
y gastan lo que heredaron,
como bien que no adquirieron.
Pasado el año del luto,
que se pasa recibiendo
pésames, cuentas, cobranzas,
y muchos casamenteros;
eché carrozas, libreas,
galas, dando en el dinero
como si fin no tuviera;
que el que no llenó el talego,
como no le vió vacío,
cree que ha de estar siempre lleno.
Andaba entonces tan vano,
tan necio, loco y soberbio,

que pensaba yo que honraba
al que quitaba el sombrero.
¡Qué necedad! porque en ser
muy cortés un caballero
no gasta nada, y en dar
su hacienda á vanos empleos
gasta el honor; pues se quita
para adelante el respeto,
que al pobre, aunque noble sea,
miran todos con desprecio:
la hacienda hoy es calidad,
la cortesía es un viento,
y el que la escusa por verse
lleno de galas y escesos,
es nécio, soberbio ó simple,
pues en trocando los frenos,
pródigo de lo que es mucho,
de lo que es nada avariento.
De aquellos era yo entonces,
que de mirarlos con ceño
ó sin él, hacen ofensa,
y traen en la vista el duelo.
Esta es graciosa locura,
pues quieren los que hacen esto,
saber lo que el otro calla
construyéndole el silencio.
Si á mí no me dice nada,
aunque él ofenda allá dentro,
¿porqué he de hacer yo á mi enojo
la lengua de su secreto?
Demas de que si él oculta
algun rencor en su pecho,
vano antes y agradecido,
que ofendido estarle debo.
Pues si con causa ó sin ella

tiene su enojo encubierto,
ú de temor me lo encubre,
ó lo calla de respeto
Con esto me hize mal quisto,
tanto, que ya á los empeños
les sobraba mi ocasion,
porque me buscaban ellos.
Todo el dia era pendencias;
y como, gracias al Cielo,
tambien heredé á mi padre
las manos como el dinero,
siempre yo fuí el retraido,
y los heridos los presos;
que en teniendo un hombre fama
de osado, mata sin riesgo.
Salí bien de todas ellas,
pero pobre á poco tiempo,
que como de mis delitos
tuvo la culpa el dinero,
tambien él pagó la pena,
y al cabo de todos ellos
quedé libre, pero pobre;
que un mozo rico y travieso
es como lienzo en legía,
que aunque mas se ensucie el lienzo,
se limpia allí, mas tambien
se rompe: yo fuí lo mesmo;
porque, mientras me duró
para lavar mis escesos,
con la legia del oro
quedé limpio y roto á un tiempo.
Cesaron libreas y coche;
no creerás el sentimiento
con que en esta descalcez
entré en los años primeros;

y cuando mas lo sentí,
fué cuando tras haber hecho
tanto ruido con lacayos
el dia de coche nuevo,
se vió andando á pie, obligada
mi vanidad por su empeño
á prevenir de zapatos
papeles para el invierno.
Y esto no fué lo peor,
sino que con el dinero
perdí la comodidad,
pero no el arrojamiento.
Proseguí mis travesuras
de modo, que fuí el objeto
del rigor de la Justicia,
y ya con mas propio riesgo,
que como quedé desnudo,
las heridas del proceso,
en pasando del vestido,
es fuerza entrar en el cuerpo.
De estos forzosos temores
resultó el no estar atento
al cuidado de una hermana
moza, hermosa y con empeños,
en que yo mismo la puse
con mis locos desaciertos.
Pues ella viviendo sola,
y yo en mi retraimiento,
quedó sin guarda mi honor,
y este tan justo rezelo
me llevaba allá las noches,
con temor de algun esceso,
que halló despues mi desdicha.
Pues una noche (aquí el pelo
se me eriza) no te espante,

que este fué el lance primero,
que en mi pecho caber pudo
de veras un sentimiento;
porque á todos los demas
mi condicion (cuyo estremo
es hacer chanza de todo)
nunca dió lugar adentro.
Llevado, pues, una noche
del cuidado de mis zelos,
entré por la puerta falsa
de un jardin, cuando al encuentro,
un hombre que la guardaba,
me salió osado, diciendo:
caballero, vuelva atrás:
cuál se quedaria mi aliento,
mira tú, considerando,
que al ir á mi casa veo
quien, ya como dueño de ella,
me trató con tal desprecio.
¿Quién lo dice? pregunté:
Quién tiene órden de su dueño
para guardar esta puerta.
Pues yo del mismo la tengo
para saber quien sois vos,
le dije. No la obedezco,
me respondió Repliquele:
Pues de otra usaré, que tengo
para mataros, y entrar
y quemar cuanto esté dentro.
A esto respondió su espada,
y al ruido de los aceros
salió otro, que dentro estaba,
y contra mí los dos puestos,
me tiraron de lo fino
Mejoréme yo; mas esto

de pintarte la pendencia,
ya pienso que estoy riñendo,
y no puedo hacerlo á espacio.
Acercábanse, y matelos:
uno calló sin hablar,
el otro quedó pidiendo
confesion, y yo ofendido
pasé por encima de ellos
á buscar mi aleve hermana;
y su cuarto discurriendo
en toda la casa hallé,
sino de mi voz el eco,
que huyó sin duda el peligro
avisada del estruendo.
Viendo incierta mi venganza,
y tan preciso mi riesgo,
que aunque pudiera salvarme
por lo honrado del empeño,
ya el cúmulo de mis causas
me hallaba sin el respeto
del oro, que fué mi escudo,
ó mis escudos lo fueron,
y que mi hermana tendria
el sagrado de un convento,
público mi deshonor,
mi venganza sin remedio,
pues tomando lo que pude
no me la dió entera el Cielo;
á huir se determinó
de mi afrenta mi desvelo;
y hallándote á tí en la calle,
sin referirte el suceso,
del modo que nos hallamos,
sin prevencion ni dinero,
nos pusimos en camino,

y hoy en la Corte nos vemos
sin arrimo, sin amparo,
pobres, sin conocimiento,
sin alvergue ni esperanza
de tenerle: esto prevengo,
para que cuando me vés
arrebatado y suspenso
de una hermosura que he visto,
y estando como me veo
desvalido, esta pasion
halla lugar en mi pecho:
tú con tu donaire añades,
para remate del cuento,
á todas estas locuras
lo que me está sucediendo.

Tacon.

¡Jesus mil veces! ¡Jesus!
si trayendo ese veneno
en el cuerpo, sin matarte,
ha entrado amor en tu pecho;
digo que yo no me admiro
de que no rebiente luego
quien bebe agua tras tocino.
¿Habrá algunos en Toledo
que te igualen la locura?

Fernando.

Yo, Tacon, te la confieso.

Tacon.

Un loco hay que dice que es
el Papa, y el Rey su suegro;
y que está canonizado
noventa veces: mas esto,
qué va que no pesa tanto
como esto, aunque tenga el peso
una que vende besugos.

Fernando.

Las locuras que yo he hecho,
todas hán sido á este tono.

Tacon.

Ya, señor, que aqui nos vemos,
tú, que ótra vez has estado
aqui, si mal nó me acuerdo,
¿ qué barrio ès este en que estámos ?

Fernando.

Los capuchinos son estos
de la Paciencia.

Tacon.

Sin duda
se me ha metido en el cuerpo,
pues te he podido sufrir.
¿ Y esta iglesia? (1)

Fernando

El Caballero
de Gracia; y esta la calle
de la Reyna.

Tacon.

Estate quedo,
señor, porque he reparado,
que aquel hombre que está atento
te ha estado mirando mucho.

Fernando.

No le conozco, ni pienso
que otra vez le ví en mi vida.

Tacon.

Acá viene, ponte al sesgo,
por si es algo de cuidado.

---

(1) *Al paño Don Diego.*

ESCENA II.

Dichos y Don Diego.

Diego.

¿Si es él? él es, ó estoy ciego;
¿pues qué dudo? él es sin duda.

Fernando.

¿Mandais algo, caballero?

Diego.

En la voz le he conocido:
¿Don Lope amigo?

Tacon.

¿Qué es esto?

Diego.

¿Sin avisarme en Madrid
Don Lope de Lujan? ¡Cielos!

Tacon.

Tú lo eres, por si es pulla.

Fernando.

¿Hablais conmigo?

Diego.

Eso es bueno:
al cabo de catorce años,
que os juzgué en las Indias muerto,
sin haber á vuestro padre
dado aviso en tanto tiempo,
¿habiendo ahora venido
con tan ingrato silencio,
os quereis disimular?

Fernando.

Caballero, no os entiendo.

Diego.

Pues no teneis que encubriros,
fiado en lo que habrán hecho

los años, que aun hoy estais
como os fuisteis, vive el cielo;
y cuando vuestro semblante
no os manifestára, el eco
de vuestra voz no pudiera
engañarme: ¿venís bueno?

Fernando.

¿Qué es esto, Tacon?

Tacon.

¿Rey mio,
da usted de almorzar con eso?
porque estamos en ayunas,
y el cómo se ha comiendo.

Fernando

Mirad que estais engañado.

Diego.

Don Lope, amigo, ¿qué es esto?
no le deis á mi memoria
tal desagradecimiento:
mirad que á tiempo venís,
que vuestro padre Don Pedro
ha heredado á vuestro tio,
y tiene solo en dinero
mas de ochenta mil escudos.

Tacon.

¡Ay Dios! ¿luego es muerto el viejo?
dadme un abrazo en albricias.

Fernando

Tente, ¿qué haces, majadero?

Tacon

¿Qué he de hacer? Mi amo es Don Lo[pe]
señor, que lo está fingienda,
porque viene por la posta,
y quiere estar encubierto
hasta que llegue la ropa,

por no ir á su padre en cueros.

Diego

¿Pues yo no le he conocido?

Tacon.

Claro está; no se está viendo que es Lope hasta las entrañas?

Diego.

Dadme los brazos.

Fernando.

¿Qué es esto?

Tacon.

Hombre del diablo, ¿qué quieres, ya desbuchado el secreto?
si saben que ya eres Lope,
¿qué sirve hacerte Lorenzo?

Diego.

Don Lope, por vuestra vida
no dilateis el consuelo
á vuestro padre, que juzgo
qué le haga mozo el contento:
mas esperad, que á la vuelta
de aquella calle le dejo,
y quiero ir por las albricias:
no os vais, por Dios, que ya vuelvo.

ESCENA III.

Don Fernando y Tacon.

Tacon.

¿Señor?

Fernando

¿Qué dices, Tac

Tacon.

Que nos viene á ver el cielo
con ochenta mil ducados;

fingete este indiano muerto.

Fernando.

Pues, loco, ¿cómo es posible?

Tacon.

¿Pues en esto hay algun riesgo?
tú eres á él tan parecido,
que dice que aun en el eco
de la voz eres el mismo:
de este caso hay mil ejemplos,
que han sucedido en el mundo.

Fernando.

Pues si yo darle no puedo
razon de ninguna cosa
de su casa, aunque me veo
de modo que lo intentára,
á poder tener efecto,
siquiera para albergarme
hasta encontrar algun medio
de vivir; ¿cómo ha de ser?

Tacon.

¿Pues para qué es el ingenio?
¿hay mas de decir que vienes
cansado, y que te hagan luego
la cama, y comer muy bien,
y cenar del tenor mesmo;
y si te preguntan algo,
en hallándote en empeño
dar respuestas generales,
y suspenderlos con esto
por hoy, hasta que mañana
busquemos otro remedio?
Comámosle de una vez
medio lado á aqueste viejo,
que no es bodegon su casa,
que han de pedirnos dinero,

y aunque se sepa el engaño,
señor, cerremos con ellos,
que audaces fortuna juvat.

Fernando

Quieres creer que no me atrevo;
que yo de poder me holgára.

Tacon.

Pues ves aqui un bravo cuento:
vamos y ahitémonos hoy,
que si se supiese luego
nos llevará á un hospital,
y allá tambien comeremos.

Fernando.

No te canses, que es locura....
¿qué me miras?

Tacon

Te estoy viendo:
¡vive Dios! que eres Don Lope,
y tú no te acuerdas de ello.

Fernando.

Calla, que ya se ha acabado
el sermon, y van saliendo
las mugeres de la iglesia.

Tacon.

¿Ahora acuerdas con esto?
mas sermon de capuchino
suele ser largo.

Fernando

Ya veo
á la dama que esperaba.

Tacon.

¡Oh! lleve el diablo sus huesos,
yo apostaré que por ella
aqueste lance perdemos.

ESCENA IV.

Dichos Doña Ines y Leonor con mantos.

Ines.

Tápate, Leonor, que aquí
aun está aquel caballero,
que nos siguió hasta la Iglesia.

Leonor.

Galan es.

Ines

Y muy discreto,
que nos dijo dos donayres
de buen gusto y muy á tiempo.

Fernando.

Yo quiero llegar á hablarla.

Tacon

¡Que haya hombre que tenga aliento
de enamorar en ayunas!
yo no he acertado requiebro
en mi vida, hasta tomar
aguardiente por lo ménos.

Fernando

Señora, por una prenda
que me habeis llevado espero
desde que os dejé en la Iglesia.

Ines.

¿Prenda yo?

Fernando

Y de mucho precio.

Ines.

¿Cuál es la prenda?

Fernando.

Los ojos;
que me habeis dejado ciego.

Tacon.

Es çierto, y por eso tienta.

Ines.

No creais que yo os los llevo,

Tacon.

Mire usted bien en la manga.

Ines.

Bien sé que yo no los llevo.

Tacon.

Yo veo uno.

Ines.

Pues no hay otro.

Tacon.

No es muy malo, que en efecto
mas vale tuerta que ciega.

Fernando.

¿Daréis licencia al deseo
de que os diga á dónde están?

Ines.

Todo será perder tiempo.

Tacon

¿Y usted me dará un oido
que me lleva? ¿no habla? ¡bueno!
yo sin oido estoy sordo,
usted muda, mi amo ciego;
con que ciego, sordo y mudo,
entre todos tres hacemos
el diablo de la cuaresma.

Leonor.

Muy mú mús

Tacon.

¿Pues qué es esto?
habló el buey, y dijo mú.

Ines

Para el agradecimiento

de esa voluntad, que acaso
fingís, basta en mi el esceso
de escucharos en la calle,
que yo no acostumbro hacerlo;
y os ruego que aquí os quedeis,
que no soy muger que puedo
ir de nadie acompañada.
ven, Leonor.

Fernando

¿Podré á lo menos
seguiros para saber
en qué casa el alma dejo?

Inés

El que la sepais ó no,
no os será de algun provecho:
haced lo que os diere gusto.

Tacon

¿A quién, digo, seguiremos?

Leonor.

¿Seguir á quién?

Tacon.

A ese brio.

Leonor.

Sígale, mas es mal pleyto.

ESCENA V.

Fernando y Tacon.

Fernando.

Yo he de ir tras ellas, Tacon.

Tacon.

¿Estás loco? vive el Cielo,
que echan tufo á doncellas,
que penetra hasta los sesos.

Fernando

Voy, no las pierda de vista.

ESCENA VI.

Tacon.

Señores, el Caballero
del Febo, era patarata:
con este hombre el juicio pierdo.
¿Habrá en los nominativos
caso como este? Mas, Cielos,
el que hizo á mi amo Lujan,
que es Maestre, á lo que pienso,
de la Orden de Lujanes,
se viene ácia mí derecho;
y un viejo de poco acá,
que no ha tres dias que es viejo,
Don Pedro se ha de llamar,
por si importa estoy en ello.

ESCENA VII.

Taçon, Don Pedro Lujan y Don Diego.

Diego.

Aquí le dejé ha un instante.

Pedro.

Estoy loco de contento:
¿mi hijo Don Lope está vivo?

Diego.

Este es el criado.

Tacon.

A ellos.

Pedro.

¿Amigo, servís á Lope?

Tacon.

¿Qué modo de hablar es ese?
¿servís á Lope? ¿qué es Lope?

¿tengo yo semblante ó gesto
de criado de poéta?

Pedro.

¿No me entendeis?

Tacon.

Ya lo entiendo;
mi amo no es Lope, Rey mio.

Pedro.

¿Pues porqué respondeis eso?

Tacon.

Porque mi amo es Don Lope
de Lujan, mas Caballero
que el Caballero Danzado.

Pedro.

Pues dadme los brazos luego,
amigo, que es mi hijo Lope.

Tacon.

¡Qué escucho! ¿Vos sois Don Pedro
de Lujan?

Pedro.

Si, amigo mio.

Tacon.

Los pies mil veces os beso.

Pedro

¿Dónde se ha ido mi hijo?

Tacon

Aquí volverá al momento:
¿qué vos sois su padre?

Pedro.

Sí.

Tacon.

¿Queréis creer que aun no lo creo?

Pedro.

¿Pues eso dudas?

Tacon.

¿Su padre?

Pedro.

¿Pues porqué no lo parezco?

Tacon.

Eso como un huevo á otro.

Pedro.

¿Pues yo lo digo, no es cierto?

Tacon

Si vos fuerades su madre,
no pusiera duda en ello.

Pedro

¿Cómo Lope no me ha escrito?

Tacon.

Aquí vá perdido el cuento. *ap.*

Pedro

¿Y al cabo de tantos años,
que ha que noticia no tengo
de él; porqué cuando ha venido
no fué á apearse al momento
á mi casa?

Tacon.

Ya dí en ello, *ap.*
alúmbreme Dios con bien:
la hambre el discurso me ha vuelto.
¿Pues no sabeis lo que pasa?

Pedro.

Yo, no.

Tacon.

Alábenme el ingénio. *ap.*
Milagro de Dios es que hoy
tengais hijo de provecho,
porque él de vos no se acuerda,
de sus padres ni sus deudos,
ni aun de sí, y sino es por mí,

á Madrid no hubiera vuelto.

Pedro.

¿Pues porqué?

Tacon.

Yo há que le sirvo,
(si habrá) once meses ý medio,
porque viniéndome á España,
lo topé en la Habana enfermo.

Pedro.

¿De qué?

Tacon.

Del mal terrible:
oigan, que es raro el suceso.
A él le dió una perlesía,
y de ella resultó luego
un mal, que manía se llama,
de quien refiere Galeno,
que quita la voluntad,
memoria y entendimiento:
él lo perdió todo junto;
mas como traia dinero,
que él ha estado en Filipínas,
aunque no se acuerda de ello,
y allá dicen que hizo cosas,
y treinta y dos mil progresos,
con muy grande bizarría;
(no ha pasado caballero
mas galante á Nueva España,
desde que allá llegó el credo)
se curó en fin, porque allí
seis médicos le asistieron
de Cámara.

Pedro.

¿Qué decís?
¿de Cámara?

Tacon.

Bueno es eso,
¿tambien hay Cámara allá?

Pedro.

Proseguid.

Tacon.

Sanó en efecto,
y á fuerza de medicinas
restauró el entendimiento;
mas la memoria voló,
tanto, que fué fuerza luego
enseñarle á escribir, leer,
y hasta el mismo padre nuestro;
y su nombre, que tambien
se le olvidó: á compañero
ni amigo no conocia;
pues sus padres, volaverunt;
todo el humor radical
se le salió de los sesos;
y en fin perdió la potencia
redonda.

Pedro.

¡Válgame el Cielo!

Tacon.

No la de padre, que ya
pienso que teneis un nieto.
En fin, yo con las noticias
que sus amigos me dieron,
supe que era de Madrid
Don Lope, hijo de Don Pedro
de Lujan, y preguntando
por vos, de Sevilla vengo
informado de este barrio,
donde conocidos vuestros
me han guiado, que Don Lope

tambien se fuera á Marruecos
si se lo dijera yo.

Pedro.

¿Qué se olvidó de sí mesmo?

Tacon.

Para firmar me pregunta
como se llama.

Pedro.

¿Y remedio
no habrá para aquese mal?

Tacon.

Dicen que sí, con el tiempo.

Pedro.

Pues aunque toda mi hacienda
se gaste al instante en ello,
le he de curar, si es posible.

Tacon.

Clavéla de medio á medio. *ap.*

Diego.

De todo cuanto os ha dicho
es el testigo mi encuentro,
pues ni aun á mí me conoce.

Pedro.

¡Raro mal!

Tacon.

Es sin ejemplo.

Pedro.

¿Qué remedio le aplicaron?

Tacon.

El mas eficáz remedio,
es darle á comer muy bien,
y mucho, porque el cerebro
con vapores regalados
se le vaya humedeciendo.

ESCENA VIII.

Dichos y Don Fernando.

Fernando.
Ya sé la casa: en mi vida
ví mas hermoso portento.

Tacon.
Este es Don Lope.

Pedro.
¿Hijo mió?
llega á abrazarme al momento:
él es en talle y semblante. *ap.*

Fernando.
¿Con quién hablais, caballero?

Tacon.
Mire usted si monda olvidos.

Pedro.
Yo soy tu padre Don Pedro.

Fernando.
Yo no os he visto en mi vida.

Tacon.
¿No os lo dije? miren esto.

Pedro.
¿Qué no te acuerdas de mí,
hijo mio?

Fernando.
Ni me acuerdo
de vos, ni sé qué decís.

Pedro.
¡Raro mal!

Tacon.
Es sin ejemplo.

Pedro.
Yo soy tu padre.

*

Fernando.

¿Qué padre?

Tacon.

Es como hablar adefesios:
el mal que le dió es tan fuerte,
que quedó el buen caballero
sin adarme de memoria.

Pedro.

Hijo, si ha querido el Cielo
que la memoria perdieses,
yo con mi amor te la vuelvo;
conóceme, pues desde hoy
entro á ser padre de nuevo.

Tacon.

Este, señor, es tu padre,
acuérdate. (1)

Fernando.

Este es enredo *ap.*
de Tacon: ¡rara agudeza!
yo la he de esforzar con esto.
Señor, yo no sé quien es
mi padre, y asi no os creo.

Pedro

¿Pues no basta saber yo
que eres mi hijo?

Fernando.

No por cierto,
que pues padre no conozco,
me importa saber primero
quien es quien me hace su hijo.

Pedro.

¿Pues quién pudiera emprenderlo,
sino es quien fuera tu padre?

---

(1) *Tirale de la capa.*

Fernando.

¿Pues cómo puede ser eso,
si no os he visto en mi vida?

Pedro.

Tu olvido causa ese efecto.

Tacon.

Pues claro es, que es el olvido.
Mas se han clavado con esto: *ap.*
padre hay ya para diez años;
y si el hijo verdadero
no viene, para heredarle.

Fernando.

¿Pues cómo yo he de saberlo?

Pedro

¿Pues tampoco no me crees?

Tacon.

Lo peor de todo es eso:
en los artículos solo
he gastado mes y medio
de licion, porque los crea.

Pedro

Lope, hijo, yo soy Don Pedro
de Lujan; tú de mi hacienda
y de mi casa eres dueño,
todo cuanto tengo es tuyo.

Fernando

Muy bien me está á mí el creerlo;
mas yo no lo sé, por Dios.

Pedro

Tu rostro lo está diciendo,
que aun lo veo en mi memoria,
como lo dejaste impreso.

Fernando.

Pues, señor, dadme los pies,

Pedro.

Los brazos y el alma en ellos
te daré, vamos á casa.

Diego.

¿No os acordais de Don Diego
Osorio, tan vuestro amigo?

Fernando.

Todo me parece sueño,

Pedro

Efecto del mal ha sido.

Tacon

Claro está, que ha sido efecto.

Pedro.

Vemos á casa, hijo mio,
no este gusto dilatemos
á tu hermana

Fernando.

¿Tengo hermana?

Diego.

Teneis un ángel del cielo
por hermana, ¿y tambien de ella
os olvidais?

Tacon.

Eso es bueno:
¿pues ha de acordarse de ella,
si se olvida de sí mesmo?

Pedro

¡Rara enfermedad?

Tacon.

Muy rara.

Pedro

Ven, y sabe que Don Diego
será su esposo y tu hermano.

Fernando

De tal ventura me alegro,

Pedro.

Sí, hijo mio, anda acá, vamos,
yo voy loco de contento.

ESCENA IX.

Don Fernando y Tacon.

Tacon.

Señor, ¿qué dices del caso?

Fernando.

Que me ha admirado tu ingenio,
pues lo has dispuesto de modo
que el cogerme á mí de nuevo
tu industria lo ha acreditado,
y me da salida de ello,
pues con haberlo negado
quedo bien en cualquier tiempo. *Vase.*

Tacon.

Yo voy á hartarme de pabos:
¿qué es pabos? viven los cielos,
que me han de traer capones,
pollas, tortas, y á este viejo
le he de hacer con la memoria
que pierda el entendimiento.

ESCENA X.

DECORACION DE CALLE.

Doña Ana con vestido humilde, y Lainez viejo

Ana.

Esta, Lainez, ha de ser la casa.

Lainez.

Si usancé de aquí pasa, que estoy molido:
no la puedo seguir.

hasta el haber venido
siguiendo á vusancé desde Sevilla
á Madrid, sin traerme por la Villa
como cartero, preguntando casas,
que vengo echando brasas
de los pies, por mi vida.

Ana.

Yo siempre agradecida,
Lainez, le estaré de la fineza;
que su honrada nobleza,
á haberle yo elegido
para que me acompañe, me ha movido.

Lainez.

¿Eso nobleza? mas de alguna gorra,
me tiene á mí respeto en Calahorra.

Ana.

¡Ah cielos! ¡quién pensára,
que deste modo yo en Madrid me hallára,
y que pudo Doña Ana de Ribera
llegar de esta manera
á tener, desgraciada,
por dicha el ser criada
de quien dudando estoy que me reciba!
Mas si mi suerte esquiva
permitió que mi hermano
encontrase en mi casa á quien la mano
me habia dado de esposo,
y que viese furioso
primero los indicios de su agravio,
que pudiese mi labio
darle satisfaccion, diciendo que era
quien honrarme pudiera,
siendo ya mi marido
Don Lope de Lujan, recien venido
de las Indias á España,

el que encontró, y con furia tan estraña
dejó muerto ú herido,
porque de él no he sabido
desde la infeliz noche, que al estruendo
del riesgo salí huyendo:
sin duda, pues no pudo mi noticia
descubrirle, ó es muerto, ó la Justicia
le ha preso, el menor mal es que sea cierto,
pues quedo sin honor, si acaso es muerto.
Por las noticias que él me habia dado
de quien era su padre, me he arrojado
á venir á Madrid, donde es preciso,
que de si es muerto ó no venga el aviso;
y por saber en todo lo que pasa
he buscado su casa,
que me dicen que es esta: aqui á su hermana
vengo á buscar: ¡ah, infeliz Doña Ana!
¡quién á mí me dijera
que con temor me viera,
como me veo aqui de desgraciada,
de que otra me reciba por criada!
Pero ya de allá dentro
sale gente al encuentro:
Lainez, vaya, espéreme en la calle.

Lainez.

Pues ya yo de dormirme tenia talle:
¿ha estado acaso usancé hasta ahora
en oracion mental?

Ana.

Una señora,
que busco, sale ya, váyase luego.

Lainez.

Que no tarde vuesancé la ruego,
y no me haga esperar con este frio,
que yo no tengo nada de judío.

ESCENA XI.

Sala en casa de Don Pedro.

Doña Ines y Leonor.

Ines.

¡Leonor, galan forastero!

Leonor.

¡Y el pícaro del criado
qué agudo y qué redomado!
por estos hombres me muero.
¿Hay cosa como escuchar
una muger á un discreto
en cada voz un concepto?
estos hombres se han de amar,
que cada dia hallarás
en él gala diferente,
y el que es galan solamente
es para un dia no mas.

Ines

Que me dejó, te confieso,
su discrecion inclinada;
mas una muger honrada,
pasar de aqui fuera esceso.
En la que su honor prefiere
á su deseo, este amor
ha de ser como la flor,
que en un dia nace y muere.

Leonor.

Yo tambien mi honor prefiero,
y muere tambien mi amor
en un dia como flor,
pero la huelo primero.

¿Y en efecto, ha de morir
este amor?

Ines.

Fuerza ha de ser,
si no he de volverle á ver.

Leonor.

¿Y al verle?

Ines

No sé decir
lo que haré; el riesgo presente
la que es honrada desprecia,
que quien mas promete es necia,
pues el tiempo la desmiente.
¿Mas quién está aqui?

ESCENA XII.

Dichos y Doña Ana.

Ana.

Señora,
una muger desdichada
soy, del blason informada,
que vuestra casa atesora.
Un riesgo me ha sucedido,
que contra mi honor resulta,
y habiendo de estar oculta
vuestro sagrado he escogido.
Mi propia resolucion
mi peligro da á entender,
pues no lo puedo emprender
sin tener grande ocasion;
cuando ni soy conocida,
ni tengo en peligro tanto
mas abono que mi llanto:
mirad pues siendo entendida,

tambien se fuera á Marruecos
si se lo dijera yo.

Pedro.

¿ Qué se olvidó de sí mesmo?

Tacon.

Para firmar me pregunta
como se llama.

Pedro.

¿ Y remedio
no habrá para aquese mal?

Tacon.

Dicen que sí, con el tiempo.

Pedro.

Pues aunque toda mi hacienda
se gaste al instante en ello,
le he de curar, si es posible.

Tacon.

Clavéla de medio á medio. *ap.*

Diego.

De todo cuanto os ha dicho
es el testigo mi encuentro,
pues ni aun á mí me conoce.

Pedro.

¡ Raro mal !

Tacon.

Es sin ejemplo.

Pedro.

¿ Qué remedio le aplicaron?

Tacon.

El mas eficáz remedio,
es darle á comer muy bien,
y mucho, porque el cerebro
con vapores regalados
se le vaya humedeciendo.

ESCENA VIII.

Dichos y Don Fernando.

Fernando.

Ya sé la casa: en mi vida
ví mas hermoso portento.

Tacon.

Este es Don Lope.

Pedro.

¿Hijo mió?
llega á abrazarme al momento:
él es en talle y semblante. *ap.*

Fernando.

¿Con quién hablais, caballero?

Tacon.

Mire usted si monda olvidos.

Pedro.

Yo soy tu padre Don Pedro.

Fernando.

Yo no os he visto en mi vida.

Tacon.

¿No os lo dije? miren esto.

Pedro.

¿Qué no te acuerdas de mí,
hijo mio?

Fernando.

Ni me acuerdo
de vos, ni sé qué decís.

Pedro.

¡Raro mal!

Tacon.

Es sin ejemplo.

Pedro.

Yo soy tu padre.

*

Fernando.

¿Qué padre?

Tacon.

Es como hablar adefesios:
el mal que le dió es tan fuerte,
que quedó el buen caballero
sin adarme de memoria.

Pedro.

Hijo, si ha querido el Cielo
que la memoria perdieses,
yo con mi amor te la vuelvo:
conóceme, pues desde hoy
entro á ser padre de nuevo.

Tacon.

Este, señor, es tu padre,
acuérdate. (1)

Fernando.

Este es enredo *ap.*
de Tacon: ¡rara agudeza!
yo la he de esforzar con esto.
Señor, yo no sé quien es
mi padre, y asi no os creo.

Pedro

¿Pues no basta saber yo
que eres mi hijo?

Fernando.

No por cierto,
que pues padre no conozco,
me importa saber primero
quien es quien me hace su hijo.

Pedro.

¿Pues quién pudiera emprenderlo,
sino es quien fuera tu padre?

(1) *Tirale de la capa.*

Fernando.

¿Pues cómo puede ser eso,
si no os he visto en mi vida?

Pedro.

Tu olvido causa ese efecto.

Tacon.

Pues claro es, que es el olvido.
Mas se han clavado con esto: ap.
padre hay ya para diez años;
y si el hijo verdadero
no viene, para heredarle.

Fernando.

¿Pues cómo yo he de saberlo?

Pedro

¿Pues tampoco no me crees?

Tacon.

Lo peor de todo es eso:
en los artículos solo
he gastado mes y medio
de licion, porque los crea.

Pedro

Lope, hijo, yo soy Don Pedro
de Lujan; tú de mi hacienda
y de mi casa eres dueño,
todo cuanto tengo es tuyo.

Fernando

Muy bien me está á mí el creerlo;
mas yo no lo sé, por Dios.

Pedro

Tu rostro lo está diciendo,
que aun lo veo en mi memoria,
como lo dejaste impreso.

Fernando.

Pues, señor, dadme los pies,

Pedro.

Los brazos y el alma en ellos
te daré, vamos á casa.

Diego.

¿No os acordais de Don Diego
Osorio, tan vuestro amigo?

Fernando.

Todo me parece sueño.

Pedro

Efecto del mal ha sido.

Tacon

Claro está, que ha sido efecto.

Pedro.

Vamos á casa, hijo mio,
no este gusto dilatemos
á tu hermana

Fernando.

¿Tengo hermana?

Diego.

Teneis un ángel del cielo
por hermana, ¿y tambien de ella
os olvidais?

Tacon.

Eso es bueno:
¿pues ha de acordarse de ella,
si se olvida de sí mesmo?

Pedro

¡Rara enfermedad!

Tacon.

Muy rara.

Pedro

Ven, y sabe que Don Diego
será su esposo y tu hermano.

Fernando

De tal ventura me alegro,

Pedro.

Sí, hijo mio, anda acá, vamos,
yo voy loco de contento.

ESCENA IX.

Don Fernando y Tacon.

Tacon.

Señor, ¿qué dices del caso?

Fernando.

Que me ha admirado tu ingenio,
pues lo has dispuesto de modo
que el cogerme á mí de nuevo
tu industria lo ha acreditado,
y me da salida de ello,
pues con haberlo negado
quedo bien en cualquier tiempo. *Vase.*

Tacon.

Yo voy á hartarme de pabos:
¿qué es pabos? viven los cielos,
que me han de traer capones,
pollas, tortas, y á este viejo
le he de hacer con la memoria
que pierda el entendimiento.

ESCENA X.

DECORACION DE CALLE.

Doña Ana con vestido humilde, y Lainez viejo.

Ana.

Esta, Lainez, ha de ser la casa.

Lainez.

Si usancé de aquí pasa,
no la puedo seguir, que estoy molido:

hasta el haber venido
siguiendo á vusancé desde Sevilla
á Madrid, sin traerme por la Villa
como cartero, preguntando casas,
que vengo echando brasas
de los pies, por mi vida.

Ana.

Yo siempre agradecida,
Lainez, le estaré de la fineza;
que su honrada nobleza,
á haberle yo elegido
para que me acompañe, me ha movido.

Lainez.

¿Eso nobleza? mas de alguna gorra,
me tiene á mí respeto en Calahorra.

Ana.

¡Ah cielos! ¡quién pensára,
que deste modo yo en Madrid me hallára,
y que pudo Doña Ana de Ribera
llegar de esta manera
á tener, desgraciada,
por dicha el ser criada
de quien dudando estoy que me reciba!
Mas si mi suerte esquiva
permitió que mi hermano
encontrase en mi casa á quien la mano
me habia dado de esposo,
y que viese furioso
primero los indicios de su agravio,
que pudiese mi labio
darle satisfaccion, diciendo que era
quien honrarme pudiera,
siendo ya mi marido
Don Lope de Lujan, recien venido
de las Indias á España,

el que encontró, y con furia tan estraña
dejó muerto ú herido,
porque de él no he sabido
desde la infeliz noche, que al estruendo
del riesgo salí huyendo:
sin duda, pues no pudo mi noticia
descubrirle, ó es muerto, ó la Justicia
le ha preso, el menor mal es que sea cierto,
pues quedo sin honor, si acaso es muerto.
Por las noticias que él me habia dado
de quien era su padre, me he arrojado
á venir á Madrid, donde es preciso,
que de si es muerto ó no venga el aviso;
y por saber en todo lo que pasa
he buscado su casa,
que me dicen que es esta: aqui á su hermana
vengo á buscar: ¡ah, infeliz Doña Ana!
¡quién á mí me dijera
que con temor me viera,
como me veo aqui de desgraciada,
de que otra me reciba por criada!
Pero ya de allá dentro
sale gente al encuentro:
Lainez, vaya, espéreme en la calle.

Lainez.

Pues ya yo de dormirme tenia talle:
¿ha estado acaso usancé hasta ahora
en oracion mental?

Ana.

Una señora,
que busco, sale ya, váyase luego.

Lainez.

Que no tarde vuesancé la ruego,
y no me haga esperar con este frio,
que yo no tengo nada de judío.

ESCENA XI.

Sala en casa de Don Pedro.

Doña Ines y Leonor.

Ines.

¡Leonor, galan forastero!

Leonor.

¡Y el pícaro del criado
qué agudo y qué redomado!
por estos hombres me muero.
¿Hay cosa como escuchar
una muger á un discreto
en cada voz un concepto?
estos hombres se han de amar,
que cada dia hallarás
en él gala diferente,
y el que es galan solamente
es para un dia no mas.

Ines

Que me dejó, te confieso,
su discrecion inclinada;
mas una muger honrada,
pasar de aqui fuera esceso.
En la que su honor prefiere
á su deseo, este amor
ha de ser como la flor,
que en un dia nace y muere.

Leonor.

Yo tambien mi honor prefiero,
y muere tambien mi amor
en un dia como flor,
pero la huelo primero.

¿Y en efecto, ha de morir
este amor?

Ines.

Fuerza ha de ser,
si no he de volverle á ver.

Leonor.

¿Y al verle?

Ines.

No sé decir
lo que haré; el riesgo presente
la que es honrada desprecia,
que quien mas promete es necia,
pues el tiempo la desmiente.
¿Mas quién está aqui?

ESCENA XII.

Dichos y Doña Ana.

Ana.

Señora,
una muger desdichada
soy, del blason informada,
que vuestra casa atesora.
Un riesgo me ha sucedido,
que contra mi honor resulta,
y habiendo de estar oculta
vuestro sagrado he escogido.
Mi propia resolucion
mi peligro da á entender,
pues no lo puedo emprender
sin tener grande ocasion;
cuando ni soy conocida,
ni tengo en peligro tanto
mas abono que mi llanto:
mirad pues siendo entendida,

si es mi mal harto cruel,
pues sin abono ú favor
sé que pretendo un error,
y he atropellado por él.
En lo que os sabré servir
mientras mi estrella fatal
dispone enmienda á mi mal,
podeis, señora, advertir,
al tratar vuestros despojos
quién soy yo, que mi pesar
ahora no os puede dar
mas testigo que mis ojos.

Ines

Alzad, señora, del suelo,
que vuestro hermoso semblante
de quien sois prueba es bastante;
y pues vuestro desconsuelo
de mí se viene á valer,
no os faltaré, que aun aquí
puedo yo temer de mí
lo mismo, siendo muger.
En mi cuarto recogida
podeis estar, hasta que
mi padre licencia dé,
que es justo que se la pida.

Ana

El logro os dé amor, señora,
que vuestra hermosura espera.

Leonor.

¿Si es esta carantoñera
de las que se usan ahora,
que entran con arengas tales,
para llevarse un vestido
debajo de otro escondido,
como zapatos papales?

que el alma y el alvedrio
os doy en ellos.

Tacon.

¿Y cómo?
señores, quién habrá visto
hombre con tanta ventura,
que el abrazar sin peligro
pueda á su dama, delante
de su padre y su marido?

Fernando

¿Pues cómo con tal tibieza
me recibes?

Ines.

No ha podido
tan de repente con vos
entrar de hermano el cariño.

Pedro

El irá entrando despues:
alegraos ahora, hijos.
Don Diego, vamos los dos,
que es menester prevenirnos
de regalos para Lope.

Tacon.

Traiganle mucho tocino,
que lo come bravamente.

Diego.

Señora, el parabien mio
recibid de la ventura.

Ines.

Y como tal le recibo.

Pedro.

Despues Lope os le dará
en siendo de Inés marido:
venid conmigo, Don Diego.

ESCENA XIII.

Don Pedro, Don Fernando, Don Diego y Tacon.

Pedro.

Entra, Lope, á ver á Inés,
que es tanto el contento mio,
que divertido en mirarte,
en llegar me he detenido:
él es mi mismo retrato.

Ines.

¡Válgame el Cielo! ¡Qué miro! *ap.*
¿mi padre y el forastero
aquí con tal regocijo?

Pedro.

Inés, abraza á tu hermano:
Lope es el que vés.

Fernando.

¿Qué miro?
Tacon, esta es la tapada
de la iglesia.

Tacon.

Bueno, lindo:
eso es huevos y torreznos.

Pedro.

¿Cómo está tu amor remiso?
¿no le llegas á abrazar?

Ines.

Señor, como no le he visto
otra vez, porque él se fué
siendo yo niña, esto ha sido
estrañeza del recato.

Fernando.

Yo soy, señor, el remiso:
dadme los brazos mil veces,

que el alma y el alvédrio
os doy en ellos.

Tacon.

¿Y cómo?
señores, quién habrá visto
hombre con tanta ventura,
que el abrazar sin peligro
pueda á su dama, delante
de su padre y su marido?

Fernando

¿Pues cómo con tal tibieza
me recibes?

Ines.

No ha podido
tan de repente con vos
entrar de hermano el cariño.

Pedro

El irá entrando despues:
alegraos ahora, hijos.
Don Diego, vamos los dos,
que es menester prevenirnos
de regalos para Lope.

Tacon.

Traiganle mucho tocino,
que lo come bravamente.

Diego.

Señora, el parabien mio
recibid de la ventura.

Ines.

Y como tal le recibo.

Pedro.

Despues Lope os le dará
en siendo de Inés marido:
venid conmigo, Don Diego.

Fernando.

Esto es malo, vive Cristo.

Tacon.

¿Pues no es peor para el otro?

Pedro.

Inés, vé tú á prevenirlos
el cuarto.

Ines.

Ya te obedezco.

Fernando.

Señor, espera.

Tacon.

De olvido
es menester algo aquí.

Fernando.

¿Ah señor?

Pedro.

¿Qué dices, hijo?

Fernando.

¿Cómo se llama mi hermana?

Pedro.

Inés.

ESCENA XIV.

Fernando, Inés y Tacon.

Fernando.

Ha, si, Inés, me olvido
facilmente.

Ines.

¿Qué me quieres?

Fernando.

Entrar adentro contigo,
y que vuelvas á abrazarme.

Inés.

Hermano, interés es mio:
toma los brazos y el alma.

Tacon.

Aprieta, pléguete Cristo,
pues tienes dispensacion.

Fernando.

¿Me quieres mucho?

Luis.

Te estimo
como hermano,

Fernando

¿Y no mas de eso?

Ines.

¿Pues qué mas?,

Fernando

Yo soy mas fino.

Ines.

¿Pues por qué?

Fernando.

Porque te quiero.

Ines.

¿Cómo?

Fernando.

Como á dueño mio.

Ines.

Pues yo á tí...

Fernando.

¿Cómo me quieres?

Ines

No sé esplicar mi cariño,
porque antes que como hermano
como galan te habia visto.

Fernando.

Pues quiéreme de ese modo,

que á mí me pasa lo mismo.

Ines.

No puede ser.

Fernando.

¿Por qué no?

Ines.

Porque este amor es distinto.

Fernando.

Truécale tú.

Ines.

¿Cómo puedo?

Fernando.

Cómo yo lo hago contigo.

Ines.

¿Y á qué fin?

Fernando.

Al de quererte.

Ines.

Tiene eso mucho peligro.

Fernando.

¿Pues en qué?

Ines.

Vamos, Don Lope.

Fernando.

Entra pues, que ya te sigo:
¡qué linda hermana que tengo!

Ines.

Jesus, ¡qué hermano tan fino!

Tacon.

Bien puedes enamorarla,
que todo entra en el olvido.

¿Y en efecto, ha de morir
este amor?

Ines.

Fuerza ha de ser,
si no he de volverle á ver.

Leonor.

¿Y al verle?

Ines.

No sé decir
lo que haré; el riesgo presente
la que es honrada desprecia,
que quien mas promete es necia,
pues el tiempo la desmiente.
¿Mas quién está aqui?

ESCENA XII.

Dichos y Doña Ana.

Ana.

Señora,
una muger desdichada
soy, del blason informada,
que vuestra casa atesora.
Un riesgo me ha sucedido,
que contra mi honor resulta,
y habiendo de estar oculta
vuestro sagrado he escogido.
Mi propia resolucion
mi peligro da á entender,
pues no lo puedo emprender
sin tener grande ocasion;
cuando ni soy conocida,
ni tengo en peligro tanto
mas abono que mi llanto:
mirad pues siendo entendida,

si es mi mal harto cruel,
pues sin abono ú favor
sé que pretendo un error,
y he atropellado por él.
En lo que os sabré servir
mientras mi estrella fatal
dispone enmienda á mi mal,
podeis, señora, advertir,
al tratar vuestros despojos
quién soy yo, que mi pesar
ahora no os puede dar
mas testigo que mis ojos.

Ines

Alzad, señora, del suelo,
que vuestro hermoso semblante
de quien sois prueba es bastante;
y pues vuestro desconsuelo
de mí se viene á valer,
no os faltaré, que aun aquí
puedo yo temer de mí
lo mismo, siendo muger.
En mi cuarto recogida
podeis estar, hasta que
mi padre licencia dé,
que es justo que se la pida.

Ana

El logro os dé amor, señora,
que vuestra hermosura espera.

Leonor.

¿Si es esta carantoñera
de las que se usan ahora,
que entran con arengas tales,
para llevarse un vestido
debajo de otro escondido,
como zapatos papales?

Porque el engaño está urdido
con empeño y con rescate,
pues cualquiera disparate
lo atribuyen al olvido.

Fernando

¿Cuándo lo pueda estorbar
(pues eso es fácil de hacer)
qué salida ha de tener
mi amor, ó en qué ha de parar?

Tacon

Procura tú con cuidado
una ocasion

Fernando.

¿Y al tenerla?

Tacon.

Procurar enternecerla
á cuenta de lo olvidado:
y como el daño se vea,
en tomando posesion,
entra la declaracion,
cuando el viejo la desea.

Fernando

Que durar puede; haces cuenta,
mucho el engaño á ese tono?

Tacon.

¿Qué, el padre? yo te lo abono
hasta el año de noventa.

Fernando.

¿Y si sucediese, que
venga el hijo verdadero?

Tacon

Mas hijo entonces te infiero.

Fernando.

¿Cómo?

Tacon

Yo te lo diré;
Cuando este mozo se fué
de aquella edad que tenia,
contigo se parecia
tanto como ahora se vé.
De un retrato que quedó
aquí de él, á tí han sacado,
que ellos bien se han engañado,
porque me he engañado yo.
Catorce años de mudanza,
que ha que este mozo ha partido,
ya le habrán desparecido;
con que tú la semejanza
tienes de aquel parecer,
que dejó á todos acá;
y él que con otro vendrá,
se le han de desconocer:
con que á tí te harán regalos,
y á él le enviarán á Pavía,
y si en ser hijo porfia,
le han de derrengar á palos.

Fernando

Si él dá señas, su aprehension
¿no es forzoso que se tuerza?

Tacon.

¿No vés que tienen mas fuerza
los ojos que la razon?
porque con lo parecido
tiene el viejo tal debate,
que ha tragado un disparate
tan grande como un olvido.

Fernando.

¿Qué te ha pasado hoy con él?

Tacon.

Ya te lo voy á decir,
que es cosa pue hará reir
al Rey Don Pedro el Cruel.
Lastimado él de tu olvido,
dolor que al alma le apunta,
de médicos hizo junta
en casa de un conocido.
Para relator á mí
del caso, allá me llevó,
entré en la tal casa yo,
y dando con ellos, ví
tres hombres en un salon,
rúcios, pues ya encanecian,
cuyas barbas parecian
cortaduras de turron.
Propuesto el caso despacio
de tu olvido, el parecer
de uno fué, no puede ser;
y otro dijo, es implicacio
¿Cómo implicacio? á los dos
dijo el viejo puesto en medio;
usted mire si hay remedio,
que ello es verdad, juro á Dios,
y háganle alguna receta.
Dijo uno hoc est insania:
yo dije: ni es Ananía,
ni Azaría, ni Profeta.
Dijo otro desde el cadalso:
tal mal no es posible que haya;
si hubiera demencia, vaya;
mas sine demencia, es falso.
Otro (aquí mi risa viene)
muy panzudo entre los dos,
dijo entre regüeldo y tos,

¿en aprendiendo retiene?
No señor, respondí yo,
que aun á veces se ha olvidado
de mí, que soy su criado;
él las cejas estiró,
y dijo: échenle en las ollas
mas verdura, y desde aquí
coma leche, y respondí:
¿no es mejor que le dén pollas?
Fuéron los tres con licencia
á consulta, esto fué vicio,
que al verlos perder el juicio
perdió el viejo la paciencia.
Y arrojando un juramento,
dijo: váyanse á una noria:
¿cómo han de curar memoria
hombres sin entendimiento?
Fuímonos con que tu olvido,
mientras es mas imposible,
lo tiene él por mas creible
en fé de lo parecido
Con que si no te regala,
ó hace algo que no te cuadre,
puedes olvidar que es padre,
y enviarlo noramala

Fernando.

El viene.

Tacon.

Pues atencion
al nombre, que me he mudado.

Fernando.

¿Cómo es?

Tacon.

Cerote: cuidado;
que ingrediente es del Tacon.

ESCENA II.

Dichos y Don Pedro.

Pedro.

Cada vez que á Lope dejo,
vuelvo á verle con dolor:
¿qué haces, Ceroten?

Tacon.

Señor....
gran memoria tiene el viejo. *ap.*

Pedro.

No hallan remedio á este daño
los médicos?

Fernando

¡Quién entró?

Pedro.

¿Pues no has visto que soy yo?
¡hay olvido mas estraño!

Tacon.

Tu padre es.

Fernando.

¡O padre mio!

Pedro.

¿Hijo, quiéres que salgamos?
elige tú donde vamos:
¿quiéres al Prado, ó al Rio?

Fernando.

¿Qué decís?

Pedro.

Que te esperaba.

Fernando.

Vamos á comer si es hora.

Pedro

¿Pues no hemos comido ahora?

Fernando.

Es verdad, no me acordaba.

Pedro.

¡Vióse tan notable esceso!
Hijo, á darme penas vienes.

Tacon.

Bien haya el alma que tienes:
olvídate mucho de eso.

Pedro.

¿Quieres comer?

Tacon.

Dí que sí.

Fernando.

¿Pues para qué, si lo digo?

Tacon.

¡Cuerpo de Cristo conmigo!
olvida algo para mí.

Fernando.

Donde quisieres los dos
podemos, señor, salir,
que yo no puedo elegir
donde estuvieredeis vos.

Pedro.

Inés viene aquí, sepamos
si ella tambien salir quiere,
y á la parte que escogiere
podemos ir juntos.

Fernando

Vamos.

ESCENA III.

Dichos, Doña Ines y Leonor.

Ines.

Leonor, yo temblando voy

de mi loco desatino,
que yo tambien imagino
que me olvido de quien soy.
Yo tengo amor tan tirano
á mi hermano, que le adora
mi fé.

Leonor.

No es mucho, señora,
que es muy buen mozo tu hermano.

Inés.

Aquí estan mi padre y él,
yo he de perder el sentido,
si de este amor no me olvido.

Tacon.

Señor, aquí entra el papel,
entáblale desde ahora
lo que despues has de hacer.

Fernando.

¡Qué hermosisima muger!
¿es de casa esta señora?

Pedro.

¡Jesus, que gran desatino!
¿no ves que es tu hermana Inés?

Fernando.

Perdóname, hermana, pues
que tan bella te imagino,
que no pienso que es verdad,
siempre que te llego á ver,
que siendo hombre, pueda ser
hermano de una deidad.

Pedro.

¡Qué cortesano y qué acierto
se disculpó!

Tacon.

Aquesto es gloria.

Pedro.

Lo que perdió de memoria
le creció de entendimiento:
del dolor llevar me dejo,
cuando el alma lo imagina.

Tacon.

Mientras él mas desatina,
más lo vá creyendo el viejo.

Pedro.

¿Hijo, de ese olvido en tí,
qué siente tu entendimiento?

Fernando.

Yo, señor, bueno me siento,
y nada me aflige á mí.

Pedro

Aunque es tanta pena el verle;
esto me alivia tambien.

Tacon.

Mientras él comiere bien,
no tiene usted que temerle.

Ines

Señor, del mal de mi hermano, *ap.*
yo he inferido (á Dios pluguiera,
que nunca mi hermano fuera,
para ser, mi amor en vano)
nada con el tiempo dura,
y que tendrá cura siento.

Tacon

Pues hágase el casamiento,
y verán qué presto hay cura.

Pedro.

El ç si dejàsle mirar
á uno, si no hay quien lo acuerde,
aquellas especies pierde,
y no las vuelve á cobrar:

¿Tú, si allá tuviste cuenta,
de que el Médico infirió
que las especies perdió?

Tacon.

De navegar con pimienta.

Pedro.

De eso el mal le daría allí:
¿mas cómo este mal le dió?

Tacon.

Eso es lo que no sé yo.

Fernando.

¿Señor, qué hacemos aquí?
¿nos quedamos hoy sin Misa?

Pedro.

¿Misa á las tres de la tarde?

Tacon.

Yo pienso, así Dios me guarde,
echarlo á perder de risa.

Pedro.

Hija, quédate con él,
que temo que me ha de dar
un gran mal de este pesar.
¡Hay delirio mas cruel!
de gastar mi hacienda trato;
y por no ver lo que pasa,
he de traer á mi casa
todo el Proto-Medicato.

ESCENA IV.

Dichos menos Don Pedro.

Fernando.

¿Vase mi padre enojado,
ó he hecho algun desvarío?

Ines.

No es enojo, hermano mio,
que antes se va lastimado.

Fernando

Pues sentémonos tú y yo:
ven, hermana, que contigo
tengo yo el cielo conmigo:
¿quieres?

Ines.

¿Digo yo que no?

Fernando.

Ven, pues.

Ines.

¡Que permita el cielo, *ap.*
que á esta tan loca pasion
dé mi hermano la ocasion!
que me he de perder recelo.

Fernando.

¡Qué lindas manos que tienes!
¿hase visto tal blancura?
lo mejor de tu hermosura
son ellas.

Ines.

Siempre tú vienes
lisonjero, ¡hay ansias mias!

Fernando.

Besártelas no resisto.

Tacon.

¿Si esto haces, pléguete Cristo,
por qué pides gollerías?

Fernando.

¿No será bien que los dos
en enamorar nos demos?

Ines.

¿Pues siendo hermanos podemos?

Fernando.

¿Qué dices? ¡válgame Dios!
es tanto lo que te quiero,
que cada vez que me olvido
de que tú mi hermana has sido;
al oírtelo me muero.

Ines.

Deja esa aprension tan vana.

Fernando.

Este olvido es gran rigor.

Ines

¿No se te olvida el amor,
y se te olvida lo hermana?

Tacon.

No has oido una coplilla
de Gil, que eso contradice,
pues le culpas.

Ines.

¿Y que dice?

Tacon.

Escucha la redondilla:
¿dí, por qué no das un medio
que remedie tu pesar?
era el remedio olvidar,
y olvidósele el remedio.

Fernando.

A la culpa que me impones,
con ella he de responderte;
oye, que satisfacerte
quiero en las mismas razones:
entre el corazon flechado,
y la memoria perdida,
una cuestion se ha formado;
él te quiere, ella te olvida,
con que la lid se ha trabado.

el corazon dice pues
que hay un medio, que es remedio;
y ella le arguye despues:
si un medio el remedio es,
¿dí, porqué no das un medio?
El medio es, que el corazon
que eres mi hermana se acuerde;
mas siendo de ella esta accion,
la memoria que te pierde
le da luego esta razon.
No es medio para tu fuego,
que yo lo llegue á acordar;
pues si te quito el sosiego
has menester otro luego
que remedie tu pesar.
Viendo el daño la razon
de fuego tan encendido,
en tan injusta pasion,
siendo culpado el olvido
riñe solo el corazon.
El dice, ¿yo qué he de hacer?
la memoria has de culpar,
que temiéndome ofender
pensó que para querer,
era el remedio olvidar.
La razon condeno luego,
que la memoria en la fragua,
á costa de mi sosiego,
eche del acuerdo el agua
para apagar este fuego.
Aunque perdiese mi gloria,
si ejecutase este medio
fuera mi salud notoria;
mas faltome la memoria,
y olvidóseme el remedio.

Ines.

Este no es discurso, cielos, *ap.*
que sin memoria se hace,
la duda me satisface,
pero me da mas recelos.

Tacon.

Leonor, ¿quieres que hermanemos
los dos tambien?

Leonor.

¿Para qué?

Tacon.

¿Para qué? ¿pues no se ve?
porque nos enamoremos.

Leonor.

¿Luego enamoran tambien
los dos? ¿pues no es grave error?

Tacon.

¿Pues con fraternal amor
no pueden quererse bien?

Leonor.

¡Jesus! ¿pues no los atajas?
y aun por eso he reparado
que está tan embelesado
Don Lope.

Tacon.

Pues ella, pajas.

Leonor.

Señora, ¿aquella criada
se ha de estar siempre escondida?

Ines.

Ha, sí, Lope, por tu vida
me hagas un gusto.

Fernando.

Enojada
dejas á mi obligacion:

¿tú pedirme has menester
lo que por tí debo hacer?

Ines.

Yo te estimo la atencion:
yo recibí una criada,
porque sabe hacer mil cosas
de las que se usan curiosas,
es disceeta y muy honrada,
y gustaré de tenella;
quiero que, si no te olvidas,
licencia á mi padre pidas,
que no me atrevo sin ella.

Fernando.

Cierto, Ines, que me has corrido.
¿de eso estás embarazada?
venga luego esa criada,
di que yo la he recibido.

Ines

Leonor, á Lucía luego
trae aqui.

Leonor.

Ya voy, señora;
mas no puede ser ahora,
porque viene aqui Don Diego.

Ines.

¡Cielos, que con este hombre *ap.*
sea el casarme forzoso,
y que haya de ser mi esposo
quien me asuste aun con el nombre!

Fernando

Todo el color ha perdido *ap.*
al oirle, antes de verle,
indicio es de aborrecerle.
Tacon, gran dicha he tenido.

Tacon.

Eso de Tácon no entiendo,
que soy Cerote, tonton
¿ quieres que con el Tacon
nos conozcan el remiendo ?

Fernando.

Que me ama no hay que dudar.

Tacon

Pues si eso tienes, ¿ qué pides ?
una tarde que te olvides
de tu amor puedesla hablar.

ESCENA V.

Dichos y Don Diego.

Diego.

Ya, cielos, logran mis dichas
cuanto mis ansias desean.
Pues Don Lope, hermano mio,
hállete yo en hora buena,
cuando por haber logrado
lo que mi suerte concierta,
hermano llamarte puedo,
que hermano soy.

Fernando

¿Ines bella,
quién es este caballero
que tanto nos hermanea?

Ines.

Es Don Diego.

Diego.

¿ Qué pregunta ?

Ines.

No os conoce.

Tacon.

¡Linda flema!
¿no le he dicho á usted que diga
quien es, cuando á verle venga,
ó que traiga sobrescrito?
¿Si usted sin mal no se acuerda,
qué milagro es que se olvide
con mil ventosas acuestas?

Diego.

Don Lope amigo, yo soy
Don Diego Osorio, quien llega
á lograr dicha tan alta,
que ser vuestro hermano espera,
y esclavo de Doña Inés;
porque estando ya dispuesta
la voluntad de Don Pedro,
solo que el Nuncio supliera
nuestras amonestaciones
faltaba, y la diligencia
vengo yo de hacer ahora,
porque esta noche ser pueda
dueño feliz de esta dicha;
y ahora, en albricias de ella,
de besar su hermosa mano
os pido justa licencia.

Ines

¡Ay, Leonor, yo estoy mortal!

Leonor

A esto no hay mas de paciençia.

Fernando.

¿Qué es esto, Tacon?

Tacon.

¿Pues eso,
no se vé en lo que desea?
El traia priesa de nóvio.

Fernando.

Vive Dios, que si se acerca, *ap.*
para besarla la mano,
le he de romper la cabeza.

Diego

¿No decís nada, señora?
mas suspension tan modesta
debiera yo agradecer:
claro está que dais licencia
de que yo os bese la mano,
y el no decirlo es modestia
del recato que yo estimo;
y asi, la de vos supuesta,
con licencia de Don Lope...

Fernando.

Tened, tened, con la vuestra.

Diego

¿Pues licencia no me dais
de besar su mano bella?

Fernando.

No, que primero soy yo.

Diego

No es posible que os entienda;

Tocon

Que ha estudiado en Alcalá,
y fué primero en licencias.

Diego

Ahora lo entiendo menos:
¿Don Lope, pues qué os arriesga
en que yo bese la mano
á mi esposa, cuando es cierta
la boda para esta noche?

Fernando.

¿Qué boda?

Diego.

¿ No se os acuerda
de que yo he de ser su esposo,
pues vuestro padre lo ordena?

Fernando.

¿ Pues para qué estoy yo aquí?

Leonor.

¡ Ay Vírgen de la Cabeza !
tu hermano quiere casarse
contigo.

Inés.

Olvidarle deja,
Leonor, que mi hermano aquí
con este olvido me alienta,
que si no fuera por él,
me hubiera caido muerta.

Diego.

Don Diego, de no entenderos
el alma tengo suspensa.

Fernando.

Pues yo bien claro os hê hablado.

Diego.

¿ Pues vos os casáis con ella ?

Fernando.

Don Diego no nos cansemos,
que aunque Doña Inés lo quiera,
no ha de casarse con vos.

Inés.

¿ Leonor, hay dicha como esta ?
la vida me dá este hermano.

Leonor.

Yo pienso que lo dijeras
con mas gusto, á no ser tanto
el parentesco.

Diego.

Suspensa
tengo la voz y el enojo,
Don Lope, á vuestra respuesta;
porque si es inconveniente
para vos y vuestra herencia,
que se case Doño Inés
antes que vos, ser pudiera
la respuesta de otro modo;
mas decirme con soberbia
que no ha de casar conmigo,
es injuriar mi nobleza;
y vive Dios, que á no estar
Inés aquí, á quien respeta
mi amor y veneracion,
tomára yo de esta ofensa
la satisfación que debo.

Fernando.

Pues si os embaraza ella,
guiad donde no os estorve.

Diego

Pues seguidme en hora buena.

Inés.

¡Ay Cielos! detente, hermano.

Fernando

Suéltame, Inés, que es bajeza,
no castigar su osadía.

Diego.

Soltadle, señora, y venga.

Tacon.

¿Hombre, te hiede la vida?

Diego.

Eso se verá acá fuera;
dejadle salir.

ESCENA VI.

Dichos y Don Pedro.

Pedro

¿Qué es esto?

Tacon.

¡Jesus! perdióse la hebra:
todo aquí se desvarata.

Diego

Señor Don Pedro, la ausencia
trueca á los hombres: Don Lope
mas mi amigo pensé que era,
y vos pudierais decirme
cuando él vino, sin ofensa,
que no me casaba, y no
empeñar mis diligencias
para quedar desairado;
pero de vos, con la queja
me satisfago, y Don Lope
escusar esto pudiera.

ESCENA VII.

Dichos menos Don Diego.

Pedro

¿Qué es esto, Lope? ¿qué es esto,
Inés? ¿qué palabras necias
son las que dice Don Diego?

Tacon.

Señor esto se remedia
con disparatar aquí: (*A Don Fernando.*)
ácia el olvido con ella,
que yo te sacaré de ello.

Fernando.

Señor, es la desvergüenza

mayor que he visto en mi vida
entró aquí, y en mi presencia
la quiso besar la mano.

Pedro

Si es su esposo, bien pudiera.

Fernando.

¿Cómo su esposo, señor?
¿pues de mí qué hacer intentas?

Pedro

¿Pués qué he de hacer yo de tí?

Fernando

¿Yo no me caso con ella?

Pedro.

¿Con tu hermana has de casarte?
¿Cerote, no se lo acuerdas?

Tacon

Señor, barto lo trabajo,
mas no hay diablos que le metan,
por mas que esté mazeando,
esta hermana en la cabeza.

Pedro

¿Pues tú, Inés, esto á tu esposo
advertirle no pudieras?
tan poco su amor estimas?

Ines

Yo, señor, quererle es fuerza.

Fernando.

¿Cómo es eso de quererle?
pues ingrata, falsa fiera,
tirana de mis sentidos,
hechizo de mis potencias....

Pedro.

¿Lope, qué es esto, qué es esto?

Tacon

¡Ay, que ahora se me acuerda!

¿en qué estado está la Luna?

Pedro.

Ayer entró Luna nueva.

Tacon.

¿No es la de febrero?

Pedro.

Sí.

Tacon.

Pues de Lope no hagais cuenta
hasta que entre la menguante.

Pedro.

¿Pues porqué?

Tacon.

Hace años en ella
que le dió el mal; y esta Luna
le entra con tanta violencia,
que hace en ella mil locuras.

Pedro

¿Ahora me dás esas nuevas?
Lope viene á darme muerte.

Tacon.

¿Pues no es bien que te lo advierta?
en la Habana abrió ahora un año
á un clérigo la cabeza,
porque le iba á confesar.

Pedro

¡Hay desdicha como esta!

Fernando.

No os canseis, señor, que ese hombre
no se ha de casar con ella,
vive Dios, ó he de matarle

Tacon

Señor, el humor le lleva, (*A Don Pedro.*)
ó nos hará aquí pedazos.

Pedro.

Lope, hijo, tu gusto sea:
no se casará tu hermana,
sino es cuando tú lo quieras.

Fernando.

¿Me dás palabra?

Pedro.

Si doy:
¡hay para un padre mas pena! *ap.*

ESCENA VIII.

Dichos y un cartero con cartas, y una en la mano.

Cartero.

Ah de casa.

Pedro.

Leonor, mira
quien llama.

Cartero.

Tres cuartos vengan:
á Don Pedro de Lujan,
en la calle de la Reina:
de Toledo.

Leonor.

Es una carta.

Pedro.

Págala.

Leonor.

Mi faldriquera
no puede.

Tacon.

Yo tengo cuartos:
tome usted, que el trago espera.

Cartero.

Dios guarde á vuesas mercedes.

ESCENA IX.

Dichos menos el Cartero.

Tacon.

Destos hay uno que deja,
de las cartas que yá dando,
un porte en cada taberna.

Pedro.

¿Vióse tal bellaquería? (*Lee para sí.*)
algun pícaro es, que intenta,
viendo el dolor en que estoy,
acrecentarme la pena;
y á la que hacia mi hijo
es parecida la letra.
en esto se ve que es burla.

Fernando.

¿Que es eso?

Pedro.

Una desvergüenza
de alguien que de mí se burla
en la carta; óyelo en ella.

Lee. *Padre y señor mio: Habiendo tantos años que no sabeis de mí, ahora que he vuelto á España, no os he querido avisar de Sevilla, por escusaros la pesadumbre de unas heridas que me dieron en aquella ciudad: ahora llego á Toledo, y siendo noche de estafeta, no he querido dejar de lograros la alegria de que estaré en vuestra casa tan presto como la carta. Dios os guarde.*

Lope.

Fernando.

¿Y aqueso decís que es burla?
la burla, señor, es esta
que estais haciendo de mí;
pues como la carta muestra,
temiendo hijo, me quereis
hacer á mí hijo por fuerza;
y vive Dios que es engaño,
que en la Corte no pudiera
haberse hecho con un negro.

ESCENA X.

Dichos menos Don Fernando.

Pedro.

¿Qué dices, Lope? hijo, espera.
Cerote, llámale apriesa.

Tacon.

Por Dios, que la has hecho buena:
¿sabiendo que es la creciente,
le vas á dar esa nueva?
mas habré de trabajar
en que por padre te crea,
que en los artículos ya.

Pedro.

Síguele, Cerote, apriesa,
y traele á casa.

Tacon.

Ya voy,
señor: ¡cuál el viejo queda! *ap.*
no le sacarán del casco
que es su hijo mismo, aunque venga
su hijo y los de la Barbuda.

ESCENA XI.

Dichos menos Tacon.

Pedro.

Si esto, Ines, no se remedia,
este mozo ha de matarme.

Ines.

Dejar que se pase es fuerza
esta creciente de Luna,
y por no irritarle en ella,
concederle cuanto pida.

Pedro.

Dices bien; y pues su tema
es de casarse contigo,
dí tú, que estás muy contenta
de que haya de ser tu esposo.

Ines.

Pluguiera Dios, que de veras *ap.*
lo pudiera ser.

Leonor.

Señora,
ahora es ocasion que puedas
pedir licencia á tu padre;
porque es lástima que tengas
aquella pobre muger
encerrada, sin que vea
ni hable á nadie de la casa.

Ines

Dices bien: señor, quisiera
que una merced me otorgases.

Pedro.

En sabiéndolo está cierta.

Ines

Me ha venido una criada,

que es cuanto el gusto desea
para la comodidad
de una muger de mis prendas,
y quisiera recibirla,
si tú me dieses licencia.

Pedro.

¡Jesus! que venga al instante.

Ines.

Pues, Leonor, entra por ella.

Leonor.

Aqui está en este aposento:
Lucía, salga acá fuera.

ESCENA XII.

Dichos y Doña Ana.

Ana.

Cielos, si pone mi suerte
en mi mal alguna enmienda;
que aunque he estado tan cerrada,
cuando Leonor sale y entra,
de las palabras que dice
ha inferido mi sospecha,
que está Don Lope en su casa;
mas porque ella no la tenga
de mí, preguntar no he osado.

Pedro.

Vengais muy enhorabuena,
Lucía, á servir á mi hija,
que teneis linda presencia,
y de muger recatada.

Ana.

Señor, aunque asi mi estrella
me trata, soy bien nacida.

Pedro.

Bien el semblante lo muestra:
hija, un gran gusto me has dado,
quédese muy norabuena,
y enciendan luces, que es noche;
tú ve á prevenir la cena
de Lope, que su regalo
es lo que mas me desvela:
lleva luces á mi cuarto.

ESCENA XIII.

Dichas menos Don Pedro.

Ines.

Ya, Lucía, en casa quedas.

Ana.

Beso mil veces tus plantas.

Ines.

No estés de aquesa manera;
entra conmigo, Lucía:
¡Ay amor loco! ¿qué intentas? *ap.*
este hermano ha de ser causa...
mas no me entiendo á mi mesma.

Ana.

Cielos, si está aqui Don Lope,
todo mi mal se remedia

ESCENA XIV.

DECORACION DE CALLE.

Don Lope y Don Felix de camino.

Lope.

Don Felix de Guzman, esta es mi casa,

aqui de lo que os pasa
en vuestra pretension me dad aviso;
que pues el cielo quiso
que en el camino yo haya conocido
amigo como vos, agradecido
seré á mi buena suerte,
en seros firme amigo hasta la muerte.
Ya que mi esquiva estrella
quisó que ausente de una dama bella,
que no sé dónde está; venga muriendo,
el amor y la pena resistiendo.
No quiero decir que era *ap.*
Doña Ana de Ribera;
porque siendo Don Felix de Sevilla,
es fuerza conocerla; y permitilla
no quiero aqueste agravio,
que no es acuerdo sabio
cuando no sé el suceso
de su peligro, y puede haber esceso,
que me obligue de nuevo
á no poder pagar lo que la debo.

Felix

Don Lope, vuestra casa he sabido,
y vos por mi posada habeis venido,
que es aquí junto al Carmen, pues el cielo
quiso que allá en Sevilla, en vuestro duelo,
no habiéndoos conocido, no asistiera;
en Madrid ha de ser de otra manera,
porque sin veros no ha de pasar dia.

Lope

Pues que la suerte mia
de tan graves heridas ha querido,
que bueno me halle ya y convalecido,
yo os doy palabra de ello.

Felix.

Yo ignoro el que os hirió; pues el saberlo
nada me importa, no os lo he preguntado,
porque os he visto en esto recatado.

Lope.

Es, Don Felix, el caso,
de que el honor está pendiente acaso
de alguien que me está mal que esté agraviado,
y por esta ocasion os lo he callado;
y porque aunque conozco á quien me ha herido,
no soy de él conocido;
porque sin saber él con quien reñia,
mató al mayor amigo que tenia,
por cuyo riesgo pude yo obligarme
á esconderme en Triana hasta curarme,
sin que de él saber mas haya podido,
pues por mi amigo estoy tan ofendido,
que si yo le encontrára,
á matarle el enojo me obligára.

Felix.

Don Lope, los amigos que lo fueren,
no han de saber lo que callarles quieren:
quedaos con Dios, que vos tendreis ahora
un rato con un padre que os adore,
tras tanta ausencia sin haberle dado
nuevas de vos.

Lope.

A Dios, amigo mio.

Felix.

Yo voy á mi posada con cuidado,
porque hoy en Madrid hallar confio
mi amigo Don Fernando de Ribera,
que de alguna quimera
la ocasion de Sevilla le ha traido,
y á Madrid me dijeron que ha venido. *Vase.*

Lope.

Cielos, trás tantos años,
ciertos es, que á todos he de hallar estraños:
yo he de probar si alguno me conoce,
mas fuerza es que me emboce,
porque dos hombres entran en mi casa,
asi saber espero lo que pasa.

ESCENA XV.

Dicho Don Fernando y Tacon.

Tacon.

Señor, viven los cielos, que aunque venga
una ristra de hijos, no es posible
que tú dejes de serlo, estás terrible;
además, que no puedes, si es tu intento
hacer el casamiento,
lograrlo, si te sales de su casa.

Fernando.

¿Pues qué he de hacer si sabes lo que pasa?
¿quieres que á un desaire me aventure?
pues no es posible que el engaño dure
en viniendo su hijo.

Tacon.

Cierto, que estás prolijo,
no saldrá el viejo ya de la quimera,
aunque el mismo hijo pródigo viniera:
con aqueste furto, que ahora has hecho,
quedas tú siempre bien, y él satisfecho;
porque despues del caso, aunque guardado
siempre puedes decir que lo has negado,
y si esto no te mueve, por San Pablo,
mira qué has de cenar hombre del diablo,
que hay esta noche grandes prevenciones.

Fernando.

¿Pues qué hay para cenar?

Tacon.

Unos capones,
que imagino que cantan en la cena
un villancico de la noche buena.

Lope.

No puedo conocerlos por lo obscuro,
ni entenderlos, por mas que lo procuro.

Fernando.

Yo por mejor tuviera
decir que soy Fernando de Ribera,
y le obligára la nobleza mia
á darme á Doña Ines; mas tu porfia
me obliga ya á que entremos.

Tacon.

De eso trato,
simple, pues te dán tanto de barato,
toma la posesion con buen despejo,
que despues aun vendrá á rogarte el viejo.

Fernando.

Finge tu que yo estoy muy enojado.

Tacon.

Yo le pondré al vejete de cuadrado.

Fernando.

Ya tu consejo elijo.

Tacon.

Su hijo has de ser, por Dios, aunque otro hijo
ahora traiga, por probar el padre,
un testimonio aquí de la comadre.

ESCENA XVI.

Don Lope.

Allá dentro se entraron, vive el cielo,

dejándome el recelo
de no saber quien son; sin mí he quedado:
¿ mas qué vano cuidado
tengo yo de mi casa,
si en ella nada sé de lo que pasa?
¿ Pues para qué me asusto,
que mi temor no es justo,
cuando yo no sé nada?
¿ no puede ya mi hermana estar casada?
Llamar quiero á esta puerta;
pero no es menester, que ella está abierta:
entrar quiero, y dejar mi duda en calma.

ESCENA XVII.

Sala en casa de Don Pedro.

Lope y despues Tacon.

Lope

Mas no sé que recelo tiene el alma:
el corazon helado me dejáron
estos hombres que entráron;
no es buen indicio que se asuste el pecho,
que el no estar satifecho
el corazon en casos presumidos,
es porque él sabe mas que los sentidos.
Con luz sale aquí un hombre;
este de casa es, no hay que me asombre:
pues tan seguro aquí le considero,
de él informarme, preguntando, quiero (1).

Tacon

Señores, suelta la sisa
traigo al jubon y al coleto,
que este viejo recoleto

(1) *Tacon con una luz.*

me hace descalzar de risa.
De como él y yo me llamo,
su hija y todos los del cuento,
queda haciendo en su aposento
una memoria á mi amo
Llegué á verla (aquí me rio)
y decia el papelejo:
Don Pedro de Lujan viejo
es vuestro padre, hijo mio:
Ines luego, y en hilera
toda la casa ha ensartado,
rematando en el fregado
Dominga la cocinera.
Ya de imajinar me alegro
lo que hará, aunque no le cuadre,
cuando acostándose padre,
vea que amanece suegro.

Lope.

¿Ha hidalgo?

Tacon.

¿Quién pudo entrar
aquí?

Lope.

Preguntaros quiero...

Tacon

¿Y es buen modo, caballero?
¿no hay puertas para llamar?

Lope.

Templaos.

Tacon.

Hasta la cocina
se podia entrar usté.

Lope.

¿Sois de casa?

Tacon.

¿ No lo vé ?
¿ tengo de ser de la China ?

Lope.

Responded, que no es prolijo
preguntando un forastero.

Tacon.

¿ Si es el hijo verdadero ? *ap.*
vive Dios, que huele á hijo:
registrarle con la luz
el rostro quiero; aqui llama:
él se parece á mi amo,
como un huevo á un avestruz.

Lope.

¿ Pues Don Pedro de Lujan
vive en esta casa ó no ?

Tacon.

Desde que en ella plantó
un hijo como un jayan.

Lope.

Hijo tiene.

Tacon.

Y que ha venido
de las Indias no ha ocho dias,
con mas botas que Tobías.

Lope.

De la carta lo han sabido. *ap.*
De eso no me satisfago,
si á recibirle no han ido.

Tacon.

Ya lo tiene recibido:
y dado carta de pago.

Lope.

¿ Recibido ya su padre ?
¿ si aun no le ha visto ?

Tacon.

¿No, dijo?
señores, este es el hijo, *ap.*
por la leche de mi madre,
la hora fatal llegó:
valor, que este mentecato
ni se parece al retrato
ni al padre que le engendró.
Señor, vos estais prolijo,
y mi amo se ha de acostar,
y le voy á desnudar,

Lope.

¿Quién es vuestro amo?

Tacon.

Su hijo.

Lope.

Cielos, si alguien se probija *ap.*
en mi ausencia, ¡qué pesar!
hijo debeis de llamar
al marido de su hija.

Tacon

¡Jesus! este es el demonio;
¿pues espíritu sin luz,
cómo, si huyes de la cruz
sabes la del matrimonio?

Lope

¿Diablo me llamais? ¿por qué?

Tacon.

Porque aquí decís á bulto
lo que yo, aun de puro oculto,
sospecho que no lo sé.

Lope

Oid, no seais majadero.

Tacon.

Usté, en vez de señoría,

me da la majadería.

Lope.

Entrad, y que un forastero
le quiere besar la mano,
decid á Don Pedro.

Tacon.

Ahora,
que ha que está durmiendo una hora:
vaya usté y vuelva temprano.

Lope.

Entrad luego.

Tacon.

A esta ocasion
idos vos, porque no os tope,
que si sale aqui Don Lope
os dará algun trasquilon.

Lope.

¿Qué Don Lope?

Tacon.

Mi señor.

Lope.

¡Que escucho! ó estais sin seso,
ó estas borracho.

Tacon.

Algo hay de eso.

Lope.

Entrad, ó del corredor
os echaré.

Tacon.

¿Tan liviano
me juzga? á acostarme voy,
y os perdono, porque estoy
con la candela en la mano.

ESCENA XVII.

Dichos y Don Fernando.

Fernando

¿Que es esto? ¿quién da aquí voces?

Tacon.

Señor, este hombre que ves,
que por que me duele un callo,
no le mato á puntapies.

Fernando.

¿Pues qué quereis, caballero?

Lope.

¡Qué es lo que mis ojos ven!
darte la muerte, enemigo.

Fernando.

¡Ah traidor (1)!

Tacon.

¡San Rafael!

Lope.

¡Ah infame! ¿la luz has muerto?
mas venganza tomaré,
aunque á obscuras, de mi ofensa.

Fernando.

¿Quién eres, hombre¿

Lope

Cruel,
soy quien heriste en Sevilla.

Fernando.

Por la voz le buscaré,
que este ha ofendido mi honor;
mas ya he encontrado con él, *Riñen.*

---

(1) *Mata la luz.*

Tacon.

¡Ay! que matan á mi amo;

Dentro Don Pedro.

Haz sacar luces, Ines.

Dentro Doña Ines.

Señor, mira si es mi hermano.

Dentro Leonor.

A oscuras nada se ve.

ESCENA XVIII.

Dichos, Doña Ines, Leonor y Don Pedro.

Pedro.

Sacad luces (1).

Ana.

Aqui están;

¡qué es lo que miro! ¿no es

Don Lope este?

Lope.

¿No es Doña Ana

esta que veo?

Fernando.

¡Ah cruel,

aleve y fiera!

Ana.

¡Ay de mí!

valedme, cielos.

Pedro.

Detén,

Lope, hijo.

---

(1) Quédase Don Pedro en medio, y Don Lope á la puerta, por donde ha de salir Doña Ana con luz, y Don Fernando y los demás enfrente.

Fernando.

Ya no soy Lope,
dejadme, Don Pedro, pues.

Lope.

¿Doña Ana?

Ana.

Don Lope, esposo;
defiéndeme aqui tu fe
del peligro de mi vida,

Lope.

Esto lo primero es:
vente, Doña Ana, tras mí. *Vase.*

Fernando.

Dejadme que muerte dé
á una aleve y á un traidor.

Pedro.

Has sacar luces, Ines:
hijo, Lope...

Fernando.

Todo el mundo
no me podrá detener. *Vase.*

Pedro.

Pues tras tí me has de llevar. *Vase.*

Ines.

¡Qué es lo que mis ojos ven!
¡ah ingrato hermano! ¡Ay Leonor!
que esta criada cruel
era dama de mi hermano.

Leonor.

De eso tiene el parecer.

Ines.

De envidia y zelos voy muerta:
¿mas si es mi hermano, porqué. *Vase.*

¡Jesus, y qué bravo caldo
se ha revuelto! mas si es
el caldo de olla podrida,
quiero ser la liebre en él.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Don Pedro.

Doña Inés, Don Pedro y Tacon.

Pedro.

Inés, yo pierdo el sentido
de dolor.

Inés.

Templa el cuidado,
señor, que te has desvelado,
y esta noche no has dormido.

Pedro.

¿Cómo habia de dormir
quedándose Lope fuera?
¡qué tenerle no pudiera!
¡Qué no le pude seguir!
Y de lo que mas me aflijo,
fue que diciendo partió,
que no era su padre yo,
ni él era Lope mi hijo.

Tacon.

Ya esto acabó, no hay que hacer *ap.*
enredos ya, ni mentir:
mañana habré de pedir
limosna para comer;
pues señor, ya me despido.

Pedro.

¿Porqué, amigo? ¿qué te ha dado?

Tacon.

Señor mio, esto ha durado
lo que mi Dios fué servido.

Pedro.

¿Tambien tu lealtad me olvida?

Tacon.

¿Si él no vuelve, qué he de hacer?

Pedro.

¿Cómo que no ha de volver?
perderé el juicio y la vida.
¿Cerote, porqué ocasion
te quieres ir? ¡de ánsia muero!

Tacon.

Como usted no es zapatero,
no puedo darle razon.

Pedro.

Aunque mi pesar lo note,
¿qué causa hay, Cerote, dilo?

Tacon.

Que en acabándose el hilo,
no es menester mas cerote.

Pedro.

¿Cómo acabarse? ¡ay de mí!
mira que me das la muerte:
si hay algun pesar mas fuerte,
dilo ya, y muera yo aquí.

Tacon.

¿No lo ven? con mas presteza. *ap.*
podrá sacarle el gatillo
de la quijada un colmillo,
que el hijo de la cabeza.

Ines.

¿Qué á mi hermano le sucede?
yo estoy sin mí de temor.
¡Qué quieres injusto amor!

¿Y porqué volver no puede
á casa?

Tacon.

Yo lo dijera,
mas de él tengo mucho miedo.
Ahora yo he de ver si puedo *ap.*
sacarle algo por postrera
¿Vé usted aquel hombre tan fiero
que á reñir con él se atreve?
pues es un hombre á quien debe
mi amo un poco de dinero,
y él á mi amo antes debia
dineros, que le pagaba,
y siempre que le encontraba,
al punto se los pedia;
mas despues que le pagó,
mi amo el deudor vino á ser,
y no hay modo de poder
cobrar de él.

Pedro.

¿Pues por qué no?

Tacon.

Se olvidó que le debia.

Pedro.

¿Pues cómo no se olvidó
de lo que el otro debió,
pues siempre se los pedia?

Tacon.

Por eso á reñir se mueven.

Pedro.

Y es razon que se los pida.

Tacon.

De lo que debe se olvida,
mas no de lo que le deben.

Pedro.

¿Y eso recatando estás,
cuando estoy tan afligido?
¿de cuánto la deuda ha sido?

Tacon.

Cien escudos son, no mas.

Pedro.

Pues yo se los pagaré,
porque no esté tan molesto.

Tacon.

Si señor, salgamos de esto,
que yo se los llevaré.

Pedro

Pues yo voy á mi aposento
á dartelos de contado.

Tacon.

Pues con eso está ajustado,
y vendrá Lope al momento.

Pedro.

¿Solo por esto reñia,
y con cólera tan ciega,
que soy su padre me niega,
y al otro matar queria?
Al verlo tan impaciente,
temí que fuera otro esceso.

Tacon

¡Jesus! ¿pues no adviertes que eso
lo ocasionó la creciente?

Pedro.

Por los cien escudos voy
al instante á mi escritorio.

ESCENA II.

Dichos menos Don Pedro.

Tacon.

Animas del Purgatorio. *ap.*
cien Misas de ellos os doy:
nadie culpe á mis cuidados
la estafa, al verme perdido,
que no es mucho haber vendído
un hijo por cien ducados.

Ines.

¿Díme, ingrato, desatento,
tu traicion, si lo sabia,
porque á mí no me decia
de esta muger el intento?
¿Es bien haber engañado
á mi amo con su sentido,
cuando yo de mí me olvido?

Tacon.

¡Ay, que el mal se le ha pegado!

Ines.

¿Mas qué he dicho?

Tacon.

¡Ay Dios, qué exceso!

Ines.

¡Sin mí estoy! locura es

Tacon.

¡Jesus! ¿Pues la hermana Inés
ahora sale con eso?

Ines.

A poder ser él mí esposo,
confieso que le estimara
mas que á otro, á quien juzgara
tan fino y tan amoroso.

Tacon.

Eso ya es inclinacion.

Ines.

No es delito, aunque sea así.

Tacon.

¿Pues qué me darás á mí,
si traigo dispensacion?

Inés

¿Dispensacion? esa es buena.

Tacon.

Eso no saben acá;
el de Miquinés las dá
á seis cuartos la docena.

Ines.

Mas tente, Cerote, y mira
quien es quien entra aquí dentro.

ESCENA III.

Dichos y Don Lope.

Lope.

Ya de Doña Ana el encuentro
templó en mi afecto la ira:
de Félix en la posada
esta noche la he asistido,
que como recien venido,
fué allí mi eleccion forzada
para poderla librar;
allá sola se quedó,
y al punto que amaneció,
mi padre vuelvo á buscar.

Ines.

¿Quién es?

Lope.

¿Hase levantado
ya Don Pedro de Lujan?

*

cuando mi hijo está en casa?

Lope.

¡Cielos, qué es esto que pasa?

Tacon.

¿No lo dije? venlo aquí:
miren aquí los regalos
que halla, el diablo me lo dijo:
si este hombre da en ser su hijo,
le han de dar cuatro mil palos.

Lope.

Padre y señor, padre mio,
Don Lope soy de Lujan,
que aunque los años me habrán
trocado el rostro, no el brio
que heredé de aquesos brazos;
y si en mi ausencia ha fingido
alguien, que tu hijo ha sido,
yo le haré dos mil pedazos,
que sin duda es hombre bajo
quien finge por su interes,
que es tu hijo

Tacon

Por Dios, que es
tieso el hijo como un ajo.

Ines

Señor, esto es fingimiento.

Tacon

Gran dia ha de ser el de hoy.

Pedro.

Hija, vive Dios, que estoy
perdiendo el entendimiento.

Lope

Señor, yo anoche llegué,
y aquí encontré á mi enemigo,
y no hablé entónces contigo,

porque á su hermana libré.

Pedro

¿Luego quién riñó con él
fuisteis vos? ¡de pena muero!
¿No es á quien debe el dinero
este hombre?

Tacon

Digo que es él.

Lope

¿Qué dinero?

Tacon.

¿Hay taravilla
como esta, ó es carantoña?
¿usté no es hijo de Oña,
el Mercader de Sevilla?

Lope.

Hombre, tu error lo imagina,
si esa apariencia te ofrece.

Tacon.

Señores, se le parece
como un pollo á una sardina.

Pedro

Caballero, vive Dios,
que ya es mucha demasía,
y mucha bellaquería,
cuando el que riñó con vos
era mi hijo, querer
fingiros vos hijo mio,
cuando á vuestro desvarío
contradice el parecer:
porque si por darme enojos
lo habeis querido fingir
os lo sale á desmentir
lo que están viendo los ojos.
Mi hijo Don Lope está muerto,

y él es mi mismo retrato,
y si vuestro desacato
ya mas adelante pasa,
tendrá osadía tan vana
castigo á su atrevimiento.

Tacon

Verán si no pára el cuento
en zurrarle la badana.

Lope

¡Qué es lo que escucho! señor;
quien riñó conmigo, era
Don Fernando de Ribera,
y quien con ciego furor
en Sevilla me hirió á mí
en su casa, por Doña Ana
de Ribera, que es su hermana
aquella que estaba aqui;
y esto lo echareís de ver,
en que al punto que la vió
á matarla se arrojó;
y yo pare defender
el peligro de su vida,
de tu casa la saqué,
y á otra casa la llevé,
donde la tengo escondida:
y si no crees que es verdad,
vente tú, señor, conmigo:
que hallando en ella un testigo;
saldrás de tu ceguedad.

Tacon.

Cielos, no es nada la veta
de la media.

Pedro.

Mas me aflijo:
¿tu amo no es Lope mi hijo?

Tacon.

Como Lope fue el poeta.

Pedro.

¿Pues qué es esto?

Tacon.

Esas son largas.

Pedro.

Tú me harás desesperar.

Tacon.

¿Helo yo de averiguar?
yo soy Cerote y no Vargas.

Lope.

Villano, pues tú este daño
estás fomentando aqui,
viven los cielos, que en tí
he de vengar el engaño.

Tacon.

Señor, sé tú mi coleto.

Lope

Aunque lo contrario intentes,
yo soy su hijo, y tú mientes.

Tacon.

Por mí, mas que seas su nieto.

Pedro.

¿Qué intentas, hombre prolijo?
¿no basta darme pesar,
sin que vengas á matar
el criado de mi hijo?

Lope

Que yo soy tu hijo, señor.

Tacon.

Bien puede él haberlo sido,
sin que tú lo hayas sabido.

Ines

Padre, el remedio mejor

es el irlo á averigüar,
y que tú vayas á ver
lo que dice esa muger:
que ella no puede afirmar
que sea Lope su hermano,
estando él aqui presente,
que si él su engaño desmiente
cuanto diga será en vano.

Pedro

Allá he de ir. ¡Si esto seria
verdad, y esta mi hijo fuera!

Ines

Yo las albricias me diera,
que á mí mas bien me estaria.

Pedro

Venid, pues.

Lope.

Ya yo os asisto.

Tacon

Ve tú, y allá te lo aven.

Pedro

Tú has de seguirnos tambien.

Tacon.

Esto es malo, vive Cristo.

Pedro.

Guiad: ¿dónde habemos de ir?

Lope.

A salir de este embarazo.

Tacon.

Pues ya se desata el lazo,
bien me podré yo escurrir.

ESCENA V.

Doña Ines.

¡Cielos, se habrá visto pecho
en confusion semejante!
¡que yo con un hombre encuentre,
que me enamore en la calle,
que entré en mi casa inclinada,
y que le traiga mi padre
por mi mismo hermano á casa,
que en rostro, presencia y talle
tenga señas de mi hermano,
palabras y obras de amante;
y que su amor y su olvido
me obligue contra la sangre!
¡Que una muger forastera
venga á mí, porque la ampare,
que yo en casa la reciba
con generosas piedades,
que venga un hombre de fuera,
que aqui riñendo se hallen
mi hermano y él, al sacar
ella una luz, su semblante
mueva en mi hermano un enojo
de quien el otro la guarde,
y ahora vuelva este hombre mismo
con razones eficaces
afirmando, que es mi hermano,
y entre confusion tan grave
se hallen todos los sentidos
sin saber ácia qué parte
poder guiar el discurso;
y, cuando ningun dictámen
en todos ellos es fijo,

solo mi amor es constante,
sin que las dudas se alteren,
ni la razon le contraste
de ser mi hermano el que quiero!
Sin duda hay secreto grande
de amor entre tantas dudas,
y el corazon es quien sabe
estos secretos á veces;
pues si él permite que ame,
siendo quien saberlo puede,
sin duda no es yerro amarle,
que á ser mi hermano, el delito
contradijera la sangre;
mas caso que no lo sea,
¿qué importa el quererle fácil,
cuando ya en darme á Don Diego
está tan firme mi padre,
que hoy dice, que de secreto
con él ha de desposarme?
¡Amor, qué quieres de mí,
cuando eres para templarte,
si no es mi hermano, imposible;
y si es mi hermano, culpable!

ESCENA VI.

Doña Ines y Leonor.

Leonor.

Señora, tu hermano viene
descolorido el semblante.
y ajado, como quien suele
pasar la noche en la calle.

Ines.

¡Ay Leonor, que yo presumo,
que son mayores mis males!

que no es mi hermano.

Leonor.

¿Qué dices?

Ines.

Que hay ya muchas novedades.

Leonor.

¿Pues qué mas quiere tu amor,
si que no es tu hermano sabes?

Ines.

¿Qué importa, si con Don Diego
me quiere casar mi padre?

Leonor.

¡Jesus, y qué mentecata!
¿no sabes que él es tu amante?

Ines

Sí lo creo, así es verdad.

Leonor.

¿Pues hay mas de que le engañes
á tu padre, y que este Lope,
que por hermano te traen,
con la piel del otro hermano,
hoy la bendicion le gane,
como el otro lo hizo marras?

Ines.

¿Cómo ha de ser eso facil?

Leonor.

Mas él viene.

Ines.

Sin mí estoy
entre dos precisos males.

ESCENA VII.

Dichas y Don Fernando.

Fernando.

Despues que toda la noche
de ofendido, y vigilante,
por buscar mis enemigos,
no dejé casa ni calle,
sin poderlos encontrar;
apénas el dia sale,
cuando en la Red de San Luis,
queriendo pasar al Carmen,
á Don Felix de Guzman
encontré, mi amigo grande,
al cual de verme admirado
calló mi afrenta el semblante;
que no ha de saber mi agravio,
hasta mi venganza, nadie.
Enseñóme su posada,
donde volver á alvergarme
pienso hasta hallar mi enemigo,
que ya no es bien que yo pase
en lances de honor con burlas,
de amor, y olvido, adelante;
y así, á Don Lope, y á Ines..
mas ella está aquí.

Ines.

Pesares, *ap.*
matad, ó morir. ¿Don Lope,
señor; hermano, qué haces?
¿qué novedades son estas?
¿de dónde vienes? ¿qué traes?

Fernando.

Ya, señora Doña Ines,

es fuerza que el alma os hable
con las veras, que hasta aquí
decente ocultó el donaire.
Yo no soy hermano vuestro,
no, no el cariño lo estrañe,
que el lugar que tengo en él,
(si es mi ventura tan grande,
que haya merecido alguno)
no vengo á desocuparle,
sino á pedir, que de hermano
me le troqueis en amante:
para aquesto en vuestro pecho
no ha de entrar, ni salir nadie;
yo estoy dentro, vos me veis,
no el decoro os embarace,
porque no habreis menester
mas, que para mejorarme,
dar el oficio al amor,
que estaba haciendo la sangre;
y porque ocuparle puedo,
conocedlo, digo, ocuparle
por capáz del favor vuestro,
que á vos no os merece nadie.
Don Fernando de Rivera
soy, que en aquel mismo instante
que os ví en Madrid, de Sevilla
acababa de apearme:
trájome aquí una desdicha
(permitidme que la calle,
porque al decirla, recelo
que me arrojeis de la parte
donde me teneis, señora,
si vos llegais á mirarme,
aunque fué sin culpa mia,
vestido de este desaire).

Estando en la calle, pues,
sin tener donde alvergarme,
sin socorro, por cogerme
sin prevencion este lance,
á los ojos de Don Diego,
y al ansia de vuestro padre,
posiblemente engañaron
las señas de mi semblante;
y esto junto con fingir
mi criado con tal arte
la enfermedad de mi olvido,
hizo el engaño mas fácil.
Trájome á casa por hijo,
donde trocando el dictamen,
lo que acepté desvalido,
lo proseguí por amante.
Obligóme vuestro amor
á lo que sin causas tales
fuera, señora, indecente
en un hombre de mi sangre.
Mas ya el declararme es fuerza,
porque en mi pecho no caben
aquellas burlas fingidas
al lado de mis pesares.
Vuestro amor sé que en él vive,
y creed, señora, que es grande,
pues tal linage de pena
no resiste el maridage.
A decir esto resuelto
vengo á vos, y á vuestro padre,
porque en ningun tiempo pueda
ser por mi engaño culpable,
que aunque en esto os aventure,
mas quiere mi noble sangre
que airosa verdad os pierda,

que indigna cautela os gane.
Y mirad lo que os estimo,
pues cuando mi duda sabe
que el digno lugar de hermano
tengo en vuestro pecho afable,
mi corazon no se atreve
á estar en él como amante,
sin que antes de aqueste engaño
la aleve mancha se lave.
Don Fernando de Rivera
soy, por mi noble linage,
del logro de mis deseos
son mis blasones capaces;
pero capaces, teniendo
vuestra gracia, que esa nadie
la merece, porque es gracia;
y la nobleza mas grande,
cuando se pone á la vista
de luces tan celestiales,
solo es un vaso capaz
donde sus favores caben.
Solo mi amor os propongo
por mérito de mi parte,
y ese lo es queriendo vos,
sin que yo pueda quejarme
de vos, porque no quereis,
que el no ser mi amor constante
correspondido, es desdicha,
no culpa en vuestro dictamen,
que no nace la hermosura
obligada, cuando nace,
á querer á quien le quiere,
si es la de su amor constante.
Ya, pues, señora, que yo
la obligacion de mi sangre

he cumplido, haced ahora
lo que el afecto dictare;
si os conviene, consultad
mi deseo á vuestro padre,
y del engaño, con él
por el amor disculpadme;
y sabed que yo no puedo,
por lo que el alma os aplaude,
dejar nunca de ser vuestro,
aunque mi amor no os alcance.
Y si fuere mi fortuna
tan corta, que no se abrase
por víctima el corazon
en vuestro incendio suave;
quejoso de mi desdicha,
y agradecido á mis males,
por la gloria de la causa,
viviré de mis pesares,
contento de haber perdido
una ventura tan grande,
por no ajar me bizarría
de tal engaño al ultraje.

Ines.

Don Fernando, quien pudiera
con palabras eficaces
decirte los parabienes
que doy á mi amor de hallarte
galan, cuando por mi hermano
estaba oculto en la cárcel
de mi silencio; aquel dia
que te ví, en el mismo instante
los ojos que me pediste,
eres tú quien me llevaste:
mas de este amor el estorvo
es el gusto de mi padre,

que me casa con Don Diego;
mas primero que me casa,
á morir me resolviera
Ahora, pues tú ya sabes
de mi amor, y tu peligro,
ponte en el riesgo, de parte
del remedio, si hay alguno.

Fernando

Ya, señora, llegó el lance
tan á punto del estremo,
que el remedio que aqui cabe,
es el que yo no me atrevo
á proponeros amante,
por el respeto que os tengo.

Leonor

¿Respeto? es para galanes
de la era del Rey Bamba,
que oliendo el favor de un guante
estaba nueve ó diez años;
pero ya no se usa el trage
de las calzas atacadas.

Ines.

Fernando, no lo dilates:
antes de decir mi amor
pudieras embarazarte;
mas diciendo que te quiero,
mas que atento eres cobarde.

Fernando.

Pues el remedio, señora,
solo es poneros en parte
donde digáis que sois mia,
sin que el riesgo os lo embarace,
que desde allí á ser mi esposa,
me toca á mí lo restante.

he cumplido, haced ahora
lo que el afecto dictare;
si os conviene, consultad
mi deseo á vuestro padre,
y del engaño, con él
por el amor disculpadme;
y sabed que yo no puedo,
por lo que el alma os aplaude,
dejar nunca de ser vuestro,
aunque mi amor no os alcance.
Y si fuere mi fortuna
tan corta, que no se abrase
por víctima el corazon
en vuestro incendio suave;
quejoso de mi desdicha,
y agradecido á mis males,
por la gloria de la causa,
viviré de mis pesares,
contento de haber perdido
una ventura tan grande,
por no ajar me bizarría
de tal engaño al ultraje.

Ines.

Don Fernando, quien pudiera
con palabras eficaces
decirte los parabienes
que doy á mi amor de hallarte
galan, cuando por mi hermano
estaba oculto en la cárcel
de mi silencio; aquel dia
que te vi, en el mismo instante
los ojos que me pediste,
eres tú quien me llevaste:
mas de este amor el estorvo
es el gusto de mi padre,

que me casa con Don Diego;
mas primero que me casa,
á morir me resolviera
Ahora, pues tú ya sabes
de mi amor, y tu peligro,
ponte en el riesgo, de parte
del remedio, si hay alguno.

Fernando

Ya, señora, llegó el lance
tan á punto del estremo,
que el remedio que aqui cabe,
es el que yo no me atrevo
á proponeros amante,
por el respeto que os tengo.

Leonor.

¿Respeto? es para galanes
de la era del Rey Bamba,
que oliendo el favor de un guante
estaba nueve ó diez años;
pero ya no se usa el trage
de las calzas atacadas.

Ines.

Fernando, no lo dilates:
antes de decir mi amor
pudieras embarazarte;
mas diciendo que te quiero,
mas que atento eres cobarde.

Fernando.

Pues el remedio, señora,
solo es poneros en parte
donde digáis que sois mia,
sin que el riesgo os lo embarace,
que desde allí á ser mi esposa,
me toca á mí lo restante.

Inés.

¿Cuándo ha de ser eso?

Fernando.

Luego:

que en sabiendo vuestro padre

que no soy su hijo, es preciso

que aquesta ocasion me falte.

Ines.

¿Y dónde he de ir?

Felix.

A un convento.

Ines.

Pues, Leonor, los mantos trae.

Leonor.

Al arma, Comendadores. *Vase.*

Ines.

Toma, dueño mio.

Fernando.

¿Qué haces?

Ines.

Darte la mano....

Fernando.

¿Qué dices?

Ines.

De tu esposa

Fernando.

¡Dicha grande!

Inés.

Esto es preciso.

Fernando.

¿Por qué?

Ines.

Por ir honrada.

Fernando.

¿A qué parte?

Ines.

Siendo yo tu esposa ya,
adonde tú me llevares (1).

Fernando.

Pues yo al alma la traslado
por mi labio.

Ines.

No te tardes.

Fernando.

Vamos, pues.

Ines.

Ya yo te sigo.

Fernando.

Bien haya mi suerte

Leonor

Andares,
eso sí, marido á gusto,
aunque sea pobre, que hacé
la boda en Carnestolendas
con quesadillas y ojaldres.

ESCENA VIII.

Sala en la posada de Don Felix.

Doña Ana con manto y Don Felix.

Felix.

Señora, perdonad, que con la prisa
de salir con Don Lope esta mañana,
un papel olvidé, cosa precisa
para mi pretension.

Ana.

Prevencion vana,

(1) *Sale Leonor con los [illegible]*

es la que haceis, señor, en vuestra casa,
en quien os debe amparo tan atento.

Felix.

Entre tales amigos, siempre pasa
al que hace el gusto el agradecimiento:
ademas de que á Don Lope se lo debo,
y estando aqui vos sola, no me atrevo
á entrar aunque es segura mi fineza.

Ana.

Esa atencion tendrá vuestra nobleza
por lo que á si se debe;
pero no porque aqui la causa os mueve,
que de vos, y de mi Don Lope alcanza,
cuando me trae aqui la confianza,
que merece tan fiel correspondencia.

Felix.

Pues de entrarle á buscar me dad licencia.

ESCENA IX.

Doña Ana.

¡Cielos, que yo viniera
á buscar mi peligro, y que saliera
delante de mi hermano!
cómo esto pudo ser, discurro en vano,
si no fue, que ofendido
á Don Lope siguiendo haya venido:
dicha ha sido librarme de la muerte,
ya agradezco á mi suerte,
que habiéndome Don Lope aqui traido,
no me haya conocido
aqueste caballero,
que de Sevilla es, á lo que infiero,
pues yo allá oí su nombre;
sombra no encuentro ya, que no me asombre;

de mi hermano en la intrépida locura,
de cuyo enojo aqui no estoy segura,
pues siempre me parece que le encuentro.

ESCENA X.

Doña Ana, Don Fernando, y despues Don Felix.

Fernando.

¿Don Felix de Guzman está aqui dentro?

Ana

Valedme, cielos, en tal riesgo ahora.

Fernando

¿No está en casa Don Felix, mi señora?

Felix

¿Quién á Don Felix busca?

Ana.

Ahí os espera.

Fernando

Tu amigo Don Fernando de Ribera.

Ana

¡Ay cielos! yo soy muerta,
si no puedo salir por la otra puerta.

ESCENA XI.

Don Fernando y Don Felix.

Felix.

¿Amigo mio, qué és lo que me quieres?

Fernando.

Aquí vienen conmigo dos mugeres,
que mientras hago yo una diligencia,
de que se esten aqui dareis licencia.

Felix.

Amigo, vive Dios, que me has cogido
aqui otro pájaro en el nido.

ESCENA VII.

Dichas y Don Fernando.

Fernando.

Despues que toda la noche
de ofendido, y vigilante,
por buscar mis enemigos,
no dejé casa ni calle,
sin poderlos encontrar;
apénas el dia sale,
cuando en la Red de San Luis,
queriendo pasar al Carmen,
á Don Felix de Guzman
encontré, mi amigo grande,
al cual de verme admirado
calló mi afrenta el semblante;
que no ha de saber mi agravio,
hasta mi venganza, nadie.
Enseñóme su posada,
donde volver á alvergarme
pienso hasta hallar mi enemigo,
que ya no es bien que yo pase
en lances de honor con burlas,
de amor, y olvido, adelante;
y así, á Don Lope, y á Ines..
mas ella está aqui.

Ines.

Pesares, *ap.*
matad, ó morir. ¿Don Lope,
señor; hermano, qué haces?
¿qué novedades son estas?
¿de dónde vienes? ¿qué traes?

Fernando.

Ya, señora Doña Ines,

es fuerza que el alma os hable
con las veras, que hasta aquí
decente ocultó el donaire.
Yo no soy hermano vuestro,
no, no el cariño lo estrañe,
que el lugar que tengo en él,
(si es mi ventura tan grande,
que haya merecido alguno)
no vengo á desocuparle,
sino á pedir, que de hermano
me le troqueis en amante:
para aquesto en vuestro pecho
no ha de entrar, ni salir nadie;
yo estoy dentro, vos me veis,
no el decoro os embarace,
porque no habreis menester
mas, que para mejorarme,
dar el oficio al amor,
que estaba haciendo la sangre;
y porque ocuparle puedo,
concedeis, digo, ocuparle
por capáz del favor vuestro,
que á vos no os merece nadie.
Don Fernando de Rivera
soy, que en aquel mismo instante
que os vi en Madrid, de Sevilla
acababa de apearme:
trájome aquí una desdicha
(permitidme que la calle,
porque al decirla, recelo
que me arrojeis de la parte
donde me teneis, señora,
si vos llegais á mirarme,
aunque fué sin culpa mia,
vestido de este desaire).

Inés.

¿Cuándo ha de ser eso?

Fernando.

Luego:

que en sabiendo vuestro padre
que no soy su hijo, es preciso
que aquesta ocasion me falte.

Ines.

¿Y dónde he de ir?

Felix.

A un convento.

Ines.

Pues, Leonor, los mantos trae.

Leonor.

Al arma, Comendadores. *Vase.*

Ines.

Toma, dueño mio.

Fernando.

¿Qué haces?

Ines.

Darte la mano....

Fernando.

¿Qué dices?

Ines.

De tu esposa.

Fernando.

¡Dicha grande!

Inés.

Esto es preciso.

Fernando.

¿Por qué?

Ines.

Por ir honrada.

Fernando.

¿A qué parte?

Ines.

Siendo yo tu esposa ya,
adonde tú me llevares (1).

Fernando.

Pues yo al alma la traslado
por mi labio.

Ines.

No te tardes.

Fernando.

Vamos, pues.

Ines.

Ya yo te sigo.

Fernando.

Bien haya mi suerte

Leonor.

Andares,
eso sí, marido á gusto,
aunque sea pobre, que haré
la boda en Carnestolendas
con quesadillas y ojaldres.

ESCENA VIII.

Sala en la posada de Don Felix.

Doña Ana con manto y Don Felix.

Felix.

Señora, perdonad, que con la prisa
de salir con Don Lope esta mañana,
un papel olvidé, cosa precisa
para mi pretension.

Ana.

Prevencion vana,

---

(1) *Sale Leonor con los mantos*

es la que haceis, señor, en vuestra casa,
en quien os debe amparo tan atento.

Felix.

Entre tales amigos, siempre pasa
al que hace el gusto el agradecimiento:
ademas de que á Don Lope se lo debo,
y estando aqui vos sola, no me atrevo
á entrar aunque es segura mi fineza.

Ana.

Esa atencion tendrá vuestra nobleza
por lo que á sí se debe;
pero no, porque aqui la causa os mueve,
que de vos, y de mí Don Lope alcanza,
cuando me trae aqui la confianza,
que merece tan fiel correspondencia.

Felix.

Pues de entrarle á buscar me dad licencia.

ESCENA IX.

Doña Ana.

¡Cielos, que yo viniera
á buscar mi peligro, y que saliera
delante de mi hermano!
cómo esto pudo ser, discurro en vano,
si no fue, que ofendido,
á Don Lope siguiendo haya venido:
dicha ha sido librarme de la muerte,
ya agradezco á mi suerte,
que habiéndome Don Lope aqui traido,
no me haya conocido
aqueste caballero,
que de Sevilla es, á lo que infiero,
pues yo allá oí su nombre,
sombra no encuentro ya, que no me asombre.

de mi hermano en la intrépida locura,
de cuyo enojo aqui no estoy segura,
pues siempre me parece que le encuentro.

ESCENA X.

Doña Ana, Don Fernando, y despues Don Felix.

Fernando.

¿Don Felix de Guzman está aqui dentro?

Ana

Valedme, cielos, en tal riesgo ahora.

Fernando

¿No está en casa Don Felix, mi señora?

Felix

¿Quién á Don Felix busca?

Ana.

Ahí os espera.

Fernando

Tu amigo Don Fernando de Ribera.

Ana

¡Ay cielos! yo soy muerta,
si no puedo salir por la otra puerta.

ESCENA XI.

Don Fernando y Don Felix.

Felix.

¿Amigo mio, qué es lo que me quieres?

Fernando.

Aqui vienen conmigo dos mugeres,
que mientras hago yo una diligencia,
de que se esten aqui dareis licencia.

Felix.

Amigo, vive Dios, que me has cogido
aqui *otro pájaro* en el nido.

Fernando.

¿Por qué?

Felix.

Porque aqui tengo una señora,
que me encargó un amigo; mas ahora
se lo entraré á rogar: decid que espere,
que no lo puedo hacer, si ella no quiere.

Fernando.

Sí querrá por dos horas solamente,
que en las mugeres no es inconveniente;
que ellas no se embarazan.

Felix.

Voy á verlo,
que no puedo hacer mas que proponerlo.

ESCENA XII

Don Fernando, Doña Ines y Leonor.

Fernando.

Entra, Ines.

Ines

¡Ay Fernando! quiera el cielo,
que de mi amor se logre el firme zelo
con que te sigo.

Fernando.

Aqui estarás en tanto
que yo busco el convento.

Leonor.

¡Cielo santo!
la oracion de San Juan me salió cierta,
porque en echando el huevo fui á la puerta,
y Cerote dijeron de alli á un rato,
y cerote bien viene con zapato.

ESCENA XIII.

Dichos, y Don Felix.

Felix.

Fernando, ya no es menester licencia,
que la muger se fue. Y es evidencia, *ap.*
que de Fernando ha sido conocida,
pues al verle, de aqui se fue afligida,
de ella daré á Don Lope buena cuenta;
sea quien fuere, ha sido desatenta.
¿Fernando, tú, despues de haber venido,
acaso alguna dama has conocido?

Fernando.

Sino es á la que veis, otra ninguna.

Felix.

¿Pues qué es esto? ¡hay muger mas importuna,
que porque entró aqui un hombre se haya ido!
amigo, ya en tu intento estás servido.

Fernando.

Pues despues de dejar estas señoras
aqui dentro, te pido por dos horas,
que me acompañes á una diligencia.

Felix.

Eso no puede ser con tu licencia,
porque otra ocupacion me llama.

Fernando.

¿Mayor?

Felix.

Sí, de buscar aquesta dama,
que para irse, mas causa no ha tenido,
que huir de ti, si á ti te ha conocido.

Fernando.

¿Muger que huyó de mí? cielo, si fuera
mi hermana esta cruel, que bien pudiera,
pues no es conocida ella de mi amigo:

¿quién te trajo esa dama?

Felix.

Eso no digo,
porque dama y secreto me ha fiado,
y en cuanto esto, he de estar siempre á su lado.

Fernando.

¿Pues hay peligro?

Felix

Y grande, segun dice.

Fernando.

¡Cielos, si he sido yo tan infelice, *ap.*
que contra mí mi amigo esté empeñado!
mas aqui es imposible mi cuidado:
que Don Felix el cargo no admitiera,
cuando supiese que mi hermana era:
ignorándole, menos ser podia;
porque, ¿cómo es posible, que en un dia,
siendo Don Felix hoy recien venido,
sea de mi ofensor tan conocido?
Yo, Don Felix, he de irme á aqueste intento.

Felix

Esta la llave es de mi aposento,
dadsela á esa señora,
que yo á buscar la otra voy ahora.

Fernando.

Vamos, pues.

Felix.

Á buscarla me resuelvo.

Fernando.

Cerrad, señora, vos, que luego vuelvo.

ESCENA XIV.

Doña Ines y Leonor.

Ines.

Cierra, Leonor, la puerta:
¡Cielos, si tanta dicha será cierta!
mas mira, que á la puerta están llamando,
abrela, pues, quizá será Fernando.

Leonor.

Sin sosiego me tiene el casamiento,
Dios quiera que no pare en sentimiento.

Ines.

¡Hay pena mas tirana!

Leonor.

¿Quién llama aqui?

Dentro Don Lope.

Yo soy, abre Doña Ana.

Leonor.

¡Ay, señora, muerta estoy!
tu padre.

Ines.

¡Jesus mil veces!

Leonor.

Aqui nos parten las nueces,
ó las piernas; yo me voy.

ESCENA XV.

Doña Ines, Don Pedro, Don Diego, Don Lope y Tacon.

Pedro.

Yo tanto me he detenido
para que sea Don Diego
testigo de que estais ciego.

Tacon.

Escurrime no he podido.

Diego.

¿Vos Don Lope? vive Dios,
que á no ver que vuestro engaño
es castigo mas estraño,
reñido hubiera con vos.

Lope.

Pues la verdad no ha podido,
ni las señas que yo he dado
tan seguras no han bastado
para haberme conocido;
y el tener acaso ese hombre
el semblante que os engaña,
que yo tuve, cuando á España
dejé, y el tomar mi nombre;
no pretendo ahora, pues,
que por hijo me tengais,
sino que aqui conozcais
como ese hombre no lo es (1).
Este es mi padre, Doña Ana,
no te encubras, que es en vano:
di quién soy yo, y quién tu hermano.

Ines.

¡Hay pena mas inhumana, *Ap.*
que encontrarme aqui mi padre!

Lope.

Dilo, pues, que aqui no hay mal
que recelar,

Tacon.

No hagas tal
por la leche de tu madre.

(1) *Tápase mas Doña Ines.*

Lope.

Da, pues le importa á mi fama,
de descubrirte licencia.

Pedro.

¿No veis cómo en mi presencia
no osa decirlo esta dama?

Lope.

¿Doña Ana, qué intentas, dí,
que á hacer una grosería
me ocasionas?

Ines.

¡Suerte mia, *ap.*
qué he de hacer, que estoy sin mí!

Tacon.

Por vida de Inés de Astorga,
que lo diga; velo usted,
ella lo niega.

Lope.

¿Porqué?

Tacon.

Porque aunque calla no otorga.

Pedro.

De vuestro engaño prolijo,
viendo el desengaño os dejo.

Tacon.

Señores, con esto el viejo
mas se encarniza en el hijo.

Lope.

¿Cómo iros? vive Dios,
que antes se ha de descubrir,
y tambien se ha de decir
quien soy delante de vos.

ESCENA XVI.

Dichos y Don Felix.

Felix.

¡Vive Dios, que hallar no puedo
esta muger! ¡Mas qué miro!
¿quién está aquí?

Lope

Pues Doña Ana,
primero el desaire mio
escusar quiero, pues siendo
tu esposo, no has querido
descubrirte, y así yo...

Ines

¡Valedme, Cielos Divinos!

Felix.

¿Qué es lo que haceis? deteneos.

Lope

Felix, Doña Ana es testigo
de lo que á mi honor le importa;
y por mas que le he pedido
que se descubra y lo diga,
no quiere.

Felix.

Tened por Cristo,
que esta dama no es Doña Ana.

Lope.

¿Pues quién?

Felix.

No puedo decirlo,
ni aunque quisiera pudiera,
porque la trajo un amigo
aquí, sin saber quien es.

Lope.

¿Pues y Doña Ana?

Felix.

Se ha ido.
de aquí, sin saber yo donde.

Lope.

Eso, Felix, es indicio
de que estais vos en su intento,
y fomentais su designio:
¡O falso amigo! ¡ó traidor!

Felix.

Ni traidor, ni falso amigo
soy, porque esta no es Doña Ana.

Pedro.

¿Pues si veis que ella no ha sido,
qué es lo que intentais ahora?

Lope.

Descubrirse no ha querido,
y yo he de hacerlo, Don Félix.

Felix.

Pues que yo he de resistirlo
entended.

Lope.

Viven los cielos,
que tu traicion, falso amigo....

Felix.

Don Lope, viven los cielos,
que es verdad cuanto os he dicho,
y no es Doña Ana esta dama.

Pedro

¡Qué escucho! ¿Don Lope dijo?

Tacon.

¿Si lo finge para tí,
no puede haberlo fingido
para el otro?

Pedro.

Caballero,

Don Lope es un hijo mio,
que este que veis, no es Don Lope.

Felix.

Yo esa duda no averiguo,
solo esta dama defiendo,
que me ha encargado un amigo;
entraos, señora, allá dentro.

Ines.

La vida á este hombre he debido.

ESCENA XVII.

Dichos menos Ines.

Lope

Don Felix, esa es traicion,
que mi acero...

Pedro.

¿Estais sin juicio?
mirad que estoy á su lado,
si intentais tal desatino.

Diego.

Y yo tambien.

Tacon.

Y yo y todo.

Lope.

Padre, vos....

Pedro

¡Ay tal delirio!
hombre, yo no soy tu padre.

Tacon.

Señor, que te llame tio,
pártase la diferencia,
y házle siquiera sobrino.

Lope.

¿Señores, caso como este,

no hay remedio, vive Cristo;
de que al otro hijo le crean.

Fernando.

¿Don Felix, dónde se ha ido
la dama?

Felix.

Allá dentro está,
que nadie la ha conocido.

Fernando.

Mirad, que este hombre es su padre.

Felix.

¿Su padre? ¡grande peligro!

Pedro.

¿Lope, cómo no me abrazas?

Fernando.

Forzoso es aquí fingirlo, *ap.*
por el peligro de Inés.
¿Pues, señor, qué te ha traido
á esta casa?

Pedro.

Un hombre loco,
que dá en que él es tú, y ha dicho
aquí cuatro mil locuras.

Tacon.

Es un loco, vive Cristo:
Señor, mira lo que pasa:
de risa pierdo el sentido.

ESCENA XXI.

Dichos, Don Lope y Doña Ana.

Lope.

Aquí vereis, Caballero,
si es verdad lo que yo digo:
entra conmigo, Doña Ana.

¡Ay, cielos, qué miro que miro!

Fernando.

¡Ah, infiel hermana!

Lope.

Teneos,

Don Fernando, que el delito
de Doña Ana os está bien:
entrad, señora, conmigo.

Felix.

Ahora estoy á vuestro lado.
Mirad, que he dado á este amigo
palabra de defender
de aquesta dama el peligro.

Fernando.

Mirad, Felix, que es mi hermana.

Felix.

Fernando, lo ha dicho dicho.
¿Cómo, tu hermana? ¿qué dices?
¡hay mayores desatinos!

Fernando.

A todos he de mataros;
quitaos vos, que nada miro.

Pedro.

¿Tú me pierdes el respeto?

Tacon.

En estando enfurecido,
se matará con su padre.

Lope.

Don Fernando, ya os he dicho
que os está bien.

Fernando.

¿Bien á mí?

Lope.

Si, siendo yo su marido.

Fernando.

De esa suerte decís bien,
pues restauro mi honor limpio.

Lope.

Pues ahora, porque todos
salgamos de un laberinto,
¿vos Don Fernando no sois
de Ribera?

Fernando.

Asi lo afirmo.

Lope.

Pues yo, señor, soy Don Lope
de Dójan.

Pedro.

¡Cielos, qué he oido!
¿pues nó eres mi hijo tú?

Fernando.

Sí, yo lo soy, y lo he sido.

Pedro.

¿Pues cómo aquesto respondes.

Fernando.

Porque vos no habeis sabido
como lo soy, mas vereislo.

ESCENA XXII.

Dichos, Doña Inés y Leonor.

Leonor.

Ah, Doña Inés.

Inés.

Dueño mio.

Fernando.

Dame la mano.

Inés.

Soy tuya.

¡Ay, cielos, qué es lo que miro!

Fernando.

¡Ah, infiel hermana!

Lope.

Tened,

Don Fernando, que el delito
de Doña Ana os está bien:
entrad, señora, conmigo.

Felix.

Ahora estoy á vuestro lado.
Mirad, que he dado á este amigo
palabra de defender
de aquesta dama el peligro.

Fernando.

Mirad, Felix, que es mi hermana.

Felix.

Fernando, lo dicho dicho.
¿Cómo, tu hermana? ¿qué dices?
¡hay mayores desatinos!

Fernando.

A todos he de mataros;
quitaos vos, que nada miro.

Pedro.

¿Tú me pierdes el respeto?

Tacon.

En estando enfurecido,
se matará con su padre.

Lope.

Don Fernando, ya os he dicho
que os está bien.

Fernando.

¿Bien á mí?

Lope.

Si, siendo yo su marido.

Fernando.

De esa suerte decís bien,
pues restauro mi honor limpio.

Lope.

Pues ahora, porque todos
salgamos de un laberinto,
¿vos Don Fernando no sois
de Ribera?

Fernando.

Asi lo afirmo.

Lope.

Pues yo, señor, soy Don Lope
de Rojas.

Pedro.

¡Cielos, qué he oido!
¿pues nó eres mi hijo tú?

Fernando.

Sí, yo lo soy, y lo he sido.

Pedro.

¿Pues cómo aquesto respondes.

Fernando.

Porque vos no habeis sabido
como lo soy, mas vereislo.

ESCENA XXII.

Dichos, Doña Inés y Leonor.

Leonor.

Ah, Doña Inés.

Inés.

Dueño mio.

Fernando.

Dame la mano.

Inés.

Soy tuya.

Fernando.

De este modo soy tu hijo,
porque hasta aquí lo fuí solo
porque soy el Parecido.

Tacon.

Lleve el diablo quien hablare
palabra sobre lo dicho.

Pedro.

Pues me está bien, yo lo aceto.

Tacon.

Pues, Leonor, tu mano pido.

Leonor.

Yo la doy, y con dos manos.

Tacon.

Y con esto, y con un vitor.

Todos.

Para Moreto; aquí tiene
fin dichoso el Parecido.

El Parecido en la Corte.

Es una de las comedias mas conocidas del público y de las que mas agradan en el teatro, asi por la fácil inteligencia de la fábula, como por la progresion de la accion y el interés que inspiran los personages Uno de los principales es Tacon, que apoya la equivocacion de Don Diego cuando cree que Don Fernando de Ribera es Don Lope de Lujan, engañado por la perfecta semejanza de aquel con este amigo suyo.

Diego.

¿Don Lope, amigo, qué es esto?
no le deis á mi memoria
tal desagradecimiento;
mirad que ha tiempo venía,
que vuestro padre Don Pedro
ha heredado á vuestro tio,
y tiene solo en dinero
mas de ochenta mil escudos.

Tacon.

¡Ay Dios! ¿luego es muerto el viejo?
dadme un abrazo en albricias.

Fernando.

¿Tente, qué haces majadero?

Tacon.

¿Qué he de hacer? Mi amo es Don Lope,
señor, y lo está fingiendo,
porque viene por la posta

y quiere estar encubierto
hasta que llegue la ropa,
por no ir á su padre en cueros.

Diego.

¿Pues yo no le he conocido?

Tacon.

Claro está: ¿no se está viendo
que es Lope hasta las entrañas, &c.

Tacon, pues, habla con Don Diego y Don Pedro; mientras su amo sigue á Doña Ines; les hace creer que es Don Lope, y finge la enfermedad que le ha privado de la memoria para que no se comprometa cuando le hablen de asuntos domésticos.

La necesidad en que se hallan amo y criado hacen vacilar á Don Fernando; pero las dificultades que se le presentan para sostener el fingimiento, y la nobleza y pundonor de su carácter, son para él obstáculos insuperables. Tacon, acosado de la necesidad las prevee todas, agota los recursos de su ingenio, y por último, dice á su amo

Vamos, y ahitémonos hoy,
que si se supiese luego
nos llevará á un hospital,
y allá tambien comeremos.

Fernando.

No te canses, que es locura....
¿Qué me miras?

Tacon.

Te estoy viendo;
¡vive Dios! que eres Don Lope
y tú no te acuerdas de ello.

Este personage en fin disminuye con la ingenuosidad de sus pensamientos y ocurrencias las dudas que debia escitar en Don Pedro la llegada de su verdadero hijo. No citaremos, por evitar prolijidad, las gracias que Moreto pone en boca de este personage, además de que ellas mismas se manifiestan escitando la risa del espectador.

A pesar del movimiento de Tacon durante toda la pieza no por eso amortigua el interés que inspiran Doña Inés y Don Fernando. La pasion de estos dos amantes está pintada con decoro y ternura, y la declaracion del último llena de nobleza y honradez. Se halla colocada con tal arte y tan bien preparada que la espera ya el espectador.

Ines.

Señor, hermano, ¿qué haces? &c.

Fernando.

Ya, señora Doña Ines,
es fuerza que el alma os hable
con las veras que hasta aquí
decente ocultó el donaire.
Yo no soy hermano vuestro;
no, no el cariño lo estrañe
que el lugar que tengo en él
(si es ventura tan grande
que haya merecido alguno)

PERSONAS.

El Duque de Atenas.
Alejandro, Galan.
Lidoro, Galan.
Comino, Gracioso.
Aurora, Duquesa.
Nisea, Dama.
Irene, Criada.
Damas.
Dos Jueces.
Músicos.
Criados.
Acompañamiento.

La Escena pasa en Atenas.

EL DEFENSOR
DE SU AGRAVIO.

PERSONAS.

El Duque de Atenas.
Alejandro, Galan.
Lidoro, Galan.
Comino, Gracioso.
Aurora, Duquesa.
Nisea, Dama.
Irene, Criada.
Damas.
Dos Jueces.
Músicos.
Criados.
Acompañamiento.

La Escena pasa en Atenas.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala en casa del Duque.

Alejandro y Comino.

Alejandro.

Nada que hables te he de oir,
si en Nisea no ha de ser.

Comino

¿No hemos de hablar de comer,
de cenar y de dormir?
¿siempre de amor he de hablarte?

Alejandro

Y lo demas me dá enojos.
¡Ay, Nisea de mis ojos!
¿quién no vive de mirarte?

Comino

¿Quién no vive de una polla,
y mas cuando un jamoncillo
se la lleva de codillo?
¿quién no vive de una olla,
donde cabe el ser podrida,
y de buena condicion?
¿quién no vive de un capon,
que es el blanco de la vida?
Mas solo de ser miron,
¿quién vive sino un vecino?

Alejandro

No me hables de eso, Comino,

Comino.

Soy yo engerto en sabañon;
Quien su maña no apercibe
para comer lo que adquiere,
de todo cuanto hay se muere,
solo de comer se vive.
Por comer, tras un arado
hay quien vaya por tarea,
y quien criado se vea
de otro, que no le ha criado:
Por comer, quien quiera ser
albañil, y al verse diestro,
se olvida en el Padre nuestro
del no nos dejes caer.
Por comer, quien sea barbero,
siendo tanto de admirar,
ver, que se incline á rapar
cosa, que no sea dinero.
Por comer hay quien remó,
y quien trabaje en las fiestas,
y quien me trae á mí á cuestas
lo que me he de comer yo;
y quien sufra ser cochero
cuando llueve y mas tambien,
pues para comer hay quien
se mete á sepulturero,
y con esto lo otro olvido.
Por comer, hay quien de un jaque
de ayuda, á un hombre le saque
del cuerpo lo que ha comido.

Alejandro

Consérvase el mundo asi
por el destino y el hado.

Comino

¿Y por qué eres tú privado

del Duque de Atenas, di?
A no darte de comer
el cargo, ¿fuera razon
ser privado ó motilon?

Alejandro.

¿Tan humilde habia de ser?

Comino.

Yo por mejor lo he tenido,
pues que veo al motilon
un cogote de un Neron,
y al prior descolorido.

Alejandro.

Lo que en el Duque interesa
mi fé no es comodidad,
sino amor de su amistad.

Comino.

¡O qué lindo es ver la mesa
de doce platos poblada,
é ir pellizcando pechugas,
y no hartarse de lechugas
habiendo dolor de bijada!

Alejandro.

¡Que sea tu bajeza tanta,
que por comer te apasiones!

Comino.

Estoy bien con los capones,
porque hacen linda garganta.
Si oigo que una dama bella
de un capon se ha enamorado,
imagino que es asado,
y me ando siempre tras ella:
á todo esta ánsia prefiero.

Alejandro.

¿El capon es tu regalo?

Comino.

¿Pues hay algun capon malo,
sino uno, que es mosquetero?

Alejandro.

¡Que no dejes de cansarme!

Comino.

Ya, señor, estoy ahito,
vaya de amor un poquito.

Alejandro.

Solo en Nisea has de hablarme.

Comino.

Loco de amores está: *ap.*
digo, que dejo el comer,
y cuanto hablare ha de ser,
Ni-sea, ni es, ni será.

Alejandro.

Si su divina hermosura
llega á encarecer mi fé,
¿habrá alguno á quien no dé
envidia con mi ventura?
Quiera amor, que yo la vea
dueño de mi corazon,
y él logre esta posesion.

Comino.

Digo, señor, que Ni-sea.

Alejandro.

Y ella, si logro su mano,
cuando mi fineza vea,
será mas firme.

Comino.

Ni-sea.

Alejandro.

¿Qué dices, nécio villano?

Comino.

Oigan, ¿ya perdió tu amor

de Nisea la codicia?

Alejandro.

No equivoque tu malicia
su nombre con mi temor.

Comino.

Si eso tienes por agüero,
porque otra vez no te asombre,
dila Si-sea, que es nombre
de muger de dispensero.

Alejandro.

Yo temo tanto el perdella,
que aun eso me dá pesar;
hoy al Duque intento hablar,
porque de su mano bella
me haga dueño; mas está
tan afligido estos dias
de tristes melancolías,
que no sé si error será:
nadie alcanza en sus cuidados
remedio á tales efectos.

Comino.

Dicen, que es mal de discretos,
y no es sino de menguados;
pues los que se dán la herida
de entristecerse á ese paso,
son los bobos, que hacen caso
de las cosas de esta vida.

Alejandro.

Cuando es mi amor quien le asiste
medio decente, no siento
de hablar en mi casamiento
estando el Duque tan triste.

Comino.

Dí, que el invierno pasado
te causó el frio un dolor.

y te ha mandado el doctor
que duermas acompañado.

Alejandro

El sale : siempre ha de estar
de la música asistido ,
que solo está divertido
el rato que oye cantar.

Comino.

Buen gusto , mas á infinitos
les enfada.

Alejandro

¿ Esto dá enfado ?

Comino

Aquí hay un Conde quebrado ,
que en cantando le dá gritos.

ESCENA II.

Dichos , el Duque , Lidoro y Músicos.

Música.

Del desden de la hermosura
que enfermo el Amor está ,
¿ cómo ha de sanar , si es ella
la cura y la enfermedad ?

Duque.

No puedo poner sosiego
en mi ardiente corazon ;
¿ pero qué mucho , si son
mis esperanzas el fuego ?
¡ qué incurable enfermedad !

Alejandro

¿ Señor ?

Duque.

¿ Alejandro amigo
dejadme ; ¿ pero qué digo ?

¡ sin mi estoy ! volved, cantad...

Música

Del desdén de la hermosura.

Alejandro

¿ Gran señor, qué oculta pena
te aflige ?

Duque.

Amigo, un dolor
sin medio.

Alejandro

¿ Por qué, señor ?

Duque.

Esta cancion me condena :
yo una hermosura venero,
siendo culpa idolatrarla,
el remedio es olvidarla,
y el mal es lo que la quiero.
Si intento el remedio, muero,
si no, ofendo su deidad ;
pues si entre esta variedad
vive el pecho de querella,
¿ cómo ha de sanar si es ella
la cura y la enfermedad ?

Alejandro.

¿ No tienen medio sus males ?
¿ siendo de amor no hay remedios ?

Comino

No, que ya en amor no hay medios.

Alejandro.

¿ Por qué ?

Comino.

Porque es todo reales.

Alejandro.

Señor, que haceis, advertid,
á vuestro poder agravio :

y te ha mandado el doctor
que duermas acompañado.

Alejandro

El sale: siempre ha de estar
de la música asistido,
que solo está divertido
el rato que oye cantar.

Comino.

Buen gusto, mas á infinitos
les enfada.

Alejandro

¿Esto dá enfado?

Comino

Aquí hay un Conde quebrado,
que en cantando le dá gritos.

ESCENA II.

Dichos, el Duque, Lidoro y Músicos.

Música.

Del desden de la hermosura
que enfermo el Amor está,
¿cómo ha de sanar, si es ella
la cura y la enfermedad?

Duque.

No puedo poner sosiego
en mi ardiente corazon;
¿pero qué mucho, si son
mis esperanzas el fuego?
¡qué incurable enfermedad!

Alejandro

¿Señor?

Duque.

¿Alejandro amigo
dejadme; pero qué digo?

¡ sin mi estoy ! volved, cantad.

Música

Del desdén de la hermosura.

Alejandro

¿ Gran señor, qué oculta pena
te aflige?

Duque.

Amigo, un dolor
sin medio.

Alejandro

¿ Por qué, señor?

Duque.

Esta cancion me condena:
yo una hermosura venero,
siendo culpa idolatrarla,
el remedio es olvidarla,
y el mal es lo que la quiero.
Si intento el remedio, muero,
si no, ofendo su deidad;
pues si entre esta variedad
vive el pecho de querella,
¿ cómo ha de sanar si es ella
la cura y la enfermedad?

Alejandro.

¿ No tienen medio sus males?
¿ siendo de amor no hay remedios?

Comino

No, que ya en amor no hay medios.

Alejandro.

¿ Por qué?

Comino.

Porque es todo reales.

Alejandro.

Señor, que haceis, advertid,
á vuestro poder agravio:

vuestro imperio es vuestro labio.

Duque.

No lo entiendes: proseguid.

Música.

Nadie se fie de sí
cuando tan rendido está,
que en los achaques de amor
el remedio enferma mas.

Duque.

Yo ofendo mi propío empleo
si prosígo en mis amores;
si no logro sus favores,
crece en mi amor el deseo;
mas dentro del mal me veo
si quiero volverme atras:
luego bien dice al compas
de aquella letra el primor,
que en los achaques de amor
el remedio enferma mas.

Alejandro.

¿El remedio es mas dolor?
¿en qué achaques ser pudiera?

Comino.

¿Eso dudas? en cualquiera,
como lo yerre el doctor.

Alejandro

Señor, aunque lo pretendo
por indicios semejantes,
no os entiendo

Duque.

No te espantes,
que yo tampoco me entiendo.

Comino

¿Tú estás en Atenas ciego,
pues no habiendo quien alcance,

ni entienda á un Duque en romance,
quieres entenderle en Griego?

Duque.

Aunque yo estuviera en ti,
no entendieras mi dolor:
proseguid, pues su rigor
nació solo para mi.

Música

Su muerte quiere ó su vida,
y no se la quieren dar:
desdichado del que vive
por agena voluntad

Duque.

¿Si es mi voluntad mí pena,
como intenta mi porfia,
queriendo mi mal la mia,
que quiera mi bien la agèna?
Si la mia me condena
á entregar la libertad,
¿ cómo ha de tener piedad
la agena que la recibe?
¡ desdichado del que vive
por agena voluntad!
Dejadme, no canteis mas,
no digo, Lidoro, á ti,
que tu ya sabes de mi
mi mal, y alivio me das. (1)

Lidora.

Si sé á pesar de mi amor: *ap.*
¿ mas qué importa si no ha sido
él de Nisea admitido,
y yo logro su favor?

---

(1) *Vanse los Músicos.*

Alejandro.

Señor, si el dolor os deja
libre el uso del oido,
con justos celos os pido
licencia para una queja.

Duque.

¿Queja, Alejandro? ¿pues cual?

Alejandro

De que sabiendo Lidoro
vuestra pena, yo la ignoro.

Comino

¿Y de eso es todo tu mal?
pues muchos por sus decoros,
mueren de eso.

Duque.

¿De callar?

Comino.

No, sino de revelar
el secreto á los Lidoros,
y al instante le sentencio
á que con mucha presteza
se sangre aqui vuestra Alteza
de la vena del silencio.

Duque.

¿Dónde cae?

Comino.

Yo en todos hallo,
que en el pecho se les vé,
y á mi en el dedo de un pie;
que es donde ya tengo un callo.

Duque.

Alejandro, mi dolor,
que hasta aqui encubri á tu trato,
si lo tienes por recato,
no ha sido sino temor.

Alejandra.

¿ Temor vuestra Alteza á mi ?

Duque

Si, Alejandro, temor fué.

Comino

Vive Dios, que entiendo, que
se ha enamorado de ti. (1)

Duque

Yó por ti muriendo vivo,
y mi alivio es que tu quieras.

Comina

¿ Alto, señor, pues qué esperas ?
no hay aqui que ser esquivo,

Alejandro.

Señor, sacad mi cuidado
de confusion semejante,

Comino.

¿ Hay mas gracioso ignorante ?
¿ te lo ha de decir cantado ?

Duque

Las flechas quebrar espero
contigo, á que he de morir.

Comino.

¿ Ves como quiere decir,
que eres tú su quebradero ?

Duque.

Alejandro, si lo mucho
que debes á mi tormento
quieres saber, está atento.

Alejandro.

Ya, gran señor, os escucho.

Duque.

Despejad ese criado.

---

(1) *Aparte á Alejandro.*

Alejandro.

Vete, Comino.

Comino.

Por ido,

póngome á tiro de oido.

ESCENA III.

El Duque, Alejandro y Lidoro.

Alejaadro.

Ya solos nos ha dejado.

Duque.

Para que sepas mejor
cuanto debes á mi pecho,
quiero acordarte, Alejandro,
los servicios que te debo.
Lo primero, mi Corona
debe á tu sabio gobierno
la quietud de mis estados,
la firmeza de mi Imperio.
Cuantos enemigos mios
movieron contra mi Reino
el impulso de sus armas,
tu brazo los ha deshecho.
No he tenido yo en mi vida
gusto, triunfo ni sosiego,
que de tu fé no haya sido,
ó disposicion ó empeño.
Y sobre tantas finezas,
cuando asegurado el Cetro
lograba en paz sus aplausos
trataste mi casamiento.
Con tu tio el Rey de Creta
dispusiste, amigo y deudo,
que á su hija por esposa

me diese, tú mismo luego
tragiste de allá á tu prima
la Duquesa: á quien por dueño
mio y de Atenas, hoy pago
la estimacion que la debo.
No te sabré encarecer
el gusto, amigo, el contento
con que en tranquilos amores
vivi los años primeros.
Yo me casé enamorado,
halló en mi esposa el deseo
discreciones para el alma,
hermosura para el cuerpo,
finezas para el cariño,
atencion para al respeto,
agasajos para el trato,
viveza para el ingenio,
modestia para los ojos,
dulzura para el afecto,
y un amor correspondído,
en quien se encierra todo esto.
Mira cual seria el gusto
en que vivi a mi pecho,
logrando en paz un amor,
sin el susto de unos celos,
las dudas de la esperanza,
la desazon de despego,
dos voluntades conformes,
en un logro dos deseos,
dos almas en una vida,
y dos puntos en un centro.
Yo triunfante, poderoso,
amado, temido. quieto,
rico, alegre y aplaudido,
y por mas feliz estremo,

çon una esposa á mi gusto,
tres años de gloria fueron,
que si no es el Cíelo asi,
esto en la tierra es el Cielo.
¿ Quién pensar puede, Alejandro,
que pudiera haber sucesó
con que en mi éntrasen las penas
sin faltarme nada de esto?
Pues para que nadie tenga
confianza en los contentos
de esta vida mi destino,
ó mi desdicha ó el Cielo,
que el secreto se reserva,
halló entre estas dichas medio
con que sin faltarme nada
me faltase todo á un tiempo.
Yo fuí poniendo los ojos
en una dama en quien tengo
hoy el alma, y al principio
prevenir no supe el riesgo.
Despues que quise no pude,
que el alvedrio no es dueño
de quitar la inclinacion,
que proporcionado objeto
de la voluntad la llama,
y ella va tras él, y en esto
tiene imperio el alvedrio,
mandando al entendimiento
que enfrene la voluntad;
mas sino se hace con tiempo,
si despues no es imposible,
es dificil á lo menos.
Que es lo mismo que una piedra,
ó cualquiera grave peso
que va á caer, si al instante

de á perder aquel asiento
de donde cae, se detiene,
se puede con poco esfuerzo
detener; mas si se intenta
parar cuando va cayendo,
mientras mas va, es mas difícil;
y sin muchísimo riesgo,
no hay quien la pueda parar
hasta llegar á su centro.
No es, Alejandro, mi culpa
el amar otro sugeto,
debiendo la estimacion
que á mi esposa nunca pierdo:
ni el no enfrenarme tampoco;
porque ya, amigo, me veo
como cuando tan abajo
va ya la piedra cayendo,
que tenerla es imposible,
ó tan dificil que temo
morir, si intento pararla.
Y demas de este recelo,
cuando detenerla intente,
ni á querer hacerlo acierto,
ni sé si podré aunque quiera,
y si podré no me atrevo.
La culpa de mi temor
(que tenertele confieso)
es valerme yo de tí
para tan injusto intento:
pues siendo tú de mi esposa,
en la atencion que la debo
tanta parte por padrino,
por su sangre y por tí mesmo;
fuera mucha demasía
del poder, pensar que puedo,

sin recelo, hacerte yo
de sus ofensas tercero.
Pero yo estoy, Alejandro,
tan sin mí, tan sin aliento;
que cualquier mal es alivio
comparado al que padezco:
yo muero, y como el bagel
en la tormenta me veo,
que despalmado y sin jarcias,
rotos árboles y lienzos,
cubierto de cualquier ola,
teme en ella el movimiento;
y cuando el furioso embate
de las aguas y los vientos,
por juego de la fortuna
dan con él de riesgo á riesgo,
descubre el puerto enemigo,
adonde perder es cierto
libertad, fama y riqueza;
mas teniendolo por menos,
por salir de aquel peligro,
toma por sagrado el puerto.
Tú eres, Alejandro amigo,
quien puede al mal en que peno
dar alivio: tú ser puedes
de mi afliccion el consuelo:
mas para que tú conozcas
que no del todo te empeño
tan sin razon de este amor
que te he tenido encubierto,
tiene noticia mi esposa
que son agudos los celos,
y me ha leido en los ojos
lo que escribió el alma dentro.
Ella sabe á quien adoro,

ó lo presume á lo menos;
que en la falta del cariño
ha sido aviso el despego
para que ella lo averigüe.
No sé, cuando considero
su discrecion, su hermosura,
su agasajo, sus afectos,
como pudo otra belleza
triunfar de mis pensamientos.
Mas la voluntad me arrastra,
ella me vence en efecto,
y no basta que los ojos
reconozcan el esceso
que hay de mi esposa á mi dama,
que el discurso haga argumentos,
que la razon le condene;
porqne contra todos ellos
venza en ella otro discurso
sofístico, que acá dentro,
para convencerlos, hace
con tal arte, que yo pienso
que tiene la voluntad
para sí otro entendimiento.
Siendo asi pues, que mi esposa
sospecha mi error, el medio
de valerme yo de tí,
Alejandro, es con intento
de quitarla su sospecha,
de sosegar en sus celos,
y ya que no puedo el daño,
escusarla el sentimiento:
que habiendo de ser ingrato,
cuando yo tanto la debo,
quiero escusarla el disgusto,
ya que la ofensa no puedo.

Padezca el mal sin dolor
con el engaño viviendo,
que no ha de ser mas mi gusto
porque ella padezca menos;
y ya que de esta cadena
estoy oprimido, quiero,
si he de ofender con el ruido,
arrastrarla sin estruendo.
Tú, Alejandro, desde aquí,
en público y en secreto,
te has de declarar galan
de esta dama en el festejo,
asistirla, enamorarla,
avisándola primero
de tu fineza y la mia;
y en mi esposa al mismo tiempo
volveré yo á los cariños
en que he estado tan suspenso:
que viendo ella mis finezas,
y creyendo sus empeños,
pasar no pueda adelante
en su sospecha, sabiendo
que tú y yo somos un alma
de la mitad que tenemos.
Sosegada su sospecha,
podré yo, sin darla celos,
proseguir de esta pasion,
de esta llama, de este incendio,
á tu sombra el dulce alivio
que me dá su ardiente fuego,
hasta que beban los ojos
su apetecido veneno.
Alejandro, esta fineza
ha dé hacer por mí tu pecho,
cuando no mas obligado

de que mi noble silencio
te ha callado esta pasion,
por el justo sentimiento
que te pudiera causar.
Que te respeto confieso:
que te he temido de modo
que un Príncipe de mi aliento
á un vasallo como tú
puede tenerle respeto.
Dos empeños hay que muevan
tu obligacion: el primero
es hacer á la Duquesa,
sino el daño, el dolor menos.
El otro, la confianza
que hace de tu fé mi pecho,
porque el fiar yo de tí
el ser, la Corona, el Cetro,
no es tanto como la dama;
y en ponerte en este empeño
mas de tí que de mí fio,
porque es tan posible el riesgo,
que á dividirme yo en otro,
no lo fiara á mí mesmo
Este, amigo, es mi temor,
este el agradecimiento
que me debe tu amistad,
este el dolor que padezco:
mira tú la obligacion
que debes á mi tormento,
y sin mirar mi grandeza
obra tú por tu respeto.

Alejandro.

Señor, con razon de oiros
suspenso temblando quedo;
¿vos para mandarme á mí

vuestro gusto tanto empeño?
Pues cuando yo de mi prima
fuera padre, en el remedio
de vuestros males, señor,
¿no sois vos siempre primero?

Duque.

Dame, Alejandro, los brazos.

Alejandro.

Yo de tu voz soy el eco:
¿cómo podré replicarla?

Comino al paño.

Miren ustedes aquesto,
y azotan por alcahüetes.

Alejandro.

Mas, señor, saber espero,
por poder obedecerte,
¿quién es la dama?

Lidoro.

Ya tengo *ap.*
en mi amor dos enemigos;
mas si su favor merezco,
no los temo, ni el delito,
que el Amor dora los yerros.

Duque.

No te la he dicho, Alejandro,
hasta conocer tu intento;
mas ya es fuerza que la sepas.

Comino.

Rabiando estoy por saberlo,
que sin duda es mucha cosa.

Duque.

Pues de mis ánsias el dueño....

Alejandro.

¿Quién es, señor?

Duque.

Es Nisea.

Alejandro

¡Válgame el poder del Cielo! *ap.*

ESCENA IV.

Dichos, y sale Comino.

Comino.

Confesion.

Duque.

¿Qué tiene ese hombre?

Comino.

Confesion: ¡ay, que me han muerto!

Alejandro.

¿Qué es eso?

Comino.

El dolor de hijada,
que ahora en este momento,
con aquese sobreescrito,
me vino por el correo.

Alejandro.

No hagais caso, que está loco.

Comino.

¿Pues para postre del cuento
sale con esa aceituna?

Alejandro.

Señor, ¿vos (hablar no puedo) *ap.*
á Nisea?

Duque.

Si, á Nisea.

Comino.

¿Si pedirá ahora que hablemos
de Nisea solamente? *ap.*

Alejandro.

Señor, yo, cuando vos mesmo...

Duque.

No me digas ahora nada;
tú, Alejandro, eres discreto,
y lo sabrás disponer:
ven, Lidoro: piensa en ello;
y mira, amigo, que aquí
mi vida en tus manos dejo.

ESCENA V.

Alejandro y Comino.

Comino

Miren como se ha quedado
de carámbano de invierno,
parece pellejo hinchado
á la puerta del botero

Alejandro

¡Cómo al vital aliento no desmayo!
ni yo sé como vivo ó como peno,
¿pues mi pecho resiste este veneno?
ó fué ilusion, ó de mi muerte ensayo:
estoy como el pastor á quien el rayo
quitó la vista, y al horror del trueno
perdió el sentido, y queda tan ageno,
que del susto no siente su desmayo;
mas no me dejó solo absorto y ciego,
sino de alma y amor la union partida,
mas sí, que á herirme allí muriera luego;
mas sí, que como rayo hizo la herida,
que solo el corazon abrasó el fuego,
y en el cuerpo al dolor dejó la vida:
¿qué haré, Comino?

Comino.

Cilantro.

Alejandro.

¿Qué dices de este suceso?

Comino

Nada que hablés te he de oir,
sino en Nisea.

Alejandro.

A buen tiempo;
Comino, mi amor murió.

Comino.

¡Téngale Dios en el cielo;
¿ de qué murió?

Alejandro.

De un rayo.

Comino.

¿Pues el pobre caballero
no trajera una reliquia
para el dia que hace truenos?
¿ y ha dejado sucesion?

Alejandro.

Mi pesar y mi tormento.

Comino.

Pues si no deja mas hijos,
no era amor muy verdadero.

Alejandro.

Solo ha dejado las penas,
que de mis penas nacieron.

Comino.

¿Y hay dote para esos hijos?

Alejandro.

No.

Comino.

Pues vayan á un convento.

Alejandro.

Deja, Comino, las burlas
cuando ves que estoy muriendo,
ó vive Dios que te mate.

Comino.

¿Qué son burlas? eso es bueno:
¿pues puedes sentirlo tú
la mitad que yo lo siento?
¿no me oiste allí pedir
confesion? Pues vive el Cielo,
que á no estar en mal estado,
de veras me hubiera muerto.

Alejandro

Ya el sentimiento es en vano,
no resistirle pretendo,
que la desesperacion
es ya solo mi remedio;
muera ó viva, esto ha de ser:
la amistad que al Duque debo,
ha de ser antes que todo.
A Dios, tristes pensamientos;
mas digo mal, los alegres
debe despedir mi pecho,
no los tristes, porque siempre
habré de vivir con ellos.

Comino.

Pues Nisea sale aquí
y la Duquesa, ¿qué haremos?

Alejandro.

Retirarnos por si acaso
queda sola y hablar puedo.

Comino

¿Para qué si has de dejarla?

Alejandro

Para decirla este empeño,

y como ya la he perdido,
aunque llore.

Comino.

No hayas miedo
que pierda el seso.

Alejandro.

¿Por qué?

Comino.

Si ella es cuerda, un Duque es bueno,
y por tí no ha de perderle.

Alejandro.

¿Y si bien me quiere?

Comino.

Menos,
porque entonces siendo loca,
no podrá perder el seso. (1)

ESCENA VI.

Aurora, Nisea é Irene.

Nisea.

Señora, si vuestra Alteza
no resiste su pasion,
es fomentar su tristeza.

Aurora.

Nisea, hay males que son
la misma naturaleza.

Nisea.

Asi es la melancolía,
mas la razon medios halla
de resistir su porfía.

Aurora.

Pues la razon en la mia

(1) *Retiranse al paño.*

solo sirve de aumentalla,
y te la he de declarar,
ya que estás sola conmigo
é Irene.

Irene.

¿Puedo estorbar?

Aurora.

No, que antes lo has de escuchar,
porque sé que eres testigo:
tú bien llegas á saber
cuanto á mi amor debes hoy.

Nisea.

Lo mas que hay que encarecer
es, que yo tu sangre soy,
y tú lo dás á entender.

Aurora

Pues, Nisea, mi tormento,
ya que este alivio me deja,
saldrá de mi pensamiento,
mas no saldrá como queja,
sino como sentimiento:
porque habiéndola conmigo,
que el ser quien soy me aconseja,
la ocasion que aquí contigo
fuera en otra parte queja,
fuera en mí para castigo.
Cuanto el Duque es de mí amado,
y que él me amó, dejo á un lado,
que en él por demostracion,
y en mí por obligacion,
uno y otro es escusado.
Solo dirá mi dolor,
que viendo el estrecho abrazo
de nuestro fino primor,
envidioso el mismo Amor,

quiso deshacer el lazo.
Yo esta union, á mi pesar,
le ví al despego partir;
mas si esto pude mirar,
ó no lo pude sentir,
ó no lo supe llorar.
De mi esposo la fineza
se trocó en este despego,
pasándose la tibieza,
en el lecho por sosiego,
y en el trato por grandeza.
Cuando á cansarse de mí
lo atribuí, hallo que emplea
en tí su amor: yo lo ví;
no, no te turbes, Nisea,
que no me quejo de tí.
Tu estrella envidia me dió,
pena mi suerte severa,
no tienes tú culpa, no,
que á ofenderme tú, no fuera
para decírtelo yo
¿La fruta, que deseando
estás en el alta rama,
no has visto venir volando
un pajarillo silvando,
que hace de ella mesa y cama?
Cuando ves, que su rudeza,
lo que tu deseo procura,
logra por su ligereza,
no te ofende su limpieza,
pero envidias su ventura.
Esto me sucede aquí,
cuando no hay ofensa alguna
en que él te quiera y no á mí,
que no me ofendo de tí,

pero envidio tu fortuna.
Tú, Nisea, eres querida;
yo del Duque despreciada;
tú amada, yo aborrecida;
yo su muerte, tú su vida,
para ser de mí estimada.
Mas esto no es por temer,
que aunque tu fé me respeta,
puedas llegarme á ofender,
sino una envidia discreta
como se debe tener.
Mi envidia será estimar
tu dicha, pues con morir,
no puedo dar ni tomar
mas venganza que sentir
ni mas queja que llorar.

Nisea.

Señora, tu llanto justo
llego á sentir de manera,
que si algo en mi vida viera
que á tí te diera disgusto,
yo misma muerte me diera.
Mas leal y agradecida
dar mas respuesta no espero
á pena tan bien sentida,
que es Alejandro mi vida,
que él me adora y yo le quiero.

Aurora.

¿Qué dices, prima?

Nisea.

Ocasion
de saberlo te daré.

Aurora.

¿Cómo, si él y el Duque son
una vida y una union?

Nisea.

Eso, señora, no sé.

Aurora.

Pues, prima, si eso haces luego,
en sabiendo que es verdad,
tener no pudo en su fuego
mi amor masseguridad,
ni mi pena mas sosiego.
Que adviertas el mal que siento
te pido, y mi confianza,
mientras vá mi sentimiento
á vivir de su esperanza,
ó á morir de este tormento. *Vase.*

Irene

Señora, tu intento ignoro:
¿á Alejandro has preferido
á Lidoro?

Nisea.

¿Cuándo ha sido
de mí admitido Lidoro?

Irene

Pues hoy cuando él me encontró,
de esperanzas le llené.

Nisea

¿Qué has hecho, necia?

Irene.

Diré
que fué encuentro, y no pintó.

ESCENA VII.

Nisea, Irene; y salen Alejandro y Comino.

Alejandro.

Nisea ha quedado sola.

Comino
Para jugar bien la pieza,
éntrala llamando Alteza,
que es dársela golpe en bola.

Nisea.
Alejandro, mi señor,
¿qué traes tan descolorido?

Alejandro.
No mas de haberte perdido.

Comino
Y al trueque, que es lo peor.

Nisea.
¿Perdido á mí, eso hay de nuevo?

Alejandro
El Duque me ha declarado
que está de tí enamorado,
ya sabes lo que le debo.

Nisea.
¿Pues yo al Duque puedo amar?

Alejandro
Eso no lo he de decir;
yo me vengo á despedir,
y no vengo á aconsejar.

Nisea.
Saber tu respuesta espero.

Alejandro
Yo le rendí mi cuidado.

Nisea.
Anduviste muy privado,
pero no muy caballero.

Alejandro
¿Qué pude hacer siendo fiel?

Nisea
Mira lo que hay de tí á mí,
que yo le dejo por tí

y tú me dejas por él.

Alejandro.

Ya, Nisea, mi cariño
murió, ya no hay que esperarle.

Comino.

Ya venimos de enterrarle,
que he llorado como un niño.

Alejandro.

Y asi, señora, mudando
de estilo, quedad con Dios,
que el alma que queda en vos,
vos de vos la ireis echando.

Nisea.

¿Alejandro?

Alejandro.

Ah, si señora;
lo principal olvidé,
que en la apariencia seré
vuestro galan desde ahora,
que esto es lo que importa mas.

Nisea.

¿Y eso tambien se promete?

Comino.

¿Pues si no fuera alcahüete,
qué importára lo demas?

Nisea.

Pues, Alejandro, mirad,
que por el Duque es razon
dar menos estimacion
á mi amor, que á su amistad;
de él ni de vos hará aprecio
mi amor, aunque aquí le lloro;
del Duque por mi decoro,
de vos por este desprecio. *Yéndose.*

Alejandro.

Nisea, señora, espera,
mi bien, ya sé que hiçe mal.

Nisea.

Oyendo bajeza tal,
¿ qué he de esperar, aunque quiera

Alejandro

¿Qué pude yo hacer conmigo?

Nisea.

Ser vos, que en vos es primero
la deuda de caballero,
que la obligacion de amigo:
¿ vos prometeis tal bajeza?

Alejandro.

Por el Duque me obligué.

Nisea

¿ Pues por bajeza no fué?

Comino

No fué sino por alteza:

Alejandro.

¿ Pues qué hemos de hacer, señora?

Nisea

Alejandro, el Duque viene:
esta noche ocasion tiene
de hablar nuestro amor, ya es hora:
del jardin de la Duquesa
verás abierto el postigo,
á esperarte allá me obligo.

Irene

¡ Ay, Dios mio! ya me pesa, *ap.*
porque allí se han de encontrar,
que á Lidoro le advertí
que puede entrar por allí.

Alejandro.

¿Pues cómo abierto ha de estar?

Nisea.

Porque del Duque es fineza
tener por verme esa entrada.

Alejandro.

¿Qué es lo que escucho?

Comino.

No es nada:
tambien eso es por Alteza.

Alejandro

Ingrata, fiera, enemiga....

Nisea.

Vete, Alejandro, señor....

Alejandro.

A morir de este dolor.

Nisea.

¿Pues qué á tenerle te obliga?

Alejandro.

El Duque y tu falsedad.

Nisea

¿Hago yo su inclinacion?

Alejandro

Tú le has dado la ocasion.

Nisea.

¿Qué dice?

Alejandro.

Esto es verdad.

Nisea.

Tú verás que no.

Alejandro.

¡Ah, inhumana!

Nisea.

Vete, Alejandro.

Alejandro.

Si haré.

Nisea.

¿ Irás ?

Alejandro.

A morir iré.

Nisea.

Que viene el Duque.

Alejandro.

¡ Ah, tirana !

Irene

La mar anda por los Cielos,
allí habrá linda batalla.

Comino

Lindo modo de dejalla
es ir rabiando de celos.

ESCENA VIII.

Decoracion de Jardin.

Sale el Duque

De este jardin las olorosas flores,
cuando á mi esposa en dulce paz lograba,
testigos fueron de la dicha mia,
á imitacion aqui de mis amores;
aves, plantas y flores, todo amaba,
todo era tierna union, todo armonía.
Aquella fuente fria
amores murmuraba,
el céfiro en las hojas suspiraba,
el clavel se encendia
por la encarnada rosa,
la mosqueta olorosa
con el jazmin á olores se encendia;
las blancas azucenas
de amor estaban llenas,
la yedra al tierno abrazo

enmarañaba el lazo
por las ramas del olmo,
y en el copado colmo
ruiseñores suaves,
cantando dulces y sintiendo graves,
huian de los ojos advertidos,
para dar mas amor á los oidos.
Todo este bien trocó mi ardiente fuego,
todo lo miro ya como me miro,
yo de aquel tierno amor la paz quebranto,
ya imita mi cruel desasosiego
de aves, plantas y flores el retiro.
Todo es ya sentimiento, todo espanto:
la fuente suena á llanto,
ó el fuego que respiro:
el céfiro por queja dá suspiro:
está el clavel sangriento,
la rosa vergonzosa,
la mosqueta olorosa,
trueca el jazmin olor por sentimiento;
las blancas azucenas
de desmayo están llenas,
y ya no por abrazo
la yedra aprieta el lazo,
sino por lucha al olmo;
y en el frondoso colmo
tristes los ruiseñores,
cantan endechas, quejas y dolores,
huyendo de los ojos ofendidos,
por tener á la queja mas oidos.
Y aunque esto advierto y conosco,
no sé que oculta violencia
á esta locura me arrastra,
y en esta pasion me ciega.
¿Si á algun fin raro el destino

por estos pasos me lleva?
que aun en aquestos errores
hay oculta providencia;
porque amar contra el dictamen,
querer contra la evidencia
del bien.... ¿Pero qué discurro?
si puedo ver á Nisea
intento, que ha muchas noches
que, por lo que ya recela,
mi esposa no ha entrado aquí.

ESCENA IX.

Dichos, y salen Nisea y Aurora.

Nisea.

Aquí ha de ver vuestra Alteza
la seguridad mas firme
de mi amor y su sospecha.

Aurora.

No estrañes, prima, á mis celos,
que tan incrédulos sean,
que me va en esto la vida.

Duque.

Nisea es y la Duquesa:
retirarme de aqui importa,
y esperar si sola quéda,

ESCENA X.

Nisea, Aurora y sale Lidoro.

Lidoro.

Lo que Irene me asegura,
en el favor de Nisea,
es cierto, por la verdad
de hallar abierta la puerta.
Yo he de lograr mi ventura,

sea traicion ó no sea,
que en amores no hay lealtad,
y mas llamándome ella.

Nisea.

Señora, este es Alejandro,
retírate y está atenta.

Aurora

Si esto es cierto, prima mia,
aquí mis temores cesan.

ESCENA XI.

Dichos, y salen al paño Alejandro y Comino.

Alejandro:

Yo le vi entrar.

Comino.

Yo tambien.

Alejandro.

Aqui, sí el Duque no era,
¿ quién puede haber sido ?

Comino.

Ahora
le veredes.

Lidoro.

¿ Si es Nisea ?

Nisea.

¿ Eres tú, señor ?

Lidoro.

Si soy.

Nisea.

Tu duda está satisfecha
de lo mucho que te estimo.

Lidoro.

Si estoy, pero no creyera
aunque me lo dijo Irene,

que era tan feliz mi estrella;
más sea tu bladca mano,
hermoso dueño, la prenda
que afiance mi ventura.

Nisea

¡Cielos, no es la voz aquesta *ap.*
de Alejandro! ¿Hombre, quién eres?

Lidoro.

Lidoro.

Nisea.

¡Qué escucho, penas! *ap.*

Aurora.

¡Cielos, qué es esto que veo!

Comino.

¿El Lidorico anda en estas?

Nisea.

¿Hombre, qué dices? ¿pues qué
tanto tu osadia intenta,
que aqui te atrevas á entrar?

Lidoro.

¿No me ha llamado tu mesma?

Nisea.

¿Yo, cuando?

Lidoro.

Hoy con Irene.

Nisea

Si engañada pensó ella,
que yo pudiera admítir
las locas pasiones vuestras,
yo que no puedo engañarme
por lo que sé de mi mesma,
os digo, que si adelante
dais un paso en esta empresa,
os haré dar el castigo,
que merecéis.

Lidoro.

Mas modesta
pudieras desengañarme.

Nisea

Para vos esto es modestia.

Alejandro.

¡ Qué de este el Duque se fie !
mil estocadas le diera ;
pero secreto y respeto
de aqueste sitio me enfrenan.

Nisea.

¿ Idos pues, á qué esperais ?

Lidoro.

Vive Dios que esa respuesta
merece la groseria
de que á mostraros me atreva,
con violencia, que os merezco.

Nisea.

Hombre atrevido, ¿ qué intentas ?

ESCENA XII.

Al arrojarse Alejandro á él, sale Aurora.

Alejandro.

Ya es fuerza salir

Sale Aurora.

¿ Qué es esto ?

Alejandro.

¡ Valgame Dios ! la Duquesa. *ap.*

Nisea.

Señora, un hombre es sin juicio.

Aurora.

¿ Loco, quien quiera que seas,
asi el debido decoro
de este sagrado respetas ?

¿tú aqui has de poner las plantas?
Vete ya de mi presencia,
y á este delito el silencio
tanto sepulte, que seas
tú el primero que le olvide;
que porque no haya quien sepa,
que hubo quien le cometiese,
mas átomos que hay estrellas,
no te mando hacer ahora:
vete y calla: ven, Nisea.

Nisea

Sin mi estoy de este suceso.

ESCENA XIII.

Lidoro, Alejandro y Comino.

Lidoro.

¡Cielos, sin alma me dejan;
yo estoy en grande peligro
si el Duque á saberlo llega:
que de todas mis venturas
sea estorvo la Duquesa!.
¡que con el Duque me haya
descompuesto, y que no pueda
vengarme de esta muger
que en toda parte es mi ofensa!
salir de aqui presto importa.

Alejandro

Detente, Lidoro, espera.

Comino.

Apareja una tetilla
si quieres morir apriesa.

Lidoro.

¡Cielos, Alejandro aqui, *ap.*
tras de verme la Duquesa!

pues aunque mi honor arriesgue,
me he de ver vengado en ella,
y asegurar mi peligro
la venganza de mi queja.

Alejandro

Porque no sepa el intento *ap.*
á que vine, haré la queja
por el Duque. Yo, Lidoro,
os vi entrar por esta puerta,
y creyendo hallar al Duque,
siguiéndoos vine por ella,
dande he oido la traicion
con que ofendeis su grandeza,
pues á la dama que os fia,
mirar vuestra infamia intenta.
Porque vais mas castigado
con sabér que haya quien sepa
que sois aleve, no os mato;
idos, y nadie lo entienda,
que yo la palabra os doy
de qué mi silencio sea
sepulcro de vuestra culpa.

Lidoro.

Mas á alguna intencion vuestra
os trae, Alejandro, aqui,
que á oír la locura ciega
de mi amor, que me disculpa;
y esto bien claro se muestra,
que vos no veis mi intencion
para veniros tras ella.

Alejandro.

Pues sal afuera, traidor,
si eso imáginas, ó piensas,
donde dandote la muerte,
con mi acero te desmienta:

ven, villano.

Comino.

Lidoro.

Ya os sigo.

ESCENA XIV.

Dichos, y sale el Duque.

¿Qué gente es esta?
¿quién va?

Lidoro.

¡Cielos, grave empeño!

Alejandro.

¿Gran señor? ya es mas mi pena. *ap.*

Duque.

¿Alejandro, pues tú aquí?

Alejaadro.

Solo con la verdad mesma *ap.*
salir puedo de este empeño.
Hoy, señor, hablé á Nísea,
y al proponerla mi intento,
me dijo que aqui viniera
á hablar en ello esta noche.

Duque

Es verdad, que solo ella
darte pudo esa noticia;
pues segun eso, ya acepta
mis amorosos designios.

Alejandro.

No he hablado, señor, con ella;
porque tambien al jardin
salió ahora la Duquesa.

Duque

Es verdad, que yo la vi.

Comino.

Embocósela á su Alteza. *ap.*

Duque.

¿ Quién viene aqui mas?

Alejandro.

Lidoro ;
que á él fié el guardar la puerta,
porque vos de él os fiais.

Duque.

Ya no es posible que pueda
Nísea salir á hablarte.

Alejandro.

¿ Pues, señor, qué es lo que ordenas?

Duque.

Que nos vamos, por no dar
ocasion á la Duquesa
de sospecharle.

Alejandro.

¡ Ay de mi! *ap.*
que ya por razones nuevas
á Nisea he de perder.

Comino.

Mas pensé yo que perdieras.

Duque.

Ven, Alejandro, que tú
has de ser quien la centella
de este loco amor apague. *Vase.*

Alejandro.

Quiera el Cielo que asi sea. *ap.*
¿ Lidoro ?

Lidoro.

¿ Qué me quereis?

Alejandro.

Esto en mi silencio queda,

Lidoro.

No me fiaré yo de él. *ap.*

Alejandro.

Ya habreis visto mi nobleza;
callad, pues veis que os ha dado
vida y honor mi cautela, *Vase.*

Lidoro.

Yo aseguraré mi riesgo
de Alejandro y la Duquesa. *Vase.*

Comino

Plegue á Dios, que aquesta entrada
mala salida no tenga.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala

Sale el Duque con un memorial, y Lidoro.

Duque.
Lidoro, ya á tal estremo
ha llegado mi pasion,
que alguno demostracion
contra mi mismo me temo,
que mi destino interesa
en este furioso ardor.
Lidoro.
Mas preciso es mi temor *ap.*
de Alejondro y la Duquesa,
mas si puedo, de los dos
me sabré yo asegurar.
Duque.
¿ Quién bastará á revocar
todo el decreto de un Dios ?
Lidoro
¿ Señor, tú olvidar deseas ?
Duque.
Vencer quisiera este encanto.
Lidoro.
Pues no hables en ella tanto,
ni la busques ni la veas:
véncete en ese deseo.

Lidoro.

No me fiaré yo de él. *ap.*

Alejandro.

Ya habreis visto mi nobleza;
callad, pues veis que os ha dade
vida y honor mi cautela, *Vase.*

Lidoro.

Yo aseguraré mi riesgo
de Alejandro y la Duquesa. *Vase.*

Comino

Plegue á Dios, que aquesta entrada
mala salida no tenga.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala

Sale el Duque con un memorial, y Lidoro.

Duque.
Lidoro, ya á tal estremo
ha llegado mi pasion,
que alguna demostracion
contra mi mismo me temo,
que mi destino interesa
en este furioso ardor.
Lidoro.
Mas preciso es mi temor *ap.*
de Alejandro y la Duquesa,
mas si puedo, de los dos
me sabré yo asegurar.
Duque.
¿Quién bastará á revocar
todo el decreto de un Dios?
Lidoro
¿Señor, tú olvidar deseas?
Duque.
Vencer quisiera este encanto.
Lidoro.
Pues no hables en ella tanto,
ni la busques ni la veas:
véncete en ese deseo.

Duque.

Yo he de probar desde aquí;
¿viste hoy á Alejandro?

Lidoro.

Sí.

Duque.

¿Y él que siente de mi empleo?

Lidoro.

Eso, señor, es hablar
de tu pasion amorosa.

Duque.

Dices bien, vá de otra cosa:
¿no le debo yo estimar?
¿en él mi favor no es justo?
¿viste aquella estimacion,
con que al oir mi pasion,
se resolvió á darme gusto?

Lidoro.

Eso deuda me parece.

Duque.

No es sino conocimiento
de que es justo mi tormento,
y Nisea lo merece.

Lidoro.

Esa, señor, es la prueba.

Duque.

Es así, que no resisto.
¿Algun enfermo no has visto,
que le prohiben que beba,
y él de aquella sed ardiente,
que á su daño le provoca,
para refrescar la boca
pide el agua solamente?
Toma el vaso, y de ella escaso,
no intenta beber, mas luego

vé que el agua templa el fuego,
y se bebe todo el vaso.
Esto me sucede á mí;
mas yo me sabré arrestar:
propon tú en qué hemos de hablar;

Lidoro.

Del Senado.

Duque.

Vaya, dí,
¿qué hay del Senada?

Lidoro.

Ha mandado
observar todas las leyes
del Areópago.

Duque.

Aun los Reyes
de ellas no se han reservado;
¿no hizo allí ley algun Rey
contra amor, injusto amigo?

Lidoro.

Si el delito es el castigo,
¿para qué ha de ser la ley?

Duque.

Para que diera temor,
para que se resistiera,
para que yo no me viera
arrastrado de este amor.

Lidoro.

Señor, ¿qué es eso?

Duque.

Es locura;
venced, pasiones, venced,
esto es apagar la sed,
y crecer la calentura.

Lidoro.

¿No advertis que es barbarismo
no póder vos mas que vos?

Duque.

Pues haciéndome yo dos,
¿soy yo menos que yo mismo?

Lidoro.

Mas sois vos con la razon,
que con pasion que se olvida.

Duque.

Si está la razon vencida,
mas soy yo con la pasion.

Lidoro

Pues el valor es vencer
vos, de vos, esa mitad.

Duque.

Tú respondes la verdad,
pero no es fácil de hacer:
dejémoslo, que este mal
cobra en esto mas violencia.
Hoy al salir de la Audiencia,
me dió un hombre un memorial,
descolorido y turbado,
que en el indicio me deja,
de que incluye alguna queja
de alguno que le ha agraviado:
mira lo que dice en él. *Dáselo.*

Lidoro.

Deme aliento mi temor, *ap.*
pues me obliga á ser traidor
por asegurarme de él:
Celio anduvo muy leal.

Duque.

¿Qué dice?

Duque.

¿Qué dices, hombre?

Lidoro.

Si esto es ofenderos, nada.

Duque.

Prosigue (¡ya estoy sin mí!)
avisar no es ofender.

Lidoro.

Pues si lo quereis saber,
no os enojeis.

Duque.

No haré, dí.

Lidoro.

Pues quien os hace el agravio
es Alejandro, señor,
á quien hace mas favor
la Duquesa.

Duque.

Cierra el lábio;
miente tu aprension, y quien
te lo dijo habrá mentido,
que mientes si lo has oido,
y si lo has visto tambien;
vete ya de mi presencia,
traidor aleve.

Lidoro.

¡Ay de mí! *ap.*
néciamente me atreví.

Duque.

Vete, y teme la violencia
de mi enojo enfurecido.

Lidoro.

Ya yo conozco mi error.

Duque.

Vete.

á quien os quita el honor.

Representa.

Letras, veneno tirano
del que contra el alma os mueve,
el traidor es quien se atreve
á poneros en mi mano.
Yo, ignorando esta traicion,
del dolor no era ofendido;
pero ya de ella advertido,
moriré, si ciertas son.
Yo viviera con mi error,
y ya morir es preciso,
luego quien me dá el aviso
es fuerza ser el traidor.
Romperélas, y en castigo
de su loco atrevimiento,
daré en átomos al viento *Rómpele;*
tal desprecio á este enemigo.
Que si mata una deshonra,
y él este riesgo me advierte,
el que no temió mi muerte,
no pudo celar mi honra
¡Ay de mí! muerto he quedado;
vete, Lidoro, de aquí.

Lidoro.

Señor, yo no me atreví
á adelantar mi cuidado;
mas si el escándalo es tanto,
que á este aviso dá ocasion,
ya el callar fuera traicion,
aunque os cause mas espanto
ver vuestra fama agraviada
de quien por vos tiene nombre,
y por vos....

Duque.

¿Qué dices, hombre?

Lidoro.

Si esto es ofenderos, nada.

Duque.

Prosigue (¡ya estoy sin mí!)
avisar no es ofender.

Lidoro.

Pues si lo quereis saber,
no os enojeis.

Duque.

No haré, dí.

Lidoro.

Pues quien os hace el agravio
es Alejandro, señor,
á quien hace mas favor
la Duquesa.

Duque.

Cierra el lábio;
miente tu aprension, y quien
te lo dijo habrá mentido,
que mientes si lo has oido,
y si lo has visto tambien;
vete ya de mi presencia,
traidor aleve.

Lidoro.

¡Ay de mí! *ap.*
néciamente me atreví.

Duque.

Vete, y teme la violencia
de mi enojo enfurecido.

Lidoro.

Ya yo conozco mi error.

Duque.

Vete.

Lidoro.

Ya me voy, señor,
turbado y arrepentido.

ESCENA II.

El Duque y despues Nisea y Aurora.

Duque.

¡Cielos, rigor tan estraño
para enmendar mi dolor!
remedio os pide mi amor,
pero no de tanto daño.
Yo, si padezco este engaño,
le causé, y fui mi enemigo,
y á no culparos me obligo:
que el que de su mal es medio,
y al cielo pide remedio,
bien merece su castigo.
Si es cierto, yo la ocasion
les di; mas mi esposa viene,
y esta sospecha conviene
cerrar en mi corazon:
¿Mas si sabrá la razon
todas las puertas cubrir?
porque tantas pudo abrir
este dolor para entrar,
que alguna temo olvidar
por donde pueda salir.

Nisea.

Aquel empeño forzoso
estorvó nuestro deseo.

Aurora.

Ya, Nisea, mas lo creo
por lo que veo en mi esposo;
ya le hallo mas cariñoso,

ya no me habla tan estraño,
mas el recelo del daño
crece, auuque el mal se mejora.

Nisea.

Pues esta noche, señora,
tocarás el desengaño.

Duque.

¡ Valgame el Cielo! ¿ qué veo? *ap.*
yo estuve ciego; ¿ mi esposa
no es mas bella y mas airosa?
¿ pues que arrastró mi deseo?
Viendo una y otra mi empleo
conozco ya que es error;
mas si me quita el honor,
sin duda debe de ser
bien que se quiere perder,
pues me parece mejor.
¿ Por esta estrella, la Aurora
yo de mi esposa olvide?
¿ Yo de aquel Sol me aparté,
que tanta luz atesora?
¿ Mas cómo lo advierto ahora?
contra mi mismo me irríto,
¡ ó loco y ciego apetito,
que al peligro has menester,
y solo sabes querer
cuando el querer es delito!

Nisea

Señora, el Duque está aqui

Aurora

¿ Señor, vos tan suspendido?

Duque.

En miraros divertido
no me acordaba de mí.

no sé si sabré fingir
con dos males: que un amigo,
si se trueca en enemigo,
dá dos penas que sentir.

ESCENA IV.

El Duque, Alejandro y Comino.

Alejandro.
Comino, no me hables nada
de Nisea ni mi amor.
Comino.
¿Qué dices? mira, señor,
que no la pierdas trocada.
Alejandro.
Esto ha de ser.
Comino.
¿Eso quiere
tu amor ya?
Alejandro.
Esto me aconseja.
Comino.
Pues cuélgatelo á la oreja
para lo que se ofreciere.
Duque.
¿Alejandro?
Alejandro.
¿Gran señor?
Duque.
¿Conmigo tanta tibieza?
Alejandro.
¿En qué la halla vuestra Alteza?
Duque.
No verme hoy.

Alejandro.

Culpa es de mi amor.

Comino.

Hoy no ha podido, aunque os ama.

Duque

¿Porqué no ha podido ser?

Comino

Le ha venido Dios á ver.

Duque.

¿Cómo?

Comino

Ha dejado á su dama.

Alejandro.

¿Qué dices loco?

Comino

A bambolla
quiere meterlo; y con vos,
la verdad es hija de Dios.

Duque.

¿Quién es su dama?

Comino.

La olla.

Duque.

¿Y ha dejado la comida?

Comino

No la deja por virtud.

Duque.

¿Pues por qué?

Comino

Por su salud,
porque estaba algo podrida.

Duque.

¿Alejandro, no has logrado
algun empleo amoroso?

Alejandro.
Señor, soy poco dichoso.
Comino.
Es, señor, muy desgraciado:
si en treinta damas repara,
le quieren las veinte y nueve,
y por eso no se atreve
á mirarlas á la cara.
Duque.
¿Y por temores tan vanos
deja tan feliz destino?
Comino.
¿Pues es un hombre Tarquino,
potente Rey de Romanos?
Alejandro.
El que infeliz ha de ser,
cuando quiere, no es querido;
y si alguna vez lo ha sido,
se lo estorva otro poder.
Duque.
¡Válgame el Cielo! ¿qué escucho?
si habla por mí, presumiendo *ap.*
que yo su traicion no entiendo
ya en recatarme hago mucho.
Comino.
Señor, aunque esto previene,
es aludiendo á otras cosas,
que damas tiene y hermosas,
aunque pocas.
Duque
¿Cuántas tiene?
Comino.
De veinte y siete se agrada.
Duque.
Pocas son: buen corazon

Comino.

¿Pues veinte y siete qué son
fuera de tres nueves nada.

Duque.

A proseguir no me atrevo *ap.*
materia tan peligrosa
hablar quiero de otra cosa:
¿qué hay en la Corte de nuevo?

Alejandro

Señor, no hallo novedad,
la quietud es interés
de tus vasallos, todo es
aplauso á tu Magestad.

Comino.

Novedad hay.

Duque.

¿Cuál ha sido?

Comino.

Que con otro hombre un juez
cogió á la muger soez
de un astrólogo amarrido,
y él á galeras le echó,
y su muger libre fué.

Duque.

¿Si ella le ofendió, porqué?

Comino.

Porque no lo adivinó,
y otra hay, y del mismo talle.

Duque.

¿Qué fué?

Comino.

Bien se puede oir:
Un novio acertó á salir
con su suegro por la calle:
uno vestido de negro

le cascó una bofetada:
sacó furioso la espada,
y por darle, mató al suegro;
un capitan fué testigo.

Duque.

¿Y qué hizo, riñó tambien?

Comino.

Firmó que quedaba bien,
porque mató á su enemigo.

Duque.

De otra novedad me han dado
cuenta á mí

Alejandro.

¿Qué fué, señor?

Duque

Queja de un hombre traidor,
de quien habiendo fiado
otro amigo honor y vida,
hacienda, gusto y su ser,
le ofendió con su muger
con fe desagradecida:
¿Qué castigo era ajustado
á delito tan horrible?

Alejandro.

Señor, eso no es posible.

Duque.

Parece que se ha turbado: *ap.*
¿porqué?

Alejandro

Porque á culpa tal
aunque su mismo enemigo
le imaginara el castigo,
no pudiera hallarle igual;
luego si el Cielo infinito
castigo no señaló

á esta culpa, es porque dió
por imposible el delito

Comino.

A mí, señor, se me ofrece.

Duque

¿Qué dices tú qué se haria?

Comino.

Que no pudo ser de dia,
pero á obscuras me parece.

Duque.

El negar, que pudo ser, *ap.*
teniendolo por horror,
mi sospecha hace mayor,
mas yo no lo puedo creer.
Y á ser cierta ofensa tal,
¿qué castigo habrá?

Alejandro

Ninguno,
que á dolor tan importuno
no hay satisfacion igual,
porque la muerte es piedad,
pues alivio viene á ser
quitarle el dolor de haber
cometido esa maldad.

Duque.

De dudas soy un abismo: *ap.*
mas (¡ó juicio temerario!)
¿si dijera lo contrario,
no sospechara lo mismo?

Alejandro.

Mucho del Duque he admirado
que no me hable en su deseo. *ap.*
Señor, parece que os veo
de amór con menos cuidado.

Duque.

No me hables de eso.

Alejandro.

¡Qué he oido! *ap.*
¿si el Duque ya la ha dejado?

Camino

Antes pienso que ha pecado,
pues está ya arrepentido.

Alejandro.

Como yo tanto intereso
en vuestro gusto, señor,
y os ví tan ciego de amor....

Duque

Ese fué un pasado esceso
de un antojo mal fundado,
aun no estable en lo que dura,
un delirio, una locura,
que la razon ha olvidado
con que yo á mí me castigo;
y tú muy cansado estás
en pretender saber mas
de mí, que lo que yo digo.

Alejandro

Señor, en lo que os escucho,
á mí otro alivio me vea.

Duque.

Pues tú lo has sabido ya,
pero me has cansado mucho.

Alejandro

¿Yo os he cansado señor?

Duque.

Sí, y aunque no lo mirais,
ha mucho que me cansais
vos y vuestro ciego error;
y pues no lo veis de ciego,

no me veais mas tampoco:
el dolor me ha vuelto loco, *ap.*
no sé reprimir su fuego.

ESCENA V.

Alejandro y Comino.

Alejandro.

Mundo, ¿á quién no desengaña
tu mudanza de esta suerte?
¿qué es esto? llegó mi muerte.

Comino.

Cayó la Princesa de Bretaña.

Alejandro.

Ya sé cual es mi ventura,
y sé que el mundo es asi,
y sé que en sueño viví,
y que no hay dicha segura.

Comino.

Mucho sabes, á fé mia,
y de diablo es tu desgracia,
que al caer perdió la gracia,
mas no la sabiduría.

Alejandro.

Comino, este desengaño
el retiro me aconseja;
mas si á Nisea me deja,
luces de bien tiene el daño:
irme con ella pretendo
á mi tio el Rey de Creta,
que no es cordura discreta
esperar rayo y estruendo.

Comino.

¿Y pues qué será de mí?

Alejandro.

De todo serás testigo,

¿ pues tú no te irás conmigo?

Comino

Y como que iré trás tí;
¿mas seré allá socorrido?

Alejandro.

Nunca yo faltarte pienso.

Comino

Más que privado, eres censo,
si dá del honor caido:
mas la Duquesa, señor.

Alejandro.

Esperar quiero á mi prima,
por si á este intento me anima,
pues lo puede su favor.

ESCENA VI.

Dichos, Aurora, y al paño el Duque.

Aurora

Siempre con nuevos desvelos
no sosiega el corazon:
¡ó qué dificiles son
de asegurar unos celos!

Duque.

Ya á mi esposa mis sentidos
siguen con otro cuidado;
mas á Alejandro ha encontrado
atencion, ojos y oidos.

Aurora.

¿ Alejandro?

Alejandro.

Gran señora!

Aurora.

¿ De qué tan triste y suspenso?

Alejandro.

Si lo estoy, y es porque pienso!

que no soy quien era ahora.

Aurora.

¿Pues por qué no?

Comino.

¡Lindo aliño
trae con dudas semejantes!

Aurora.

¿Cómo vos no sois quien antes?

Comino

Veinte años ha que era niño.

Aurora.

Nada sé de lo que pasa.

Alejandro.

Pues el Duque con rigor
me ha negado su favor.

Aurora.

¿Pues por qué?

Comino.

No estaba en casa.

Alejandro.

Solo sé de mi desgracia,
que el Duque se fué ofendido,
y de su gracia he caido.

Comino.

Y ya no le cae en gracia.

Aurora.

Cielos, ya vuelve el dolor
de mi sospecha al tormento,
sin duda es el sentimiento
de haber sabido su amor:
y para que mas no pase
su intento, si es contra mí,
yo me he de empeñar aquí
en que Alejandro se case:
que ya su amor he sabido

lo daré ahora á entender.
Alejandro, pudo ser,
que enojado y no ofendido,
el Duque aquí os haya hablado;
mas no por eso temais,
que yo podré, que volvais
á su gracia y mas amado:
fiélo vuestro temor,
si haceis lo que yo deseo.

Alejandro.

¿Qué es?

Aurora.

Proseguid vuestro empleo;
que seguro es mi furor.

Duque.

¡Qué escucho!

Alejandro.

¿Pues á qué fin
lo decís?

Aurora.

¿No lo entendeis?
pues yo os haré que logreis
las entradas del jardin. *Vase.*

Duque.

Ya este mal llegó á su estremo.

Alejandro.

Sin duda la ha declarado
Nisea ya mi cuidado;
pues si esto logro, ¿qué temo?
Ven, que si logro á Niseà,
ya ningun daño imagino....

Comino.

Plegue al Cielo ...

Alejandro.

¿Qué, Comino?

Comino.
No se vuelva alcaravea.

ESCENA VII.

El Duque.

Todo mi valor me valga
en las dudas que examino,
porque el furor no despeñe
el dolor de los indicios.
¡Válgame Dios! desde el punto
que tuvo el alma este aviso,
enlazado en la sospecha
está todo cuanto miro.
¿Si es cautela del dolor,
ó engaño de los sentidos,
ó fuerza de la sospecha?
Esto postrero imagino:
que quien por un vidrio mira,
que hace algun color distinto,
todo quanto vé con él
está del color del vidrio.
Pues si yo tengo en los ojos
los antojos femeninos
del vidrio azúl de los celos,
¿por qué estraña este sentido,
que de su mismo color
esté todo cuanto miro?
¡Mas ay de mí! por las puertas
de un corazon afligido,
¡qué tarde entra el desengaño!
¡qué presto abren al alivio!
Mas no del todo he de darme
al engaño ni al peligro,
ir quiero en mí confiriendo

la defensa á los indicios.
El estar mi esposa ahora
tan cariñosa conmigo,
¿indicio es sobre los otros?
¿mas no puede haber sabido
el empeño que Alejandro
fingió por intento mio
con Nisea? ¿y este empeño,
junto con haberme visto
cariñoso, fino, amante,
pues yo tambien lo he fingido,
haber sosegado en ella
las quejas y los suspiros,
y ser sosiego en sus celos,
lo que yo engaño imagino?
Sí pudiera; no pudiera,
que quien celos ha tenido,
nunca halla satisfacion:
que harán que todo el indicio,
y el corazon mas amante,
da vueltas, cuando es mas fino,
en los ecos de los celos
las voces de los cariños.
¿Darme un memorial un hombre
turbado y descolorido,
no es indicio de traicion?
traicion fué, pues me lo dijo
su turbacion: Si seria;
no sería, que este aviso,
aun á darsele á un vasallo
fuera turbado yo mismo.
Demás, que si aquesto fuera
traicion, sin haber tenido
evidencia ó gran sospecha,
para acusar el delito,

era la traicion en vano,
si yo culpa no averiguo;
porque á no haber fundamento
¿qué me daba en el aviso?
Confírmamelo Lidoro,
que es mas probable testigo:
¿no pudiera ser concierto
del que me avisó ó de él mismo,
que envidioso de Alejandro,
procura su precipicio?
Si pudo ser; mas no pudo,
que medios hay infinitos
para culpar á Alejandro,
si su envidia es el motivo.
Pero mi esposa, ¿qué tiene
él que envidiar, si ella ha sido
quien fomenta su privanza?
¿Luego el culparla es preciso,
que no nazca de su envidia?
¡ó mal haya el silogismo!
Llegar á hablarla quejoso,
darla consuelo y alivio,
deuda es de sangre, y de un trato
de amor puro, honesto y limpio;
pero decir que prosiga
su empleo, y al repetirlo,
que la entrada del jardin
le hará lograr, ¿por qué ha sido?
¿por Nisea? Yo lo creo;
mas no creo, porque indicio
de ello no se vió: ¿no pudo
Nisea habérselo dicho?
Si pudiera; no pudiera
¿Locos pensamientos mios,
tan mal estáis con vosotros,

que sois vuestros enemigos?
¿La razon contra si propia?
¿Cómo hay dentro de mi mismo
dos bandos de pensamientos?
No que aunque varios, son hijos
de una imaginacion sola,
solo un discurso lo hizo;
¿pues cómo unos contra otros,
incomprehensible artificio,
dentro de mi mismo, hay quien
esté bien con mi peligro?
¿Pues á qué parte del alma
le está bien este delito?
¿Quién lo procura? el recelo;
¿qué es el recelo? es hijo
del honor: ¿pues qué pretende?
hereda el decoro limpio
de su pureza: ¿y qué quiere?
quiere ver si le ha perdido,
para cobrar lo que hereda,
y presenta estos avisos
con peticion de querella,
jurando no ser de vicio
al juez del entendimiento;
¿y quién afirma el delito?
él solo; pues si él lo afirma,
miente en todo cuanto ha dicho,
porque es parte aquí, y la parte
no vale para testigos.
¡O confusiones humanas!
¡ó dudosos laverintos!
¿Quién es tan ciego que piensa
comprehender en su juicio
las intenciones agenas,
los secretos escondidos.

de los pechos de los otros?
¿Cómo yo ver imagino
una traicion que está oculta
en dos pechos fementidos,
si cuando mas lo pretendo,
yo no puedo ni distingo
lo que mi propio discurso
tiene dentro de si mismo?
¿Mas por qué en vanas quimeras
aqui el tiempo desperdicio,
que ha menestèr el remedio?
A llamar me determino
á Lidoro; ¡qué mal hice
en maltratarle ofendido,
pues callára temeroso,
lo que dudoso averiguo!
Pero yo le daré aliento
templado, afable, y benigno
hasta saber mis agravios,
y si es cierto su delito,
tiemble mi furor la tierra,
tiémblenme montes y riscos,
y tiemblen los elementos
del airado aliento mio.
Pues para que se congele
en rayos lo que respiro,
hay la nube del engaño,
el sol de su honor activo,
los vapores de los celos,
y el fuego de mis suspiros.

ESCENA VIII.

Alejandro y Comino.

Alejandro.

¡ Hay ventura mas colmada !
logró á Nisea mi amor.

Comino.

¿ No te dije yo , señor ,
que la perderias trocada ?
Pues el hablar de ella pare
aquí luego.

Alejandro.

Sí hablarás

Comino.

Por juicio de Satanas ,
si palabra de ella habláre ,
á mi me lleve el demonio.

Alejandro.

¿ No ves que casado estoy ?

Comino.

Por eso que yo no doy
palabra de matrimonio.

Alejandro.

El gusto parto contigo
de lograr su mano bella.

Comino.

Vive Dios , de no hablar de ella ,
aunque se case conmigo ;
y si usted mucho me apura ,
arrancaré sin parar.

Alejandro.

¿ Pues con quién he de ir á hablar
de mis bodas ?

Comino

Con el Cura.

Alejandro

La Duquesa en mi favor
se ha declarado: estoy loco.

Comino

Ni eso me mueve tampoco.

Alejandro.

¿ Pues por qué ?

Comino.

Un nóvio, señor,
tenia la gente cansada
en hablar de su muger,
llegó el dia del placer,
y halló la novia preñada.
Quedó mudo, y de este hechizo
parió la muger de Bras
un niño que hablaba mas
que el padre que no le hizo;
¿ por qué de tu esposa bella
no hablas ya ? (le preguntó
un amigo) y respondió:
porque hay otros que hablan de ella.
Cuando tu por triste ú harto,
no hablabas de esa señora,
hablaba yo; mas ahora....

Alejandro.

¿ Me lo aplicas ?

Comino.

Salvo el parto.

Alejandro

Comino, burlas dejemos.
Ya al jardin hemos entrado:
Nisea aviso me ha dado
de que esta noche saldremos

de dudas, ansias y enojos,
que la Duquesa ha hecho empeño
de que ella ha de ser mi dueño.
¡Ay dulce imán de mis ojos!
Si el Duque ya la ha olvidado,
no hay de que tener recelo,
que á su enojo sabe el Cielo
que yo causa no le he dado.

Comino

¿Y si él con noticia estaba
de tu amor y lo fingia?

Alejandro

¿Pues yo con qué le ofendia
cuando por él la dejaba?
que es locura.

Comino.

No trabuques
algo que te esté peor.

Alejandro.

Que él ya ha olvidado su amor.

Comino.

Señor, no fies en Duques,
no sea que aquí te vea.

Alejandro.

Ya él no puede aquí volver
por su esposa: voy á ver
si ya ha salido Nisea.

Comino.

¿Y yo voy contigo?

Alejandro.

No.

Comino.

Pues me quedo entre claveles?

Alejandro.

Cúbrete de estos laureles. *Vase.*

Comino.

¿Pues soy escabeche yo?
¿De noche y solo me quedo?
no es mucha mi cobardía,
que oyendo el *Ave María*,
piensa que tocan á miedo;
pues á mí amo le plugo,
con este laurel me acojo,
que yo duer[illegible] no [illegible] el
y pareceré besugo. (1)

ESCENA IX.

Salen el Duque y Lidoro.

Duque.

Lidoro, ya de tu aviso
agradezco la atencion.

Lidoro.

Señor, sin duda es traicion,
pues él encubrirla quiso.
La Duquesa estaba aquí,
y yo no vine con él;
el mentir seña es de infiel;
y del valerse de mí
para encubrir el intento
con que su engaño venia,
se infiere su alevosía.

Duque.

Ya concluye el argumento; *ap.*
porque si á hablar en mi amor,
como él me dijo, venia,
¿á qué mi esposa salia?
¿Y si fué acaso el traidor,

(1) *Escóndese detrás de un laurel.*

porqué me mintió diciendo
que con él vino Lidoro?
¿Mas qué admiro lo que ignoro
en él, si á mí no me entiendo?
Tú, Lidoro, te retira.

Lidoro.

Guardando la puerta estoy
con mi gente.

Duque.

Sin mí voy
donde me lleva la ira.

Lidoro.

Con este bien defendido
de ella y de Alejandro está
mi error, pues ninguno ya
contra mí ha de ser creido. *Vase.*

Duque.

Si él vino aquí á esta traicion,
¿aquí ha de volver? ¡mas, Cielos!
mátenme antes mis recelos
que en mi esposa haya traicion.

Comino.

O la vista dificulto,
ó un bulto hácia allí se vé:
¿quién puede ser? ¿cosa que
venga á menearme el bulto?
Levántome, el valor pruebo,
toco á embestir, tiento el muelle,
llégome á reconocelle,
y de miedo no me atrevo.
¿Quién me mete á mí en saber
lo que será con mis brios?
que un bulto, señores mios,
tiene mil cosas que hacer.
Qué le diré dificulto;

mas nada, que soy discreto:
pues iréme con efecto,
que un discreto no habla á bulto. *Vase.*

Duque.

Como el que espera el golpe de la muerte,
ya oida la sentencia,
que un punto no advierte
del tiempo imaginado la violencia,
y esperando la hora el triste oido,
es relox cuanto escucha en el sonido.
Yo, que la muerte de mi honor espero,
en mi alevoso amigo
que viene considero;
cuanto oigo, pasos son de mi enemigo,
y el ruido de las hojas, con ser tantas,
tengo por pasos, pero en fin son plantas.
Dos veces me he engañado con el ruido,
y he vuelto á aquella fuente
y aun ahora advertido,
si me advierto, vuelvo á la corriente:
que á un corazon, que teme tanto daño,
suele engañarle mas el desengaño.
En cualquier sombra miro su semblante,
y se apercibe el brio
contra el pecho inconstante
de mi enemigo, que el agravio mio,
como es sospecha, aun en la sombra oscura,
no habiendo nada, encuentra su figura.
Qué será, parece que le veo!
mas la idea agraviada,
en el retrato feo
del ofensor, mas viva se traslada;
y como están á oscuras mis enojos,
vé la imaginacion, y no los ojos.
Entrar no puedo, ni apartarme un punto

de este jardin, que centro
fué de mi amor difunto:
no me atrevo á pensar si estará dentro
porque segun de mi desdicha advierto,
temo, que si lo dudo, será cierto.
¡Pero, Cielos, un hombre allí he mirado,
y que viene recelo!
¡El pelo se ha erizado!
Si es él que tal no sea, quiera el Cielo;
mas soy tan infeliz, que ya lo creo;
porque lo contradice mi deseo.

ESCENA X.

El Duque y sale Alejandro.

Alejandro

¿Para qué quiero suerte mas dichosa?
ya la Duquesa vino,
y en darme por esposa
Nisea se empeña. ¿Mas, Comino,
dónde te has ido?

Duque.

El es; pero aunque es cierto
porque aun lo dudo, no me caigo muerto.

Alejandro.

Allí está Comino: Amigo *Al Duque.*
ya es mi fortuna mejor,
y ya no temo del Duque
ni enojo ni indignacion;
yo he estado con la Duquesa,
y me ha hecho su favor
dueño de tan deseada
y dichosa posesion.

Duque.

¡Caiga el Cielo sobre mi! *Ap.*

Alejandro.

Si yo logro de mi amor
con su favor la esperanza,
¿á qué aspira mi ambicion?
Ven, que allá te daré cuenta
de lo que pasa.

Duque.

Traidor,
yo te haré dos mil pedazos.

Alejandro

¡Qué miro! ¡válgame Dios!
Señor, reportad las iras,
que por defenderme yo,
saco la espada no mas. (1)

ESCENA XI.

Aurora y Nisea.

Aurora.

¡Ay, Nisea!

Nisea.

¡Muerta estoy!

Aurora.

¿Qué es esto?

Nisea.

No sé, señora.

Sale Alejandro huyendo.

Huyendo vuestro furor
me voy, para no ofenderos. *Vase.*

Aurora

Guardas, criados, traicion,
traicion en Palacio.

---

(1) *Vanse sacando las espadas.*

Sale el Duque.

¿Dónde
se fué? que tan ciego estoy,
que le he perdido de vista.

Aurora.

Del Duque es aquesta voz:
acudid presto, criados.

ESCENA XII.

Dichos, y salen Irene y criados con luz, y armados.

Criado.

Hácia aquí suena el rumor.

Duque.

¡Cielos, qué miro! mi agravio
es público ya.

Aurora.

Señor;
¿vos el acero desnudo?

Dentro Lidoro.

Daos, Alejandro, á prision.

ESCENA XIII.

El Duque, Alejandro, Nisea, y salen Lidoro y gente acuchillando á Alejandro y Comino.

Alejandro.

Solo mi vida defiendo:
mas ya en su presencia no,
que las armas y la vida
rindo al Duque mi señor.

Duque.

Ya aquí es notoria mi afrenta,
y el castigo á la traicion
tambien ha de ser notorio:

Lidoro, llevadle vos
preso á Alejandro á la torre.

Alejandro.

Por obedecerte voy,
y á morir fuera contento;
solo os digo...

Duque.

Vuestra voz
no salga del pecho infame.

Alejandro.

Infame no: Vive Dios,
que... Mas por obedecer
callo.

Duque.

Llevadle.

Alejandro.

Ya voy.

ESCENA XIV.

El Duque, Aurora y Nisea.

Nisea.

¡Cielos, que miran mis ojos!
tiranía y celos son:
¡Ay, Alejandro infeliz!

Aurora.

¿Pues á mis ojos, señor,
ejecutais las venganzas
de vuestra ciega pasion?
No siento ya las ofensas
que resultan á mi amor,
que desprecies mi decoro
solo he sentido de vos.
Las armas de mi respeto
defendian aficion,

mas ya ajadas, solo quedan
las de mi llanto veloz. *Llora.*

Duque.

Irritado y compasivo *ap.*
mirando su llanto estoy:
¿quién puede dudar que llora
de Alejandro la prision?
¿Pues cómo cuando se debe
provocar mas mi furor,
me enternece? ¿Mas qué mucho,
si aquel llanto, aunque es traicion,
le está sintiendo mi agravio?
y le está viendo mi amor.
Mas ya es afrenta tenerle,
y entre estos afectos dos
del amor y del agravio,
pues tan poderosos son,
y entrambos contra el decoro,
por no obligarme, me voy
á que el furor me despeñe,
ó me arrastre la pasion. *Hace que se vá.*

Aurora.

¿Qué es esto, señor? ¿la espalda
me volveis? ¿tras el dolor
de la ofensa, me negais
el consuelo de la voz?
¡hay muger mas desdichada!

Duque.

¡Hay mas violento rigor!

Aurora.

Señor, señor....

Duque.

¡Que violencia!

Aurora.

¿No me hablas

Duque.

¿ Desdicha atroz ?

Aurora.

Decidme, aunque sea un desprecio.

Duque.

No me deja el corazon.

Aurora.

¡ Qué se vaya sin mirarme!

Duque.

¡ Qué pesados pasos doy !

Aurora.

Por no morir, no le miro.

Duque.

Por no volver, muerto voy.

Aurora.

Mas no puedo.

Duque.

Mas vencióme. *Vuelve.*

Aurora.

¡ Ah, ingrato !...

Duque.

¡ Ah, injusto amor !...;

Aurora.

Plegue al Cielo....

Duque.

El Cielo quiera...;

Aurora.

Que á tu culpa...

Duque.

A tu traicion...;

Aurora.

Dé muchos años de vida.

Duque.

Nunca me los dé sin vos.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Salon corto.

Sale Comino muy andrajoso.

Comino.

Los que privais como yo
con los Duques de esta vida,
notad la história perdida
de quien con ellos privó.
Todo hombre cuerdo y honrado,
con mi ejemplo verdadero,
se meta á sotacochero,
antes que á sotaprivado.
Véame aquí, que por la villa,
muriendo de hambre y de frio,
ando, sin bajar al rio,
con mas trapos que Luesilla.
Este el fin preciso es
de quien como yo camina,
que del Duque en la cocina
no valgo para Marqués;
porque despues que á mi amo
y á la Duquesa prendieron,
y de que al Duque ofendieron,
corre la voz y el reclamo;
y todos, porque él fué malo,
conmigo en tal odio están,
que ya me niegan el pan,

y me dan luego del palo.
A ver á Palacio voy
si hay quien me conozca aqui:
aprended trapos de mí
lo que vá de ayer á hoy;
que segun por pecatriz
apaleado y sacudido
me veo, pienso que ha sido
mi caida de tapiz;
y si aquesto cierto es,
como lo imagino ya,
sacudirme ahora será
para colgarme despues.
Mas Irene por allí
pasa, á llamarla me atrevo,
por saber lo que hay de nuevo:
ah Irenilla; sape aquí:
no se mueve á la llaneza:
ah Irene: ah señora Irene.

Sale Irene.

¿Quién es quien llama?

Comino.

Quien viene
por audiencia á vuestra Alteza.

Irene.

¿Quién es?

Comino.

¿No ve su intencion
quien soy?

Irene.

No caigo á fé mia.

Comino.

Pues yo sé cuándo caia
Vuesía en la tentacion.

Irene.

No le conozco.

Comino.

Sí harias
si tratáras de guisar;
mas ya no debes de andar
hácia las alcamonías.

Irene.

Por esas señas no atino,
señáleme mas abajo.

Comino.

No te habrás puesto hoy el ajo;
pues te olvidas de Comino.

Irene.

¡Jesus! ¿tú eres?

Comino.

Los ratones
me han dado la honra en que estoy.

Irene.

¿Cómo?

Comino.

Han probado, que soy
pariente de los Girones.

Irene.

¿Pues cómo en tantos retazos
paró gala tan cumplida?

Comino.

Porque cualquiera caida
deja á un hombre hecho pedazos.
Mas esto dejando á un lado,
¿qué hay por acá?

Irene.

Grandes penas:
Ya sabes la ley de Atenas,
y el Imperio del Senado;

pues siendo tan rigurosa
la ley contra el adulterio,
como en este vituperio
cayó la Duquesa hermosa,
siendo público el delito,
está ya de él acusada,
y la defensa aplazada,
que aquel Lidoro maldito
defiende la acusacion;
y el Duque por no alterar
la ley, no puede escusar
su muerte y su indignacion,
temiendo á su padre el Rey
de Creta, vengarse deja
de este modo, qué á su queja
satisface con la ley.
Por jueces señalan dos
de los de edad mas anciana,
y á tu amo y ella mañana
los queman.

Comino.

¡Fuego de Dios!
¿y tú piensas, que los dos
pecaron?

Irene.

¿Cómo podré
decir yo lo que no sé
ni presumí?

Comino.

Vive Dios
que esto es testimonio y treta.

Irene.

¿Pues por qué lo has presumido?

Comino.

Porque tú no lo has sabido

siendo tan buena peseta.

Irene

¿Piensas tú hubo maldad?

Comino.

¿Yo tal de tales amigos?

Irene.

Pues con este hay dos testigos
de una misma calidad;
mas yo vengo por espía
á ver si el Duque ha salido,
porque Nisea ha querido
hablarle con osadía,
que ella cree que el Duque quiere
dar muerte á su esposa bella,
para casarse con ella.

Comino

Eso bien claro se infiere.

Irene.

Pues ya su cuarto está abierto,
yo voy á avisarla pues. *Vase.*

Comino.

Yo me he de echar á sus pies,
por si en ellos hallo puerto.

ESCENA II.

Comino, y salen Lidoro y un Criado.

Criado.

Lidoro, el Duque ha mandado,
que vos no lo entreis á ver.

Lidoro.

¿Pues por qué ha podido ser?

Criado

Todo hoy ha estado cerrado,
y es tan grande su tristeza,

que á nadie ha visto la cara.
Yo, porque no peligrára
en mayor daño su Alteza,
por mas que lo ha resistido,
los músicos hice entrar,
y ya de oirlos cantar,
está algo mas divertido,
y en particular me ha dado
esta órden para vós

Lisardo.

¡Confuso estoy, vive Dios!
¿Si algo de mí ha sospechado?
Mas ver de su esposa bella
la muerte ya tan cercana,
pues es el plazo mañana,
siendo yo instrumento de ella,
le hará mi presencia odiosa:
irme quiero, y la ocasion
quitará mi turbacion
de que sospeche otra cosa.
Mas vano temor me lleva
estando de mí acusada,
y su defensa aplazada,
la ley no admite otra prueba:
no desdiciéndome ya,
ó ha de morir, ó ha de haber
quien la salga á defender,
y es cierto que no le habrá *Vase.*

Comino

¡Que ande en el mundo este perro,
sin que le dén cruda muerte!
¿para quién guarda la suerte
las estocadas por yerro?

ESCENA III.

Decoracion de Salon.

El Duque sentado, un Criado, y canta la Música dentro.

Música.

Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me vuelva á dar la vida.

Duque.

¡Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me vuelva á dar la vida!
Muerte, si el dolor fatal
cesa en tí, ven á mi llanto
presta y escondida tanto,
como me vino mi mal:
escondida, porque igual
sea el alivio á la herida:
tan presto, porque la vida
dudará, si eres molesto,
y si no puedes tan presto,
ven, muerte, tan escondida.
Si siento tu planta helada
dentro de mi pecho, infiero,
que el contento de que muero
te ha de resistir la entrada:
mas si tan disimulada
vienes, que entras sin sentir,
no podrá: y pues resistir,
cuando estés dentro, no puedo,

pisa en mi dolor tan quedo,
que no te sienta venir.
Y si quiere tu rigor
saber por qué te deseo,
cuando tu semblante feo
dá á la vida tal horror;
ven á acabar mi dolor,
que tú sabrás al venir,
por qué no quiero vivir;
pues si el morir es placer,
al partir yo, vendrá á ser,
porque el placer del morir.
Y si el cesar mi tormento,
cuando á tu espada muriere,
vieres, que el contento quiere
entrar en mi sentimiento,
mata tambien al contento
con el golpe de la herida;
que él, si has de ser mi homicida,
primero ha de defender,
porque aquel mismo placer
no me vuelva á dar la vida.
¡Ay de mí! ¡ay fiero pesar!
dejadme: ¿quién está aquí?

Criado.

Yo, señor.

Duque.

Que cesen, dí,
que no quiero oir cantar:
solo conmigo he de estar
hasta que venza el pesar,
y me acabe de rendir.

Criado.

Yo me voy.

Duque.

¿Quién está allí?
mirad quien entra aquí dentro.

ESCENA IV.

El Duque y Comino.

Comino.

Yo, señor, mas ya no entro.

Duque.

Tened ese hombre.

Comino.

¡Ay de mí!

Duque.

¿Quién sois?

Comino.

¿Pues en mis arapos
no lo ves? yo fuí escopeta,
adelgacé y fuí baqueta,
y he quedado en sacatrapos.

Duque.

¿No decis quién sois?

Comino.

No atino
de lo turbado que estoy;
pero de saber quien soy,
no se os dé á vos un Comino,
ni aquesto el juicio os trabuque.

Duque

¿Que sois Comino decis?

Comino.

Mas quisiera ser anís.

Duque.

¿Por qué?

Comino.

Por serlo del Duque.

Duque.

Este hombre ha sido criado *ap.*
de mi aleve y falso amigo,
de mi mal seria testigo,
habiéndole acompañado:
¡que haya osado entrarme á ver!
¿Pues cómo vos no estais preso?

Comino

No vengo yo á saber eso,
sino á pedir que comer,
que muero á necesidades,
y yo no os he escomulgado,
para que me hayan privado
de las temporalidades.

Duque.

De Alejandro á la prision
llevad á este hombre de aquí,
porque le acompañe allí
como lo hizo en la traicion.

Criado.

Venid.

Comino.

Señor....

Duque.

Si porfia,
echadle por un balcon.

Comino

Señor, que aquella traicion
no era para compañía.

Duque.

Llevadle luego, ó matadle.

Criado.

¿Queréis venir, ó morir?

Comino.

Si me dejan elegir,
egecútese el llevadle. *Llevanle.*

ESCENA V.

El Duque.

Cielos ¿para qué me entrego
al peligro de estar solo,
si doy lugar á la lucha
de mi amor y de mí enojo?
De mi ingrata esposa juntos,
para morir de uno y otro,
retratado en la memoria
tengo el agravio y el rostro.
Cuando imagino mi agravio,
del pecho llamas arrojo,
y cuando su rostro miro,
hacen su oficio los ójos.
¡Oh, honor cruel! ¡oh, ley dura!
¿si el morir ella es forzoso,
porqué dejas mi amor vivo,
cuando matas lo que adoro?
¡Pero qué miro, las damas
de mi esposa, el cuerpo todo
lleno de luto, y Nisea
con el semblante lloroso,
entran en mi cuarto! en vano
solicitan el abono
de su culpa, cuando en mí
fuera menester tan poco.

ESCENA VI.

Dicho, y salen Nisea y Damas de luto.

Nisea.

A vuestras plantas, señor,
lleno mi dolor de asombros,
cubierto el cuerpo de luto
y de lágrimas los ojos;
á vuestras plantas, señor,
una y mil veces me postro,
no á rendiros mi obediencia,
sino á irritar vuestro enojo.
No vengo, señor, humilde
á pediros por quien lloro,
que aunque vos no lo sabeis,
es Alejandro mi esposo:
á culparos atrevida
vengo, el mas cruel destrozo
que inhumano rigor pudo
cometer contra sí propio;
y á costa de mi peligro,
á que sepa el mundo todo
que injustamente á mi prima
culpais el casto decoro.
El Cielo puro es testigo
de que Alejandro entró solo
al jardin, siendo llamado
de mi deseo amoroso;
y de que fué tan leal,
que hasta escuchar de vos propio
que ya olvidabais mi amor,
por vos despreció mis ojos.
Y si intentais ofendido,
ó por mi amor ó por odio

de vuestra esposa, su muerte
por medio tan afrentoso;
yo, que ya mi riesgo temo
menos que el daño que lloro,
esta crueldad, este engaño
haré en el mundo notorio.
Y porque el amor injusto
que os mueve, se trueque á enojo,
si os ofendió el que me quiso,
yo os confieso que le adoro.
Sépase que por lograr
vuestro amor y vuestro antojo,
culpais un honor que al Sol
injurió sus rayos de oro.
Siendo vuestro honor el suyo,
¿cómo, Duque injusto, cómo
(á morir vengo resuelta,
no me estrañeis el arrojo)
cómo pues le dais la muerte
con golpe tan injurioso,
que primero que su vida
ha muerto vuestro decoro?
¿Esto cabe en pecho humano?
¿hay brazo tan riguroso,
que para matar comience
desde sí mismo el destrozo?
No es posible: no es posible;
ni pueden ya mis sollozas,
pensándolos, detener
de mi llanto los arroyos.
Gran señor, volved en vos,
que á vuestro daño interpongo
mi llanto, pues os suspendo
en vuestro peligro propio;
y perdonad si mi lábio

del respeto rompe el coto,
pues resulta en honor vuestro
que os le haya perdido loco.
Si mi amor, señor, os mueve,
mirad que por ese logro
dais de vuestro honor el precio,
pudiendo costar mas poco:
menos daño hubiera sido
atropellar mi decoro,
porque aunque fuerais tirano,
no quedabais afrentoso
En dar muerte á vuestra esposa,
si acaso os irrita el odio,
¿ para qué gastais lo honrado,
si basta lo poderoso?
Muera, señor, porque os cansa,
mas no por el testimonio,
que por salvar un delito,
no es bien dorarle con otro.
Si con la ofensa el rigor
pensais cubrir, no es abono,
porque os está lo ofendido
peor que lo riguroso.
Y si acaso en vos ha sido
sospecha, ó fué de Lídoro
traicion, es mas culpa vuestra
dar crédito á un alevoso;
él pretendió mis favores,
agraviando aleve y loco
vuestra misma confianza,
y mis blasones heróicos.
Y si, como he presumido,
ha sido el autor de todo,
fué por cubrir el delito
de su intento cauteloso:

que el honor de la Duquesa
ha sido y es mas lustroso,
que los astros que ilumina
el Sol con incendio rojo.
Pero si es pasion tirana,
y os ciega mi afecto solo,
propongo al mundo y al Cielo
que mi valor generoso,
cruel con mi misma vida,
y con mi lealtad piadoso,
se haga pedazos primero
que consienta tal oprobio.
Yo misma me daré muerte,
y mis brazos y mis ojos,
mis manos mi horror serán
instrumento á falta de otro.
Mire pues vuestro rigor
si es el motivo este antojo,
que no ha de lograr su intento
y ha de quedarle el desdoro:
porque al ruego, á la amenaza,
á la violencia, al enojo,
al cariño y al poder,
será mi pecho un escollo
donde yo, y despues de mí,
de vuestro amor afrentoso,
la nave se haga pedazos,
y puede ser que el piloto.

Irene

Voy absorta de escucharla:
si esto no templa su enojo,
Nisea ha sido la nave,
y el Duque ha sido el escollo.

ESCENA VII.

El Duque.

Sin sentido, sin alma, sin aliento
me ha dejado Nisea;
todo el Cielo resista mi tormento,
que mi valor flaquea,
y á defensa menor dará desmayo
el encendido asombro de este rayo.
Alejandro era amante de Nisea,
Lidoro pretendia
su favor, y aunque el alma no lo crea,
posible no seria
el ser traicion, pues toda la evidencia
con este aviso queda en apariencia.
Si esto ser pudo, doy que no haya sido,
sino que ser pudiera,
¿cómo el honor sin verlo lo ha creido?
¡O informacion primera,
estrago de las honras y las vidas!
¡cuántas han sido falsas y creidas!
Cabiendo duda, ciego lo he creido:
¿cómo no pierdo, Cielos,
el aliento, la vida y el sentido?
Pero á espacio desvelos,
que no es remedio para el mal que toco,
enloquecerme mas porque fui loco.
Acudir al remedio me conviene,
y averiguar primero,
que me resuelva el alma que esto tiene;
¿mas cómo verlo espero,
si de ciego lo erré, y mi error pensando,
mas con este dolor me voy cegando?
Pero de amor y honor he de apartarme,

y la razon desnuda,
solo aqui, como Juez, considerarme
para apurar la duda:
¡ha deseo! ¡que bien que lo dispones,
si no lo ejecutaran las pasiones!
Ya de la industria, que lograr espero,
norte las sombras sean:
con mis dos enemigos verme quiero,
mas sin que ellos me vean,
la noche ya á este empeño me socorre,
y en dos cuartas están de aquesta torre.
Llave tengo, esta puerta al de mi esposa
pasa, por ella entro:
turbada llevo el alma y temerosa;
mas ya abrí, y ya estoy dentro:
alma, toda te dá á cada sentido,
que vamos á buscar su honor perdido.

ESCENA VIII.

Decoracion de Salon con dos puertas.

[Aur]ora sentada con una luz en un bufete, y el Duque al paño.

Aurora.

Tristes pensamientos mios,
que en esta sola prision
me acompañais, no ceseis,
aunque dobleis mi dolor:
aqui tan sola me veo,
y tan sin amparo estoy,
que á mis penas agradezco,
que me asista su rigor.

Duque al paño

Ya, honor, tienes la batalla

presente; temblando voy:
¿mas, corazon, tu enemigo
no es aquel? ¡Válgame Dios!
¡qué hermosa esta! no es posible
ser enemigos los dos,
que quien tanto me le lleva
no ha ofendido el corazon. *Tocan.*
Ya suena el triste instrumento,
á que acompaña una voz,
cuyo acento á mis oidos
llega por darme dolor.
¿Dónde cantarán, que aqui
aun no llega á entrar el Sol,
y pues el dolor me aumenta,
llegue este acento velóz.

Música.

Pues la noche de la injuria
robó la luz á mi honor,
mas que me anochezca siempre,
mas que nunca salga el Sol.

Duque

¡Qué miro, cielos! llorando
ha respondido á la voz
mal saldré de esta batalla
si ya rindiéndome voy.

Aurora.

Acompañad, ojos mios, *Llora.*
de aquellas voces el son,
pues cuanto esplican sus ecos,
habla á mi pena por vos.
Para todos el Sol nace,
y solo para mi no,
porque en mi esposo tenia
mi amor, el dia y el Sol;
y pues por su ingratitud...

he perdido su esplendor.

Ella y Música.

Mas que me anochezca siempre
mas que nunca salga el Sol.

Duque.

¿Qué decis, corazon mio?
¿esto es falso? ¿cupo error
en aquel limpio cristal
de aquellas lágrimas? No.
¿Quién lo responde? el deseo;
¿quién lo pregunta? el honor;
¿y dice que si? bien dice;
y que es falso y es traicion
pensar que aquella hermosura
manchase el puro candor
de su honestidad Mintieron
los sentidos y la voz
y el alma: ¡ mas ay de mi!
que honor en la informacion,
ha tachado este testigo,
porque es hijo del amor.
Pues á la prueba, sentidos,
digan lo que sin pasion
pueden hablar de este caso.
¿Y esos testigos quien son?
la atencion y la cautela.
Y como podrán los dos
decir aqui.. De esta suerte. (1)

ESCENA IX.

Aurora y el Duque.

Aurora.

¡Qué es esto? ¡ válgame Dios!

(1) *Sale y mata la luz.*

¿Quién ha entrado aquí?

Duque

¿Señora?

Aurora.

¿Quién me llama? ¡muerta estoy!

Duque

Para que no me conozca *ap.*
disimularé la voz
Un caballero piadoso,
que de esta triste prision
os viene á dar libertad.

Aurora

Cielos, mi pena cesó: *ap.*
¿qué dices, amigo es cierto?

Duque.

Vereis la demostracion.

Aurora.

¿Luego ya el Duque mi esposo
se ha desengañado?

Duque.

No,
que antes lo intento por ser
ya vuestro riesgo mayor.

Aurora.

¿Luego no es él quien me libra?

Duque.

No señora, sino yo.

Aurora.

¡O contento como mio!
¡qué breve es tu duracion!
entraste al pecho, y duraste
solo el tiempo que bastó
para que el alma pudiese,
siendo tu intento traidor,
dejar al alma el tormento

de perder el bien que vié.
¿ Mi esposo mas indignado ?
Ojos mios, duros sois, *Llora.*
pues vuestro llanto á sus pies
no llega en curso veléz.
Vos, quien quiera que seais,
si para entender mi voz
lugar os dá el llanto mio,
idos, que de mi afliccion,
si aliviarla habeis pensado,
me habeis doblado el rigor.
La pena que yo padezco,
no es esta triste prision,
ni la muerte que ya espero;
que aunque aquestas penas son,
no son penas comparadas
á la que tengo de amor.
Ni vida ni libertad
quiero sin él, id con Dios,
y dejadme con mis penas
llorando su sinrazon:
que si librarme es perderle,
no es piedad ni alivio en vos,
sacarme de las menores,
y doblarme la mayor.

Duque.

¡Qué escucho! de este placer *ap.*
no es capáz el corazon,
pues de todos los sentidos
el uso no arrebató;
mas no le quede raiz
de sospecha al corazon,
salga todo de una vez.
Señora, mirad que yo
tengo ya libre á Alejandro,

y os está esperando á vos
para llevaros á Creta.

Aurora.

¿Qué dices? ¿sabeis quien soy?
¿Yo, para librar la vida:
poner á riesgo mi honor,
de hacer cierta la sospecha
la imaginada traicion?
¿Yo con ese hombre? aunque el medio
de reducir á mi amor
al Duque, á quien tanto adoro
y restaurar mi opinion,
fuera ese, no lo emprendiera.
Hombre, quien quierà que sois,
idos, y dejadme ya
(leal seais ó traidor)
llorando aqui mis desdichas;
y mirad que tales son,
pues habiéndome vos hecho
tan loca proposicion,
aun no me dejan aliento
para enojarme con vos.

Duque.

El corazon me ha partido: *ap.*
¡ó egemplo puro de amor!
¡ó inocencia perseguida!
¡ó ciego y bárbaro yo!
¡Qué á esta traicion haya dado
tan cruel disposicion,
que aqui abrazarla no pueda
ni declararla quien soy,
hasta que se haya enmendado
lo que la sospecha erró!
Mas recibe, dueño mio,
hasta que pueda mejor,

este abrazo que en el alma
te dá la imaginacion.
Siendo tal vuestra inocencia,
teneis, señora, razon,
y haceis bien en esperar
que el Cielo vuelva por vos,
y el Duque ha de conocerlo.

Aurora.

Soy muy desdichada yo
para lograr tal ventura.

Duque.

¿Si él os quiere, porqué no?

Aurora.

¿Quérerme el Duque? ¡ay de mí!
amigo, si á dar favor
venís, ó alivio á mis penas,
no renoveis mi pasion;
idos, por Dios, y dejadme,
que acordando su rigor,
cada vez que le nombrais,
me partís el corazon:
idos, dejadme en mi llanto.

Duque.

¡Esto resistiendo estoy!
Señora, esto en mí es piedad.

Aurora

Ya por no oiros me voy.

Duque.

¿Os vais ya, señora?

Aurora.

Os temo;

Duque.

¿Pues qué temeis?

Aurora.

Vuestra voz.

Duque.

¿Os ofende?

Aurora.

Me atormenta.

Duque.

Pues perdonad.

Aurora.

Id con Dios,
y creed, que agradezco el celo,
pues os perdono el error. *Vase.*

Duque.

¡Ay Cielo! el alma me lleva
tras el eco de su voz:
ahora siento el error ciego
de mi loca presuncion.
¡Que es posible, suerte esquiva,
que hiciese hombre como yo,
arrastrado de un engaño,
público su deshonor!
¡yo á mi esposa he permitido
tan infame acusacion,
que ya sin ser defendida,
no tiene enmienda su honor!
¡ó liviandad ciega y loca
de una rabiosa pasion!
¿qué hombre fué cuerdo con ella?
todos erraron, y yo
erré todo lo que todos.
¿Mas cómo siento mi error
ahora? mas es que estaba
ocupado el corazon
con el dolor del agravio,
y como todo salió,
dió lugar para que entrára
todo este nuevo dolor.

¡O falso y traidor Isidoro!
¿ mas qué digo ? aunque el candor
de mi esposa esté tan puro,
¿ no pudo dar la intencion
de Alejandro causa al daño?
pues á averiguarlo voy
Cerrar quiero aquesta puerta,
y abrir la de su prision,
que divide el otro cuarto:
aqui dejo el corazon.
Hasta que te vea en mis brazos,
esposa querida, á Dios.
Esta la puerta ha de ser, (1)
y con mas seguridad
de poderme conocer,
podré saber la verdad,
porque aquí luz no ha de haber.

ESCENA X.

Decoracion de Prision.

Alejandro y Comino con cadenas.

Alejandro.

¡ Comino, qué hemos de hacer ?
yo no tengo mas ventura.

Comino.

¡Gran rigor!

Alejandro

Esto es poder.

Comino.

Pues te obliga á padecer,
no es poder, sino escritura:

---

(1) *Vase cerrando la puerta, y sale por otra.*

¡que muera asado un mancebo
como huevo!

Alejandro

Yo en la fragua
de mi llanto morir debo.

Comino.

Si eso es pasado por agua,
tambien es muerte de huevo.
¿Mas qué te parece á ti?
¿si esto llega á que él te queme,
harán lo mismo de mí?

Alejandro.

Temo, Comino, que sí.

Comino.

Lleve el diablo quien tal teme.

Alejandro

Tres males me dán dolor
mayor que muerte tan fea:
faltar el Duque á mi amor,
perder sin culpa el honor,
y no lograr á Nisea.

ESCENA XI.

Dichos y el Duque.

Duque.

¡Cielos, contra su lealtad
falso es cuanto el alma piensa!
apuraré la verdad,
que tanto como la ofensa,
siento el perder su amistad.
¿Alejandro?

Comino.

¡Ay, Santa Irene!

Alejandro.

¿Quién es?

Comino.

Alguna alma en pena.

Duque.

No temas.

Comino.

¿Qué duda tiene?
algun muerto es que se viene
al ruido de la cadena.

Alejandro

No hay daño que presumir.

Comino.

No quiero que á mí me encarne.

Alejandro.

Quien es no puedo inferir.

Comino

Alma que ha olido la carne,
como estás para morir.

Duque.

¿Quereis salir de este horror?

Alejandro

Decidme quien sois primero.

Comino

Yo quiero, aunque sea peor.

Alejandro.

Calla.

Comino

Digo que yo quiero:
eche usted cartas, señor.

Duque

De vos la Duquesa fia
el que la lleveis á Creta,
que ya por la industria mia
está libre.

Comino.

Ave María.

Alejandro.

La Duquesa es muy discreta,
y no puede haber pensado
contra su honor tal error;
y si acaso os lo ha mandado,
decidla que soy criado
yo del Duque mi señor:
y que huir ella conmigo,
fuera abonar al que miente
su infamia, y que no la sigo
por no hacer al inocente
merecedor del castigo.
Si el hado nos atropella,
muramos, que no me obligo
con deshonra á defendella,
y pues soy cruel conmigo,
bien puedo serlo con ella:
y aunque quede en la traicion
por cierta la falsedad,
mas quiere mi estimacion
ser honrado en la verdad,
que dichoso en la opinion.

Duque.

¡O amigo! lo que he agraviado *ap.*
con mi duda tu decoro,
suple por lo que has ganado,
que aunque para mí eras oro,
ya eres oro acrisolado.
Eso la iré á responder.

Alejandro.

No, esperad, que aquí primero
os tengo de conocer.

Duque.

Mirad que no puede ser.

Alejandro

Pues descubriros espero;
ved que arriesgais la cabeza,
si llamo en esta ocasion
á las guardas de su Alteza.

Duque

¿Asi pagais mi fineza?

Alejandro.

Esta no es sino traicion,
y de la que á mí me han hecho,
mintiendo un falso delito,
que sois el autor sospecho,
y lo he de ver.

Duque

¡Noble pecho! *ap.*

Comino.

Diga quien es, ó alzo el grito.

Duque.

Oid, callad.

Alejandro.

No hay que callar:
diga quien es al momento.

Comino.

Guardas.

Duque.

Pues dejadme hablar.

Comino.

Vive Dios, que he de llamar
las guardas y el monumento.

Duque.

¿Quién creerá, que yo de veras
tengo aquí temor? ¿qué haré?

Duque.

¿Os ofende?

Aurora.

Me atormenta.

Duque.

Pues perdonad.

Aurora.

Id con Dios,
y creed, que agradezco el celo,
pues os perdono el error. *Vase.*

Duque.

¡Ay Cielo! el alma me lleva
tras el eco de su voz:
ahora siento el error ciego
de mi loca presuncion.
¡Que es posible, suerte esquiva,
que hiciese hombre como yo,
arrastrado de un engaño,
público su deshonor!
¡yo á mi esposa he permitido
tan infame acusacion,
que ya sin ser defendida,
no tiene enmienda su honor!
¡ó liviandad ciega y loca
de una rabiosa pasion!
¿qué hombre fué cuerdo con ella?
todos erraron, y yo
erré todo lo que todos.
¿Mas cómo siento mi error
ahora? mas es que estaba
ocupado el corazon
con el dolor del agravio,
y como todo salió,
dió lugar para que entrára
todo este nuevo dolor.

el que te ha engañado es.

Duque.

Mas que él, siento su dolor: *ap.*
mas declararme, aunque quiera,
no puedo: ¡ah desdicha fiera!
Llevad á encerrad á ese hombre.

Alejandro.

Mas he sentido ese nombre,
que la muerte que me espera.

Duque.

Llevádle: sufra mi amor, *ap.*
y hasta que enmiende mi error,
perdona: amigo, el fingillo.

Alejandro.

Ocioso será el cuchillo
viendo en vos ese rigor. *Vase.*

Criado.

Vos tambien

Comino.

Mira que dás
en mi castigo á un Abel.

Duque

Soltad á ese hombre.

Comino.

San Blas,
suéltete á tí Satanás
en manos de San Miguel.

ESCENA XII.

El Duque.

Cielos, ya he averiguado,
que es Lidoro traidor, y que él ha sido
quien toda esta traicion ha maquinado;
no hay que dar ya al sentido

el dolor de mi engaño,
sino tratar de remediar el daño.
Mi esposa está acusada,
y ha de ser defendida,
ó quedar infamada,
segun la dura ley, si arrepentida
la lengua que la infama.
no se desdice y vuelve por su fama.
El delito es ya público en mi Estado,
y la satisfacion secreta ha sido:
bien puedo yo matar á este atrevido,
y hacerle desdecir; mas arriesgado
quedo á que haya quien piense, que me mueve
el amor de mi esposa, y no se atreve
á dejarla morir leal mi pecho,
y que el póder y no el honor lo ha hecho,
pues la satisfacion en que me fundo,
no la puedo yo dar á todo el mundo.
Si ha de ser defendida,
queda á riesgo su vida,
si no hay quien la defienda;
y caso que le haya, en la contienda
puede quedar vencido,
mi esposa sin honor, y yo perdido.
¿Pues cómo he de enmendar yerro tan grave,
ya que es mi pecho solo quien lo sabe?
¿mas para qué al discurso la accion dejo?
el valor es quien dá el mejor consejo.
Ya el remedio he pensado,
verá mi honor el mundo restaurado,
la traicion con castigo,
casta á mi esposa, en mi amistad mi amigo,
yo contento y felíz, ella en mis brazos,
y en ellos al traidor hecho pedazos:
pues, valor, al empeño, á ganar gloria;

que al mundo dará ejemplo aquesta historia.

ESCENA XIII.

Sale Comino de borgoñon con alabarda.

Comino

Logar de aquí, fora dixi,
atras, señor, ande á un lado,
fora, que veni el sargento:
¡Dios mio, que bravo paso!
Ya que el plazo se ha cumplido
de sustentar en el campo
Lidoro su testimonio,
como son menester tantos,
para asegurar el puesto,
guardas de á pie y á caballo,
fingiéndome borgoñon,
plaza de guarda me han dado:
ya la Duquesa y sus damas
han salido de Palacio,
y por otra parte traen
al infelis Alejandro.
Lidoro por otra parte
tambien viene á sustentarlo,
y el Tribunal de los Jueces
está puesto en un tablado.
Mas, señores, el oficio
se me ha metido en los cascos
con tal fúria, que ya tengo
toda Borgoña en el bazo;
y me creen borgoñon,
porque en otra lengua hablando,
francés, flamenco, irlandés,
en diciendo estrinqui franco,
todo suena á borgoñon,

aunque sea en italiano.
Tanto me ha entrado la plaza,
que aquí en vacio me ensayo,
porque es gran gusto andar uno
sin peligro dando palos.
Llego á un corro, andad de aquí,
tened de ahí, seor soldado:
repórtese, no hay repórtis:
atrás, logar ¡ay mi brazo!
Señor, que es una preñada:
¿qué importes que estés preñado?
vaya á parir al infierno.
Bravo vicio es ir cascando!
mas, tate, ya están los Jueces
en su Tribunal sentados,
y ya van entrando todos;
ya esto vá de veras: alto,
andar, señoris, atrás,
á ellis dixi: ¿estan sentatus?
no piensen que esti es comedie,
haganse adentris lis bancus:
mas ya estan todos presentes

ESCEÑA XIV.

Tocan cajas destempladas y sordinas, y descúbrese un tablado con un bufete de luto, y en él un relox y dos Jueces; y salen por las dos puertas la Duquesa con un velo negro en la cara, y sus damas de luto, y Alejandro vendados los ojos y las manos atadas, y Soldados.

Aurora.

¡Valed, Cielos Soberanos,
mi honor, sin culpa ofendido!

Nisea.

A hablar no acierto de llanto.

que al mundo dará ejemplo aquesta historia.

ESCENA XIII.

Sale Comino de borgoñon con alabarda.

Comino

Logar de aquí, fora dixi,
atras, señor, ande á un lado,
fora, que veni el sargento:
¡Dios mio, que bravo paso!
Ya que el plazo se ha cumplido
de sustentar en el campo
Lidoro su testimonio,
como son menester tantos,
para asegurar el puesto,
guardas de á pie y á caballo,
fingiéndome borgoñon,
plaza de guarda me han dado:
ya la Duquesa y sus damas
han salido de Palacio,
y por otra parte traen
al infelix Alejandro.
Lidoro por otra parte
tambien viene á sustentarlo,
y el Tribunal de los Jueces
está puesto en un tablado.
Mas, señores, el oficio
se me ha metido en los cascos
con tal fúria, que ya tengo
toda Borgoña en el bazo;
y me creen borgoñon,
porque en otra lengua hablando,
francés, flamenco, irlandés,
en diciendo estrinqui franco,
todo suena á borgoñon,

aunque sea en italiano.
Tanto me ha entrado la plaza,
que aqui en vacio me ensayo,
porque es gran gusto andar uno
sin peligro dando palos.
Llego á un corro, andad de aquí,
tened de ahí, seor soldado:
repórtese, no hay repórtis:
atras, logar ¡ay mi brazo!
Señor, que es una preñada:
¿qué importes que estés preñado?
vaya á parir al infferna.
Bravo vicio es ir cascando!
mas, tate, ya están los Jueces
en su Tribunal sentados,
y ya van entrando todos;
ya esto vá de veras: alto,
andar, señoris, atrás,
á ellis dixi: ¿estan sentatus?
no piensen que esti es comedie,
hag anse adentris lis baucos:
mas ya estan todos presentes

ESCENA XIV.

Tocan cajas destempladas y sordinas, y descúbrese un tablado con un bufete de luto, y en él un relox y dos Jueces; y salen por las dos puertas la Duquesa con un velo negro en la cara, y sus damas de luto, y Alejandro vendados los ojos y las manos atadas, y Soldados.

Aurora.

¡Valed, Cielos Soberanos,
mi honor, sin culpa ofendido!

Nisea.

A hablar no acierto de llanto.

¡O falso y traidor Isidoro!
¿mas qué digo? aunque el candor
de mi esposa esté tan puro,
¿no pudo dar la intencion
de Alejandro causa al daño?
pues á averiguarlo voy
Cerrar quiero aquesta puerta,
y abrir la de su prision,
que divide el otro cuarto:
aqui dejo el corazon.
Hasta que te vea en mis brazos,
esposa querida, á Dios.
Esta la puerta ha de ser, (1)
y con mas seguridad
de poderme conocer,
podré saber la verdad,
porque aquí luz no ha de haber.

ESCENA X.

Decoracion de Prision.

Alejandro y Comino con cadenas.

Alejandro.

¿Comino, qué hemos de hacer?
yo no tengo mas ventura.

Comino.

¡Gran rigor!

Alejandro

Esto es poder.

Comino.

Pues te obliga á padecer,
no es poder, sino escritura:

---

(1) *Vase cerrando la puerta, y sale por otra.*

¡que muera asado un mancebo
como huevo!

Alejandro

Yo en la fragua
de mi llanto morir debo.

Comino.

Si eso es pasado por agua,
tambien es muerte de huevo.
¿Mas qué te parece á ti?
¿si esto llega á que él te queme,
harán lo mismo de mí?

Alejandro.

Temo, Comino, que sí.

Comino.

Lleve el diablo quien tal teme.

Alejandro

Tres males me dan dolor
mayor que muerte tan fea:
faltar el Duque á mi amor,
perder sin culpa el honor,
y no lograr á Nisea.

ESCENA XI.

Dichos y el Duque.

Duque.

¡Cielos, contra su lealtad
falso es cuanto el alma piensa!
apuraré la verdad,
que tanto como la ofensa,
siento el perder su amistad.
¿Alejandro?

Comino.

¡Ay, Santa Irene!

que al mundo dará ejemplo aquesta historia.

ESCENA XIII.

Sale Comino de borgoñon con alabarda.

Comino

Logar de aquí, fora dixi,
atras, señor, ande á un lado,
fora, que veni el sargento:
¡Dios mio, que bravo paso!
Ya que el plazo se ha cumplido
de sustentar en el campo
Lidoro su testimonio,
como son menester tantos,
para asegurar el puesto,
guardas de á pie y á caballo,
fingiéndome borgoñon,
plaza de guarda me han dado:
ya la Duquesa y sus damas
han salido de Palacio,
y por otra parte traen
al infelia Alejandro.
Lidoro por otra parte
tambien viene á sustentarlo,
y el Tribunal de los Jueces
está puesto en un tablado.
Mas, señores, el oficio
se me ha metido en los cascos
con tal fúria, que ya tengo
toda Borgoña en el bazo;
y me creen borgoñon,
porque en otra lengua hablando,
francés, flamenco, irlandés,
en diciendo estrinqui franco,
todo suena á borgoñon,

aunque sea en italiano.
Tanto me ha entrado la plaza,
que aquí en vacio me ensayo,
porque es gran gusto andar uno
sin peligro dando palos.
Llego á un corro, andad de aquí,
tened de ahí, seor soldado:
repórtese, no hay reportis:
atrás, lugar ¡ay mi brazo!
Señor, que es una preñada:
¿ qué importes que estés preñado?
vaya á parir al infierno.
Bravo vicio es ir cascando:
mas, tate, ya están los Jueces
en su Tribunal sentados,
y ya van entrando todos;
ya esto vá de veras: alto,
andar, señoris, atrás,
á ellis dixi: ¿estan sentatus?
no piensen que esti es comedie,
haganse adentris lis baucos:
mas ya estan todos presentes

ESCENA XIV.

Tocan cajas destempladas y serdinas, y descúbrese un tablado con un bufete de luto, y en él un relox y dos Jueces; y salen por las dos puertas la Duquesa con un velo negro en la cara, y sus damas de luto, y Alejandro vendados los ojos y las manos atadas, y Soldados.

Aurora.
¡Valed, Cielos Soberanos,
mi honor, sin culpa ofendido!
Nisea.
A hablar no acierto de llanto.

Alejandro

Bien vé mi inocencia el Cielo,
de el solo fio mi amparo.

Comino.

El corazon me traspasan
la Duquesa y Alejandro;
pero ya el falso Lidoro
suena á venir de allí abajo:
voy á despejar allá,
pues la ocasion ha llegado
de los mosqueteros, hoy
me he de vengar en el patio.
For de aqui, tened di allá,
miri qui discarguí il palo:
pleguete San, algun dia
habia de vengar mi agravio. **Cajas.**

ESCENA XV.

Tocan, y salen por el palenque Lidoro con una pica al hombro armado y sombrero con plumas negras. y delante tres Soldados, uno con una rodela, otro con una maza, otro con una hacha de armas, y bandas negras.

Lidoro

Senado ilustre de Atenas,
ya está Lidoro en el campo,
donde á mi riesgo defiendo
que fué alevoso Alejandro,
y que con él la Duquesa
manchó el lecho puro y casto
de su esposo y nuestro dueño,
y como leal vasallo,
armado de todas armas,
que al uso de la ley traigo,
lo sustento, porque luego
los dos muriendo abrasados,

quede con honor el Duque,
y con castigo el agravio.

Aurora

Por mí te responda el Cielo.

Alejandro

Mi inocencia aquí es mi lábio.

Comino.

Vive Dios, perro traidor,
que mientes como un borracho.

Juez

Este relox ha de ser
de las dos vidas el plazo.

Comino

Viejo de dos mil demonios,
que eres juez como Pilato,
deja el relox estar quedo,
y no le menees tanto:
plegue á Cristo que en la arena
se te atreviese un guijarro
como piedra de potroso.
¿Si habrá quien salga? tentado
estoy á no tener miedo
de pelear por mi amo. *Tocan.*
¿Mas qué clarines son estos?
un caballero bizarro
viene aquí.

ESCENA XVI.

Dichos, tocan cajas y clarines, y sale el Duque armado con espada, rodela y sombrero con plumas blancas.

Aurora.

¡Cielos, qué escucho!

Alejandro.

Del Cielo viene este amparo.

Duque.

Senado ilustre de Atenas,
yo por la Duquesa salgo
á defender que su honor
es mas puro que el Sol claro.

Lidoro

¡Válgame el Cielo! ¿quién eres?

Duque.

Aquí lo dirá mi brazo.

Comino

Vive Cristo que me huelgo,
salto y brinco: el Cielo Santo
te depare cuchilladas
de toro muerto.

Lidoro.

Temblando
estoy aquí: ¿qué armas quieres?

Duque.

Espada y rodela saco:
¿traidor, qué es lo que defiendes?

Lidoro.

Que al Duque, ciegos y osados,
y á su honor puro ofendieron
la Duquesa y Alejandro.

Duque

Pues yo defiendo que mientes;
toca ya á embestir

Comino.

Santiago.

Lidoro.

Deten el golpe cruel, (1)
que ya rendido á tu brazo,
pues que la vida he perdido,

(1) *Tocan, batallan, y cae Lidoro.*

el alma salvar aguardo.

Duque.

¿Qué es lo que dice?

Lidoro.

Que á todos,
al mundo, al Cielo declaro,
que esto ha sido testimonio,
que fingí, temiendo el daño
de un amor tambien aleve,
con que al Duque ofendí ingrato,
de quien perdon pido á todos.

Comino.

Anda con trescientos diablos.

Juez.

Viva la Duquesa.

Todos.

Viva.

Aurora.

¿Quién eres, jóven bizarro?

Alejandro.

¿Quién eres, caudillo heróico?

Duque.

El Defensor de su Agravio. (1)
Alejandro, amigo mio,
desde hoy mi Corona parto
contigo: tuya es Nisea,
y mi vida y mis Estados,
que ya tu lealtad he visto:
esposa, llega á mis brazos.

Aurora.

Ay, dulce esposo del alma.

Comino

Y con esto y otro tanto,

(1) *Descúbrese.*

y un victor para el ingénio ;
si os agrada aqueste caso,
tendrá aquí dichoso fin
el Defensor de su Agravio.

El Defensor de su Agravio.

Alejandro, acompañado de su criado Comino, refiere á este la amorosa pasion de que se halla poseido hácia Nisea, proponiéndose hablar en el mismo dia al Duque de Atenas para que le haga dueño de su mano; pero titubeando en esta determinacion al ver al Duque entregado á la tristeza en aquellos dias. Sale el Duque entre músicos que procuran aliviar sus pesares, y habiéndose presentado á él Alejandro, merece le haga aquel la confianza de manifestarle el desapego que siente para con su esposa Aurora, cuyo enlace le habia proporcionado el mismo Alejandro como primo de ella, engendrándose este desamor de haber visto las gracias de Nisea, dama de la Duquesa; concluyendo por pedirle, que pues Aurora ha empezado á concebir recelos de su nueva pasion, le ayude á deslumbrarla, fingiéndose él amante de Nisea; pero siendo un verdadero intérprete del amor de él. Disimulando Alejandro sus pesares, se dispone á tan estraño cuanto delicado encargo; Aurora por su parte comunica á Nisea é Irene la pena que le causa ver la frialdad del Duque, y la persuasion en que está de ser Nisea el objeto de su nueva aficion, á lo que esta le responde tranquilizándola, con declararla que Alejandro es su amante. Alejandro empieza á cumplir su comision, refiriendo á Nisea el amor del Duque, á quien no puede menos de ser fiel, y despidiéndose de ella; y despues de afearle esta semejante accion, le cita para hablarle aquella noche en el jardin de la Duquesa. Acude á él Lidoro, á quien Irene, criada de Nisea, habia propuesto fuese, para proporcionarle una entrevista con su ama, de la que se habia enamorado. Empieza Nisea á hablar con él suponiendo fuese Ale-

jandro, mas reconociéndole le despide airada: quiere él valerse de la violencia, y sobreviene la Duquesa, que le hace huir confuso. Alejandro le detiene, reprendiéndole su proceder; desafíanse, y llega en esto el Duque, que preguntando á Alejandro la causa de encontrarse allí, le responde este que era la de hablar con Nisea, mediante la comision que le tenia dada. El Duque temeroso de dar recelos á Aurora, los manda retirarse.

Lidoro se propone tomar venganza de la Duquesa y de Alejandro, y estando en conferencia con el Duque, le dice este como al salir de la Audiencia le habia entregado un hombre, con todas las trazas de turbado, un memorial, y se lo entrega para que se haga cargo de él Lidoro, que es el que ha urdido esta intriga; se hace el ignorante, pondera el riesgo de que avisan al Duque en el memorial, y le declara que aquel de quien le previenen en el memorial que no se fie, es Alejandro, á quien la Duquesa favorece. Sale Aurora acompañada de Nisea, y ya mas contenta por el cariño que su esposo la manifiesta. El Duque que contempla su gallardía, casi se avergüenza de haberse prendado de otra, y se hablan ambos cariñosamente. No obstante, el Duque lleno de recelos contra Alejandro, le manifiesta como en confianza haber recibido el memorial de que se ha hablado; dale á entender que se ha enfriado en su pasion por Nisea, y por último le despide diciéndole, que hace mucho tiempo que le cansa. Consuélase sin embargo Alejandro de su caida de la privanza, con la seguridad del amor de su dama; sale la Duquesa, asechada por su esposo, que vé los sentimientos que hace al oir de boca de Alejandro la caida de su privanza, todo lo cual lo interpreta siniestramente el Duque, y al contrario, Alejandro lo entiende de que Aurora quiere

favorecer su amor con Nisea, al prometerle que le facilitará la entrada en el jardin. Persuadido el Duque á que su esposa es la que ha citado á Alejandro al jardin, llama á Lidoro, quien fomenta mas y mas sus sospechas, y ambos le aguardan á la hora convenida. Alejandro habla con el Duque creyendo dirijir la palabra á Comino; persuádese mas el Duque de su deslealtad; descúbrese, saca la espada Alejandro, protestando que es solo por defenderse, y que huye para no ofender á su señor; los de la comitiva de este le persiguen, y por mandado del Duque le conduce Lidoro preso á una torre, aunque protesta su inocencia.

Comino muy desandrajado, se dirije á ver á Irene criada de Nisea, y esta le cuenta que segun la ley del Senado de Atenas contra el adulterio, ha dispuesto el Duque, que estando acusada de este delito su esposa, y señalados por jueces dos de los mas ancianos, sea quemada al dia siguiente juntamente con Alejandro: en vista de todo lo cual, Comino pasa al cuarto de Nisea á suplicarla interceda con el Duque en favor de su amo. Esta se echa á sus piés, esponiéndole la integridad de la conducta de Alejandro, el sacrificio que desde luego hizo de su amor por el Duque, la pasion que Lidoro habia concebido por ella, y que le había inducido á vengarse de Alejandro, y la virtud de la Duquesa. Para acabar de satisfacerse, el Duque que tiene la llave de la estancia de Aurora, se introduce en ella, y apagando la luz la propone sacarla de aquel peligro; á lo que ella se resiste dando muestras de no sentir la pérdida de la vida, sino la de su honor en opinion de su engañado esposo. Practica igual estratagema en la prision de Alejandro, en quien encuentra la misma heróica firmeza; pero aunque se convence de la inocencia de entrambos, tiene que sujetarse á las formalidades de la ley, tes

meroso de que un perdon de su parte aparezca como una debilidad y deje sospechosa su opinion Ejecútanse estas con todo rigor, descubriéndose en un tablado un bufete, y sentados á él los dos jueces ante los cuales comparece la Duquesa y Alejandro, y despues aparece Lidoro, como mantenedor de la acusacion, pronto á sostener el supuesto delito de Aurora Antes de concluirse el término de tiempo dado, sale un caballero armado, que se ofrece á defender la inocencia de la Duquesa Combaten, y vencido Lidoro declara su calumnia, y pide perdon al Duque, que es el incógnito campeon que le ha rendido.

Para admirar los primores que no escasean en esta pieza, es necesario prescindir desde luego de ciertas incoherencias, como la de haber Duques y coches en Aténas y otras semejantes inverosimilitudes, de que no hacian alto nuestros mejores ingenios antiguos.; atendiendo solamente á la facilidad portentosa que tenian de apoderarse del primer asunto que les caia á la mano, concebir sobre él un plan desempeñarle en seguida, y sembrar en él las ideas graciosas ó doctrinales, en que abundaban Esta pieza tiene un fondo heróico, fijado por las ideas caballerescas. La de la fidelidad de un vasallo para con su señor, hasta el punto de cooperar á sus pasiones amorosas, aun siendo con el objeto de sus mismos obsequios no es nueva: pues ya se ha visto presentada en la Comedia de *Amigo Amante y Leal* de esta misma coleccion; pero está bien desempeñada en la presente El protagonista verdadero que es el Duque, se hace interesante al espectador, porque su carácter es naturalmente bondadoso, y quiere á su esposa en todas circunstancias: ya sea cuando la lozania de la edad le arrastra á nuevos amores, ya cuando exasperado

por sus celos, no puede desentenderse de la ternura convugal; y ya, en fin, cuando deseoso de conciliar su honor con el intimo convencimiento de la virtud de Aurora, se arma en su defensa. Estos rasgos le constituyen un personage bueno, y un modelo en costumbres digno de imitarse El caracter mejor dibujado despues de este es el de la Duquesa: siguese el de Alejandro y Nisea, formando la sombra de este grupo el alevoso y cruel de Lidoro Moreto no oculta en esta composicion lo grave y conceptuoso de sus pensamientos, sin recargar demasiado las sutilesas metafisicas y los hipérboles raros de que en su tiempo se hacia gala; y por otra parte la versificacion es generalmente fluida, y las máximas morales diseminadas con el chíste y los gracejos, de que era como una ley rigorosa no prescindir en nuestro antiguo teatro.

Es muy ingeniosa la descripcion del poder de la hambre que hace Comino y empieza.

Quien su maña no apercibe
para comer lo que quiere.

En la primera relacion del Duque son notables las comparaciones de la piedra, cuya caida puede detenerse facilmente al principio; y la del bagel que por escapar de una borrasca da en un puerto enemigo.

La delicadeza de sentimientos en un amante que recuerda sus pasadas satisfaciones, respira todo el encanto de la poesía lírica en el soliloquio del Duque cuando esclama:

De este jardin las olorosas flores,
cuando á mi esposa en dulce paz lograba,
testigos fueron de la dicha mia:

con las dulces estancias que siguen hasta el verso 46.

Y aunque esto advierto y conozco,

Aunque algo recargado, es exacto el cuadro de las dudas con que fluctua el Duque acerca de la inocencia ó la culpa de Aurora en la relacion que principia:

Todo mi valor me valga,

en la que sobresale la consecuencia de lo dificil que es juzgar las intenciones de los otros.

¡O confusiones humanas!
¡ó dudosos laberintos!
¿Quién es tan ciego que piensa
comprender en su juicio
las intenciones agenas,
los secretos escondidos
de los pechos de los otros?

Tambien es de igual mérito al del solíloquio dicho el segundo del Duque por el mismo estilo;

Como el que espera el golpe de la muerte
ya oida la sentencia.

La copla de *Ven muerte tan escondida*, y la glosa que hace el Duque de ella en cuatro decimas, prueban la facilidad y dulzura de Moreto en esta clase de composiciones, tan de boga en aquellos tiempos, como lo atestigua la multitud que se encuentran asi en las piezas dramáticas, como en las colecciones de poesias sueltas antiguas.

EL LICENCIADO
VIDRIERA.

PERSONAS.

Carlos, Estudiante galan.
Gerundio, Gracioso.
Pompeyo, Viejo, padre de
Laura, Dama.
Celia, Criada.
El Duque de Urbino.
Lisardo.
…sandra, Dama.
…co.

La Escena es en la ciudad de Urbino.

ESCENA PRIMERA.

Sala en Casa del Duque.

Salen Carlos y Gerundio de estudiantes.

Dentro.
Nuestro Duque viva, viva.
Carlos.
Mil siglos goce el Estado.
Gerundio.
Carlos, señor, ¿qué cuidado
en esta pompa festiva
aumenta las esperanzas
en tu miserable estrella,
pues nunca has sacado de ella
mas que riesgos y mudanzas?
Carlos
Gerundio, amigo, si el Cielo
no me niega su favor,
hoy tendrá premio y honor
mi justo y noble desvelo:
de mis estúdios espero,
pues que tan continuos han sido,
ver el logro merecido.
Gerundio
¿Qué logro, ni que logrero?
¿tu estrella á tí ha de premiarte?
Si premios lloviera aquí,
no se viniera uno á tí,
sino es á descalabrarte:
¿no sabes tu mala suerte
y tus ciegas esperanzas,

pues cuantos bienes alcanzas
en sapos te los convierte?
¿Pues qué espera tu locura?
¿tú premios? ¿tú ser dichoso?
aunque nacieras potroso,
jamás tuvieras ventura
¿No sabes que te ha seguido
desde niño en tu partida?
pues dame un lance en tu vida
que de ventura haya sido.
Si en el amor ha de ser,
no hay fregona ni gallega,
que para tí no esté ciega;
porque no te pueden ver:
y si en tu pobreza vá,
hacen bien, que al pretendellas,
¿qué ha de darseles á ellas
de quien nada se les dá?
Y este crédito maldito
nos tiene para sus yerros,
tan señalados por perros,
que me suelen llamar cito.
Con que nunca hemos podido,
sino á oscuras y callando,
enamorar, porque hablando,
nos conocen el ladrido.
Esto es de amor; y si quiero
en el juego reparar,
en plantándote á jugar,
tienes perdido el dinero,
que siempre tu suerte trajo
debajo el naipe, se nota:
mas si tu suerte es de sota,
siempre irás por el atajo.
Si al hombre juegas, no hay moros

que te sufran sin malilla:
brujuleando la espadilla;
siempre te viene el tres de oros.
Paciencia y dinero apuras;
y si á otro juego te metes,
á los cientos te dán sietes,
y á la primera, figuras.
Yo de tu suerte soy lince:
mas lo que mé dió mas queja,
fué ver que un dia una vieja
te ganó jugando al quince.
Pues si amor y juego te echa
de su reino desterrado,
¿qué espera el que es desdichado,
con trocada y con derecha?
Pretender (tiemblo al decirlo)
luz del Sol no consiguieras,
y si pretension lo hicieras,
no te diera un tabardillo.
Si el dinero á gastar vienes
un real por medio te sale,
lo que tienes no te vale,
¿pues qué hará lo que no tienes?
En todo es tu suerte manca,
y porque vea tu porfia
cual es tu desdicha, un dia
amanecimos sin blanca;
y estando la panza tierna,
salimos de casa, y luego
tropezaste en un talego,
que te quebrantó una pierna,
Llegó á tu voz lastimada
un hombre, el talego alzó,
y el dinero se llevó,
y tú la pierna quebrada.

Pues si aqueste es tu destino,
¿con qué esperanza, señor,
te trae á Urbino el amor?
¿á qué venimos á Urbino,
cuando Bolonia y su escuela
te llama luz de las leyes,
allí dás envidia á Reyes,
y asco aquí á cualquier mozuela?
¿allí á juventud bizarra
á leer la cátedra vienes
de prima, y aquí no tienes
prima para una guitarra?
¿allí mil victorias dejas,
y aquí ignoran si hay tal hombre,
y hay mas almagre en tu nombre,
que en un rebaño de ovejas?
Pues vuélvete y deja amores,
que mas quiero yo, como antes,
ser Gerundio entre estudiantes,
que supino entre señores.

Carlos.

Gerundio, mi mala estrella
no la puedo yo ignorar;
pero no quiero dejar
nada que deberle á ella.
Lo que me puede traer
es pretension bien fundada,
y por mal solicitada,
no la he de dejar perder;
mas referírtela intento,
porque lo conozcas della.

Gerundio

Rabiando estoy por sabella,
dila por Dios.

— *Carlos.*

Oye atento:
ya sabes, que grato el Cielo,
me dió en Urbino mi patria,
alto y claro nacimiento,
sangre ilustre y pobre casa;
Crieme en esta ciudad
sin padres, que de la Parca
cortó el impensado hilo
sus alientos en mi infancia.
Però siendo mi familia
la mas noble y dilatada
de Urbino, y yo su cabeza,
por el decoro de tantas
me socorrian mis deudos,
para que no me criara
sin la decencia debida
al respeto de mi casa:
enfrente de mí vivia
el felíz padre de Laura,
Pompeyo, ese noble anciano,
á quien el Senado encarga
del gobiérno de este Estado,
por su prudencia y sus canas,
su discrecion y su sangre,
la justicia y la templanza.
Desde un balcon de la mia
via todas las mañanas
de Laura en los bellos ojos
mejorar luces el Alba
Desde que á la noche el Sol
me faltaba en sus ventanas,
el suyo, claro es, que el otro
no me pudiera hacer falta.
Estaba yo entretenido

con tan dichosa esperanza
en las mias, hasta ver
que haciendo mi amor la salva,
volvia á salir su Aurora,
pues de aplausos coronada,
no menos que cuando al prado
sale derramando nácar
de su rosado esplendor,
donde con lenguas harpadas
los peinados gilguerillos
cantando en las copas altas,
le reciben esparciendo
los matices de sus alas:
mi amor, al ver que salia
formando en las verdes ramas
de su alta esperanza el coro,
hacía por saludarla
pajarillos los deseos,
que de las colores varias
de afectos y de finezas,
matizados por mas gala,
prevenian su salida
diciendo sus consonancias:
flores, que ya viene el dia;
fuentes, que se acerca el Alba;
campos, que el Sol se descubre,
montes, que amanece Laura.
Porque mi amor entendiese
miré, y mirando callaba,
que á veces callan los ojos
y múdamente habla el alma;
que es retórica de amor
para esplicarse quien ama,
tener la lengua en los ojos
y el silencio en las palabras.

No fué el mio mal oido,
que en el papel de su cara
ví muchas veces escrita
una alegria al mirarla,
que decia: Ya te entiendo;
y pues me alegro, eso basta
para aviso de tu duda;
que como el silencio hablaba,
usó de la misma frase
con que la hablaron mis ánsias,
por responderme discreta
con modestia y elegancia.
Fueronse dando licencia
á los afectos el alma,
los afectos al semblante,
y el semblante á las palabras.
Ellas al concierto alegre
de unir nuestras esperanzas
en la posesion dichosa
que almas y vidas enlaza:
para lograrla me dijo
que diese mi industria traza
con que Pompeyo su padre
lo supiese, á quien es tanta
su obediencia, que sin ella
no quiere ni vive Laura.
Busqué los medios posibles,
supo Pompeyo mis ánsias,
y con cordura y decoro
me respondió: Yo lograra,
Carlos, con vuestra persona
sucesion digna á mi casa;
mas en la joya de amor
tiene hoy dia parte tanta
el caudal y la riqueza,

que si no es en quien la tasa,
la piedra que la guarnece
es el oro que la esmalta.
Vos sois muy noble y muy pobre,
mi hacienda es solo mi fama,
dos noblezas sin hacienda
se hacen menores entrambas:
vuestra edad, aunque es muy tierna,
la de mi hija aun no la iguala;
en el término que dá
la obligacion de casarla;
caber puede el mejorar
vos de fortuna, intentadla,
que yo la palabra os doy
de esperar hasta que salga
de lo preciso este plazo;
sin que en él haya mudanza,
hasta ver si es vuestra suerte,
si no liberal, no avara,
dandoos para no ser pobre,
que en vuestra sangre esto basta:
Noble sois, y yo os estimo,
vuestra obligacion os llama:
á Dios, pues, que vuestras obras
han de cumplir mi palabra.
Quedé alentado y corrido
por su atencion cortesana,
corrido de mi pobreza
y alentado á la esperanza.
Dije entre mi, la riqueza
se adquiere por letras y armas;
de armas entonces no habia
empresa digna en Italia:
las letras en cualquier tiempo
el que las busca las halla,

y yó á buscarlas resuelto
partí á Bolonia en las alas
de mi amor, donde juntando,
para lograr mi esperanza,
las ánsias de mi deseo,
abrevié el plazo á mi fama,
pues hizo mi suficiencia
á la licencia ordinaria
suplir términos precisos,
dándome con honras tantas
como viste, graduado
la cátedra, donde hoy gana
tantos aplausos mi nombre:
providencia de amor rara,
saber tan presto á las leyes
las dificultades altas.
Mas no te admires sabiendo
que las aprendí por Laura,
porque era ley de mi amor
saberlas para alcanzarla;
y para aprender las otras
puse esta ley en el alma.
Hasta aquí nada te he dicho
de lo que trae mi esperanza;
pues oye, que aunque no es esto
funda su logro esta basa:
Por muerte del Duque Julio
quedó Urbino, nuestra patria,
sin sucesor, y el derecho
dudoso por esta causa.
Entre tres sobrinos suyos,
uno el Duque que hoy aclama,
otro el Marques Federico
de la Robere, y Casandra,
prima hermana de los dos.

y al querer tomar las armas
pretendiendo cada uno
la Corona, los ataja
el Senado, proponiendo
al Pontífice la causa;
donde á razon reducida,
cada cual pensó lograrla,
alegando sus derechos
con informaciones varias.
Yo, viendo que en esta ocasion
alentaba mi esperanza,
por eleccion ó destino
quise fomentar la causa
del Duque, que guarde el Cielo,
y intenté con dicha tanta
esta empresa, que escribiendo
una informacion, se allana
su derecho de tal suerte,
que las tres sentencias saca
conformes con que en Urbino
por sucesor le declaran.
Alzó por el el Senado
el estandarte á su usanza;
y él, obligado de amor
de la divina Casandra,
con la mano la Corona
la ofreció, y por obligarla,
la que perdió pretendida,
la quiso dar voluntaria
Mas ella que aborrecia
su nombre, salió á campaña,
y apeló de la sentencia
al tribunal de las armas.
Con el Marques Federico
viene atrevida, y bizarra,

á quien dá, si vence el Duque,
prometidas esperanzas.
Y hoy, que su gente se acerca
á vista de las murallas,
el Senado previniendo
otro ejército, que saca
en defensa de su dueño,
la profesion deseada
del Estado le apercibe;
esto es cuanto hasta aqui pasa.
Y para que sepas como
vienen cosas tan estrañas
á convenir en el logro
de mi feliz esperanza,
por mí el Duque se corona:
Pompeyo, padre de Laura,
es quien las llaves le entrega:
si él cumple con deuda tanta,
bien merece mi fineza
lo que á mi dicha le falta.
Al Duque tengo obligado,
bien agradecida Laura,
merecido un noble premio,
y empeñado en su palabra
á Pompeyo; y mi fortuna
presente á todo se halla:
no sé si podré vencella;
mas si su poder me arrastra,
si mi estrella me oscurece,
si mi destino me ultraja,
y la ingratitud me ofende,
consolará en mi desgracia
la gloria de merecerla,
al dolor de no alcanzarla,

Gerundio.

Tú tienes mucha justicia;
¿pero señor, esa dama
sabes tú si corre mucho?

Carlos.

¿Para qué?

Gerundio.

Respondle y calla;

Carlos.

Correrá como muger.

Gerundio.

¿Pues qué vá que no la alcanzas?

Carlos.

¿Por qué?

Gerundio.

Porque son ligeras
las mugeres, y alcanzarlas
por ligeras no es posible,
sino esperas si se cansan.

Carlos.

¡Qué necedad!

Gerundio.

¿No habla deste
lex de muliere violata?

Carlos.

¿Pues qué dice aquesa ley?

Gerundio.

Que las mugeres violadas
son como los lamedores,
buenas para las mañanas.

Carlos.

Deja ahora esas locuras.

Gerundio.

Si tú consiguieres nada,
me lleven dos mil demonios:

conozco yo tu desgracia
mejor, que si la pariera.

Carlos.

Gerundio, el amor me valga:
si pierdo lo que merezco,
¿de quién, Gerundio, es la causa?

Gerundio.

No tienes que gerundear,
porque tu pobreza es tanta,
que has de perderla por ella;
y un testo te lo declara:
maior homo non viator.

Carlos.

¿Qué dices, nécio? ¿qué hablas

Gerundio.

Que el que vá sin mayordomo
no come buena vianda;
y esto lo trae Parlador,
que es el autor de mas fama
en locutorios de monjas.

Carlos.

Ya el Duque ha llegado, calla,
y ya el militar aplauso
le hace en Palacio la salva.

ESCENA II.

Dichos, y sale acompañamiento, el Duque, Laura Celia, Damas, y Pompeyo con una fuente, y en ella unas llaves.

Dentro.

Viva nuestro Duque, viva.

Duque.

Logre el Cielo la esperanza,
vasallos, de ser mas padre,

que dueño, entre glorias tantas.

Pompeyo.

Vuestra Alteza, gran señor,
reciba de quien las guarda
las llaves de la Ciudad,
que yo della y deste Alcázar
Alcaide, se las entrego,
para que esta merced haga
á quien su eleccion abone.

Duque.

De vuestras leales canas
las recibo, y á las mismas
se las vuelvo, con la gracia
del título que han tenido.

Pompeyo.

Beso tus heróicas plantas.

Laura

Yo, señor, por el honor,
que hoy de vos mi padre alcanza,
pongo á vuestros pies mi lábio.

Duque.

Levantad, hermosa Laura:
nunca es cabal la fortuna,
que acompañase Casandra
mi triunfo, creyó mi amor
mas cuando yo la esperaba
en mi Palacio por dueño,
en el campo me amenaza.

Laura

La ingratitud, gran señor,
dá en el delito venganza.

Carlos

Gerundio, ahora es buen tiempo.

Gerundio.

Pues gerundiale, ¿qué aguardas?

¿quieres esperar aquí,
que él te gerundie la dama?

Carlos.

Dadme, señor, vuestra mano.

Gerundio.

Y dadme á mi vuestra pata.

Duque.

¿Quién sois?

Carlos.

Quien en esta dicha
llega á tener parte tanta,
que ha conseguido por ella
mayor renombre á su fama:
Carlos soy.

Gerundio.

Y yo Gerundio.

Duque.

Llega á mis brazos, levanta,
Carlos.

Laura.

¡Cielos, qué ventura!
¿Carlos es? Amor te haga
capáz de hacerme dichosa.

Pompeyo.

Carlos es, justa esperanza
le trae; si su suerte medra,
yo cumpliré mi palabra.

Duque.

Bien dices, Carlos, que tienes
parte en mi fortuna, y tanta,
que á tu sutil pluma debo
la posesion de este Alcázar.

Gerundio.

Y á mi tambien se me debe
parte desto, y no muy mala.

Duque.

¿Qué es la que se os debe á vos?

Gerundio.

No está la cuenta ajustada,
mas altá tengo una prenda,
que mientras mi amo estaba
la informacion escribiendo,
á mi, señor, me fiaban
lo que mi amo comia
en un figon junto á casa.

Duque.

Razon es pagarlo todo.

Carlos.

Calla, loco.

Gerundio.

¿Cómo calla?
que hay solo cincuenta reales.

Duque.

¿De qué?

Gerundio.

De callos de baca.

Duque.

Pagaráse.

Gerundio.

Si señor,
que tengo allá una sotana,
y esto lo manda la ley,
párrafo cuarto.

Duque.

¿Qué manda?

Gerundio.

Que se le paguen á cuarto
los espárragos que daba.

Duque.

Carlos, la deuda confieso,

y ahora puedo pagarla;
ved en qué poneis los ojos
de cuanto mi Estado alcanza,
que yo.... ¿mas qué estruendo es este? (1)

ESCENA III.

Dichos, y sale Lisardo.

Lisardo.

Señor, la hermosa Casandra,
con el marqués Federico,
á tiro de la muralla
de Urbino, ha puesto su gente;
y el intento que los llama,
sin duda es tomar el fuerte
de la colina mas alta,
para batir la Ciudad.
Preciso es, señor, que salgas
á desvanecer su intento,
siendo tanta la importancia.

Duque.

Lisardo, al punto salgamos,
que hoy quedará castigada
la osadía del Marqués,
y el desprecio de Casandra.
Vén tú á mi lado, pues eres
de quien fio la batalla,
y á quien debo mi fortuna;
toca al arma.

Lisardo.

Toca al arma.

(1) *Suenan cajas.*

ESCENA IV.

Dichos menos el Duque y Lisardo.

Gerundio.

Vés aquí tu mala estrella,
que porque en darte pensaba
el Duque, al arma tocaron;
maldita sea su arma.

Pompeyo.

Seguir al Duque es preciso,
aunque me escusen mis canas.

Carlos.

Ah señor Pompeyo.

Pompeyo.

Carlos,
¿qué decis?

Carlos.

Mis esperanzas,
ya, señor, para con vos
deben estar olvidadas.

Pompeyo.

Carlos, á seguir al Duque
aquí la ocasion me llama.
Vos habeis hecho por vos
cuanto un noble pecho alcanza;
ya el mérito está adquirido,
mas sin fortuna no basta;
y pues se vé vuestra suerte
tan cerca ya de lograrla,
seguidla, que aquí estoy yo
para cumplir mi palabra;
mas advertid, que ya el plazo,
que os dí, mucho se dilata,
y que es preciso que yo
trate de casar á Laura.

ESCENA V.

Carlos, Gerundio, Laura, y Celia.

Gerundio.

Y el viejo tiene razon,
que ya de sazon se pasa,
y las doncellas maduras
se caen siempre de la rama.

Carlos.

¿Tambien, señora, mi amor
está de vos olvidado?

Laura

Carlos, si ese es tu temor,
mal debes de haber mirado
mi alegria y mi dolor;
mi alegria el verte aquí;
mi dolor, Carlos, al verte;
¡que á tus méritos por mí
les niegues el premio la suerte
para apartarme de tí!
poder es de estrellas, y ellas
causan, Carlos, mis enojos.

Carlos.

Pues siendo luces mas bellas,
¿cómo vuestros bellos ojos
dán poder á otras estrellas?
Hoy á las vuestras apelo:
si ellas niegan mi ventura,
no logren pues su desvelo,
que pierde vuestra hermosura
todo el crédito de cielo.
Si él es conmigo cruel,
si de mí estais obligada,
si mi amor fué siempre fiel,

mi dicha os tiene empeñada,
por mí, por vos y por él.
Por vos mi patria dejé,
por vos amigos perdí,
por vos méritos busqué,
por vos, señora, estudié,
y por vos los adquirí.
Por vos me arriesgué á un olvido;
por vos dí á mi amor enojos,
por vos de vos me despiao,
por vos desvelé el sentido,
y negué el sueño á los ojos;
pero nada llega á ser
de tanto empeño en los dos,
cuando os pretendo mover,
como el privarme de vos
por poderos merecer.

Gerundio.

Y por vos la mi señora
fuimos gatos de una guarda;
y ratones á deshora,
y aquí venimos ahora
por vos, Francesa gallarda.
Por vos á loba, y manteo
condenamos nuestras casas,
y á una hambre infusa el deseo,
y cenamos pan, y pasas
mas de tres años arreo.
Por vos tras viles mozuelas
andabamos todo el dia,
y nos mandaban las muelas
salir á rondar cazuelas
en una pastelería
Por vos todo era comer
mil porquerías estrañas,

y andar al anochecer
pensando en como correr
un tostador de castañas.
Y por vos nuestros regalos
eran lo que vá á las cubas,
y mas de mil veces malos,
porque por ir á hurtar ubas,
nos derrengaban á palos.
Por vos hemos padecido
sarna cinco años, sin que haya
de comernos desistido;
mas si asi os servimos, vaya
lo comido por servido.
Tratadnos, pues, de premiar,
que si en amor este dia
no nos quereis graduar,
nos irémos á probar
los cursos á Alejandria.

Laura.

¿Carlos, si por mi has pasado
todo lo que has referido,
qué hará quien por ver logrado
tu amor, te lo ha permitido,
siendo el suyo tu cuidado?
A tí, solo por vencella,
de mi te ausentó tu suerte,
y yo me quedé con ella
en el temor de perderte
por tu mudanza, ó tu estrella.
Por ti tu ausencia lloré,
por ti tu vista perdi,
por ti sin alma quedé,
por ti contigo se fué,
porque quedase sin mi.
Mas nada se ha de igualar,

que dueño, entre glorias tantas,

Pompeyo.

Vuestra Alteza, gran señor,
reciba de quien las guarda
las llaves de la Ciudad,
que yo della y deste Alcázar
Alcaide, se las entrego,
para que esta merced haga
á quien su eleccion abone.

Duque.

De vuestras leales canas
las recibo, y á las mismas
se las vuelvo, con la gracia
del título que han tenido.

Pompeyo.

Beso tus heróicas plantas.

Laura

Yo, señor, por el honor,
que hoy de vos mi padre alcanza,
pongo á vuestros pies mi lábio.

Duque.

Levantad, hermosa Laura;
nunca es cabal la fortuna,
que acompañase Casandra
mi triunfo, creyó mi amor
mas cuando yo la esperaba
en mi Palacio por dueño,
en el campo me amenaza.

Laura

La ingratitud, gran señor,
dá en el delito venganza.

Carlos

Gerundio, ahora es buen tiempo.

Gerundio.

Pues gerúndiale, ¿qué aguardas?

¿quieres esperar aquí,
que él te gerundie la dama?

Carlos.

Dadme, señor, vuestra mano.

Gerundio.

Y dadme á mí vuestra pata.

Duque.

¿Quién sois?

Carlos.

Quien en esta dicha
llega á tener parte tanta,
que ha conseguido por ella
mayor renombre á su fama:
Carlos soy.

Gerundio.

Y yo Gerundio.

Duque.

Llega á mis brazos, levanta,
Carlos.

Laura.

¡Cielos, qué ventura!
¿Carlos es? Amor te haga
capáz de hacerme dichosa.

Pompeyo.

Carlos es, justa esperanza
le trae; si su suerte medra,
yo cumpliré mi palabra.

Duque.

Bien dices, Carlos, que tienes
parte en mi fortuna, y tanta,
que á tu sutil pluma debo
la posesion de este Alcázar.

Gerundio.

Y á mí tambien se me debe
parte desto, y no muy mala.

sabiendo tu mi nobleza,
con permitirte ausentar,
para que hicieses fineza,
que no te puedo negar.

Carlos.

¿Cómo no puedes, señora?

Laura.

Soy á mi padre obediente.

Carlos.

¿El no la asegura ahora?

Laura.

De tu suerte está pendiente.

Carlos.

¿Y si el Cielo la mejora?

Laura.

Hará feliz mi deseo.

Carlos.

¿Y si fuese desdichado?

Laura.

Tambien lo fuera mi empleo.

Carlos

¿No hay valor desesperado?

Laura.

Contra el honor no le veo.

Carlos.

¿Pues lo que yo merecí?

Laura.

Eso será mi dolor

Carlos.

¿Y no ha de obligarte á ti?

Laura.

A penar callando, si.

Carlos.

¿No á un despecho?

Laura.

No señor.

Carlos.

¿Eso es amor?

Laura.

Y honor es.

Carlos.

¿Pues cual es mas?

Laura.

Mi atencion.

Carlos.

Menos fué mi amor.

Laura.

Fué despues.

Carlos.

¿De quién?

Laura.

Del noble interés
de un heredado blason,
Carlos, procura obligar
á mi padre, que aunque lloro
tu fineza, y mi pesar,
mi amor no puede pasar
la línea de mi decoro.
Vete, pues, y tu fineza
lograr su mérito intente,
que el amor en mi entereza,
aunque es mucho, es accidente,
y el honor naturaleza.
Y no dudes, que merece
tu amor, que mi pecho anima
mucho mas que te parece;
mas es mi amor quien te estima,
y mi honor quien te obedece. *Vase.*

Gerundio.

Ah señora Celia.

Celia.

¿ Qué ?

Gerundio

¿ No quiere escucharme ?

Celia.

Si.

Gerundio.

¿ Sabe que la quiero ?

Celia.

Sé.

Gerundio.

Pues he de decirla....

Celia.

Dí.

Gerundio.

Que traigo aqui dentro...

Celia.

Dé.

Gerundio.

¿ No hablas mas palabra ?

Celia.

No.

Gerundio.

¿ Mas qué te la saco ?

Celia.

I.

Gerundio.

¿ Quién eso te enseña ?

Celia.

Yo.

Gerundio.

¿ Te olvidaste de mi ?

Celia.

Yá.

Gerundio.

Pues sacudiréte.

Celsa.

Sí.

Gerundio.

Espera, picara, espera,
que de ese pecho el escollo,
en que se alverga una fiera,
he de ablandarte siquiera.

Celia.

Gerundio, nupcias al rollo. *Vase.*

Gerundio.

Bien hemos quedado, si;
¿ quién tuvo la culpa ? tú;
pues yo sé el remedio : dí;
¿ viste tu fortuna ? ví;
¿ pues qué la dirémos ? mú.

ESCENA VI.

Carlos, Gerundio y sale Lisardo.

Lisardo.

¿ Carlos ?

Carlos.

¡ O Lisardo amigo !

Lisardo.

Cuando al Duque llegué á hablar,
aquí os ví, y vuelvo á lograr
la ventura que consigo
en veros, aunque faltando
á su asistencia : ¿ qué ha sido
la causa de haber venido ?

Carlos.

Vos os venis obligando
con públicar la amistad,
que en vuestra nobleza tengo,
pues hoy á valerme vengo
de vos en mi adversidad.

Lisardo:

¿Qué decis? ¿pues no sabeis,
que por vos vivo me veo,
que la hacienda que poseo
asegurado me habeis?
¿Qué desde niños, tras esto,
juntos nos hemos criado?
decid pues, vuestro cuidado,
que á todo teneis dispuesto
cuanto valgo, y cuanto soy.

Carlos.

Lisardo, yo os hago dueño
de mi vida, y de mi empeño,
y el que tengo, y en que estoy,
es una dama por quien
salí á revocar mi estrella:
cuanto estudié fué por ella,
porque algun premio me dén
con que enmiende mi destino.
Ya sabeis cuan pobre estoy,
y que por mi el Duque hoy
se ha coronado en Urbino,
y por mi mucha pobreza
su padre no me la dá;
vuestra intercesion hará,
que me dé el premio su Alteza,
que mereció mi desvelo,
y con que he de merecella.

Lisardo.

¿Qué decis? ¿dama hay tan bella,
que os cuesta ese desconsuelo?
no me atrevo á preguntaros
quien es dama tan dichosa.

Carlos.

Ni yo á recataros cosa,
pues por vos la he de lograr;
la que mi vida restaura
es Laura.

Lisardo.

¡Cielos, qué oi!
¿Laura no dijisteis?

Carlos.

Si.

Lisardo.

¿La hija de Pompeyo?

Gerundio.

Laura,
que aunque el Cielo Lauras eche,
serán con esta un engrudo;
que es Laura, y laurel ser pudo
en un barril de escabeche.

Lisardo.

¿Cuando yo espero su mano,
tanto á Carlos empeño?
¿mas nó soy primero yo?

Carlos.

¿De qué os suspendeis?

Lisardo.

No en vano,
porque vuestro pensamiento
me ha dado mucho cuidado.
Sin duda haber dilatado ap.
Pompeyo mi casamiento,

es por eso ; (mas yo haré,
si el premio que solicita
es quien la dicha me quita)
que el Duque no se le dé.
Ingratitud es ; debiendo
á Carlos vida, y honor ;
pero primero es mi amor.

Carlos.

¿Qué decis ? que no os entiendo.

Lisardo.

Mejor es disimular. *ap.*
Carlos, falta haciendo estoy
al Duque, á seguirle voy ;
despues me podeis buscar.

ESCENA VII.

Carlos y Gerundio.

Carlos.

Gerundio amigo.

Gerundio.

Señor.

Carlos.

Todo me sucede mal
cuanto intento.

Gerundio.

¿Mal ? no tal.

Carlos.

¿Por qué ?

Gerundio.

No es sino peor ;
darle de tu dama aviso
no fué acuerdo muy gallardo.

Carlos.

¿Por qué ?

Gerundio.

Porque este Lisardo
no me parece muy liso.

Carlos

Amigo ¿no he de deber
por lograrla, cosa alguna
al favor de mi fortuna?
yo me la he de merecer,
aunque allí quedar presuma;
á campaña salir quiero,
y acreditar con mi acero
los méritos de mi pluma.

Gerundio

Domine, si vado tecum,
y ad praeliandum ha de ser.

Carlos.

¿Qué es lo que quieres hacer?

Gerundio.

Vender este vade mecum.

Carlos.

¿Para qué?

Gerundio

Tu juicio es corto,
por comprar por si ó por no
una mochila, que yo
omnia mea mecum porto.

Carlos.

Ven, pues, Gerundio, y salgamos
á campaña hoy, si podemos.

Gerundio.

Vamos pues, y campañemos
cuanto campañar podámos.

Carlos.

Amor ingrato.

Gerundio.

Amor romo.

Carlos.

Por tí á morir voy sin duda.

Gerundio.

Si nos echan una ayuda
con girapliega de plomo.

Carlos.

A Dios pues, bello cuidado,
que aplausos tuyos son estos.

Gerundio.

A Dios, párrafos y textos,
que de ellos voy atestado.

ESCENA VIII.

Decoracion de Campo con varias Colinas.

Tocan cajas, y salen Casandra, Federico y Soldados.

Casandra.

De esta colina, Federico, quiero
amparar nuestra gente,
para que cuando intente
acometer el Duque, como espero,
halle nuestro escuadron con la ventaja
que el suyo suba lo que el nuestro baja.

Federico.

Que será presto la ocasion no ignores.
sus bizarros soldados,
de plumas y colores variados,
parecen un jardin de hermosas flores;
mas todos son despojos,
bella Casandra, de tus hello ojos;
si la palabra cumples que le has dado
á mi incierta esperanza,

en vano el Duque alcanza
posesion de su Estado,
que hoy le veré rendido
á mi valor, del tuyo socorrido.

Casandra.

Aunque no me obligára, Federico,
el favor que te debo,
cuando mi aliento pruebo
en la guerra que al Duque le publico;
por lo que yo aborrezco su persona,
te entregaré la mano y la Corona.
La fama, las noticias que me han dado
de su estilo y su trage,
su soberbia y lenguage,
indigno de quien es, me han obligado
á un aborrecimiento,
con que aun su nombre ofende el pensamiento,
que aunque yo no lo he hablado ni le he visto,
ni él á mí, sino fué por un retrato,
de cuyo pincel grato
el afecto resisto;
en el amor que dice que me tiene,
su fama tanto agravio me previene.

Federico.

Ya, pues, están los campos frente á frente,
si nos dá la batalla,
manda salir tus ojos á ganalla.

Casandra.

Sobrado es el esfuerzo de su gente.

ESCENA IX.

Dichos, y sale Gerundio.

Gerundio.

¿Carlos, dónde me lleva tu destino?

Carlos, espera, que perdí el camino;
Cielos, este hombre está loco,
que se viene á meter ciego
en el campo del contrario:
¿señores, cuál es su intento?
aquí nos prenden y dan
una vuelta de podenco.

Casandra.

¿Quién es este hombre?

Federico.

No sé.

Casandra.

¡Ah Soldado.

Gerundio.

Dicho y hecho;
vé aquí que ya estoy cautivo.

Casandra.

¿Dónde vás?

Gerundio.

Pues á saberlo;
¿qué me faltará á mi? sarna.

Casandra.

¿Pues quién sois?

Gerundio.

Soy engerto
de soldado y estudiante,
de sopista y vandolero;
he aquí usted todas las señas;
hortera y calzon de lienzo,
mochila, espada y sotana;
pero coleto no tengo,
porque no piensen ustedes
que me han pescado el coleto:
si me mandan dar aquí *ap.*
quince vueltas de tormento

pensando que soy espia.

Casandra.

¿De dónde sois?

Gerundio.

Yo soy queso.

Casandra.

¿Queso vos?

Gerundio.

Soy Parmesano.

Casandra.

¿De Parma sois?

Gerundio.

Ya yo quiero
confesar, no se apresuren.

Casandra.

¿Qué habeis de confesar?

Gerundio.

Bueno,
cuanto sepa: ¿debo mas?
que el Duque sale hecho un perro,
jurando á tantos y á cuantos
que ha de quitar el pellejo
á Casandra y Federico,
y curtillos este invierno
para suelas de zapatos,
porque quiere pisar quedo.

Casandra.

¿Eso intenta?

Gerundio.

Si señora,
y cierto que es gran desuello.

Casandra.

¿Y vos, dónde vais?

Gerundio.

Yo ví

estos dos campos opuestos,
y quiero sentar la plaza
con el que diere mas sueldo.

Casandra.

¿Sabeis el mio?

Gerundio.

Eso busco,
para saber si harto tengo.

Casandra.

¿Pues que habeis menester vos?

Gerundio.

Eso, llegando á concierto,
yo me pondré en la razon
con ocho panes y medio
y nueve azumbres de vino,
y once piernas de carnero,
diez varas de longaniza,
reñiré como un tudesco.

Federico.

Señora, ya el Duque dá
la seña de acometernos. *Tocan.*

Casandra.

Con ese intento, sin duda,
sube á la colina un tercio:
Federico, al arma toquen.

Federico.

Ya tus Soldados lo han hecho.

Dentro el Duque.

Arma, amigos.

Todos.

Viva el Duque.

Casandra.

Pues ea, Marqués, al puesto.

Federico.

Soldados, á acometer;

al arma, amigos.

Casandra.

A ellos. *Vanse.*

Gerundio.

¿Qué es arma? que yo presumo
que tocan á estarse quedos:
¡Cielos, cual andan los golpes!

ESCENA X

Gerundio, y Sale Carlos.

Carlos.

Ayude el Cielo mi intento,
que hoy los hechos del Romano
ha de oscurecer mi acero.

Gerundio.

¿Carlos?

Carlos.

¡O Gerundio amigo!

Gerundio.

¿Dónde vás, ó con qué intento
al campo del enemigo
te has ido á meter? ¿qué es esto?

Carlos.

Intento, amigo, una hazaña
que deje memoria al tiempo
de lo que pudo el amor,
pues por él á morir vengo,
ó á mejorar de fortuna;
mas ya el horror del encuentro
ocasiona mi designio:
quédate aquí, que ya vuelvo. *Vase.*

Gerundio.

Espera, Carlos, espera;
¿mas quién me mete á mí en eso,
si no estoy yo enamorado?

Dentro el Duque.

Ganad, Soldados, el puesto:
arriba, que ya os asisto.

Gerundio

¿Arriba? abajo ván ellos:
¡Madre de Dios, qué conflicto!

ESCENA XI

Dicho, y salen el Duque y Lisardo.

Duque.

Mucha resistencia han hecho
los soldados de Casandra,
los nuestros bajan huyendo:
Lisardo, aquí los anima,
mas yo voy á detenerlos. *Vase.*

Lisardo.

Amigos, subid arriba,
no volvais la cara al riesgo.

Gerundio

Si arriba les dán la vuelta,
¿qué quiere usted que hagan ellos?

Lisardo.

Mas un Soldado entre todos,
con una muger rompiendo,
baja por nuestro escuadron:
¡gran valor! ¡bizarro aliento!

ESCENA XII.

Lisardo, Gerundio, y sale Carlos con Casandra en brazos.

Carlos

Ya aunque muera, la fortuna,
la gloria deste trofeo....

no me ha de poder quitar.

Casandra.

Atrevido Caballero,
aunque seais mi enemigo,
la osadia del intento
os hace digno de que
logreis vos mi rendimiento.

Carlos.

¿Lisardo?

Lisardo.

¿Carlos? ¡qué miro!

Carlos.

Aquí á Casandra os entrego,
porque seais vos testigo
de lo que al Duque merezco:
mas aun queda mas que hacer,
á la batalla me vuelvo,
que aunque he logrado este triunfo,
no lo es sin el vencimiento.

ESCENA XIII.

Dichos menos Carlos.

Gerundio.

Vive Dios que la pescó:
señores, el juicio pierdo.
¡qué sea pobre mi amo
pudiendo ganar un Reino,
con irse á pescar Casandras!

Lisardo.

Si lo que Carlos ha hecho
sabe el Duque, le ha de dar
tan aventajados premios,
que ha hecho conseguir á Laura.

Casandra.
Mi fortuna lo ha dispuesto;
ya soy vuestra prisionera.
Lisardo.
Señora, de mí respeto
mirada, no como presa
sereis, sino como dueño:
mas ya el Duque viene aquí.

ESCENA XIV.

Lisardo, Casandra, Gerundio, y sale el Duque.

Duque.
Ya mis soldados volvieron,
que de uno solo alentados,
(que para premiar su esfuerzo
quisiera saber quién es)
á la colina subieron,
y ya della se apoderan;
pero Lisardo, ¿qué es esto?
Lisardo.
Esa, señor, es Casandra,
que aquí prisionera tengo.
Casandra.
Fuerza ha sido del destino,
que no resisto, ni quiero.
Duque.
¿Quién, Lisardo, sino tú,
me lográra este trofeo?
Gerundio.
No ha sido sino mi amo,
señor, que la trajo en peso.
Casandra.
Mi desdicha es quien me trae.

Duque.

Si supierais de mi pecho
como os recibe, no dierais
ese nombre á ese suceso;
mas á que lo conozcais
dará lugar otro tiempo.

Casandra

No es tan horroroso el Duque
como yo pensaba. Cielos.

Dentro.

Socorro al Marqués, Soldados.

Duque

Lisardo; ¡pero qué veo!
un Soldado de los mios
ha sacado un Caballero
de la silla del caballo,
á quien quitó rienda y freno,
y con él luchando viene;
Lisardo, aquel es el mesmo
que los volvió á la colina,
y los que le ván siguiendo
le ván hiriendo á su salvo;
socorredle, caballeros,
que él es á quien el principio
de aquesta victoria debo.

Gerundio.

Ay, señor, que ese es mi amo.

Duque.

¿Quién es vuestro amo?

Gerundio.

Un jumento;
¿qué ha de ser, sino un borracho,
hombre que se mete en esto?

Dentro

Victoria por nuestro Duque.

ESCENA XV.

Dichos, y sale Carlos luchando con Federico, ensangrentado.

Duque.

A él se debe este suceso:
mas ya llega, socorredle.

Carlos.

Ya he conseguido mi intento.

Federico.

Hombre ó demonio, ¿quién eres?

Casandra.

¡El Marqués es este, Cielos!

Carlos.

Ya á vuestras plantas, señor,
veis los enemigos vuestros,
por letras y armas ha sido
quien la Corona os ha puesto,
pues á costa de la sangre,
que en vuestra presencia vierto,
rendí al marqués Federico,
y á Casandra; mas mi aliento
falta para las palabras.

Duque.

¡O cuánto su muerte siento!

Lisardo.

Desmayo es, señor, no muerte.

Gerardo.

Señor mio.

Lisardo.

Apartad, necio.

Gerardo.

Carlos mio, dejadme
que le pregunte á la muerte.

Duque.

Lisardo, haced cuidar dél. *Retiranle.*

ESCENA XVI.

Dichos, menos Carlos.

Lisardo.

Retiradle, que si puedo,
porque mi amor no embarace,
yo haré dilatarle el premio.

Gerundio.

Maldita sea la borracha
por quien buscaste este premio.

Federico.

Ya que es vuestra la victoria,
yo, Duque, de vos no espero
alivio; que si Casandra
es vuestra, ya estoy yo muerto.

Duque.

El que yo he de daros, es
no llevaros prisionero,
para daros el castigo
de mirar que me la llevo:
idos, pues; venid, señora.

Federico.

Sin vida y sin alma quedo.

Casandra.

Cuándo me lleva el poder,
no es de vos el vencimiento.

Duque.

Este sabré yo hacer mio.

Casandra.

¿Cómo, si yo os aborrezco?

Duque.

Obligando vuestro amor.

Casandra.

¿Con qué, si es ódio el que tengo?

Duque.

Con finezas.

Casandra.

Serán vanas;

Duque.

Hacer muchas.

Casandra.

Valdrá menos.

Duque.

Porfiar.

Casandra.

No vencereis.

Duque.

Contentaréme á lo menos,
cuando no os pueda hacer mia,
con la gloria de ser vuestro.

Casandra.

Bien haréis, que yo de vos
no pensé hallar lo que veo;
no ha de ir así vuestra Alteza.

Duque.

Quiero ser yo el prisionero.

Gerundio.

De juicio salgo;
que estoy pobre, ya se vé,
y por no tener con qué,
no le voy á dar con algo.

Carlos.

Daré quejas á los Cielos,
si razon no ha de valerme.

Gerundio.

¿Por qué?

Carlos.

Por satisfacerme
con ellas.

Gerundio

¿Pues son buñuelos?

Carlos

Llegará el Duque á sabello,
que hasta hablarle he de esperarle.

Gerundio

¿Qué importa el querer hablarle,
si él priva y te priva dello?

Carlos

Si yo pudiera mandarle,
y alienta en mis brazos viera,
yo satisfaccion me diera.

Gerundio.

¿Qué hicieras?

Carlos

Desafiarle;
porque muriera á mis brazos.

Gerundio.

¿Cuando estarás para eso?

Carlos

Tarde, que es mucho este peso.

con la pluma y con la espada!
¡qué olvide accion tan valiente! —

Gerundio.

¿Por eso te desbautiza?
pusiérasle tú ceniza,
y no Corona en la frente.
¿Pero qué culpa tiene él?
Si á Lisardo te encargó,
Lisardo es quien te olvidó,
él fué el ingrato y cruel:
él nos dejó y con testigos,
á una posada encargados,
donde fuimos visitados
de parientes y de amigos,
que nunca de allí salian;
pues dos dias aun no estuvo,
cuando dos mil chinches huvo,
que nuestra sangre tenian.
Solo un dia te asistió
en esa piscina grave,
pues un dia te dió un ave,
y al otro dia voló.
Un doctor te envió partida
de sentencias tan graciosas,
que te mandó echar ventosas
para curarte la herida.
Recetó con causa poca,
un dia una ayuda, y yo
dije, no ha comido: ¿no?
pues dénsela por la boca.
Desta manera, señor,
tus heridas has pasado,
que es milagro haber sanado
de la peste del doctor.
Los trastos ya se vendieron,

alhaja no quedó en casa,
hasta un bonete con grasa,
que aun para arroz no me dieron.
Solo ha quedado un portero
de un convento, que enamoro,
que viendo que de hambre lloro,
me llena siempre el puchero.

Carlos.

Gerundio, ya á creer me obligo,
que no es del Duque ese error,
que á él le divierte su amor,
Lisardo es el mal amigo.

Gerundio.

El es quien te hace estos males,
señor, que no es otro alguno,
ni el Duque ha visto solo uno
de todos tus memoriales.

Carlos

Pues tras todo este rigor,
lo que me dá mas tormento,
es, que trate el casamiento
con Laura contra mi amor.
Y ya Pompeyo con él
lo tiene capitulado;
esto sin duda ha causado
ingratitud tan cruel.

Gerundio.

Eso es, señor, y á esto llama
lo que por el Duque tomas,
que él pretende que no comas
para soplarte la dama.

Carlos.

Por eso á Palacio vengo,
por si acaso puedo ver
al Duque, y darle á entender

la justa queja que tengo;
si á Laura llego á perder,
tambien perderé la vida.

Gerundio.

Pues dala ya por perdida,
porque él lo ha de disponer
de modo, que el premio sea
como la cura, señor.
Tú estás tal, que dás horror,
y ninguno que te vea
podrá creer, que tú has sido
quien fuiste; que su mal trato,
siendo Lisardo el ingrato,
te hace á ti el desconocido.

Carlos

¿Pues puede faltarme á mi
el Duque, si le hablo yo?

Gerundio.

Si él fuera terciana, no;
pero siendo Duque, si.

Carlos

¿Pues qué he de hacer?

Gerundio.

Aprender
un buen tono entre los dos,
con que pidamos por Dios
á otro para comer;
pero vate, que Lisardo
sale aquí.

Carlos.

Al paso le espera;
que ha de oirme, aunque no quiera,
tan justa queja

Gerundio.

Ya aguardo.

ESCENA II.

Dichos, y sale Lisardo.

Lisardo

Ya de mi mismo envidioso
estoy, habiendo tenido
de Laura el si pretendido
por su padre, y cuidadoso
aquí le vengo á buscar;
pues mi suerte se mejora,
porque con el Duque ahora
se acabe de asegurar.
¿Mas no es Carlos él que miro?
él es sin duda, y su intento
estorva mi casamiento:
por no hablarle me retiro.

Carlos.

Señor Lisardo

Gerundio.

Oye usted.

Lisardo.

¿Quién es?

Gerundio.

¿Nos dá con la sorda?
¿hace usted la vista gorda?
pues bien delgado le vé.

Carlos.

Aunque ya de vuestro trato
sé vuestra respuesta, pues
se obligó á ser descortés,
quien se arrojó á ser ingrato;
la queja os dá mi intencion,
no porque vos la ignoreis,
sino porque no negueis
vuestra culpa, y mi razon.

Lisardo.

Pienso que de mi haceis pruebas.

Gerundio.

¿ Pues no lo infiere de si ?

Lisardo.

¿ Vos teneis queja de mi ?

Gerundio.

¿ Pues bale dado usted brevas ?

Lisardo.

Decidla, que la he dudado.

Gerundio.

Pesia el alma de su olvido ;
¿ pues no quedó mi amo herido ;
y á usted no quedó encargado ?
¿ No nos dejó con ultrage
en una triste posada,
donde no se nos dió nada
de usted, ni de su linage ?
donde el hambre fué receta,
pues de salud incapáz,
como embajador de paz,
se le curó con la dieta ;
donde el ayuno clamó
siete semanas, y sesma.
¿ Pensó usted que era cuaresma
la enfermedad de mi amo ?

Carlos.

Aunque esta desatencion
para queja era bastante,
es la que tengo de amante
la que me dá mas razon :
¿ vos al hablarme, de mi
no os disteis por obligado ?

Lisardo

Siempre asi lo he confesado.

Carlos.

¿No os dije mi empeño?

Lisardo.

Si.

Carlos.

¿No es segunda obligacion
fiar su pecho á un amigo?

Lisardo.

La misma deuda es testigo.

Carlos.

Pues si de mi pretension
os hice dueño, Lisardo,
cuando obligado os tenia,
y obliga mas el que fia
su intento á un pecho gallardo,
de dos deudas en que funda
mi amor queja tan severa,
el que olvidó la primera,
no se acordó en la segunda.
Ya que el haberos servido
como amigo en la ocasion,
no sirvió de obligacion,
hablarme recien venido,
y fiaros yo mi amor,
no bastó para estorvar,
que vos me intenteis quitar,
ingrato, y ciego, el favor
de Laura; mas ya he sentido
haberoslo pronunciado:
que vos lo habeis intentado,
y yo estoy dello corrido:
que aunque no pudiera hacello,
pasa un corazon sencillo
la vergüenza al referillo,
que le diera al cometello,

que aunque en la voz lo repito,
para empañar la pureza
del cristal de la nobleza,
basta el aire del delito.

Lisardo

Templando mi indignacion
os he podido sufrir,
porque os ciega el presumir,
que podeis tener razon;
al llegarme á proponer
vuestro amor, que no he olvidado,
os previne yo un cuidado,
y no os pude responder.
Y en esta materia aquí
solo á deciros me obligo,
que nadie debe al amigo
lo que quiere para sí.

ESCENA III.

Carlos y Gerundio.

Gerundio.

¡Qué esto oyes!

Carlos.

¡O mal amigo!

Gerundio

Es un vergante.

Carlos.

Detente.

Gerundio

Vive Dios omnipotente,
que he de rompelle el ombligo,

Carlos.

¿Qué dices?

Gerundio.

De juicio salgo;
que estoy pobre, ya se vé,
y por no tener con qué,
no le voy á dar con algo.

Carlos.

Daré quejas á los Cielos,
si razon no ha de valerme.

Gerundio.

¿Por qué?

Carlos.

Por satisfacerme.
con ellas.

Gerundio.

¿Pues son buñuelos?

Carlos.

Llegará el Duque á sabello;
que hasta hablarle he de esperarle.

Gerundio.

¿Qué importa el querer hablarle,
si él priva y te priva dello?

Carlos.

Si yo pudiera mandarle,
y alienta en mis brazos viera,
yo satisfaccion me diera.

Gerundio.

¿Qué hicieras?

Carlos.

Desafiarle;
porque muriera á mis brazos.

Gerundio.

¿Cuando estarás para eso?

Carlos.

Tarde, que es mucho este peso.

Gerundio.

Desafiale en dos plazos,
que no es de valor ageno,
para San Juan la mitad,
y otra para Navidad,
por si no estuvieres bueno.

Carlos.

Nécios impulsos te dán.

Gerundio.

Hazlo por Cristo, señor,
y démosle á este traidor
mala Pascua, y mal San Juan.

Carlos.

Entremos mas hácia dentro,
que al Duque tengo de hablar;
mas ya es forzoso esperar,
pues nos salen al encuentro
Casandra, y todas las damas

Gerundio.

Y Laura viene con ella;
señor, escóndete della,
que en dejarte vér te infamas.

Carlos.

¿Por qué?

Gerundio.

Porque es desatino,
que estás desnudo, señor,
y aunque está encueros amor,
eso mejor le está al vino.

Carlos.

Antes darla á entender quiero
como asi por ella estoy.

ESCENA IV.

Dichos, Laura, Casandra, Celia, y Damas.

Laura.

Mas alegre ha de estar hoy
vuestra Alteza, á lo que infiero,
de la prevencion que hace
el Duque por divertirla.

Casandra.

Por música voy á oirla,
que es lo que me satisface
entre los divertimientos,
que otras veces me previene.

Carlos.

¡Cielos, si Casandra tiene
imperio en los pensamientos
del Duque, y ella es testigo
de mi valeroso aliento,
para que ayude mi intento,
á hablarla ahora me obligo!

Laura.

¡Válgame el Cielo! ¿qué veo?
¡Carlos en tan pobre trage!
lástima dá el ver su ultrage;
ya le perdió mi deseo,
pues mi padre concertado
tiene ya mi casamiento:
bien sabe Amor lo que siento,
y mas verle tan ajado.

Celia.

¿Señora, á Carlos no vés,
y á Gerundio que le guia,
de pobres de portería?

Laura.

Afrenta el mirarlo es i
no vuelvas allá

Carlos.

No quiero;
¡mas cual Gerundio se ofrece!
con tanto trapo, parece
asadura de ropero:
¡qué lindo par de gazapos!

Laura.

Ya es su desdicha notoria.

Celia.

Tendrá libro de memoria
para vestirse los trapos.

Carlos.

No sé como lo resista;
Laura hace que no me ha visto.

Gerundio.

Señor, todos, vive Cristo,
han engordado de vista.

Casandra.

Vén, Laura, á la galería,
por si el Duque nos espera
con la música, que fuera
no escucharla grosería.

Laura.

Bien, señora, lo merece
su fineza.

Casandra.

Mi entereza
no lo estima por fineza,
aunque ya me lo parece,
que su presencia ha vencido,
y su discrecion en mí
mucho mas que presumí.

Carlos.

Señora, si un afligido
merece vuestra atencion,
que me la deis os suplico.

Casandra.

¿Qué es lo que pides?

Carlos.

Publíco
mas que pobreza razon,
pues mis alientos ajados....

Casandra.

Laura, no esperando estén,
haced que limosna den
á estos dos pobres soldados. *Vase.*

Laura.

No quiero que en mí repare. *Vase.*

Carlos.

¡Qué esto escucho y lo resisto!

ESCENA V.

Dicho, Gerundio y Celia.

Gerundio.

¿Qué es limosna? vive Cristo,
que miente quien lo pensare.

Celia.

¿Qué es esto? ¿ya despachados
no quedan los moscardones?
siempre son los pobretones
soberbios y porfiados.

Gerundio.

Tú lo eres como fregona
que estas ya con el afeite,
te he visto yo ir por aceite
con capilla de gorrona:

tú pedirás como tal
tu limosna sin horror,
como paga de dotor
al irse y en el portal:
tú pedirás y pediste
á mí en mas de una ocasion
almuerzos de bodegon,
que á figon no te atreviste:
tú, cuyas medias con greda
sacó de lana el amor,
de un page de embajador
con unas viejas de seda:
que antes dará nuestro aliento
limosna y dote si quieres,
para recojer mugeres
perdidas en un convento.

Celia.

Gerundio, mas reportado,
y pues dar puede esos dones,
dese para unos calzones,
que está muy desatacado.

ESCENA IV.

Carlos y Gerundio.

Gerundio.

¿Cómo?

Carlos.

Deja esos cuidados,
que no tiene culpa ella.

Gerundio.

¿Pues quién?

Carlos.

Mi estrella.

Gerundio.

¿Qué estrella,
ni qué huevos estrellados?
¡Qué esto mi desdicha aguarda!
¡qué Laura no me atendiera,
ni aun á mirarme volviera!

Gerundio.

Se habrá ya vuelto Lisarda.

Carlos.

Por él sin duda á trocarse
llegó, como aquí publica.

Gerundio.

Claro está, que como es rica
tendrá amores que mudarse.

Carlos.

Sin alma quedé de verla.

Gerundio.

¿Quiéres vengarte? pues calla.

Carlos.

¿Qué he de hacer?

Gerundio.

Desafialla,
y mueran Lisardo y ella.

Carlos.

Ya por mi vida atropello:
¿qué haré con el Duque?

Gerundio.

Ten,
desafialle tambien,
y concluyamos con ellos:
mas la ocasion se ofreció,
porque el Duque sale ya,
siguiendo á Casandra vá:
tiéndela, que aquí estoy yo.

ESCENA VII.

Dichos, Pompeyo y el Duque.

Duque.

Pompeyo, nada me hables
que de Casandra no sea,
lo que mi atencion desea,
con nada me embaraceis.
Casandra es solo mi amor,
Casandra es todo mi empleo,
solo hablar de ella deseo;
y el que intenta mi favor,
solo llegue á hablarme de ella,
solo me dé para amarla
arbitrios con que obligarla,
fiestas con que entretenella;
nada sin ella me agrada.

Pompeyo.

Señor, tu Alteza no sienta
que le llegue yo á dar cuenta
de como tengo casada
con Lisardo á Laura.

Duque.

En eso
me haces el gusto que aguardo,
porque le debo á Lisardo
la obligacion que confieso,
pues á Casandra prendió,
con que alcancé la victoria.

Gerundio.

¿Qué es esto? ¿á él le dán gloria
de lo que hicimos tú y yo?

Carlos.

Este es el modo afrentoso

del mundo desconcertado,
vence el riesgo el desdichado,
y premian al venturoso.

Gerundio.

¿Qué es premiar nuestro desvelo?
¿pues es esto flautos pitos?
llega, señor, dá los gritos
que los pongas en el Cielo.

Duque.

Por él ya felíz me llamo.

Gerundio.

Señor, lo que dices mira,
vive Cristo que es mentira,
que el que la prendió es mi amo.

Duque.

¿Qué es eso?

Carlos.

Si á vuestros pies
lugar tiene un desdichado,
solo con ser escuchado
será feliz.

Pompeyo.

Carlos es:
¡que á tal su suerte llegó!
ya es á la vista importuna,
mas de su poca fortuna
no tengo la culpa yo.

Duque.

¿Quién sois? alzad.

Carlos.

Soy, señor,
quien tomando otro camino
para enmendar su destino,
ha llegado á otro peor:
quien mas dicha ha merecido,

quien por valor lo ha alcanzado;
quien de vos vive olvidado,
y quien mas os ha servido,
quien porque su nombre os cuadre...;

Gerundio.

Es Carlos, toma el ovillo,
y acaba ya de parillo
que no es el Duque comadre.

Lisardo al paño

¡Cielos, que Carlos llegase
al Duque, estorvarle quiero,
que lo oiga el Duque primero
que yo con Laura me case.

Duque.

¿Pues qué os debí yo?

ESCENA VIII.

Dichos y Lisardo.

Lisardo.

Señor.

Duque.

¿Qué hay, Lisardo?

Lisardo.

Que ya espera
Casandra, haciendo la esfera
de su sol un corredor,
y la música aguardando
solo tu precepto está.

Duque.

Vamos, Lisardo, que ya
á tal dicha estoy tardando;
solo vivo en su presencia

Carlos

Señor, sabed antes de iros

Duque.

Audiencias hay para otros. *Vase.*

Lisardo.

Buscad al Duque en la Audiencia. *Vase.*

Gerundio.

¡Que sufras esta insolencia!

Carlos

¿Qué admiras, si es mi contrario?

Gerundio.

¿Pues es el Duque vicario
para buscarle en la Audiencia?

Carlos.

Señor Pompeyo, de vos
mi razon se ha de valer,
pues mi fortuna ha de ser,
siendo mia de los dos.

Pompeyo

Carlos, que os premien será
para mí mucho contento,
por vuestro merecimiento;
pero viene tarde ya:
por la palabra empeñada
cuanto pude os esperé,
mas ya no puedo.

Carlos.

¿Porqué?

Pompeyo.

Tengo ya á Laura casada.

ESCENA IX.

Carlos y Gerundio.

Carlos.

Caiga el Cielo sobre mí.

Gerundio.

No caiga ni aun una estrella.

Carlos

¡Ay de mí, que á Laura bella
ya sin remedio perdí!
¿ya para qué he de querer
premios, si morir espero?

Gerundio.

¿Qué dices?

Carlos.

¿Para qué quiero
premios ya?

Gerundio

Para comer.

Carlos.

¿Para qué? sin Laura bella
no quiero triunfo ni palma.

Gerundio.

Pues valga el diablo su alma,
¿nos hemos de ahorcar por ella?

Carlos.

¡Cielos! ¿sin Laura qué haré?
¿qué será, Cielos, de mí?
¡que ya su mano perdí!

Gerundio.

Pues señor, no pierdas pie.

Carlos.

Por eso sin duda alguna
á mirarme no volvió,
por esto me despreció,
no por mi humilde fortuna;
¿pues ingratitud como esta
ha de quedar sin castigo?

Gerundio

Eso si es lo que yo digo,

matémosla y vamos desta.

Carlos.

Gerundio, en Palacio hoy
el festín licencia dá
á que cualquiera entre allá;
pues desesperado estoy:
entrar quiero, y pues perderla
con callar no se restaura,
sepa el mundo y sepa Laura
lo que hice por merecerla,
quéjese á ella mi desvelo;
mas si tan esquiva está
como hermosa, esto será
como dar quejas al Cielo.

Gerundio.

No hay quejas como patadas.

Carlos.

Vamos, pues.

Gerundio

Vamos, señor.

Carlos

Ya no temo su rigor.

Gerundio.

¿Sabes cascar bofetadas?

Carlos.

Lo que he decir no sé,
mas el Cielo oirá mis voces.

Gerundio

Vé, que si erráres las coces,
yo llegaré á darte el pie.

ESCENA X.

Decoracion de Salon.

El Duque, Lisardo y los Músicos.

Música.

Compitiendo con las selvas,
cuando las flores madrugan,
los pájaros en el viento
forman abriles de pluma.

Duque.

Cantad pues, las letras todas:
solo á Casandra pronuncian,
y celebran en mi pecho
los triunfos de su hermosura.
¿Lisardo, en su hermoso rostro,
no ves cuantas flores hurta
el mayo para su adorno?
¿no admiras en su blancura
los jazmines y azahares,
que ambar el viento divulga?
¿los claveles de sus lábios,
á los que el Alba dibuja,
no esceden? ¿en sus mejillas
las rosas no son mas puras?
Mas para qué lo encarezco,
cuando por vencer la duda
de si las flores la igualan
coronada de las suyas,
siguiendo estos dulces ecos,
sale, en victoriosa lucha,
compitiendo con las selvas,
cuando las flores madrugan.

ESCENA XI.

Dichos, y salen Casandra, Laura, Celia y Damas.

Casandra.

Laura, imán es este acento
de mi atencion.

Laura

El presuma,
que vos sois su imán, señora;
pues aunque en abril se juzga,
donde en las espesas ramas
los pajarillos se juntan
á hacer su sonora salva;
y aunque la destreza suya
la de las aves parezca,
que al Alba alegres saludan;
siendo vos Sol desta esfera,
vos sois el imán, sin duda,
de su voz, pues cuando él sale,
las aves, porque le buscan,
le cantan; y al salir vos,
razon es que se presuma
este acento el de las aves,
porque entienda quien le escucha,
que cuando de vuestra Alteza
sale el Sol que los alumbra,
los pájaros en el viento
forman abriles de pluma.

Duque.

Cantad, proseguid, que ya
mas cerca Casandra escucha.

Música.

Que Casandra es la mas bella,
aun los Cielos no lo dudan,

mas para beldades tantas ;
sola victoria no es mucha.

Duque.

Si el Cielo pudo, señora,
tener competencia alguna
con la hermosura, fué acaso
por no ver vuestra hermosura.
Vió sus lucientes estrellas
el Sol, miró la luz suya,
al espejo de las otras
vieron su esplendor las unas;
y al ver tantas luces, tuvo
su victoria por segura;
pero cuando á vuestros ojos
vencer vió sus llamas rubias,
cuando sus claras estrellas
con ellos fueron oscuras,
luego cedió la victoria;
y si al ver solo la suya
presumió mas perfeccion,
vista ya vuestra hermosura,
que Casandra es la mas bella,
aun los Cielos no lo dudan.

Casandra.

Cuando tanto rendimiento
agradecida os escucha
mi atencion, hallo, señor,
que el vencimiento resulta
en vos, y en mi la victoria.

Duque.

Creed, señora, que sin duda;
pero si venceis al Cielo,
brillando luces mas puras,
el vencerme á mi, es victoria,
que se infiere de la suya;

y mi amor siente que sea
tanta verdad, porque busca
razones para obligaros,
en que él de sí ponga alguna;
porque deciros que vence
mi pecho vuestra hermosura,
y que el Cielo con la vuestra
tiene su luz por caduca,
siendo yo esclavo, y vos dueño,
siendo vos Sol, y el Sol Luna,
si para verdad es grande,
para lisonja no es mucha.

Casandra.

Vuestro cortés rendimiento
todos mis afectos muda,
pues al intento de ser
á vuestra voz piedra dura,
me teneis ya tan trocada,
que no tan solo os escucha
como piedra, sino como
que oye: licencia es mucha ap.
la que ya se toma el lábio,
para lo que el alma oculta.

Duque.

Decid, proseguid, señora.

Casandra.

¿Lo dicho no os asegura?

Duque.

Quien ama, siempre es cobarde.

Casandra.

El que conoce, no duda.

Duque

Conózcome á mí primero.

Casandra.

¿Pues de aquesto qué resulta?

Duque.

No merecer ser oido.

Casandra.

Cuando el dulce acento triunfa
de mi atencion, por ser vuestro,
no os malogreis vos la industria.

Duque

Pues la música prosiga.

Casandra.

A escucharla voy.

Duque.

Confusa
dejais el alma.

Casandra.

¿Por qué?

Duque.

Por no declarar la duda.

Casandra.

¿No voy á escuchar de vos
lo que la letra pronuncia?

Duque.

¿Y asi me ois?

Casandra.

Sabed, Duque,
que aunque el amor no lo juzga,
no es sorda la que no oye,
sino aquella que no escucha. *Vase.*

Laura.

Celia, á Casandra no sigas,
que estoy muriendo á la angustia
de ver, que he perdido á Carlos.

Duque

Cantad, seguid su hermosura:
Lisardo, vé á prevenir,
que estén las músicas juntas.

cercando la galería;
porque divertida en unas
y arrebatada de otras,
todo en mi amor se confunda. *Vanse.*

Música

De cuantos sin dicha nacen,
porque no la esperan nunca,
con el acierto de amarla,
nadie muere sin ventura. (1)

ESCENA XI.

Laura y Celia, Carlos y Gerundio.

Casandra

Señor, Laura está aquí sola,
ea, con ella apechuga,
y dala hacia las quijadas.
pues segun las vestiduras,
parecemos sacamuelas.

Laura.

¿No es Carlos, Celia?

Celia.

Sin duda;
¿es posible que te cuesta
tal pesar esta figura?

Gerundio.

¿Si estaba puesta á flux de oros,
y es de bastos, qué lo dudas?

Laura

¿Carlos, dónde vas? ¿qué intentas?

Carlos.

Saber cual es mi fortuna,
pues aun aquí entrando acaso,

(1) *Vanse los Músicos.*

esa música que escuchas,
de amor, prevenida en mi,
por desengaño resulta;
pues cuando ajado de todos,
despechado de mi injuria,
vengo á vér si en tí ha quedado
consuelo á mis desventuras,
oigo que el sonóro acento,
para avisarme, pronuncia,
que soy el mas infelice,
por mi estrella, y por las tuyas,
de cuántos sin dicha nacen,
porque no la esperan nunca.

Laura.

Si amar un desdén es yerro,
sin razon, y sin fortuna,
amar á quien ama Carlos,
es acierto, y es ventura:
quien tiene la voluntad,
tiene el alma: esa fué tuya
desde que te ví; y pues lograr
esta fé, aunque no aseguras
otra posesion con ella,
porque fué tu suerte injusta,
aunque por ella me pierdas,
consuelete la fortuna
de que fué acierto el amarme.
Y cuando infeliz te juzgas,
porque el acento te avisa;
oye, que tambien pronuncia,
que aunque no tenga esperanza,
si la mereció por suya,
con el acierto de amarla,
nadie muere sin ventura.

Carlos.

Oye Laura

Gerundio

Señor cierra;
¿quieres que yo la sacuda?

Carlos.

No, detente.

Gerundio

Sino á azotes,
no esperes que se reduzca.

Carlos.

Si harán mis lágrimas tiernas.

Gerundio.

Mas harán puñadas duras.

Laura.

Déjame, Carlos, ¿qué quieres?
¿no basta la desventura
de perderte, aunque te quiera?

Carlos

¿Cómo eso dices? escucha.

Música

No pagar obligaciones
delito en amor se juzga,
que lo ingrato en la belleza
aun no ha menester disculpa.

Carlos.

Laura, señora, pues oyes,
que aun esta voz te lo acusa,
y hablan por mi los acasos,
¿cómo ese rigor pronuncias?
¿Yo perderte? ¿tú sem otra,
cuando porque fuese tuya,
coroné el alma de letras,
que tus triunfos articulan?
Cuando porque se leyesen

de mi amor en la escultura;
la fui á esmaltar con mi sangre,
que aun falta en mis venas mucha.
¿Cuándo para merecerte,
lo que faltó á mi ventura,
lo consiguió mi valor,
y no lo halló mi fortuna?
¿Cuando así por ti me veo,
tú con el rigor te juntas,
si es desdicha el no alcanzarte,
en tí el alejarte es culpa?
Si estas finezas te obligan,
mira que en deudas tan tuyas
no pagar obligaciones,
delito en amor se juzga.

Laura.

Carlos, ¿qué quieres? ya veo
que contra ti se conjura
tu estrella, y tambien la mia;
pues conocer lo que triunfa
tu mérito de mi amor,
y no pagarlo, es injusta
ingratitud, y aun tirania,
pero mi honor lo repugna,
por él, por ti hablar no puedo.
El me tiene absorta, y muda,
viva para los deseos,
para las voces difunta.
Bien, veo que el no pagarlo
cuando lo conozco, es culpa;
pero culpa de mi honor,
á quien debo esta coyunda:
no quiero satisfacerte,
cuando por mi amor te apuras.
Con que si ella no te obliga,

fué deuda de mi bermosura;
porque sé cuando no pago,
aunque mayor la presuma,
que lo ingrato en la belleza
aun no ha menester disculpa.

Carlos.

Pues viendo tu obligacion,
y amándome, Laura bella,
si el dejarme es sinrazon,
no hay resistencia á mi estrella
en tu noble corazon;
para escusar un rigor,
no bry dilaciones, ni trazas:
¿cómo ha de creer mi amor,
que en el riesgo que tu abrazas,
puedes pensar que hay dolor?
El que de ponzoña lleno
toma un vaso sin horror,
ó está de peligro ageno,
ó halla alivio en el veneno,
si le bebe sin temor.
Y sabieodo esta verdad,
rendirse tu pensamiento
á otro dueño, ó es crueldad,
ó te falta voluntad,
ó no tienes sentimiento:
Y si le tienes, me obligo
á no quejarme de ti,
que aunque eres cruel conmigo,
¿qué se ha de doler de mi,
quien es ingrata consigo?

Laura.

Carlos, bien sé que es crueldad,
pero solo te apercibe
por respuesta mi piedad:

Música.

Desdichado del que vive
por agena voluntad.

Laura.

Por mi respondió ese acento,
pues me ves desesperada,
dejame en mi sentimiento.

Carlos.

¿Qué dices á mi tormento?

Laura.

Carlos, que ya estoy casada;
vén, Celia.

Celia.

En vano te apuras:
¿tú con figura tan rota
estás gastando ternuras?

Gerundio.

¿Pues pícara, siendo sota,
te espantas de las figuras?

Carlos

¿Que en fin, muriendo me dejas?

Laura.

No es mi dolor mas profundo.

Carlos.

Pues ya que de mi te alejas,
sepa tu rigor el mundo,
y escuche el Cielo mis quejas,
sepa que quiebra el rigor
la fé que nos prometimos,
sepan todos mi dolor.

Gerundio.

Sepan que de hambre morimos,
y nos quejamos de amor.

Carlos.

Sepan lo que mereció

mi valar, pues lo publica
la llama que me abrasó.

Gerundio

Y que lo que á mi me pica,
come, no comiendo yo.

Carlos.

Sepa, (¡ay de mi!) quien lo ignora..

Laura

¿Carlos, qué decis?

Gerundio.

Que es ruin
tu termino.

Laura.

Calla ahora.

Gerundio.

Dejanos gruñir, señora,
que este es nuestro San Martin.

Laura.

Carlos, por Dios vete presto,
no alborotes.

Carlos.

Ya esto es furia.

Laura.

¿Pues qué intentas?

Carlos.

Ser molesto;
por dar á entender mi injuria.

ESCENA XII.

Dichos, y sale Casandra.

Casandra.

¿Qué es esto, Laura? ¿qué es esto?

Carlos

Es, señora, esta inquietud

una injuria, y un desden,
no premiarse la virtud;
y es, no solo ingratitud,
sino desprecio tambien.

Casandra

¿Es esto, Laura, contigo?

Laura.

¡Ay de mi! no sé, señora.

Carlos.

Vos, señora, sois testigo
de que yo merezco ahora
el premio que no consigo.
Por Laura á la guerra fuí,
por Laura arriesgué la vida;
por Laura á vos os prendí.

Gerundio

Y el estar hermosa aquí,
se debe á lo bien prendida.

Casandra.

¿Qué es esto, Laura?

Laura.

Señora:
¡Cielos, no sé qué decir!

Celia.

Este, como vos, lo ignora;
que estos locos aquí ahora
se entran á hacernos reir.

Gerundio.

Mienten, que á hacerlas llorar
entramos, si mi amo hiciera
lo que yo hice al entrar.

Carlos

Loco estoy de mi pesar,
Laura es la causa primera.

Casandra.

¿Pues cómo así hablas osado
en mi presencia? criados,
ola.

ESCENA XIII.

Dichos, y salen Pompeyo, Lisardo y un criado.

Pompeyo

¿Qué mandais, señora?

Carlos

Si vuestra Alteza lo ignora,
ellos que están informados,
dirán de mi sentimiento
la causa á que me provoca.

Casandra

Mirad de ese hombre el intento,
castigad su atrevimiento,
ó echadle de haí, si es loco. *Vase.*

Laura

¡Cielos, yo estoy sin sentido!

Pompeyo.

¿Qué es esto, Laura?

Laura.

Señor,
yo no sé lo que esto ha sido;
Carlos, ó el juicio ha perdido,
ó tu dás causa á su error. *Vase.*

Carlos

¡Qué esto llegue yo á escuchar!

Gerundio.

Por el celestial farol,
que mil muertes he de dar.

Celia

Si tanto quieren matar,

vayanse los dos al Sol. *Vase.*

Gerundio.

Y tú, menguada, á la Luna.

Pompeyo

¿Carlos, qué osadia fué
la vuestra?

Carlos.

Señor, ninguna,
quejarme de mi fortuna.

Pompeyo

¿Pues á mi hija, por qué?
por veros sin resistencia,
vuestra libertad osada
no castiga mi prudencia,
pues os tomais tal licencia,
teniendo á Laura casada. *Vase*

Lisardo

Pues Carlos, aunque á mi acero
tocaba vuestro castigo,
aquí suspenderle quiero,
por advertiros primero,
que está casada conmigo.

Gerundio

¡Qué se sufra esta traicion!

Carlos.

¡Falso amigo!

Lisardo

Echad de ahi
esos locos. *Vase.*

Gerundio

Galalón.

Criado.

Oyen si pasan de haí,
volarán por un balcon.

ESCENA XIV.

Carlos y Gerundio.

Gerundio.

A ti, tu alma, y cuantos ván
con tu amo á pie, y en coche,
como servidor truhan,
por un balcon te echarán
á las once de la noche.

Carlos

¿Qué es esto que par mi pasa?
¡Ay Cielos! ¿á quien sucediera,
con tal razon, tal desprecio,
con tal valor, tal afrenta?
¡yo abatido! ¡yo ultrajado!
¡yo en tan infeliz miseria,
que á quien mi valor dá envidia,
dá lástima mi pobreza!

Gerundio.

¡Yo en ayunas y rabiando
por romper treinta cabezas,
sin tener, ni hallar con que
cortar la cólera pueda!

Carlos

¡Que se todo el mundo injusto!
¡que contra mí todos sean!

Gerundio

¡Que sea todo el mundo limpio!
¡que no haya quien manchas tenga
ahora que puedo yo
vender saliva por greda!

Carlos.

Gerundio.

Gerundio.

Yo rabio de hambre.

Carlos.

¿De eso en tan dolor te acuerdas?

Gerundio.

Tan lejos están las tripas,
para olvidarme yo dellas,
que pienso que juegan cañas,
segun me caracolean.
Esta no es hambre, señor,
sino rayos que me queman.

Carlos.

Deja los rayos ahora.

Gerundio.

¿Pues qué he hacer, si ellas truenan?

Carlos.

¡Ay amor mas desdichado!

Gerundio.

¿De amor ahora te quejas?
Vén á buscar que comer,
que es ya mas de la una y media,
y si el portero nos falta,
no hay casa aquí de Portela.

Carlos.

Yo me muero.

Gerundio.

Ahora, señor,
tú lo tomas muy de veras,
y el hambre no es para burlas,
que el estómago me aprieta
tanto, que por verle raso,
imagino que le prensan:
esto es peór cada dia,
como tú esperas moneda,
tu esperanza está en la China,

que hay de aquí allá tres mil leguas.
Si seguirla es perecer,
mas vale que uno perezca,
y que yo busque mi vida;
porque el ver que yo me muera,
¿qué alivio ha de darte á tí,
ni á mí, señor, me consuela,
cuando que comer no tengo,
que tú tampoco lo tengas?
Y en medio de que tu amor
es lo que mas te atormenta,
cuando traigo lo que busco,
al ponértelo en la mesa,
comes mas que un sabañon,
y entre suspiro y fineza,
al pauecillo que agarras
parece que atenaceas
Yo me voy á acomodar
donde hallare: á Dios te queda,
que si hallo con que acudirte,
tú admitirás mi fineza.

Carlos

¿Qué dices, Gerundio amigo?
¿pues tú te vas? ¿tú me dejas,
cuando me vés abatido?
¿cuando no tengo á quien vuelva
la cara, sino á tu alivio?
¿cuando, si por tí no fuera,
muerto hubiera en la desdicha
de mi abatida miseria?

Gerundio

¿Qué quieres, señor? por eso
me voy, que mi industria intenta
socorrerte y socorrerme.

Carlos.

Ay amigo, si me dejas,
he de morir, no te vayas,
que tú mis males consuelas.

Gerundio.

¿Yo consolarte, señor,
que estoy siempre á tus orejas,
dando unos ahullidos de hambre,
que parezco un alma en pena?
Déjame ir, por Dios.

Carlos.

Aguarda,
tienes razon, mi pobreza
no tiene que responderte;
pero conmigo te queda
de aquí á mañana no mas,
que si este plazo no enmienda
mi fortuna, te irás luego.

Gerundio.

¿De aquí á mañana? aunque sea
reventando he de esperar.

Carlos.

Si mi despecho lo intenta,
podré entrar á hablar al Duque.

Gerundio.

Eso, señor, es quimera,
que nos molerán á palos
los sinflones que le cercan.

Carlos.

¡Que me deba el Duque, Cielos,
la Corona que gobierna,
Lisardo tanta amistad,
como la vida y la hacienda,
todo Urbino su sosiego,
y Laura tantas finezas,

y en ninguno halle favor!
todos perecer me dejan.
¡Esta ingratitud consienten
los Cielos que la condenan!
¿Un hombre de mi valor,
de mi sangre y de mis letras,
en pobreza tan indigna,
cuando tantos que aquí entran,
arrastran triunfos y aplausos;
unos, porque lisonjean;
otros, por entremetidos;
otros, porque se despejan,
siendo asunto de la risa,
é ingenio, valor y ciencia
estén en tanto desprecio?
¡Ah Cielos, si me sufriera
ajar mi reputacion
el mundo! denme licencia
el decoro y la razon,
para que yo no parezca
quien soy, un término breve,
que yo tomaré tan nueva
venganza de estas injurias,
que se admire el mundo della.
Yo haré que todos conozcan
su ingratitud y mi ofensa,
y que lo vean de suerte,
que sea el castigo su afrenta:
no ha de haber oido el mundo
tal venganza de mi queja,
tal castigo de su culpa;
solo temo la vergüenza
de ultrajar yo mi persona:
¿pero qué ultraje me queda
que temer con el que paso?

Pues todo el mundo me atienda,
á ajarme voy por vengarme,
para que los hombres sepan
quien es el mundo, y cual son
los que la fortuna premia.
Esto ha de ser lo primero,
engañar ha de ser fuerza
á este criado. (1)

Gerundio.

Señor,
no tanto en tí te diviertas;
que está flaco y en ayunas.

Carlos

Yo haré que su dolor sea
no poder negar su infamia.

Gerundio.

¿Señor?

Carlos.

No ha de haber quien pueda
negar su error con mi industria.

Gerundio

Que estás flaco de cabeza,
y te acabas; mira que
pienso que calabaceas.

Carlos

Déjame ya revocar
el poder de las estrellas.

Gerundio.

¿Qué has de revocar, señor?
revócale la sentencia
al hambre, y hazlo embocando.

---

(1) *Este discurso ha de haber hecho pasedm*

Carlos.

Verá el mundo lo que yerra.

Gerundio.

¿Quién yerra?

Carlos.

Siempre está errando
dia y noche

Gerundio

Es el albeitar,
que á puro martillar clavos
nos deshace la cabeza.

Carlos.

Cielos, déhbe de vengarme.

Gerundio

¿Qué dices? que es una bestia?
¿qué te hace aquel pobre tuerto?

Carlos

Aunque el decoro se ofenda.

Gerundio.

Vive Cristo que está loco,
esto causa la flaqueza.
Ah, señor.

Carlos.

Ya lo presumo,
ahora falta que lo crea;
déjame, no te me acerques.

Gerundio.

Señor, el juicio no pierdas,
que yo iré á buscar que comas,
¡ay lástima como aquesta!
de hambre ha perdido el sentido.
Ha, señor.

Carlos.

¿A mí te llegas?

Gerundio.

Alto, él ha perdido el juicio;
que comer traeré, no temas.

Carlos.

¿Dónde está, qué es lo que dices?

Gerundio.

¿No lo ves? vén á la mesa,
mira aqueste pepino,
que el primero bermejea
como carrillos de lego.

Carlos.

No lo quiero ya.

Gerundio.

Esta es buena,
pues señor, mire este plato
con pechugas de gallega.

Carlos.

Quítate allá, no me toques,
que me quiebras, que me quiebras:

Gerundio.

¿Qué dices?

Carlos.

¿Pues no lo ves?
de vidrio soy.

Gerundio.

Santa Tecla,
que está loco.

Carlos.

Vidrio soy.

Gerundio.

¡Jesus, qué graciosa tema!

Carlos.

Ya el criado lo ha creido; ap.
aquí mi venganza empieza.

Gerundio.

¿Señor, que eres vidrio es cierto?

Carlos.

¿Posible es que no lo veas?

Gerundio.

Pues hay duda, yo lo miro.

Carlos.

¿Pues á qué vienes? ¿te acercas
á quebrarme?

Gerundio.

No señor,
que eres vidrio de Venecia,
llevarle quiero el humor.

Carlos.

¿Pues adónde vas? ¿qué intentas?

Gerundio.

Llevarte á casa.

Carlos.

Eso no;
quítate allá, que me quiebras.

Gerundio.

¿No vés que yo soy salvilla
y puedo llevarte en ella?

Carlos.

Pues vén, llévame con tiento.

Gerundio.

Eso haré: ¡hay risa como esta!
vamos, señor: lindo cuento.

Carlos.

Vamos, y el mundo suspenda
el juicio desta locura,
hasta ver como me venga.

una injuria, y un desden,
no premiarse la virtud;
y es, no solo ingratitud,
sino desprecio tambien.

Casandra

¿Es esto, Laura, contigo?

Laura

¡Ay de mi! no sé, señora.

Carlos

Vos, señora, sois testigo
de que yo merezco ahora
el premio que no consigo.
Por Laura á la guerra fuí,
por Laura arriesgué la vida;
por Laura á vos os prendí.

Gerundio

Y el estar hermosa aqui,
se debe á lo bien prendida.

Casandra.

¿Qué es esto, Laura?

Laura.

Señora:
¡Cielos, no sé qué decir!

Celia.

Este, como vos, lo ignora;
que estos locos aquí ahora
se entran á hacernos reir.

Gerundio.

Mienten, que á hacerlas llorar
entramos, si mi amo hiciera
lo que yo hice al entrar.

Carlos

Loco estoy de mi pesar,
Laura es la causa primera.

Casandra.

¿Pues cómo asi hablas osado
en mi presencia? criados,
ola.

ESCENA XIII.

Dichos, y salen Pompeyo, Lisardo y un criado.

Pompeyo

¿Qué mandais, señora?

Carlos

Si vuestra Alteza lo ignora,
ellos que están informados,
dirán de mi sentimiento
la causa á que me provoca.

Casandra.

Mirad de ese hombre el intento,
castigad su atrevimiento,
ó echadle de ahí, si es loco. *Vase.*

Laura

¡Cielos, yo estoy sin sentido!

Pompeyo.

¿Qué es esto, Laura?

Laura.

Señor,
yo no sé lo que esto ha sido;
Carlos, ó el juicio ha perdido,
ó tu dás causa á su error. *Vase.*

Carlos

¡Qué esto llegue yo á escuchar!

Gerundio.

Por el celestial farol,
que mil muertes he de dar.

Celia

Si tanto quieren matar,

vayanse los dos al Sol. *Vase.*

Gerundio.

Y tú, menguada, á la Luna.

Pompeyo

¿Carlos, qué osadia fué
la vuestra?

Carlos.

Señor, ninguna,
quejarme de mi fortuna.

Pompeyo

¿Pues á mi hija, por qué?
por veros sin resistencia,
vuestra libertad osada
no castiga mi prudencia,
pues os tomais tal licencia,
teniendo á Laura casada. *Vase*

Lisardo

Pues Carlos, aunque á mi acero
tocaba vuestro castigo,
aquí suspenderle quiero,
por advertiros primero,
que está casada conmigo.

Gerundio

¡Qué se sufra esta traicion!

Carlos.

¡Falso amigo!

Lisardo

Echad de ahí
esos locos. *Vase.*

Gerundio

Galalón.

Criado.

Oyen si pasan de haí,
volarán por un balcon.

ESCENA XIV.

Carlos y Gerundio.

Gerundio.

A ti, tu alma, y cuantos ván
con tu amo á pie, y en coche,
como servidor truhan,
por un balcon te echarán
á las once de la noche.

Carlos.

¿Qué es esto que par mi pasa?
¡Ay Cielos! ¿á quien sucediera,
con tal razon, tal desprecio,
con tal valor, tal afrenta?
¡yo abatido! ¡yo ultrajado!
¡yo en tan infeliz miseria,
que á quien mi valor dá envidia,
dá lástima mi pobreza!

Gerundio.

¡Yo en ayunas y rabiando
por romper treinta cabezas,
sin tener, ni hallar con que
cortar la cólera pueda!

Carlos

¡Que se todo el mundo injusto!
¡que contra mí todos sean!

Gerundio

¡Que sea todo el mundo limpio!
¡que no haya quien manchas tenga
ahora que puedo yo
vender saliva por greda!

Carlos.

Gerundio.

Gerundio.

Yo rabio de hambre.

Carlos.

¿De eso en tan dolor te acuerdas?

Gerundio.

Tan lejos están las tripas,
para olvidarme yo dellas,
que pienso que juegan cañas,
segun me caracolean.
Esta no es hambre, señor,
sino rayos que me queman.

Carlos.

Deja los rayos ahora.

Gerundio.

¿Pues qué he hacer, si ellas truenan?

Carlos.

¡Ay amor mas desdichado!

Gerundio.

¿De amor ahora te quejas?
Ven á buscar que comer,
que es ya mas de la una y media,
y si el portero nos falta,
no hay casa aquí de Portela.

Carlos.

Yo me muero.

Gerundio.

Ahora, señor,
tú lo tomas muy de veras,
y el hambre no es para burlas,
que el estómago me aprieta
tanto, que por verle raso,
imagino que le prensan:
esto es peor cada dia,
como tú esperas moneda,
tu esperanza está en la China.

que hay de aquí allá tres mil leguas.
Si seguirla es perecer,
mas vale que uno perezca,
y que yo busque mi vida;
porque el ver que yo me muera,
¿qué alivio ha de darte á tí,
ni á mí, señor, me consuela,
cuando que comer no tengo,
que tú tampoco lo tengas?
Y en medio de que tu amor
es lo que mas te atormenta,
cuando traigo lo que busco,
al ponértelo en la mesa,
comes mas que un sabañon,
y entre suspiro y fineza,
al pancecillo que agarras
parece que atenaceas
Yo me voy á acomodar
donde hallare: á Dios te queda,
que si hallo con que acudirte,
tú admitirás mi fineza.

Carlos

¿Qué dices, Gerundio amigo?
¿pues tú te vas? ¿tú me dejas,
cuando me vés abatido?
¿cuando no tengo á quien vuelva
la cara, sino á tu alivio?
¿cuando, si por tí no fuera,
muerto hubiera en la desdicha
de mi abatida miseria?

Gerundio

¿Qué quieres, señor? por eso
me voy, que mi industria intenta
socorrerte y socorrerme.

Carlos.

Ay amigo, si me dejas,
he de morir, no te vayas,
que tú mis males consuelas.

Gerundio.

¿Yo consolarte, señor,
que estoy siempre á tus orejas,
dando unos ahullidos de hambre,
que parezco un alma en pena?
Déjame ir, por Dios.

Carlos.

Aguarda,
tienes razon, mi pobreza
no tiene que responderte;
pero conmigo te queda
de aquí á mañana no mas,
que si este plazo no enmienda
mi fortuna, te irás luego.

Gerundio.

¿De aquí á mañana? aunque sea
reventando he de esperar.

Carlos.

Si mi despecho lo intenta,
podré entrar á hablar al Duque.

Gerundio.

Eso, señor, es quimera,
que nos molerán á palos
los simflones que le cercan.

Carlos.

¡Que me deba el Duque, Cielos,
la Corona que gobierna,
Lisardo tanta amistad,
como la vida y la hacienda,
todo Urbino su sosiego,
y Laura tantas finezas,

y en ninguno halle favor!
todos perecer me dejan.
¡Esta ingratitud consienten
los Cielos que la condenan!
¿Un hombre de mi valor,
de mi sangre y de mis letras,
en pobreza tan indigna,
cuando tantos que aquí entran,
arrastran triunfos y aplausos;
unos, porque lisonjean;
otros, por entremetidos;
otros, porque se despejan,
siendo asunto de la risa,
é ingenio, valor y ciencia
estén en tanto desprecio?
¡Ah Cielos, si me sufriera
ajar mi reputacion
el mundo! denme licencia
el decoro y la razon,
para que yo no parezca
quien soy, un término breve,
que yo tomaré tan nueva
venganza de estas injurias,
que se admire el mundo della.
Yo haré que todos conozcan
su ingratitud y mi ofensa,
y que lo vean de suerte,
que sea el castigo su afrenta:
no ha de haber oido el mundo
tal venganza de mi queja,
tal castigo de su culpa;
solo temo la vergüenza
de ultrajar yo mi persona:
¿pero qué ultraje me queda
que temer con el que paso?

Carlos.

En mi intento la mayor
advertencia mia ha sido
engañar este criado,
pues á todos ha engañado
verle á él tan persuadído,
á mi fingida locura,
y esto funda la venganza,
que por esta destemplanza
ha de tomar mi cordura,
cuando á ocasion oportuna
logre el intento que aguardo
del Duque, Laura y Lisardo,
y aun de mí misma fortuna.
Mas si yo á Laura perdí,
¿qué venganza me apercibo?
Cielos, no sé como vivo
cuando me acuerdo: ¡ay de mí!

Gerundio

¿Señor, qué te ha sucedido?

Carlos.

Es que he dado un gran porrazo.

Gerundio.

¿Te has quebrado algun pedazo?

Carlos.

No, mas pienso que se ha hendido.

Gerundio

Pues bebe un trago siquiera.

Carlos

¿Pues qué importa en riesgos tales?

Gerundio

Para mirar si te sales,
te pondré un poco de cera,
que hoy el vidrio es menester,
que esté sano, porque estoy

para ir á mil casas hoy,
que en tí desean beber.

Carlos.

¿Dónde?

Gerundio.

A Palacio, y pasadas
de treinta ó cuarenta bodas,
y te han de llenar en todas
de bebidas regaladas:
como yo le diga aquí, *ap.*
que es vidrio, está muy contento.

Carlos.

¡Qué bien ayuda á mi intento
la burla que hace de mí! *ap.*
pues vamos sin dilacion,
y llévame paso á paso.

Gerundio.

En diciéndole que es vaso,
se alegra que es bendicion; *ap.*
mas lo vano aun se está entero,
que por poco el otro dia,
me mata, porque decia,
que era vaso de alojero.
Pues, señor, si has de salir,
sea primero á Palacio.

Carlos.

Vamos andando despacio,
que de esto se ha de inferir
tal afrenta á mi enemigo,
tal vergüenza á los ingratos,
que han de ser sus mismos tratos
mi venganza y su castigo.

Gerundio.

Pues ven te llevaré en peso:
yo le hago creer cuanto quiero, *ap.*

te meteré en la vasera.

Carlos

Mas seguro voy con eso.

Gerundio.

Parecerás orinal.

Carlos.

¿Qué dices, loco, traidor?

Gerundio.

Tome si purga, señor,
que eres vaso de cristal.

Carlos

Asi á no dudar le obligo: *ap.*
¿no sabes tú lo que soy?

Gerundio.

Si, confesandolo estoy;
¿por qué te enojas conmigo?

Carlos.

Porque siendo un vaso rico,
con verte mi intento creer,
no tengo yo que temer,
que me quiebres por el pico. *Vase.*

Gerundio

¡Ay tan graciosa porfía!
¿quién del vidrio no se rie?
yo le he de hacer que se envie
á una dama por sangria.

ESCENA VI.

Decoracion de Salon.

Laura, Celia.

Laura.

Celia, nada me consuela,
dejame ya en mi martisio

sentir mi dolor por deuda,
llorar mi mal por alivio.
Si es pena el perder á Carlos,
cuando yo la causa he sido
de que la razon perdiese
de desdichado, ú de fino,
¿cómo quieres que no llore?
que era doblar el delito,
ser esquiva al sentimiento,
siendo ingrata al beneficio.

Celia.

¿Qué beneficio, señora,
de un pobreton, un mendigo,
que aunque el beneficio hiciera
la colacion nunca hizo?
¿Qué fineza ha hecho por tí,
sino es decir que es de vidrio,
y porque hoy le usan las damas,
le agradeces el capricho?

Laura.

¡Ay Celia! ¿no fue fineza
verse de mi despedido
por pobre, y por merecerme,
intentar para ser rico,
de las armas, y las letras
los dos seguros caminos?
Y acertandolos entrambos,
vér el premio merecido
tan lejos de su esperanza,
que viendo que era preciso
perderme por no alcanzarme,
perdió con mi mano el juicio.

Celia.

El juicio, señora mia,
él no le perdió de fino,

sino de bobo, porque
si él intentaba ser rico,
¿quién le metió en ser soldado,
ni en estudiar silogismos?
Metiérase á despensero,
tratára de encerrar trigo,
estoçára las cebollas,
ó tratára de aguar vino,
que estos son oficios todos,
con que es tan cierto el ser rico
de la noche á la mañana,
como tres y dos son cinco.
Mas ya que él fué mentecato,
y hoy es la risa de Urbino,
¿te ha de hacer llorar á ti
lo que todos nos reimos?
¿no te casas con Lisardo?
¿no es ya el Duque tu padrino?
¿no es tu madrina Casandra,
y está todo prevenido
con festines y saraos,
porque el Duque de camino
logra en la boda, y Casandra
tu festejo y su cariño?

Laura

Calla, Celia, no prosigas,
hasta que el silencio esquivo
de mi obediencia me mate:
¿yo á Lisardo? ¡ay Carlos mio!
bien sabe el Cielo, que yo
no tuve en tu amor arbitrio.

Celia.

Señora, no te despeches,
que dará tu llanto indicio,
naciendo de tu piedad,

y que tiene otros motivos:
mira que sale Casandra.

ESCENA VII.

Dichos, y salen Damas, Casandra, y despues el Duque.

Laura.

Por ella (¡ay Dios!) me reprimo.

Casandra.

¿No ha venido Vidriera?

Celia.

Por él ya, señora, han ido.

Casandra.

Ni mas graciosa locura,
ni tan estraño capricho
ví en mi vida; él me divierte
de modo, que solicito
con el Duque, que á Palacio
le traigan.

Sale el Duque.

Y yo en serviros
desvelo tanto el deseo,
que ya la fortuna envidio
de un loco, pues logra en vos
la dicha de ser oido;
pero si por loco gana
vuestra atencion mis sentidos,
de mi amor en el esceso
la merecen por lo mismo.

Casandra.

No señor, que la atencion,
que en mi decoro os permito,
se la debo yo á las vuestras;
y creed, que de agradecido
mi afecto, pasar dejára

esta atencion á cariño,
á ser cierto el casamiento
con el Marqués Federico,
y la Duquesa Camila;
pues siendo esto cierto, libro
mi palabra del empeño.

Duque.

Pues ya dudar no permito
su fortuna á mis deseos,
que eso es cierto.

Dentro Gerundio.

Entren quedito,
señores, no me le quiebren.

Duque.

La Vidriera ha venido.

Laura.

¡Cielos, que á esto llegó Carlos!
¡sin mi estoy cuando le miro!

ESCENA VIII.

Dichos, y salen Criados, Gerundio y Carlos.

Gerundio.

Entra, señor, poco á poco.

Carlos.

¡Qué bien logro mis designios! *ap.*
¿hay donde ponerme aquí?

Gerundio.

¿Pues no? un aparador rico,
y una fuente, y dos tohallas,
que así debe entrar en vidrio
tan principal como tú
á ver un Duque de Urbino.

Carlos.

Veme llevando delante:

¡mas ay infeliz! ¿qué miro?
que me quiebran, que me quiebran;
¿traidor, á qué me has traido?
que todos estos me quiebran;
sácame de aquí, enemigo.

Gerundio

Alto, la furia le ha dado.

Casandra.

¡Ay mas gracioso capricho!

Duque.

¿De qué huye?

Gerundio.

Está furiosa;
señor, detente por Cristo,
mira que estás sin vasera,
y puedes hacerte añicos.

Carlos

¿Pues pór qué me la has quitado?

Gerundio.

¡Pleguete Cristo conmigo!
pues si entras á ver al Duque,
¿no habia de traerte limpio?

Carlos.

Pónmela, y vámonos luego.

Gerundio.

Señor, que no la he traido,
que venias en salvilla:
señor, esto vá perdido,
denme algo con que engañarle,
que si no dará mil gritos.

Duque.

Pues ponle aquesta cadena.

Gerundio.

Con eso vendrá: esto pido.

Carlos.

La codicia del Criado
me logra el intento mio. *ap.*

Gerundio.

Señor, no hay que tener miedo,
pues ya está engastado el vidrio
en oro, porque aunque caiga
no se quiebre: ea, pasito,
vén acá.

Carlos.

¿Dónde me llevas?

Gerundio.

Aquí á un escaparatico,
donde estarás muy hermoso,
entre otros diges muy lindos.

Duque.

Ponedle enmedio una silla.

Gerundio.

Mirate, señor ¿no has visto
qué bellas son las alhajas
que á tu lado estan?

Carlos.

Ya miro
que todos son buenas piezas.

Celia.

¿Laura, qué no te has reido
de tan graciosa locura?

Laura.

Cuando veo su delirio
yo lloro lo que tú ries,
porque yo la causa he sido
de la desdicha de Carlos.

Carlos.

Lastimada á Laura miro

de mi ultraje; pero presto
le haré yo decoro mio.

Gerundio.

Ya que él está sosegado,
hábleule de su capricho,
que irá diciendo bellezas.

Casandra.

De cuanto dice me rio.

Duque.

¿Quién era el que así os quebraba?

Carlos.

Vos el primero, vos mismo,
porque habiendo yo de vos
con mis obras merecido
estimacion, agasajo,
premio, honor y beneficio,
para el vidrio de mi suerte
tal dureza habeis tenido,
que la habeis hecho pedazos,
pues por vos quebrado miro
el cristal de mi fortuna.

Casandra.

¡Qué graciosos desvarios!

Duque.

¿Yo con vos tengo dureza?

Carlos.

Si señor, en el olvido,
pues cuando mi noble aliento
fué para vos vaso rico,
por donde á beber llegásteis
mil aplausos en Urbino,
le quebrásteis, olvidando
su decoro cristalino;
que los Duques sin memoria
de los honrados servicios,

no son Duques, sino piedras,
mirad si duro habeis sido.

Gerundio.

Eso todo serán cantos,
y aunque tope en los hocicos,
imagina que es guijarro.

Duque.

Pues ya de vos me desvio.

Carlos.

Tambien esta: que me quiebra.

Casandra.

¿Laura?

Carlos.

Esa misma, esa digo.

Casandra.

¿Por qué?

Carlos.

Porque cuando amante
la solicitaba fino,
en el mar de su belleza
era yo bagél de vidrio,
y en ella me hice pedazos;
porque cuando mi alvedrío
la buscaba como puerto,
me recibió como risco.

Laura.

Esta queja no es de loco.

Casandra.

Segun eso, yo no he sido
de los que os quiebran.

Carlos.

¿Vos no?
la primera, que el peligro
de quebrarme visteis vos,
y olvidada de mi brio,

de mis honradas finezas
no quisisteis ser testigo,
y me dejasteis quebrar.

Gerundio.

El os sacará aforismos
para que un colchon le quiebre.

ESCENA IX.

Dichos, y salen Pompeyo y Lisardo.

Pompeyo.

Señor, ya está prevenido
todo lo que habeis mandado.

Lisardo.

Y yo, señor, os suplico,
que no dilateis mi dicha.

Duque.

Lisardo, por lo que envidio
á los que logran su amor,
yo mismo lo solicito.
Señora, ya que quereis,
para mas favor conmigo,
honrar á Laura y Lisardo,
que no se dilate os pido
su dicha, ya prevenida;
por la que yo participo
de apadrinarlos con vos.

Calandra.

Señor, no tengo albedrío
yo para vuestros preceptos,
que siempre tardo en cumplirlos:
Laura, vamos.

Laura.

Yo, señora,
solo á obedecerte aspiro.

aunque esto será mi muerte,
pues á Carlos he perdido.

Lisardo

El parabien á mi pecho
dá mi amor, habiendo oido,
que vos acepteis el plazo,
que á mi ventura previno
la estrella, que en vos me rige,
para acertar á serviros.

Carlos.

Que me quiebra, que me quiebra.

Duque.

¿Quién os quiebra?

Carlos.

Ese enemigo,
ese, que trae en la mano
para matarme, escondido
el canto de una traicion,
con que me ha dado en el vidrio.

Gerundio

Señor, nadie te ha tocado.

Carlos

Sí tal, traidor, que hizo el tiro,
y dando en Laura primero,
resultó en mí.

Casandra.

Su capricho
le hace apasionar de veras.

Duque

Recogedle, y dén principio
Pompeyo, luego al sarao.

Pompeyo.

Ya está todo prevenido.

Duque.

Pues vamos.

Casandra.

Ya os obedezco.

Duque.

No tiene en la luz dominio
el que se alumbra con ella.

Casandra.

Porque me sigas lo admito. *Vase.*

Duque.

Lisardo, al lado de Laura. *Vase.*

Lisardo.

Ya mi fortuna confirmo.

Laura.

Y yo mi desdicha, (¡ay Cielos!)
si sintieras que mal finjo. *Vanse.*

Pompeyo.

Si hoy queda Laura casada,
no hay que esperar otro alivio.

ESCENA X.

Cárlos y Gerundio.

Carlos.

¿Dónde se ván?

Gerundio.

A casarse.

Carlos.

¿Qué dices, Gerundio amigo?
¿á casarse? ¡ay infeliz!
Laura, señora, bien mio,
ya de aquí pasar no pueden
mis fingidos desatinos;
ya yo pierdo la razon,
ya es de veras mi delirio.
¡Esto permiten los Cielos!
Laura hermosa: ¿mas qué digo?

Laura cruel, Laura ingrata,
Laura [illegible] esquivo,
que el Sol de mi amor huyendo,
en tronco te has convertido,
tronco eres ya á mis finezas,
tronco á mis tiernos cariños;
pues si ya en tronco te has vuelto,
¿de qué sirve el llanto mio,
sino que riegue el [illegible],
donde te has endurecido,
con mi mismo llanto crecer
la causa del llanto mismo?
¡Ay de mí! ¡ay Laura cruel!

Gerundio.

¿Qué es aquesto? vive Cristo,
que acuerdo que es de carne,
aunque pienso que es de vidrio.
¿Señor?

Carlos.

Déjame morir,
solo morir solicito.

Gerundio.

Señor, mira que te quiebras.

Carlos.

¿Por donde me quiebro?

Gerundio.

[illegible],
que á voces se quiebra un hombre
mas fácilmente, que un vidrio.

Carlos.

Plegue á los Cielos, cruel,
que adores siempre un desvio,
que ofendan tus finezas,
que causen tus suspiros,
y [illegible] el desengaño.

de amor desagradecido,
cresca la llama en tu pecho;
si el olvidar es alivio.
¿Mas cómo solo me quejo
de su rigor, si el delito
es de tantos que me ofenden?
¡Ay Cielos! está cumplido
el plazo de mi venganza.

Gerundio.

Mucho hablas para ser vidrio.

Carlos

Ya no soy vidrio, Gerundio;
de bronce soy, pues resisto
este golpe á mi fortuna.

Gerundio.

Esta es otra: ¡Jesucristo!
¿de bronce eres? Pieza nueva,
ve mudando de caprichos,
que con eso te harás de oro:
¿mas que haremos, señor mio
del algodon y la paja,
que he comprado para el vidrio?

Carlos.

Bronce soy, y mármol duro.

Gerundio.

Pésia al alma que te hizo;
¿pues habiendo que eres bronce,
vás á darme en los hocicos?
ya tu te has vuelto el que quiebra.

Carlos.

No estoy en mí.

Gerundio.

Ya lo miro,
que si estuvieras tu en ti,
no hubieras dado conmigo.

esta atencion á cariño,
á ser cierto el casamiento
con el Marqués Federico,
y la Duquesa Camila;
pues siendo eso cierto, libro
mi palabra del empeño.

Duque.

Pues ya dudar no permito
su fortuna á mis deseos,
que eso es cierto.

Dentro Gerundio.

Entren quedito,
señores, no me le quiebren.

Duque.

La Vidriera ha venido.

Laura

¡Cielos, que á esto llegó Carlos!
¡sin mí estoy cuando le miro!

ESCENA VIII.

Dichos, y salen Criados, Gerundio y Carlos.

Gerundio.

Entra, señor, poco á poco.

Carlos.

¡Qué bien logro mis designios! *ap.*
¿hay donde ponerme aquí?

Gerundio.

¿Pues no? un aparador rico,
y una fuente, y dos toballas,
que así debe entrar un vidrio
tan principal como tú
á ver un Duque de Urbino.

Carlos.

Veme llevando delante:

¡mas ay infeliz! ¿qué miro?
que me quiebran, que me quiebran;
¿traidor, á qué me has traido?
que todos estos me quiebran;
sácame de aquí, enemigo.

Gerundio

Alto, la furia le ha dado.

Casandra.

¡Ay más gracioso capricho!

Duque.

¿De qué huye?

Gerundio.

Está furiosa:
señor, detente por Cristo,
mira que estás sin vasera,
y puedes hacerte añicos.

Carlos

¿Pues pór qué me la has quitado?

Gerundio.

¡Pléguete Cristo conmigo!
pues si entras á ver al Duque,
¿no habia de traerte limpio?

Carlos.

Pónmela, y vámonos luego.

Gerundio.

Señor, que no la he traido,
que venias en silvilla:
señor, esto vá perdido,
denme algo con que engañarle,
que si no dará mil gritos.

Duque.

Pues ponte aquesta cadena.

Gerundio.

Con eso vendrá: esto pido.

Carlos.
¿Pues quién lo ignora?
Gerundio.
Vamos, mas viendo aqueste beneficio,
vive Dios, que estás loco en tener juicio.

ESCENA XI.

Pompeyo, y Laura.

Pompeyo.
¿Qué es esto? ¿con llanto ahora,
Laura, ultrajas tu belleza,
cuando Lisardo te adora?
¿cuando vás á ser señora
de su pecho, y su riqueza?
¿qué inquietud? ¿qué novedad
mueve á tal demostracion,
Laura mia, tu beldad?
Laura.
Señor, llora mi piedad
delitos del corazon,
no puedo hacer resistencia
á este dolor; y así aquí
le publico en tu presencia,
sabrás lo que puede en mí
tu precepto, mi obediencia.
Lo primero has de sentar,
que yo he de ir á obedecerte;
lo segundo has de juzgar,
que es lo mismo irme á casar
con Lisardo, que á mi muerte;
no por tenerle aversion,
sino por ser en empeño
de tener yo inclinacion,
á quien con mucha razon

pensó que fuese mi duelo.
La inclinacion, padre mio,
es efecto natural,
que no manda el albedrío,
publicarla es desvarío,
pero no con causa tal:
tú te habias prometido
á Carlos, sin duda alguna,
que le harias mi marido,
si de su estado abatido
mejorase la fortuna:
él la buscó, y su valor
á enmendar llegó su suerte,
pues la mereció mejor:
luego el tenerle yo amor,
viendole, fué obedecerte;
porque aunque á él no le dió
la fortuna medra alguna,
si ví que la mereció,
¿porqué habia de ser yo
ciega como la fortuna?
cuando él llegara á tenella,
debia yo quererle bien,
pues no [illegible] merecella
porque fué injusta su estrella,
fuera serlo yo tambien.
Si por su infelicidad
perdió el juicio, mas violento
fuera [illegible] mi piedad,
quien perdió el entendimiento
por tenerme voluntad:
esta es, señor, la razon
[illegible] mi pasion,
porque siendo el corazon
tiene sus obligaciones

que no ha podido pagar;
mas yo, señor, he cumplido
con él, contigo, y mi amor;
con él en lo que he querido,
conmigo en este dolor,
y á ti en haberle vencido.
Este amor hizo mi suerte,
y publicando el dolor
que me ha de dar esta muerte,
cuanto te debe mi honor
es irme ya á obedecerte. *Vase.*

Pompeyo.

¡Válgame el Cielo! ¿qué he oido?
ni aun culpar su atrevimiento
puedo; pues verdad ha sido,
que aun yo en su queja me siento
tambien desagradecido.
Si Carlos; mas ya no tiene
remedio, sin juicio está,
y ya el sarao se previene,
con Lisardo el Duque viene,
de quien es la suerte ya.

ESCENA XII.

Dicho, y salen Carlos y Gerundio, galanes, con máscaras.

Carlos.

Vén conmigo, que los dos
hemos de entrar al sarao.

Gerundio

Bien puedes desencogerte,
que vas, por Dios, mas bizarro,
mas galan y mas airoso
que un toreador, acabando

de hacer una buena suerte.

Carlos.

Ya á empezarle van llegando
Galanes, y damas, y llenos
de flores, y de penachos.

ESCENA XIII.

Van saliendo Damas, y Galanes en forma de sarao, y en acabando la copla, se descubren todos.

Música.

A la unión mas venturosa,
que amor coronó en su aplauso,
triunfo de gala, y belleza
sale en Abriles, y Mayos.

Duque.

El sarao proseguirá
en estando desposados
Lisardo, y Laura

Carlos.

Y el Cielo
le dé, entre favores tantos,
logro, á quien tan venturosa,
gozando destos aplausos,
que ni la cansen las horas,
ni la deshagan los años:
y en gracia siempre del Duque,
favores que honren á entrambos
del sol vuestro, gran señora,
resplandezcan á los rayos.

Casandra

¡Qué miro! ¿no es Vidriera?

Gerundio

Y antes fino vidriado.

Duque.

¿Qué es esto?

Carlos.

No os admireis,
gran señor, que yo soy Carlos.

Duque.

¿Pues con qué cura, ó prodigio
tan presto habeis restaurado
el juicio?

Carlos.

Si lo quereis
saber, señor, escuchadlo.

Laura.

¡Cielos, qué es esto que miro!

Duque.

Decid, que atentos estamos.

Carlos

Pues si yo lo he de decir,
vos, gran señor, y el teatro
del Mundo esta vez permita
repetir lo que ha pasado,
porque es fuerza que se enlace
el remedio con el daño,
y por dar cuenta del uno,
se han de referir entrambos.
Deuda ya, señor, es vuestra
saber mi nombre, y de cuantos
me escuchan, ninguno ignora
de mi noble sangre el lauro;
y si ya acaso os lo ha dicho
Pompeyo, que enamorado
de Laura, en mi tierna edad
le pedí su hermosa mano,
que despreció mi pobreza;
pero mi sangre estimando,

para mejorar fortuna
le dió á mi esperanza un plazo,
que con ella fuí á buscarla,
y por las letras, mi aplauso,
y mis estudios me dieron
en Bolonia el primer grado:
que mi pluma os ganó en Roma
vuestra justicia probando
en tres sentencias, de Urbino
el derecho hereditario:
que á pediros vine el premio
que os merecí, y por hallaros
embarazado en la guerra,
dejé las letras, y al campo
salí, donde por la pluma
troqué la espada á la mano,
porque igualasen sus filos
el mérito de sus rasgos:
que yo os gané la victoria,
pues yo fuí quien en sus brazos
sacó á Casandra, rompiendo
por escuadrones contrarios,
de que ella misma es testigo,
y se la entregué á Lisardo,
porque él lo fuese tambien
de mis alientos bizarros:
mas en esta accion, señor,
se verá cuán desdichado
nací, pues teniendo esfuerzo
para un empeño tan alto,
no pude enmendar mi estrella,
llevando el Cielo en la mano.
Que yo gané la colina,
volviendo vuestros soldados,
que ya huian: que prendí

á Federico, y bañando
con mi sangre vuestras plantas,
me encargasteis á Lisardo,
que olvidó vuestro precepto,
á su obligacion ingrato;
pues siendo así que en el riesgo
le libré de sus contrarios,
y á costa de mis heridas
salió de peligro tanto,
que con la pluma le dí
posesion del mayorazgo
que posee, no solamente
me privó de vuestro amparo,
sino que porque de Laura
solicitaba la mano,
y pudieran vuestros premios
coronarme de su aplauso,
para que no fuese oido,
me dejó llegar á estado
tan mísero y abatido,
que aun del alimento falto
me sustentó muchos dias
en tan prolijos trabajos,
la limosna que buscaba
á mi pobreza un criado.
Viéndome destituido
de todo favor humano,
con tantos merecimientos,
lleno de desprecios tantos,
de vos jamás atendido,
de Pompeyo despreciado,
sin favor de Laura bella,
y ofendido de Lisardo,
me fingí loco, por dar
á los hombres desengaño,

á la ingratitud afrenta,
y venganza á mis agravios;
pues siendo asi que por docto,
por valiente, por bizarro,
por discreto, noble y fino,
y en fin, de méritos tantos,
ni de vos merecí premio,
ni de mi dama agasajo,
ni lealtades de mi amigo,
ni de la piedad amparo:
al punto que por ser loco
fuí risa de cortesanos,
deleite de poderosos,
desprecio de mis contrarios;
por loco, con vuestra Alteza
entrada tuve en Palacio:
por loco os hablé, y no pude
por noble, valiente y sábio:
por loco Pompeyo á Laura
me llevó, y los agasajos
que no merecí por fino,
me hizo por solo su agrado:
por loco para con vos
me dió su favór Lisardo,
y fué á mi locura amigo,
quien fué á mi razon ingrato:
por loco para mí fueron
liberales vuestras manos,
porque el loco no agradece,
y no permite al ingrato
el Cielo hacer beneficios,
sino cuando son en vano.
Por loco, en fin, gran señor,
me ví lleno de regalos,
de favores, de riqueza;

y el lucimiento que traigo
se le debí á la locura,
porque estudiante y soldado,
contó siempre mi vestido
sus méritos á pedazos;
y pues es el mundo tal,
y los que tienen su aplauso,
que dan el favor á un loco
que niegan á un hombre honrado,
no quiero mas premio del
ni dellos, que el desengaño.
Y habiéndolo conocido,
que lo conozcan tan claro
que no lo puedan negar,
que esto quiero por aplauso
de mis honradas finezas,
por premio de mis trabajos,
por paga de mis servicios;
y si por haberle dado
con algun atrevimiento
tan notorio desengaño,
se ha ofendido vuestra Alteza,
á sus pies estoy postrado;
ponga en ellos mi cabeza,
que ya otro premio no aguardo.

Casandra.

Corrida, señor, escucho
un suceso tan estraño,
teniendo en vos tanta parte
la justa queja de Carlos;
y si en mi ruego hay poder
para mover vuestra mano,
os suplico que desmienta
su fortuna y el agravio
que la ingratitud le ha hecho.

Laura.

Y yo, señor, que este caso
no se entienda que me culpa,
cuando queriendo yo á Carlos,
por no admitirle mi padre
de su obediencia me arrastro.

Duque.

Deste yerro solo ha sido
toda la causa Lisardo,
y pues él tiene la culpa,
no le dé Laura la mano;
y pues por mi cuenta corren
las conveniencias de Carlos,
yo le haré tantas que quede
el yerro desempeñado,
y esposo de Laura sea.

Casandra.

Pues porque veais que os pago
con mas agradecimiento,
esta, señor, es mi mano.

Duque.

Con el alma la recibo:
dásela tú, Laura, á Carlos.

Laura.

Yo con el alma y la vida.

Carlos.

Pues llegue Laura á mis brazos.

Gerundia.

La boda será allá dentro;
y aquí, discreto Senado,
se dá fin á la Comedia:
perdonad defectos tantos.

El Licenciado Vidriera.

El título de esta Comedia recuerda desde luego la famosa novela de nuestro inmortal Cervantes: veamos como el cortesano ingénio de nuestro Don Agustin Moreto ha sabido acomodar su argumento al de una pieza dramática:

Don Carlos, natural de Urbino, y estudiante en la universidad de Bolonia, se presenta en su patria acompañado de su criado Gerundio, tambien estudiante; y despues que este le zahiere agudamente acerca de su mala fortuna en cuanto á pretensiones, juego y amor, le refiere lo ilustre de su nacimiento, aunque desprovisto de riquezas, sus estúdios, y la pasion que desde muy jóven habia cobrado á Laura, hija de Pompeyo, principal individuo del Senado; y que el único obstáculo que el padre de su dama oponia á sus honestos deseos, consistia en la falta de riqueza, habiéndole él mismo animado á que con sus luces y aplicacion procurase vencer esta injusticia de su suerte: que pasó á la universidad espresada, donde en pocos años consiguió un renombre distinguido de sábio: que habiendo quedado Urbino, su patria, sin sucesor, por fallecimiento del Duque Julio, y dudoso el derecho por aquella causa entre tres sobrinos suyos, uno el Duque, otro el Marqués Federico de la Robere, y la tercera Casandra, prima hermana de entrambos: fomentó él la causa del Duque ante el Tribunal Pontificio, á donde habia ido á parar en definitiva; de modo que declararon sucesor al Duque de Urbino, por quien habia levantado el Senado su estandarte, ofreciendo él la mano á Casandra. Esta conciliacion de intereses no habia podido tener lugar, porque Casandra le aborrecia, y coligándose con el Marqués

Federico, se acercaba á las murallas con un poderoso ejército. De estas circunstancias infiere Carlos la próxima mudanza de su adverso destino, coronándose por él el Duque de Urbino, y siendo quien debia entregarle las llaves Pompeyo, padre de Laura. Con efecto, el Duque triunfa, Pompeyo le presenta las llaves de la ciudad, y es recibido Carlos afablemente por el vencedor. Atacan á Urbino Casandra y el Marqués Federico, y tomando Carlos las armas en favor del Duque, consigue hacer prisionera á Casandra, y pocos momentos despues al Marqués Federico, poniendo á entrambos á disposicion del Duque: Casandra á la vista de este, como vencida, siente desvanecérsela la aversion que por él habia concebido, y concluye el primer acto de la pieza con un diálogo entre los dos, en el que se echan de ver los progresos del amor enmedio del despecho producido por la ambicion.

Restablecido ya Don Carlos de las heridas que habia recibido en la batalla, de donde tan victoriosamente habia salido, se presenta pobre y andrajoso en compañía de su criado Gerundio, quejándose del olvido del Duque, y sospechándose de la falsa amistad de Lisardo, el cual tiene tratado su casamiento con Laura, se dirije pues á Palacio con intento de desengañar al Duque: encuéntrase con Lisardo, dále quejas de su proceder en cuanto al abandono en que le ha dejado durante su enfermedad, y le responde aquel con el mayor desprecio, porque le mira como un ribal peligroso que puede estorbar el proyecto de su enlace con Laura. Habla con esta, que aunque recuerda su antigua pasion, se contenta con compadecerle, alegando la obediencia á su padre, y sufren ambos, amo y criado, hasta los sarcasmos humillantes de la misma Celia, criada de Laura. Llega la mortificacion

de Carlos hasta escuchar que se atribuyen á su contrario Lisardo los méritos de haber hecho prisionera á Casandra; y despues de haber implorado infructuosamente la rectitud de esta, y la delicadeza y honor de Pompeyo, despechado y ansioso de manifestar á todo el mundo la injusticia que se le hace, determina fingirse demente, para poder publicar verdades sin obstáculo alguno; á cuyo designio dá principio, dando á entender que su locura consiste en creer que es una vasija de vidrio, y haciendo creer á su mismo criado que verdaderamente está afectado de tan rara manía, con cuya escena termina el segundo acto.

Se regocija Gerundio al reflexionar lo lucrativa que le es la locura de su señor, pues sus gracias hacen que le llamen de todas partes, precediendo siempre á todos los convites algun regalo. Con efecto recibe recados del Duque, y otros varios personages que desean ver á su amo en aquella misma noche. Carlos prosiguiendo su tema, y acompañado de su sirviente se dirije á Palacio. Laura comunica á Celia sus pesadumbres acerca del estado de demencia en que supone á su amante, y lo poco dispuesta que se encuentra á casarse con Lisardo, á no ser por obedecer á su padre. Casandra manifiesta el deseo de que llegue cuanto antes el Licenciado Vidriera, el cual llegá gritando que se aparten todos para que no le rompan, y pidiendo á Gerundio le saque cuanto antes de mansion tan peligrosa. Preguntado por el Duque de quien temia que asi le quebrase, le contesta que de él mismo; y con una ingeniosa é irónica alegoria vá dando sus quejas sucesivamente á Laura, Lisardo, y cuantos le habian despreciado por pobre; pero al ver que va á efectuarse el enlace de su querida Laura con Lisardo, y que el tiempo urge para el logro de su intento, hace á Gerundio volver con

el á cesa con el objeto de ataviarse y volver inmediatamente al sarao nupcial, decidido á impedir el casamiento que se trata de solemnizar. Entretanto que se acerca el instante de su desposorio. Laura hecha en cara á su padre su mal modo de portarse con Carlos, y aunque Pompeyo se siente conmovido, alega él el deplorable estado de Carlos y que ya no es posible volver atras en lo tratado. Las damas y galanes van entrando en el sarao, y entre ellos se presentan Carlos y Gerundio enmascarados, descubriéndose inmediatamente con admiracion de todos. Entonces refiere el fingido loco su nobleza sus progresos en las letras, sus házañas en las armas y cuanto comprenden respecto á su persona los actos primero y segundo; pondera las ventajas que adquirió por loco, comparándolas con los desprecios que se mereció por cuerdo; concluyendo que pues el mundo era tan incosecuente, no queria otro premio que su propio desengaño. Casandra intercede por Carlos; Laura confirma su primera inclinacion; Pompeyo se deja convencer, y achacando á Lisardo toda la culpa, le desposee de la mano de su hijá Laura que se enlaza con Carlos.

Aunque desde luego aparece en esta pieza una aparente desproporcion, puesto que las verdaderas acciones de Carlos, como loco bajo la denominacion de Licenciado Vidriera, no se realizan sino en el tercer acto, pareciendo que solo el contesto de este tiene correspondencia con el título de la pieza, deben tenerse presentes dos cosas: primera que para dar interés al protagonista debia desde luego esponerse al espectador el conjunto de sus bellas cualidades como noble, literato y militar, y segundo que esto no se hubiera conseguido presentándole desde luego como demente, ni ser tan facil sostener una accion dramática de ver-

gular duracion con solas las gracias de un loco y acompañadas cuando mas con los chistes de un criado; lo que es mas acedero en el libre campo de una novela, como lo ejecutó Cervantes en la de este titulo.

No parece que Moreto se propusiese un objeto moral directo en la composicion de esta pieza, pero secundariamente resulta el de los errados juicios de la sociedad humana, y en particular de los de las cortés, en las que el mérito modesto es por lo regular desatendido, al paso que se precia y premio el charlatanismo y atrevimiento: es decir en donde se olvida á los juiciosos y campan los verdaderos insensatos; blanco á donde sin duda apuntó la docta pluma del autor de la novela del Licenciado Vidriera.

Por lo demas el espectador y el lector no pueden menos de complacerse en el gracejo de Moreto, y las gracias cómicas que derrama por boca del Criado de don Carlos. Es muy chistosa la reconvencion con que retrata la adversa suerte de su amo en la relacion del primer acto que empieza:

¿Qué logro, ni que logrero?

y concluye:

Pues vuelvete y deja amores,
que mas quiero yo como antes,
ser Gerundio entre estudiantes,
que supino entre señores.

Se encuentra cierto donoso artificio que si bien se mira no desdice de la naturalidad del diálogo, en lo que cada amante y el tercero enumeran haber hecho en mutuo servicio del otro.

Carlos.

Por vos mi patria dejé,

por vos amigos perdí,
por vos méritos busqué,
por vos, señora, estudié,
y por vos los adquirí.
Por vos me ariesgué á un olvido,
por vos dí á mi amor enojos,
por vos de vos me despido,
por vos desvelé el sentido
y negué el sueño á los ojos. &c.

Gerundio.

Y por vos la mi señora
fuimos gatos de una guarda,
y ratones á deshora,
y aqui venimos ahora
por vos, Francesa gallarda.
Por vos á loba y manteo
condenamos nuestras casas,
y á una hambre infusa el deseo,
y cenamos pan y pasas
mas de tres años arreo.
Por vos tras viles mozuelas. &c.

Laura.

Por ti tu ausencia lloré,
por ti tu vista perdi,
por ti sin alma quedé;
por ti contigo se fué
porque quedase sin mi,

Los parlamentos de Celia y Gerundio abundan en invectivas tan picantes como oportunas; y no deja de haber en toda la pieza rasgos satiricos encubiertos con el velo del chiste, como el siguiente del gracioso y un criado, respecto á las concesiones que otorgan las riquezas.

Criado.

¡Señor Gerundio!

Gerundio.

Bribon,

¿Gerundio á secas á mí?

segun esto dá de sí,

ya es hora de entrar en don;

Criado.

¿Pues en qué ha estado el error?

Gerundio.

¿Gerundio á un rico llamais?

Criado.

¿Pues cómo ahora os nombrais?

Gerundio.

Don Gerundio y Monseñor.

Criado.

Pues yo os daré un don, y dos,

tres, y cuatro.

Gerundio.

Y treinta y nueve,

que al rico el don se le debe,

[illegible] don de Dios.

